ALBERTO MENESES

LA JUSTICIA DEL INOCENTE

VERÓNICA CUEVAS 2

Un año después de que Verónica resolviese los asesinatos de León, parece haber encontrado la estabilidad en su vida que tanto necesitaba. Hasta que un nuevo caso lo cambiará todo. Una mujer muere a manos de su marido y pocas horas después lo hace el bebé que tenía ingresado en el hospital. ¿Una trágica coincidencia? Todo da un brusco giro cuando una de las enfermeras que cuidó al niño es asesinada y el principal sospechoso es quién Verónica menos se espera: su compañero Vallejo. A partir de ese momento comenzará una carrera contrarreloj para probar su inocencia y atrapar al verdadero asesino, a costa de poner en riesgo su trabajo e incluso su propia vida.

Alberto Meneses

La justicia del inocente

Verónica Cuevas 2

ePub r1.0
Titivillus 29.06.2023

Alberto Meneses, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A ti, lector,
por estar delante de estas páginas
y hacer que cada día me levante con ganas
de compartir nuevas historias contigo.

1

El tráfico era bastante fluido en la
M-40
a esa hora de la mañana, por eso Verónica no entendió que Vallejo mantuviese la sirena encendida todo el tiempo. Mientras conducía, su compañero apuraba el café que había cogido de una máquina antes de salir de la comisaría de Hortaleza. Odiaba aquellos cafés de máquina, sobre todo porque tenían un olor amargo que le resultaba empalagoso.

Miró su reloj y vio que eran cerca de las nueve. Faltaban ya pocos minutos para llegar a su destino, algo que confirmó cuando Vallejo puso el intermitente para tomar la salida de la
A-42,
hacia Villaverde.

—¿Podrías quitar esa sirena? —protestó—. Me está taladrando los oídos.

—Pensé que tenías prisa por llegar.

—Y la tengo, pero tampoco veo que poner ese ruido infernal te ayude a conducir más rápido.

—¿Me estás llamando lento? —preguntó él mirándola de reojo mientras apagaba la sirena.

—He visto caracoles más veloces.

—Crecí en los años ochenta, viendo series de televisión como El coche fantástico o El equipo A. ¿De verdad crees que no sería capaz de conducir más rápido?

—Más bien parece que aprendiste a conducir viendo la película Paseando a Miss Daisy.

Vallejo carraspeó.

—Vaya, creo que hoy nos hemos levantado un poco bordes.

—No estoy borde.

—Sí, lo estás. Llevas nerviosa desde que salimos de Hortaleza.

—Es que… —Verónica hizo una breve pausa para tomar aire y

tranquilizarse—. No me gustaría que el cadáver que han encontrado sea el de la mujer que buscamos.

—Eso no lo vamos a evitar, por muy rápido que yo conduzca, ni por llegar antes.

—Lo sé, pero tenía la esperanza de encontrarla viva.

—De momento nadie dice que no sea así. Puede que se trate de otra persona.

—Si la ha matado el cabrón de su marido, yo… —masculló con rabia dejando el final de la frase en el aire.

—No hagas eso —la reprendió su compañero.

—¿El qué?

—Tomártelo como algo personal. Si la mató su marido, tú no tienes la culpa.

—Estuvimos ayer con él, hablando cara a cara… y dejamos que se fuese.

—No había pruebas en su contra.

—Aun así…

—Espera al menos a que lleguemos al lugar, antes de ponerte en lo peor.

Recorrieron la autovía de tres carriles, hasta que tomaron la salida a Leganés este, dejando a su derecha un terreno árido, donde lo único que crecía era un enorme cartel anunciando un concesionario. Circularon entonces por una vía de doble carril, hasta que llegaron a un semáforo en rojo, con varios vehículos detenidos ante él.

Vallejo encendió de nuevo la sirena, lo que hizo que los coches se echasen a un lado, permitiéndole pasar por el medio.

—¿Ves cómo era necesaria? —murmuró con sorna.

No tuvieron que esperar mucho para llegar a su destino, un enorme polígono industrial situado al sur de Villaverde y en cuya entrada, un policía de uniforme les indicó el camino que debían seguir. Circularon por una calle con solares vacíos a ambos lados, hasta alcanzar una nave que parecía aislada del resto del polígono. Estaba construida en hormigón y tenía un gran portón gris plegado hacia arriba, para permitir el paso de vehículos al interior. Junto a él había una puerta más pequeña y luego un par de ventanas encima, en la planta superior. Tres «zetas» bloqueaban la calle en ambos sentidos, junto con una ambulancia del SUMMA, cuyos

sanitarios estaban apoyados en ella con caras de aburrimiento.

En cuanto Vallejo aparcó junto a uno de los vehículos patrulla, Verónica descendió y fue al encuentro del policía que estaba ante el portón gris de entrada al edificio.

—Subinspectora Cuevas, de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos —se presentó—. ¿Habéis identificado ya a la víctima?

—No hemos tocado nada.

—¿Y eso qué significa?

—Que no registramos su ropa en busca de la documentación. Nos limitamos a comprobar que estaba muerta y a dejarlo todo tal y como se encontraba, hasta que venga la Policía Científica.

—Habéis hecho bien —intervino Vallejo llegando a su altura—. ¿Dónde está el cuerpo?

—Al fondo de la nave, dentro de un cuarto.

—¿Quién lo encontró?

—El dueño. Vino esta mañana, alrededor de las ocho, porque había quedado con un cliente interesado en alquilarla. Al parecer, la nave lleva varios meses sin uso, desde que la anterior empresa quebró, así que quiso comprobar el estado en el que se encontraba.

—¿Cuánto llevaba sin venir por aquí?

—Un par de meses, por lo menos. Al entrar descubrió el primer cadáver en un cuarto que hay en la planta baja, así que avisó de inmediato al ciento doce.

—¿El primer cadáver? —preguntó Verónica, sorprendida.

—Sí, el de la mujer. Cuando llegamos y revisamos el lugar, uno de los compañeros encontró otro cuerpo sin vida, el de un hombre, en la oficina que hay en el piso de arriba.

Ella ya no escuchó nada más. Entró en el edificio con paso apresurado, mientras Vallejo y el policía trataban de seguirla. La nave no era excesivamente grande, con espacio para media docena de furgonetas, como mucho. El único vehículo que había en el interior era un Opel Corsa rojo, cuyo propietario ella lo conocía muy bien. Al fondo vio una fila de estanterías de almacenaje vacías y a la derecha, una escalera metálica que conducía al piso superior. Bajo ella había una puerta abierta, que daba a un cuarto con la luz interior encendida y que supuso que era el lugar donde se encontraba el primer cadáver. Lo confirmó en cuanto se asomó.

—Es ella… Es Rebeca —dijo con la voz quebrada.

Estaba tirada en el suelo bocabajo, desnuda, sobre un viejo colchón lleno de lamparones. Tenía las manos atadas a la espalda y la cara de lado, con un orificio de entrada de bala en la frente. Por el estado de la parte posterior de su cráneo, sin apenas desprendimiento, supuso que de gran calibre. Probablemente un veintidós.

Los ojos de la víctima, abiertos e inertes, reflejaban un velo de asombro, como si la muerte la hubiese alcanzado por sorpresa, sin que la esperase.

—Pobre mujer —murmuró Vallejo, situándose a su lado.

—Necesito ver el otro cadáver —dijo apartándose. No soportaba seguir viendo el cuerpo de la víctima.

—Está ahí arriba —señaló el policía que les había recibido en la puerta.

Subieron las escaleras metálicas, que los llevó a una planta superior, ocupada en su totalidad por una oficina cuyos ventanales daban a la calle. Al fondo había una mesa con restos de comida y al lado, un colchón bastante similar al del cuarto de abajo. Tirado sobre él estaba el cuerpo sin vida de un hombre de unos cuarenta años. Tenía un orificio de bala en la sien derecha y la pistola con la que se había quitado la vida estaba en el suelo, muy cerca de su mano. Era del calibre veintidós, tal y como Verónica había supuesto.

—Se ha suicidado —murmuró Vallejo.

—¿Por qué? —le replicó ella con rabia—. Si ya tenía decidido suicidarse, ¿por qué tuvo que matar antes a su mujer? ¿Por qué no se pegó un tiro y ya está?

—Porque eso sería hacerle un favor al mundo y estos tíos no son así. Ni siquiera un psiquiatra sabría qué respuesta darte. Unos te dirán que se quitan la vida tras ser conscientes de lo que han hecho en un ataque de enajenación pasajera, y de las consecuencias que tendrán sus actos. Al ser incapaces de afrontarlo, se suicidan. Otros, simplemente lo tenían planeado de antemano. Ya habían decidido quitarse la vida, solo que se niegan a hacerlo sin llevarse por delante a alguien más con ellos.

—Si lo hubiésemos detenido ayer, ahora Rebeca estaría viva y su hijo no sería huérfano.

—Lo sé. Menos mal que el bebé está ingresado en el hospital.

—¿Crees que ese cabrón psicópata lo habría matado, de estar con su madre?

Vallejo no respondió a la pregunta. Se limitó a encogerse de hombros.

—Vamos, deberíamos salir de aquí y esperar a que lleguen los de la Científica.

Mientras Verónica seguía sus pasos, intentó que la frustración no se apoderase de ella. Aquel era un triste final para una investigación que apenas había durado dos días.

Rebeca Collado estaba casada desde hacía cuatro años con Julio Pastor, diez años mayor que ella y que ya había pasado por dos matrimonios. Un hombre con un cierto encanto y don de gentes, aunque posesivo y manipulador, según les contó la amiga con la que Rebeca vivía actualmente.

Todo cambió cuando se quedó embarazada. Creyó que la actitud de él cambiaría al saber que iba a ser padre y que querría darle al niño un hogar estable, pero no fue así. El comportamiento de Julio hacia ella se volvió frío y distante, tanto que ni siquiera la acompañó al hospital cuando el parto se adelantó dos meses a la fecha prevista. Tampoco la visitó durante el tiempo que estuvo ingresada. Por ese motivo, el día que le dieron el alta, se fue directa a casa de una amiga que vivía en Getafe, a un kilómetro del hospital donde había dado a luz. Por desgracia, no pudo llevarse a su hijo con ella, debido a que permanecía en una incubadora, por problemas derivados del parto adelantado.

Dos días después, en una de las visitas que realizaba a diario para ver a su hijo, Rebeca desapareció camino del hospital. No llegó a él y tampoco regresó a casa de su amiga.

Vallejo y Verónica entraron en la investigación cuando ya llevaba una semana en curso y lo primero que hicieron fue entrevistar al marido de la desaparecida. En esa conversación, Verónica estuvo segura de su implicación, aunque al no disponer de pruebas para acusarle, no pudieron detenerle. Eso había sido el día anterior.

—¿Crees que la mató después de hablar con nosotros —preguntó Verónica mientras salían a la calle—, o que ya estaba muerta cuando vino a la comisaría?

—Habrá que esperar a lo que diga el forense, aunque si la mató después, no es culpa nuestra —respondió su compañero, consciente del motivo por el que lo preguntaba.

Aun así, ella protestó.

—Debimos detenerle.

—No teníamos pruebas y ya te he dicho que el único culpable de lo ocurrido es el asesino. Estas cosas pasan, Vero. Tienes que acostumbrarte.

—¿Tú te has acostumbrado? —dijo mirándole a los ojos.

Él le aguantó la mirada y respondió, con un deje de tristeza en la voz:

—La vida es una mierda. ¡Qué te voy a contar yo!

2

Verónica agradeció el agua templada que caía sobre su cuerpo y que ayudaba a que sus músculos se relajasen, después de una hora de entrenamiento. Llevaba cerca de un año acudiendo a aquel gimnasio, desde su regreso a Madrid tras resolver los crímenes de León, un caso que marcó un punto de inflexión en su carrera. Y también en su vida personal.

Ser capaz de defenderse a sí misma se convirtió en una exigencia a partir de ese momento. Acudía a clases de defensa personal dos veces por semana, a aquel gimnasio situado a diez minutos de su trabajo y salía a correr los fines de semana unos cuarenta minutos. También iba con regularidad a la galería de tiro, para realizar ejercicios de tiro con pistola y al menos una vez al mes hacía una ruta por la Sierra, para respirar aire puro y disfrutar de la naturaleza.

Muchas cosas habían cambiado en la vida de Verónica durante el último año. El más importante era que ahora vivía en casa de Marcos, cuyo chalé estaba situado frente al suyo. Lo que hasta entonces eran encuentros esporádicos, se convirtió en algo más serio tras su regreso de León. Fue algo que surgió sin más. Simplemente, se despertó por la mañana abrazada a él y pensó que sería una buena idea pasar el día juntos. Esa noche volvió a dormir en su casa y al siguiente también, hasta que ambos decidieron que era una tontería pagar dos alquileres. Después de todo, ella tampoco necesitaba mucho espacio para guardar sus cosas.

Eso fue el inicio de una convivencia en pareja que duraba ya un año y en la que cada vez se sentía más a gusto.

Tras la reparadora ducha, Verónica se vistió y abandonó el gimnasio para regresar a casa. En principio, esa noche tenía planeado cenar con Marcos en un restaurante de ambiente romántico, situado cerca de la Plaza Mayor de Madrid, pero decidió cancelarlo antes de empezar el entrenamiento. El asesinato de

Rebeca Collado el día anterior y el informe que el forense les remitió esa tarde le había dejado muy mal cuerpo, sobre todo por la frustración que sentía.

Por más que lo intentaba, no podía apartar de su mente la idea de que Rebeca estaba muerta porque ella había permitido que su marido saliese libre, después de interrogarle sobre su desaparición. Durante el interrogatorio, Verónica había intuido que el marido era culpable, pero fue incapaz de encontrar un motivo para encerrarle. Un hecho que la mortificaba, sobre todo tras confirmar la autopsia que la mujer había fallecido doce horas antes de encontrarse su cuerpo. Es decir, su marido la había asesinado después de abandonar la comisaría.

Las pruebas de las que disponían apuntaban a que el asesino la había tenido retenida en la nave del polígono de Villaverde desde el día del secuestro. Este se había producido en el trayecto que iba desde el piso de la amiga, en la calle Alcalde Jesús Prieto, hasta el hospital. Un recorrido de veinte minutos a pie por la avenida de la Paz, donde desapareció sin que hubiese ningún testigo, quizás porque había subido de forma voluntaria al coche de su marido, desconociendo sus intenciones.

De ahí, el asesino se la llevó al polígono situado tres kilómetros al norte, a la nave donde había trabajado unos meses atrás hasta que la empresa cerró, pero de la que conservaba una copia de las llaves. Una vez allí, la ató y encerró en un cuarto de la planta baja, donde nadie podía escuchar sus gritos. La golpeó y violó en repetidas ocasiones, a tenor de los moretones que presentaba en su cuerpo. La autopsia también desveló que no la alimentó durante el tiempo que duró el cautiverio.

Verónica tenía claro que el desencadenante del crimen había sido que le interrogasen como sospechoso. Al sentirse acorralado, el marido decidió poner fin a todo, asesinando primero a su mujer y quitándose luego la vida. Algo que se podía haber evitado, si le hubiesen detenido antes de que abandonase la comisaría de Hortaleza y pusiese un pie en la calle.

Ni las palabras de Vallejo, ni las de Marcos, lograron impedir que Verónica se culpase de la muerte de Rebeca Collado. Por ese motivo, esa tarde, prefirió entrenar sola y golpear el saco de boxeo hasta quedarse sin fuerzas, como si con ello pudiese liberar su

mente del sentimiento de culpa. No lo consiguió, aunque al menos se agotó lo suficiente como para no desear otra cosa que meterse en la cama, nada más llegar a casa.

Pensaba en ello mientras se dirigía a la puerta de salida del gimnasio, cuando escuchó una voz a su espalda.

—Nunca he visto a una mujer golpear un saco con tanta fuerza como tú.

Al girarse, vio que se trataba de un hombre al que no conocía, de unos treinta años, que la miraba con una leve sonrisa dibujada en los labios. Era atractivo, con el pelo oscuro y corte tipo militar. Le sorprendió el hecho de que fuese perfectamente afeitado, algo cada vez menos frecuente en muchos hombres. Eso le permitió ver unas facciones suaves, en las que destacaban unos ojos color miel que transmitían seguridad, a la vez que cierta melancolía.

Aunque le pareciese atractivo, Verónica no estaba de humor para seguir el juego al enésimo imbécil que trataba de ligar con ella desde que iba a ese gimnasio.

—Ya —se limitó a decir con desgana, para acto seguido continuar su camino.

Salió a la calle, donde la noche ya había extendido su manto y, apenas un minuto después, circulaba en su coche por las calles de Madrid de regreso a casa. Lo hizo al ritmo de la música que sonaba en la radio, una emisora que emitía temas de los ochenta y los noventa y a la que se había aficionado, después de la insistencia de Vallejo de que las canciones de su juventud eran las únicas que merecían la pena.

Estaba cerca de llegar a su destino, cuando escuchó la melodía de su teléfono móvil a través de los altavoces del vehículo, así que pulsó uno de los botones del volante para responder.

—Dime —contestó después de ver el nombre de su compañero en una de las pantallas del salpicadero.

—Vero, soy Vallejo.

—Lo sé. Dime.

—¿Te pillo ocupada?

—No, estoy volviendo del gimnasio a casa. ¿Ocurre algo?

—Hace un rato me ha llamado la madre de Rebeca Collado. Al parecer, su nieto ha fallecido.

—¿Su nieto? —preguntó desconcertada.

—El hijo de Rebeca, el que estaba en el hospital en una incubadora. No pudo superar la enfermedad con la que nació y ha muerto esta tarde.

—Pobre —acertó a decir—. Estará destrozada.

—Lo está. Primero pierde a su hija y ahora a su nieto. ¡Menuda tragedia!

Eso hizo que Verónica se sintiese aún peor por la muerte de Rebeca.

—La cuestión es que quiere hablar con nosotros —prosiguió Vallejo—. Dice que hay algo que no le cuadra de la muerte de su nieto.

—¿En qué sentido?

—No quiso decírmelo por teléfono, así que he quedado con ella mañana a primera hora.

—Mañana me tocaba descansar.

—Es cierto, se me había olvidado. No te preocupes, puedo ocuparme yo.

—Es igual. Tampoco tengo nada importante que hacer en casa y me vendrá bien tener la mente ocupada.

—¿Entonces, nos vemos mañana jueves a primera hora?

—Sí, perfecto.

La llamada se cortó justo cuando entraba a la urbanización en la que vivía, donde la mayoría de las casas ya tenían las luces encendidas. Casi se podía decir que era una pequeña ciudad dormitorio, dado que la mayor parte de los vecinos trabajaban durante el día y apenas se veía movimiento hasta caer la noche. El lugar era perfecto para vivir, situado en la zona norte de Leganés, a media hora de su trabajo y con un buen acceso siguiendo la
M-40.
Era una zona cara, aunque el chalé adosado que había comprado era fruto de un embargo. Eso hizo que bajase mucho el precio y que fuese más asequible, que pagar un alquiler en cualquier otra parte de Madrid.

El único inconveniente: que era una casa demasiado grande para ella sola. Contaba con tres habitaciones repartidas en dos plantas, más un garaje situado bajo la vivienda. Mucho espacio desaprovechado y más teniendo en cuenta que pasaba todo el tiempo en casa de Marcos, por eso decidió buscar una agencia

inmobiliaria y alquilarla. De ese modo cubría los gastos de hipoteca y podía ahorrar algo más de dinero.

Por desgracia, el matrimonio que la había alquilado los últimos cinco meses acababa de marcharse, así que ahora estaba a la espera de un nuevo inquilino.

—Ojalá la agencia no tarde mucho en encontrar a alguien —murmuró mientras aparcaba delante de su casa, como tenía por costumbre. El garaje de Marcos solo tenía espacio para un vehículo, así que ella siempre dejaba el suyo en la calle.

Después de sacar la bolsa de deporte del maletero, cerró el coche y cruzó la calle hasta la portilla de hierro que daba acceso a la casa de Marcos. Al abrir, vio que él la estaba esperando en la puerta, fumando un cigarrillo electrónico con aroma a frutas del bosque.

—Pareces cansada, cari —le dijo mientras recorría el camino de baldosas que conducían al pequeño porche de entrada a la vivienda.

—Lo estoy. Siento haber cancelado nuestros planes para esta noche.

—No pasa nada. La verdad es que a mí también me apetecía cenar en casa, más tranquilos. —Verónica subió los cuatro escalones y al llegar a su altura besó sus labios—. Tengo una pequeña sorpresa para ti.

Marcos la condujo hasta el comedor, donde la mesa estaba adornada con varias velas de colores y un jarrón con flores en el centro. En el interior de una cubitera había una botella de vino blanco, aunque lo que captó de inmediato la atención de Verónica fue que dentro de uno de los platos hubiese una pequeña caja de cartón con un lazo.

—Eres un encanto —dijo mirándole con una sonrisa de agradecimiento—. ¿Y eso qué es?

—Ábrela.

Verónica cogió la cajita, deshizo el lazo y luego la abrió. Sobre una cama de bolas de algodón, vio una cadena de oro de la que colgaba un pequeño corazón hecho con diminutas piedras brillantes.

—¡Dios, me encanta! —exclamó emocionada—. Es precioso.

—Y exclusivo. No encontrarás otro igual —dijo Marcos mientras se acercaba a ella.

—Pero tiene que ser carísimo.

—Me salió más barato de lo esperado. Lo cierto es que tiene un ligero defecto. Le falta uno de los pequeños diamantes en la parte inferior, por eso el joyero me lo dejó más barato, aunque apenas se nota.

Ella le miró sorprendida.

—¿De verdad que son diamantes?

—Eso me dijo.

—No tenías que gastarte tanto dinero.

—Ya te digo que me hizo una rebaja. Además, me gusta verte feliz.

—No necesito que me regales joyas para ser feliz.

—Si quieres, lo devuelvo.

—¡De eso nada! —replicó ella soltando una carcajada a continuación.

—Me apetecía que esta noche fuese especial, para que veas que tampoco hace falta salir de casa para tener una cena romántica. ¿No te parece?

—Lo que me parece es que me voy a saltar la cena y vamos a pasar directamente al postre —aseguró Verónica rodeándole el cuello con sus brazos y besándole con pasión.

3

A la mañana siguiente, Verónica llegó al trabajo con una media sonrisa que ni pudo ni quiso disimular. Se sentía feliz y no solo por la noche romántica que Marcos le había regalado. Con él había encontrado una estabilidad emocional que antes de conocerle no creía posible. Ambos disfrutaban mutuamente de la compañía del otro, pero sin que cada uno perdiese su espacio.

Marcos solía pasarse la mayor parte del día escribiendo o realizando tareas relacionadas con su oficio de escritor: entrevistas, publicidad, marketing… En ese momento era uno de los escritores independientes más leídos en España a través de la plataforma número uno de venta en Internet. Muchos le auguraban una excelente carrera profesional y un futuro muy prometedor, incluso una productora había contactado con él para hacer una serie de su primera novela.

Verónica, por su parte, seguía dedicada a su trabajo en la Brigada de Homicidios y Desaparecidos, donde tanto ella como Vallejo disfrutaban de una situación privilegiada. Tras el éxito de la investigación que habían llevado a cabo un año atrás en León, el comisario general de la Policía Judicial había decidido que se ocupasen solo de los casos que requiriesen la intervención de la Brigada dentro de la Comunidad de Madrid. Nada de viajes por otras comunidades de España y pasarse semanas enteras fuera. Eso les había permitido estar más tiempo en casa y, en el caso de ella, poner orden en su vida. El único lado negativo era que muchos compañeros de la Brigada los miraban con recelo, incluso con envidia, aunque era algo que no la preocupaba demasiado.

—¿Una buena noche? —le dijo Vallejo a modo de saludo, cuando entró en las oficinas de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Llevaba puesta su inseparable gabardina gris, que no parecía quitarse ni para dormir.

La Brigada estaba situada en la primera planta de uno de los

edificios que componían el Complejo Policial de Canillas, en el distrito de Hortaleza. Era una amplia sala totalmente diáfana, donde las mesas de los investigadores se sucedían a ambos lados de un pasillo central.

—Una noche tranquila —disimuló ella.

—Por tu sonrisa no lo parece. Te veo muy enamorada.

Verónica sintió un ligero rubor en sus mejillas. Marcos se había convertido en alguien muy importante en su vida. Lo pasaba muy bien cuando estaban juntos y en él había encontrado el equilibrio que llevaba tantos años necesitando, pero hablar de amor eran palabras mayores.

—¿Ya ha llegado la madre de Rebeca? —preguntó para cambiar de tema.

—Estará al caer.

—Menuda desgracia que haya muerto el bebé.

—Era de esperar, dado que nació con casi dos meses de antelación.

—No entiendo por qué —reflexionó en voz alta Verónica—. Pensé que, con los actuales adelantos médicos, es menos probable que pasen estas cosas.

—Nació con un problema congénito de corazón, por lo que me comentó la abuela.

—De todas formas, quizás fuese lo mejor.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Vallejo, mirándola extrañado.

—No habría resultado fácil para el niño crecer sabiendo que su padre mató a su madre y que luego se pegó un tiro. Esas cosas te marcan.

—¿A ti te marcó lo que te sucedió de niña?

Verónica notó cómo su pulso se aceleraba.

—Sabes de sobra que sí.

—Y, sin embargo, estás aquí. Saliste adelante. ¿Por qué no iba a conseguirlo él?

—Ya, pero… —La voz de Verónica se cortó al darse cuenta de que su compañero tenía toda la razón. No había sido un comentario muy acertado por su parte—. Sí, me imagino que él también lo habría conseguido.

—La pena es que ya nunca lo sabremos. Mira —dijo entonces señalando hacia la puerta de entrada a la sala, donde una mujer de

unos setenta años acababa de llegar, acompañada de un policía de uniforme—, debe ser esa. Será mejor que la llevemos a un lugar donde hablar a solas con ella.

El aspecto de la madre de Rebeca Collado era el de una persona que parecía haber tocado fondo. Rostro poblado de arrugas, grandes ojeras y mirada apagada. Ni siquiera parecía haberse peinado esa mañana, lo que le daba aspecto de persona desequilibrada, o al menos poco centrada. Descubrieron el motivo cuando comenzó a hablar.

—Perdí hace un año a mi marido por un cáncer fulminante y Rebeca era nuestra única hija. —Su voz se quebró y necesitó sacar un pañuelo de su bolso para secarse las lágrimas que inundaron sus ojos—. Lo siento.

—Tranquila —dijo Vallejo sentado frente a ella, con Verónica a su lado—. Tómese el tiempo que necesite.

Tuvieron que esperar hasta que la mujer cesó en el llanto y se recuperó.

—Mi hija y yo… —arrancó a decir, haciendo una pequeña pausa para tomar aire—. La verdad es que desde el funeral de su padre no hablábamos mucho. A mí nunca me gustó Julio, su marido, pero ella estaba demasiado enamorada de él, como para hacerme caso. Siempre fue una niña muy rebelde, que hacía lo que quería y no escuchaba a nadie.

—Todos hemos pasado por esa etapa, es normal.

—Cuando dio a luz en el hospital, me llamó. Llevaba meses sin hacerlo —prosiguió la mujer dejando asomar una mínima sonrisa melancólica en sus agrietados labios—. Solo dijo que quería volver a casa conmigo, pero que antes necesitaba poner en orden su vida.

—Iba a separarse de su marido —aseguró Vallejo.

—Lo sé, la amiga con la que se fue a vivir al salir del hospital me lo contó. No sé por qué no vino directa a casa, conmigo. Yo la habría protegido —dijo antes de romper a llorar de nuevo.

Verónica miró a su compañero y se encogió de hombros, como intentando transmitirle que aquello no llevaba a ninguna parte. Él asintió y preguntó:

—¿Dónde vive usted?

—En Guadalajara, al lado del hotel La Laguna —respondió la mujer, recuperándose—, aunque vivimos muchos años en Madrid.

Cuando mi marido se jubiló decidimos irnos a un sitio más tranquilo.

—¿Y por qué quería vernos? —preguntó con sequedad Verónica, a quién el ritmo de la conversación empezaba a impacientarla.

Vallejo le lanzó aquella mirada de desaprobación tan característica en él, cuando ella decía o hacía algo con lo que no estaba de acuerdo y acto seguido se dirigió a la mujer:

—Cuando me llamó usted ayer —dijo suavizando el tono—, comentó que había algo extraño en la muerte de su nieto.

—Así es. —La mujer respiró profundo antes de continuar—. El día que mi hija apareció muerta fue una locura, como podrán imaginarse. Yo estaba en estado de shock y no fue hasta el día siguiente que reaccioné. La amiga de mi hija, que la verdad es que es un encanto, me explicó que mi nieto estaba ingresado en el hospital, en la UCI de neonatos, así que fui a verle. Era lo único que me quedaba de ella y… —Hizo una breve pausa para retener la ganas de llorar—. Fue como un rayo de esperanza entre tanta tragedia.

—Es lógico.

—Sin embargo, al llegar al hospital no me dejaron verlo. Primero me dijeron que estaban prohibidas las visitas a la sala de las incubadoras y luego, después de tenerme una hora esperando, se presentó el director del hospital, un médico muy estirado, que me dijo que el bebé acababa de fallecer por culpa de una afección cardiaca. Por un momento me quedé bloqueada, ni siquiera entendí las explicaciones médicas que me dio, pero cuando reaccioné le dije que quería ver el cuerpo del bebé. Él intentó convencerme de lo contrario, diciendo que podía impresionarme mucho el estado en que se encontraba y que era mejor que me quedase con su recuerdo de cuando estaba vivo.

—Pero usted nunca había visto al bebé —intervino entonces Verónica.

—Lo sé, por eso insistí tanto en verle. Finalmente, me respondió que lo prepararía todo y, después de tenerme casi otra hora esperando, una enfermera pelirroja me acompañó al depósito del hospital. Allí me enseñó el cuerpo de mi nieto.

—¿Y cuál es el problema? —dijo Verónica, que al momento se dio cuenta de lo cortante que había sonado su pregunta—. Es decir,

¿vio algo raro en él?

—Pues claro que lo vi —le replicó la mujer, ofendida—. Estaba muy rígido y el color de la piel del niño no era normal. Era todo muy raro.

—¿En qué sentido?

—Para empezar, ni siquiera me dejaron tocarlo ni cogerlo en brazos. Según la enfermera, no estaba permitido. Pero yo creo que ese no era mi nieto —afirmó la mujer llevándose las manos al pecho —. Algo aquí dentro me lo dice.

—¿Tiene alguna foto suya con la que poder demostrarlo?

—No, su madre no me envió ninguna cuando nació.

—Entonces…

—Quiero que investiguen la desaparición de mi nieto —exigió la mujer con voz autoritaria.

Verónica sacudió la cabeza, negando.

—Lo siento, pero acaba de decir que no conocía a su nieto, que nunca lo había visto y que no tiene ninguna foto suya.

—Le digo que ese niño no era mi nieto.

Al mirar a Vallejo, vio que su compañero también parecía desconcertado, así que dejó que hablase él.

—Verá, señora, no podemos investigar una desaparición sin pruebas de que realmente haya sido así.

—Le digo que ese no era mi nieto —repitió, apretando los dientes—. Se suponía que había muerto dos horas antes, como mucho, pero el bebé que me enseñaron estaba rígido.

—¿Y no le dieron ninguna explicación en el hospital?

—La enfermera que me acompañó, que, por cierto, fue bastante seca conmigo, me dijo que el *rigor mortis* en los bebés era mucho más rápido que en los adultos.

—No tengo constancia de que eso sea cierto —comentó pensativo Vallejo.

—Yo sí —le contradijo Verónica—. En los niños y los ancianos, la rigidez es más rápida y dura menos tiempo.

—Tienen que ir al hospital y hacerle una prueba de ADN o de esas que hacen ustedes y así verán que ese bebé no es mi nieto —exigió la mujer.

—No podemos hacer eso sin una orden judicial —le explicó Vallejo—. Lo único que podemos hacer, si insiste, es acercarnos al

hospital y ver el cuerpo para comprobar si hay algo raro.

Verónica resopló. Aquello se le antojaba una pérdida de tiempo, pero su compañero no parecía estar de acuerdo.

—Claro que insisto. Deberían hablar con el director del hospital y que les enseñe el bebé. Es más, iré con ustedes.

—Lo siento, pero eso no es posible. Nosotros nos encargaremos y la llamaré si averiguamos algo.

La mujer asintió, aunque lo hizo contrariada.

—Nunca debí dejar que Rebeca diese a luz allí. Si hubiese hablado conmigo antes… —dijo mientras sus ojos se llenaban de nuevo de lágrimas—. Tenía que haber venido a Guadalajara para que yo la cuidase, pero ella me apartó de su vida hace mucho tiempo, después de conocer a ese… ¡asesino!

La mujer no pudo más y rompió a llorar desconsolada, lo que provocó que Verónica torciese el gesto, contrariada. El buen humor con el que se había despertado esa mañana y que la había acompañado hasta el trabajo, acababa de disiparse de golpe, dejando asomar de nuevo la culpa por la muerte de Rebeca.

Si hubiese detenido a su asesino tras interrogarle, nada de todo aquello habría pasado.

4

El hospital Virgen de la Cruz estaba situado en Getafe, cinco kilómetros al sur del polígono industrial donde había aparecido el cadáver de Rebeca. Por lo que Verónica pudo averiguar de camino, el hospital pertenecía a un grupo hospitalario privado llamado HMS. No había mucha información sobre él, solo que había sido fundado en los años cuarenta, después de la Guerra Civil, por el doctor Luis Abellán Corrales.

Aparte del compromiso de atención al enfermo y la descripción de una serie de valores médicos, le resultó curioso que en su web hubiese un apartado titulado «Ser madre». En él se describía la importancia de los nacimientos en la sociedad actual, motivo por el cual, el servicio asistencial de maternidad estaba abierto a cualquier persona que lo solicitase, independientemente de que tuviese seguro médico de sanidad pública o privada. Incluso había una guía de embarazo, en la que se hablaba de todas las cuestiones a tener en cuenta durante su duración, así como del parto y de los trámites administrativos.

«Tus hijos son nuestra prioridad», rezaba su lema.

No quiso leer más. Ser madre no era algo que tuviese en mente en ese momento, al menos a corto plazo. Tenía claro que antes de traer una nueva vida a este mundo debía estar bien consigo misma y todavía le quedaba camino que andar en ese sentido.

—¿Estás bien? —preguntó Vallejo—. No has abierto la boca desde que salimos de Hortaleza.

—Estaba mirando información sobre ese hospital al que vamos. Parece que le dan bastante importancia a la maternidad.

Él la miró de reojo, alzando una ceja.

—¿No estarás pensando en ser madre?

—Para nada —le replicó de inmediato— y menos después de ver a la madre de Rebeca Collado.

—¿Por qué lo dices?

—Tiene que ser muy duro traer una hija a este mundo, criarla y sacarla adelante, para que luego venga un psicópata y la quite de en medio. No me extraña que haya perdido la cabeza.

—¿En serio crees que está loca?

—¿Tú no? Toda esa historia de que el bebé que le enseñaron no era su nieto, ¿no te pareció que rayaba la locura?

—Lo que me parece es que lo está pasando muy mal y que es normal que eso la afecte.

—Esa mujer lo ha perdido todo en la vida, primero a su marido, luego a su hija y después a su nieto. Se ha quedado sola en el mundo.

—Muchos estamos solos en el mundo.

—No compares. Tú estás solo porque te has divorciado, no porque tu mujer esté muerta —comentó Verónica al intuir por qué lo decía.

—A veces pienso que sería mejor que lo estuviese —le replicó él con visible rencor.

—No digas esas cosas.

En ese momento llegaron al aparcamiento del hospital dividido en dos edificios, uno principal de seis plantas y otro anexo de tres, unidos por un pasadizo en la primera planta.

—¿Sabes que Lore trabaja en este hospital? —comentó Vallejo mientras bajaban del vehículo para dirigirse a la entrada.

—¿Lo dices en serio?

—Es enfermera, pensé que te lo había dicho.

—No.

—Lo dejó cuando nos casamos, pero después de separarnos volvió a trabajar.

—¿Y trabaja aquí?

—Eso me contó mi cuñado, el único de su familia con el que mantengo algún contacto. Dice que ahora sale con un piloto de Iberia, un tío estirado con un sueldo bastante más alto que el de un policía. El imbécil se torció un tobillo jugando al golf y ella lo atendió. Un flechazo a primera vista, según mi cuñado —dijo con evidente resentimiento—. Se ve que no ha tardado mucho en olvidarme.

—Mejor para ti. Tú también deberías olvidarte de ella y comenzar una nueva vida.

—¿Con cincuenta y tres años? Ya me dirás cómo.

—No es imposible.

—Estoy cansado, Vero. Lo único que me apetece la mayoría de los días es beber hasta perder el control.

—Bonito lema.

—Es de una canción de Los Secretos. Ya te he dicho que deberías escuchar más música de los ochenta.

—Si voy a terminar así de deprimida como tú, prefiero no hacerlo.

—Aprenderías grandes verdades de la vida.

—Ya.

Llegaron a la recepción, donde se identificaron y pidieron reunirse con el director del hospital. Tuvieron que esperar casi media hora hasta que este les recibió en su despacho. El hombre, de cabello poblado de canas y piel bronceada, ni siquiera se levantó a saludarles. Sentado detrás de su mesa, se limitó a señalarles las sillas que había delante de ella.

—Por favor, siéntense —dijo con voz seca.

—Soy el inspector Vallejo y esta es mi compañera, la subinspectora Cuevas. Gracias por recibirnos —le replicó mientras tomaban asiento.

—Doctor Felipe Abellán. ¿Ocurre algo? —preguntó el hombre mirándolos con desconfianza, a la vez que se acariciaba su perilla recortada.

—Venimos por el fallecimiento de un bebé, el hijo de Rebeca Collado.

—¡Ah, sí! —exclamó a la vez que asentía con la cabeza—. La madre murió asesinada y poco después también su hijo. Una tragedia.

—¿Poco después? —preguntó Verónica, extrañada—. ¿No murió ayer?

—¿Perdón?

—La madre de Rebeca nos ha dicho que vino ayer a ver a su nieto, un día después de que muriese su hija, y que le dijeron que el bebé acababa de fallecer.

—Sí, bueno… A eso me refería —rectificó forzando una ligera sonrisa—. Murió un día después de su madre, lo que sigue siendo una pena.

—¿Cómo falleció? —preguntó Vallejo.

—Por una complicación derivada de un problema cardiaco congénito, que su débil cuerpo no logró superar.

—¿Podríamos hablar con el médico que trató al bebé?

—Soy yo.

—¿Usted?

—Soy el jefe de pediatría, además de director del hospital desde hace diez años —dijo con tono orgulloso—. No sé si saben que mi abuelo fundó este hospital.

—Sí, después de la Guerra Civil —recordó Verónica.

—Así es, aunque lo vendió en los años sesenta a una corporación privada llamada HMS hospitales, a cambio de que siempre hubiese un miembro de la familia en la dirección. Mi padre ocupó el puesto durante cuarenta años, hasta que se jubiló y yo lo sustituí.

—La cuestión es que nos gustaría ver el cuerpo del bebé —aseguró Vallejo.

—¿Perdón?

—El bebé fallecido. Queremos ver su cuerpo.

—¿Y eso por qué?

—La abuela tiene dudas de que sea su nieto.

El médico pareció sorprendido.

—¿Lo está diciendo en serio?

—Se le ha metido en la cabeza que el bebé que le enseñaron no era su nieto —intervino Verónica encogiéndose de hombros, como si no le diese importancia.

—No entiendo por qué, ella misma me dijo que no lo conocía.

—Ya, pero dice que el bebé que vio tenía algo raro.

—Nos gustaría verlo —la secundó Vallejo.

—Lo siento, me temo que eso no será posible. Esta mañana incineraron al bebé.

—¿Cómo dice? —preguntó Vallejo, incrédulo.

—Es el procedimiento.

—¿Qué procedimiento?

—Al ingresar en el hospital, la madre del niño firmó una autorización para que, en caso de fallecimiento del bebé, nosotros nos hiciésemos cargo de los trámites y gastos derivados de él.

—¿Por qué ustedes?

—Es algo bastante habitual. Muchos padres, cuando pierden a

un hijo en el parto, luego no tienen valor para hacerse cargo de los actos funerarios, además de que son bastante costosos. El hospital Virgen de la Cruz es muy sensible ante situaciones así y les ofrecemos a los padres hacernos cargo de todo, sin ningún coste adicional para ellos.

—¡Qué generosos! —exclamó Verónica con evidente ironía.

—Es la política del hospital desde que mi padre se hizo cargo de la dirección y yo la he mantenido. No solo somos médicos, también somos personas. Si nadie quiere o puede hacerse cargo del bebé fallecido, nos ocupamos nosotros.

—¿Y la abuela no quiso hacerse cargo de él? —intervino Vallejo —. Porque no nos comentó nada de eso.

—Estuvo aquí para ver el cuerpo del niño, es cierto, pero en ningún momento dijo que quisiese hacerse cargo de las exequias. En realidad, estaba bastante afectada, tanto por la muerte del pequeño como de su hija y… bastante confusa.

—¿Qué quiere decir?

—Yo no soy psiquiatra, pero opino que esa mujer está algo desequilibrada. Cuando vio el cuerpo del bebé, primero quiso saber cómo había muerto y al explicárselo, se alteró bastante. Pueden preguntarle a la enfermera que la acompañó al depósito. Empezó a gritar que ese no era su nieto y que quería saber dónde estaba. Creo que la pobre mujer estaba muy afectada por todo lo sucedido y no pensaba con claridad.

—Lo que no entiendo es la rapidez por incinerar el bebé —dijo Vallejo—. ¿Acaso no le hicieron autopsia?

—En un caso así, no era necesario. Como ya les expliqué, el niño nació con una grave afección cardiaca. Pueden comprobar sus informes, si lo desean. —El médico cogió una carpeta que tenía sobre la mesa y se la entregó—. Ahí están los informes médicos del niño y el acta de defunción, por si quieren revisarlo. También está la autorización firmada por la madre, en la que nos legitimaba a hacernos cargo del bebé en caso de fallecimiento, como así hemos hecho.

Vallejo abrió la carpeta y echó un vistazo a los papeles que contenía, mientras el médico seguía hablando.

—Fue un niño demasiado prematuro, que nació con muy poco peso. Hicimos todo lo posible, pero no fue suficiente para salvarle la

vida. Por desgracia, esas cosas siguen sucediendo hoy en día, a pesar de todos los adelantos médicos.

—Ya veo.

—Y ahora si me perdonan… —concluyó poniéndose en pie—. Tengo bastante trabajo hoy y no puedo dedicarles más tiempo.

—¿Podría llevarme la carpeta?

—No, lo siento —dijo alargando la mano para que se la devolviese—. La documentación de los pacientes es confidencial, aunque ya ha podido comprobar que está todo en orden. Siento lo de esa pobre mujer, pero no hay nada raro en la muerte de su nieto, se lo aseguro.

—Volveremos en otro momento, si lo creemos necesario —dijo Vallejo poniéndose en pie y entregándole la carpeta.

—Por supuesto, cuando quieran. No hay problema.

—Una última pregunta —intervino Verónica levantándose a su vez de la silla—. ¿Por qué tuvieron a la abuela esperando una hora hasta poder hablar con usted?

El médico forzó una sonrisa antes de responder.

—Me encontraba en una reunión muy importante y no pude atenderla hasta que terminó. Dirigir un hospital como este exige mucho trabajo y dedicación.

—Ya veo.

—Y ahora si me disculpan…

El médico caminó hasta la puerta, que abrió invitándoles a salir. Vallejo lo hizo en primer lugar, seguido de Verónica, que miró al director a los ojos antes de abandonar su despacho.

Había algo en aquel hombre, que no le gustaba.

5

Verónica esperó hasta estar fuera del hospital para decir:

—Algo no me cuadra de ese médico. ¿Te fijaste en que ni siquiera se levantó para darnos la mano? Y luego, cuando mencionaste la rapidez con la que incineraron al bebé, buscó una disculpa para deshacerse de nosotros.

—Parecía ocupado.

—Más bien parecía tener ganas de que nos largásemos.

—De cualquier modo, creo que ya podemos dar el asunto por zanjado.

—¿Lo dices en serio? —le replicó ella, sorprendida—. ¿No te parece sospechoso que incinerasen el cuerpo tan rápido?

—Ya oíste lo que dijo sobre la autorización que firmó la madre.

—No sé, algo no encaja… —murmuró Verónica, reflexiva.

—¿En qué estás pensando?

—Quizás cometieron un error médico con el bebé y se dieron prisa en incinerarlo, para encubrirlo. Incluso parece que la visita de la abuela les cogió por sorpresa, por eso la tuvieron una hora esperando hasta que el médico habló con ella.

—Creo que estás dejando que se te dispare la imaginación.

—No es imaginación, es intuición y ha servido para resolver más de un caso —le replicó, molesta.

—Lo sé, pero en esta ocasión te equivocas. Los papeles que me mostró parecían en orden, firmados y sellados. Incluso el acta de defunción, con su número de registro civil y todo.

—¿No te resulta extraño que los tuviese preparados encima de su mesa?

—Lo que me parece es que este asunto ya no nos compete. Hablaré con la abuela en cuanto lleguemos a la Brigada y seguiremos con nuestro trabajo.

—¿No vamos a investigar más?

—No hay nada que investigar, Vero. A veces la vida es así y hay

familias a las que marca la tragedia. Debemos aceptar lo que la vida nos da.

—¿Esa frase la has sacado del servilletero de un bar?

—No, la decía mi abuelo. Un hombre sabio.

Subieron al vehículo y pusieron rumbo al Complejo Policial de Hortaleza.

—¿Te apetece que paremos a tomar algo? —preguntó él cuando se incorporaban a la autovía.

—No, gracias. Ya desayuné antes de salir de casa.

—Me alegra saberlo. La verdad es que has mejorado bastante en este último año.

—¿En qué sentido? —preguntó ella, extrañada.

—Ahora llevas el pelo suelto en el trabajo, cuidas tu alimentación y machacas tu cuerpo en el gimnasio tres veces por semana. Incluso te maquillas.

—No me maquillo, solo me pinto la raya de los ojos… y voy dos veces por semana al gimnasio.

—Ya, pero no me negarás que te cuidas mucho más que antes. Incluso me atrevería a decir que te estás convirtiendo en un pibón —aseveró con una sonrisa maliciosa.

—Tranquilo, Humphrey Bogart, no te vengas arriba. Te aseguro que no eres mi tipo —le replicó ella.

—Eso sí, el carácter no te ha cambiado mucho.

—¿Primero me halagas y ahora me llamas borde?

—Reconoce que te cuesta relacionarte con la gente.

—No entiendo por qué lo dices.

—Porque apenas hablas con el resto de los compañeros de la Brigada.

—¿Crees que no me he dado cuenta de cómo nos miran desde que resolvimos los crímenes de León?

—Es normal, somos los únicos que no tenemos que largarnos durante semanas de Madrid para colaborar en alguna investigación.

—¡Qué les den! Antes ninguno quería trabajar con nosotros, incluso se reían a nuestras espaldas y ahora resulta que nos envidian, porque dormimos cada noche en casa. Son unos capullos.

—No todos lo son.

—Me da igual.

—Ves, a eso me refiero. No terminas de entender que en este

trabajo hay que llevarse bien con los compañeros, aunque a veces nos caigan mal. Todos estamos en el mismo barco y nunca sabes con quién vas a tener que trabajar o cuando vas a necesitar la ayuda de alguien. Deberías ser más diplomática y hacer un esfuerzo para…

—De verdad, Vallejo, déjalo ya —le interrumpió—. Hoy no tengo el chichi *pa* farolillos.

Su compañero soltó una carcajada, antes de preguntar:

—¿Esa frase la has sacado de un servilletero?

—No, de una taza que me regaló Marcos por mi cumpleaños, aunque me gusta más otra que dice: «Hoy es un buen día para mandar a la mierda a más de uno». Es la taza en la que me tomo el café todas las mañanas, antes de ir a trabajar —comentó con mirada maliciosa.

Esta vez la carcajada de Vallejo fue más sonora.

—Espero que no lo hagas pensando en mí.

—De momento puedes estar tranquilo. Eres el único al que soporto.

—Me alegra saberlo.

—Aunque cada día le tengo más manía a esa gabardina gris.

—Pues yo le tengo mucho cariño —aseguró él acariciando la solapa—. Me la regaló mi mujer.

—Lo sé, el día antes de que te enterases que se acostaba con un vecino. Por eso sigo sin entender que le tengas tanto cariño.

—Me recuerda que todo en la vida es efímero. Además, me da aspecto de policía serio de la vieja escuela y eso impone respeto. ¿No te parece?

—Si quieres imponer respeto, deberías venirte al gimnasio conmigo y bajar esa barriga que desafía la resistencia de los botones de tu camisa —dijo ella conteniendo la risa—. Y tampoco te vendría mal afeitarte la barba. Te hace parecer demasiado mayor.

—Al menos no me has llamado viejo —replicó él con una leve sonrisa.

—Eso es porque todavía te respeto.

Vallejo asintió con la cabeza, conforme, y después pulsó el botón de encendido de la radio, donde en ese momento sonaba una melodía con bastante ritmo.

—¡Buah, menudo temazo! —exclamó soltando una de las manos

del volante para golpear con la palma el salpicadero, siguiendo el compás de la música—. *Maniac*, de Michael Sembello. ¡Subidón!

—Aunque en momentos así no te soporto —dijo Verónica rompiendo a reír.

De regreso a la Brigada, se encontraron con que el ambiente estaba algo enrarecido. Varios compañeros hablaban en pequeños grupos y un par de ellos pasaron a su lado con gesto preocupado.

Vallejo se acercó a la mesa de Quintero, uno de esos inspectores de la Brigada que la miraba siempre por encima del hombro.

—¿Qué es lo que pasa? —le preguntó.

—Tenemos nuevo inspector jefe en la Brigada.

—¿Y Garrido?

—El nuevo comisario general de la Policía Judicial ha aprovechado que estaba de baja por su operación de vesícula para hacer el cambio.

—¡Pero si solo lleva dos días de baja!

—Qué quieres que te diga —le replicó Quintero, encogiéndose de hombros—. Ese hombre ha entrado en la Policía Judicial como un elefante en una cacharrería y se ve que quiere cambiar bastantes cosas.

—¿Y qué pasa con Garrido?

—Lo ha destinado a la Brigada del Patrimonio histórico. Me alegro por él, es un buen sitio donde esperar la jubilación.

Verónica se mordió la lengua para no decir que ella también se alegraba de ello. El inspector jefe Garrido siempre le había parecido un capullo integral.

—¿Y quién va a ocupar su lugar?

—Un tipo que viene de Logroño. Un tal Olaya.

—No me suena —dijo Vallejo.

—Pues vas a conocerlo muy pronto. Ha dado la orden de que pasases a verle en cuanto llegases.

—¿Quién, yo?

—Sí. Te espera en su oficina.

—Pues sí que ha tardado poco en instalarse —comentó con ironía.

—Llegó hace una hora y, tras una breve charla de presentación a los que estábamos aquí, se ha metido en el despacho para ponerse

al día con las investigaciones en curso. Supongo que querrá hablar contigo de eso.

Vallejo se volvió a mirar a Verónica, que se limitó a asentir con la cabeza, a la vez que decía:

—Tranquilo, te espero en mi escritorio. Luego me cuentas.

En cuanto su compañero se alejó en dirección al fondo de la sala, donde se encontraba el despacho del inspector jefe, ella se sentó delante de su mesa. Dedicó unos minutos a pasarle un trapo a la superficie para quitarle el polvo y luego hizo lo mismo con los materiales de escritorio que había sobre ella: un vaso con bolígrafos, un calendario de mesa y un par de carpetas. También limpió la pantalla de su ordenador, así como el teclado y el ratón. No es que estuviese sucio, ya que al menos un par de veces por semana, una empresa privada se encargaba de la limpieza, pero fue como si escuchase la voz de Marcos diciéndole al oído: *Un espacio limpio y ordenado transmite buenas vibraciones y elimina el estrés*.

Entre las cosas positivas de haberse ido a vivir con él, estaba el hecho de que Marcos era una persona muy ordenada. Solo tenía en su casa lo estrictamente imprescindible y nunca acumulaba más de lo necesario. Todo lo contrario que ella antes de conocerle. Su casa siempre había sido un desastre. Ropa tirada por todas partes, la cama sin hacer la mayoría de las veces, platos dentro del fregadero… En su defensa siempre se había dicho a sí misma que su trabajo no le permitía pasar mucho tiempo en casa y cuando lo hacía, lo que menos le apetecía era limpiar y recoger. Prefería tirarse en el sofá con una manta y un cubo de palomitas, para ver una buena película y desconectar un rato.

Irse a vivir con Marcos cambió eso. Su casa era la misma definición del orden. Cada cosa en su sitio, todo limpio y él, como buen minimalista, solo tenía lo justo para vivir, sin lujos superfluos. Eso hizo que ella se contagiase de sus costumbres y pronto se acostumbró a tener sus cosas más ordenadas.

—Si has terminado con la tuya, puedes ponerte con la mía.

Verónica levantó la vista y observó a su compañero, plantado delante de su mesa. A pesar de que sonreía ligeramente, en su mirada vislumbró una sombra de preocupación.

—¿Qué tal ha ido todo con el nuevo jefe?

—Mejor lo hablamos tomando un café en el restaurante que hay

fuera del complejo —respondió él—. Necesito salir de aquí un rato.

—¿Tan mal ha ido?

—Se avecinan malos tiempos —aseguró mientras le daba la espalda para encaminarse hacia la salida.

6

Salieron del complejo y siguieron la calle a su izquierda, para dirigirse al restaurante que había a unos doscientos metros, haciendo esquina. Era el lugar donde solían comer a diario.

—¿Qué tal es el nuevo inspector jefe? —preguntó Verónica mientras caminaban.

—Parece buen tío —respondió su compañero—. Me ha dicho que mañana puedes cogerte el día libre que perdiste hoy.

—Por lo que dijiste antes, pensé que era otro imbécil, como Garrido.

—Cuando dije que se avecinan malos tiempos no lo decía por él, sino más bien por el nuevo comisario general. Parece que viene dispuesto a hacer limpieza.

—¿En qué sentido?

—Por lo visto, es un tío muy político, que no quiere que nadie le dé problemas y al que le gusta tener el control de todo.

—Pues lo va a tener difícil con todas las unidades que componen la Policía Judicial.

—No te creas. La primera orden que ha dado es que no quiere tratos especiales.

—¿Y eso qué significa?

—Que se nos acabó el chollo, Vero —sentenció mientras entraban en el local.

Caminaron hasta la barra, donde pidieron un par de cafés y acto seguido ocuparon una mesa solitaria al fondo de la zona de bar.

—¿A qué chollo te refieres? —preguntó entonces Verónica.

—Se acabó asignarnos solo casos en la Comunidad de Madrid. Olaya quiere que cerremos la investigación que tenemos entre manos y que preparemos la maleta para la siguiente que nos asigne.

—Ya está cerrada. Solo falta terminar con el papeleo y eso son un par de horas de trabajo, como mucho.

—Lo sé, pero también quiere revisar los casos que ha

investigado la Brigada durante este último año, los nuestros incluidos. Le he dicho que nos llevará unos días reunir toda la documentación y revisarla, así tendremos un poco de tiempo para hacernos a la idea. La verdad es que lo que menos me apetece ahora mismo es irme fuera de Madrid a trabajar. Ya me había acostumbrado a dormir todas las noches en mi cama.

—¿Qué cama? Vives en una pensión de mala muerte —dijo ella soltando una ligera risa a continuación.

—No es una pensión, es un hostal y mi cuerpo ya se ha acostumbrado al colchón. Además, está a diez minutos de aquí, caminando, así no necesito coger el coche para venir a trabajar a diario.

—¿Y por qué no te vas a vivir a mi casa? Ahora mismo está libre y te puedo dejar el alquiler a muy buen precio.

—¿Y para qué quiero yo un chalé de dos plantas? Además, tendría que coger el coche todos los días para ir y venir. Prefiero quedarme donde estoy ahora, que tengo un bar justo al lado del hostal, con música de los ochenta y en el que ya me han hecho cliente VIP.

—Como quieras.

Verónica tomó un sorbo de café, decidida a no discutir más con él del tema y luego preguntó:

—¿Y dices que el tal Olaya no es mal tío?

—Esa sensación me dio. Conocía mi historial y les restó importancia a los problemas que tuve en el pasado. Simplemente, me dijo que a partir de ahora tenía que ir con pies de plomo, porque el nuevo comisario general es muy dado a las sanciones y a tirar de Asuntos Internos, en cuanto la actuación de un policía no le gusta.

—Tú eres un buen inspector. No deberían juzgarte por los errores que hayas podido cometer en un momento puntual.

—Lo sabe y comprende que el divorcio de mi mujer me afectase, pero su consejo es que no vuelva a meter la pata.

—Eso es mucha presión, ¿no te parece?

—Me da igual —aseguró Vallejo encogiéndose de hombros—. El día que esto no me cuadre, pediré el pase a la segunda actividad y me largaré del Cuerpo.

—¿Lo dices en serio?

—Cada vez lo tengo más claro.

—Pues te echaré de menos.

—Lo dudo —dijo riendo.

—¿Y qué vas a hacer luego, cuando te vayas?

—No lo sé. Igual me pongo a escribir libros como tu novio. Tengo entendido que se ha convertido en un escritor de éxito.

—Pues sí. Vende bastante en Internet, desde que dio el pelotazo hace cuatro años con un libro policiaco basado en el crimen de Segovia.

—¿Qué crimen?

—El del chaval que secuestró a su vecina y abusó de ella durante días, hasta que la mató.

—Sí, creo que lo recuerdo.

—Su novela impactó mucho en los lectores por su forma de relatar lo ocurrido. —Marcos le hablaba tan a menudo de su carrera como escritor que se la conocía de memoria—. Quedó finalista de un premio de novela negra y, aunque no ganó, lo usó muy bien para lanzar su carrera. Estuvo en el primer puesto de ventas durante muchos meses y las dos siguientes novelas que sacó tuvieron tanto o más éxito que la primera. Fíjate cómo será que dejó su trabajo en una empresa de construcción para dedicarse de lleno a la escritura. Dicen que es el máximo representante de la novela negra nórdica en España —concluyó orgullosa.

—No tenía ni idea de que fuese tan famoso. Tendré que hablar con él para que me aconseje. Con todos los crímenes que he investigado, igual podría convertirme en el nuevo Sherlock Holmes.

—Querrás decir en el nuevo Arthur Conan Doyle —dijo ella soltando una ligera carcajada.

—Lo que sea —le replicó encogiéndose de hombros—. Igual tengo que leerme alguna de las novelas de tu novio. ¿Cuál me aconsejas leer?

—No sabría decirte. Lo cierto es que no he leído ninguna todavía.

—¡No me digas! —exclamó, sorprendido.

—Soy una lectora horrible. De hecho, tengo un montón de libros metidos en una caja en el garaje de mi casa, que nunca he leído. Me falta concentración.

—Lo que te falta es tiempo para tomarte la vida con

tranquilidad.

—También es verdad.

Apuraron sus cafés, dispuestos a regresar a la oficina, cuando Vallejo recibió una llamada en su teléfono. Por la cara que puso y el modo en que se alejó hacia el otro extremo del local mientras hablaba, Verónica supuso que era una llamada personal. Lo confirmó cuando regresó con expresión seria, un minuto después.

—¿Algo va mal? —preguntó.

—Era mi cuñado para contarme que mi mujer se casa.

—¿Cómo que se casa? ¿Con quién?

—Con ese piloto de Iberia. —Aunque trataba de disimularlo, se notaba que la noticia le había afectado—. ¿Te importa comer sola hoy? Quiero ver a mi abogado lo antes posible para que me diga cómo queda ahora el tema de la casa. Se suponía que yo le cedía el uso, pero si se casa, imagino que tendremos que venderla y repartirnos las ganancias.

—Claro, no hay problema. Tómate el tiempo que necesites.

—Te avisaré cuando termine.

Verónica tuvo la sensación de que su compañero estaba mucho más afectado de lo que daba a entender, pero prefirió no agobiarlo. Después de todo, ella tampoco era la más indicada para dar consejos sobre estabilidad emocional.

7

Verónica volvió a la oficina para terminar con la documentación referente al crimen de Rebeca Collado y luego decidió salir a comer. A pesar de que dentro del complejo existía una cafetería, ella y Vallejo solían ir al restaurante donde habían estado esa mañana. La comida era mejor y, al estar fuera del complejo, les servía para desconectar del trabajo durante un rato. Echó de menos no hacerlo en su compañía, aunque supuso que saber que su exmujer se casaba con otro, debía haberle afectado bastante. En ese sentido, seguro que le vendría bien que les asignasen una investigación fuera de Madrid y así alejarse una temporada de la ciudad.

Vallejo era un buen policía, además de ser buena persona, de eso no tenía duda, pero sufría un enganche emocional con su exmujer, del que no parecía ser capaz de liberarse. Desconocía cuál había sido la historia de ambos. Solo sabía lo que él le había contado: que estuvieron casados veinte años y que ella rompió la relación porque pasaba demasiado tiempo sola. Luego resultó que le había puesto los cuernos en más de una ocasión. A pesar de todo, aunque Vallejo soltase pestes cada vez que la nombraba, Verónica intuía que seguía enamorado de ella. Solo esperaba que el hecho de que ahora fuese a casarse se convirtiese en una liberación para él y no en un motivo más para hundirse.

Después de comer, Verónica pasó la tarde recopilando y revisando los expedientes que el nuevo inspector jefe les había pedido. Leerlos una vez más le pareció lo más adecuado en caso de que decidiese preguntarles por ellos.

Estaba tan centrada en su trabajo, que las horas pasaron sin que se diese cuenta, hasta que recibió en su teléfono una llamada de Marcos.

—Hola, cari. ¿Cómo te va el día?

—Bien.

—¿Tienes pensado venir a cenar?

—Sí, claro —respondió mientras miraba su reloj—. ¡Vaya! ¿Ya son las nueve? No creí que fuese tan tarde.

—He preparado una lasaña de verduras para cenar. Espero que te apetezca.

—Suena genial.

—Lo único que necesito saber es cuando llegarás para meterla en el horno y tenerla lista.

—Pues… —Por unos segundos dudó. Le apetecía volver ya a casa, pero en toda la tarde no había sabido nada de Vallejo y eso la preocupaba. Las dos veces que le había llamado tenía el móvil apagado o fuera de cobertura—. Antes de ir a casa quiero pasarme a ver a Vallejo, para comprobar que está bien.

—¿Le ha ocurrido algo grave?

—Solo que su exmujer se casa con otro, lo cual creo que ha sido un duro golpe para él. No he tenido noticias suyas en toda la tarde, así que voy a pasarme por su hostal y comprobar que está bien.

—Claro, no hay problema. Avísame cuando vayas a venir, para meter la lasaña en el horno.

—Cuenta con ello.

Cortó la llamada y decidió ir en busca de Vallejo. Dormiría más tranquila sabiendo que estaría bien.

Al entrar en el bar situado al lado del hostal, Verónica esperaba encontrarse con un tugurio lleno de borrachos y perdedores sin hogar. Lo que descubrió, sin embargo, fue un bar de aire retro, con música romántica y numerosas parejas que charlaban de forma distendida. Una persona parecía desentonar con el lugar, sentado solo, en una mesa apartada. En la mano sostenía un vaso vacío, cuyo fondo parecía mirar hipnotizado.

Según se acercó, se dio cuenta de que en realidad tenía la mirada centrada en un pequeño objeto al que daba vueltas dentro del vaso. Era un anillo de oro.

—Imaginé que te encontraría aquí —dijo Verónica al llegar a su altura.

Vallejo levantó la mirada y dibujó una amarga sonrisa. Sus ojos estaban vidriosos.

—Hola, Vero.

—Pasé antes por tu hostal, pero me dijeron que no habías llegado todavía, así que recordé este bar del que me hablaste. La

verdad es que no tiene mala pinta —comentó mirando a su alrededor—. Parece que hay buen ambiente.

—Y buena música.

—Aunque un poco deprimente, ¿no crees?

—Esto es *Take my breath away*, de Berlín —dijo apuntando al techo con un dedo, como si tuviese un altavoz encima de él.

—Muy bonita.

—Un temazo que escuchaba cuando era chaval. Antes pusieron *Still Loving You*, de los Scorpions, así que ya podrás imaginarte mi estado de ánimo. Como ahora pongan *Wonderful Live*, de Black, me pego un tiro —aseguró con pesar.

—No hables así —le reprendió ella—. No dejes que esto te hunda.

Vallejo alzó la mano para llamar la atención del camarero y señaló con el dedo su vaso vacío.

—Tranquila, no estoy hundido. Es que no tengo nada mejor que hacer ahora mismo.

—¿Por qué no te vienes a casa a cenar conmigo?

—¿Y estropearte una noche romántica con tu chico? No, es mejor que te vayas con él.

—¿Y tú?

—Ahogaré mis penas en alcohol y luego me iré a dormir. La cama no está demasiado lejos de aquí, así que no te preocupes. Sabré llegar.

—No deberías gastar ni un minuto más de tu tiempo pensando en Lorena y vuestro matrimonio. Las personas no siempre nos dan lo que esperamos de ellas.

—No es por ella, es por mí —le replicó con amargura, mirándola a los ojos—. Lo di todo por Lore mientras estuvimos casados y al final tengo que ver cómo me abandona para casarse con otro.

—Hace mucho que te abandonó. Ya deberías haberte hecho a la idea.

—No puedo —dijo a la vez que sacudía la cabeza, negando—. Veinte años son difíciles de olvidar.

El camarero puso un *gin tonic* delante de él, aunque no lo cogió, al menos en un primer momento. Antes recuperó el anillo que estaba dentro del otro vaso y lo sostuvo entre los dedos durante unos segundos, con aire melancólico. Luego lo echó dentro del

nuevo vaso y tras dar un pequeño sorbo, miró a Verónica.

—He pasado casi la mitad de mi vida con Lore y no es algo que se olvide de un día para otro —aseguró—. No es fácil aceptar que ahora vaya a compartir su vida con otro hombre.

—No deberías dejar que esa idea te obsesione.

Vallejo soltó una ligera carcajada.

—¿Crees que voy a pegarme un tiro?

—Espero que no.

—Tranquila, no soy de ese tipo de personas y tú deberías saberlo mejor que nadie. Trabajas conmigo.

—Por eso mi consejo es que te vayas a dormir.

—Lo haré, prometido —dijo llevándose la mano al pecho en señal de juramento—, cuando termine este último *gin tonic*.

La música ambiente subió de ritmo, lo que hizo que Vallejo sonriese de forma más abierta.

—*The promise you made*, de Cock Robin —afirmó.

—No me lo digas… un temazo, ¿no?

—Sí, y además la letra viene que ni pintada. *Remember the promise you made*.

—Recuerda la promesa que me hiciste —le replicó ella—. ¿Eso significa que te irás a dormir en cuanto termines esa última copa?

—Exactamente.

Verónica no supo si creerle, aunque en ese momento tuvo que atender una llamada que recibió en su teléfono.

—Dime, Marcos.

—Perdona que te moleste otra vez, pero iba a darme una ducha y quería saber si vas a tardar mucho en venir, para tener la cena lista.

—Salgo ahora mismo, así que llegaré en media hora.

—Muy bien, entonces enciendo el horno.

Tras despedirse de él, Verónica miró a Vallejo, que forzó una sonrisa.

—Vete tranquila. En cuanto termine este *gin tonic* me voy a casa.

—¿Prometido?

—Sí. Por suerte, todavía me gusta mi trabajo y mañana hay que madrugar.

—Yo no. Dijiste que mañana tengo el día libre.

—Es cierto, ya no me acordaba —dijo antes de tomar otro trago. Al posar el vaso de nuevo en la mesa y ver cómo ella le observaba, aseguró—: Tranquila, termino el Larios y me voy a dormir. Prometido.

—Si lo necesitas, llámame.

—No será necesario. Nos vemos en un par de días.

Ella asintió con la cabeza, conforme, y luego se encaminó hacia la puerta para salir, aunque no antes de echar un último vistazo a su amigo.

Esperaba que aquello no le hundiese en un pozo del que luego no fuese capaz de salir.

8

Como era costumbre en ella, Verónica se dispuso a aparcar delante de su casa, aunque esta vez se encontró con un todoterreno de color negro, un Toyota Land Cruiser, ocupando la plaza que había justo delante de la portilla de entrada. A pesar de que los aparcamientos de la calle no estaban asignados y que cualquiera podía aparcar donde quisiese, le cabreó no poder hacerlo en el lugar que tenía por costumbre.

Un hombre, que en ese momento le daba la espalda, estaba sacando una caja de cartón del maletero. Fue algo que la descolocó, sobre todo cuando vio que la luz de su casa permanecía encendida.

—Hola —dijo tras bajarse del coche.

Él se dio la vuelta para observarla y al momento lució una amplia sonrisa.

—Hola. Volvemos a vernos.

Verónica lo miró algo desconcertada, incapaz de adivinar en un primer momento por qué su cara le resultaba familiar.

—¿Nos conocemos?

—No te he visto hoy por el gimnasio.

Al momento se dio cuenta de que era el tío que había intentado ligar con ella a la salida del gimnasio el día anterior. Eso la puso de inmediato a la defensiva.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con sequedad.

—La mudanza.

Al ver que apuntaba con la mirada hacia su casa, dijo confusa:

—¿Te has mudado aquí?

—Sí. ¿Hay algún problema?

—Solo que esa es mi casa.

—¿No irás a decirme que vamos a vivir juntos?

—No, yo vivo ahí enfrente, con mi novio —añadió para dejar las cosas claras desde el principio.

—Habría sido demasiada suerte —dijo él soltando una pequeña

carcajada que cortó en cuanto vio que ella no se inmutaba—. Es broma. Ya me lo explicaron en la agencia. Pensé que te habrían llamado.

—No lo hicieron.

—Será porque todo fue un poco rápido. Hablé con ellos esta tarde y les pagué la fianza hace menos de una hora. Necesitaba un lugar donde dormir esta noche.

—¿Y dónde estabas hasta ahora?

—En casa de mi novia, pero esta mañana me puso la maleta en la puerta, así que tuve que buscar algo rápido.

—Podías haber buscado un hotel.

—Me gustó la casa y la ubicación. —Él la miró extrañado—. ¿Qué sucede? ¿Hay algún problema? Parece que no te hace mucha gracia tenerme aquí.

—Soy policía —dijo Verónica para observar su reacción—. Me gusta saber quién entra en mi casa.

—Puedo enseñarte mi DNI, por si quieres investigarme —le replicó con aparente tranquilidad.

—No será necesario.

—Creo que no hemos empezado con muy buen pie —dijo él con una leve sonrisa—. Mi nombre es Santiago, aunque todo el mundo me llama Santi.

—Yo soy Vero.

—Si te parece mal que me traslade hoy, puedo buscar un hotel para esta noche, hasta que hables con la agencia.

—No, tranquilo —dijo ella, negando con la cabeza—. Es culpa de ellos que no me avisasen, no tuya. Si ya has pagado la fianza, tienes todo el derecho del mundo a instalarte esta noche.

—Te lo agradezco.

—Si tienes cualquier problema, vivo justo ahí enfrente —dijo señalando la casa de Marcos.

—No creo que sea necesario, pero te lo agradezco.

Verónica sonrió de forma tímida, a modo de despedida y cruzó la calle.

Al menos ya tenía asegurados los ingresos con los que pagar la hipoteca otra temporada.

Una hora más tarde, Verónica estaba sentada a la mesa del comedor, observando a Marcos mientras recogía los platos de la

cena.

—Gracias —murmuró.

—¿Por qué? —preguntó él con su habitual sonrisa encantadora.

—Por todo. Eres el hombre ideal. Eres guapo, cocinas bien y además haces el amor como nadie que haya conocido antes.

—Quiero pensar que eso significa que no te has acostado con muchos hombres.

—Ninguno como tú, puedes estar seguro —dijo Verónica soltando una leve carcajada.

Marcos asintió con la cabeza, conforme, y se acercó a ella.

—Me alegra ver que estás mejor. Te he notado ausente durante la cena. Pensé que no te gustaba la lasaña.

—Estaba buenísima.

—Entonces… ¿Es por tu trabajo?

—Más bien por Vallejo. Le vi bastante jodido hoy.

—Seguro que lo superará.

—No lo sé —dudó—. Sigue muy enamorado de su mujer.

—¿No me dijiste que se separaron hace tiempo?

—Algo más de dos años, pero parece que él no lo ha superado todavía.

—Pues ya va siendo hora de que lo haga.

—¿Tú lo harías si llevásemos veinte años casados? ¿Aceptarías que nos separásemos?

—Por supuesto, aunque reconozco que no todos los hombres somos así, por ese motivo se están produciendo tantos crímenes pasionales durante estos últimos años. Esperemos que tu compañero no sea uno de ellos y no cometa ninguna locura.

—¿Por qué lo dices?

—Es obvio —respondió él encogiéndose de hombros—. Porque es policía y tiene una pistola.

—¿No estarás insinuando que es capaz de asesinar a su mujer?

—No lo sé. Tú lo conoces mejor que nadie.

—No —aseguró Verónica, negando con la cabeza de forma enérgica—. Vallejo no es capaz de hacer algo así.

—Pues entonces puedes estar tranquila. Al final lo superará. —Marcos recogió su plato y los cubiertos y la miró de forma insinuante—. ¿Tomamos el postre en el sofá viendo una peli o nos saltamos los preliminares y vamos directos a la cama?

—¿Piensas demostrarme lo bien que haces el amor? —le replicó ella rodeándole el cuello con sus brazos.

—Llevo todo el día esperando la oportunidad de hacerlo —respondió Marcos, dejando de nuevo los platos sobre la mesa y besando apasionadamente sus labios.

9

A la mañana siguiente Verónica se despertó con una sensación extraña, como si algo la preocupase. Desde luego, no tenía nada que ver con su relación con Marcos, que cada día iba mejor. Tras meterse en la ducha y analizar sus sentimientos, se dio cuenta de que su preocupación era por Vallejo. No le había gustado el modo en que le había dejado la noche anterior, deprimido y agarrado a un *gin tonic*, como si nada le importase ya en la vida.

Dado que ese día no trabajaba, decidió que le llamaría por teléfono para hablar con él y saber cómo se encontraba. Su compañero siempre la aconsejaba cuando lo necesitaba y la corregía si se equivocaba. Ahora era él quien necesitaba consejo y ser consciente de la realidad. Su exmujer no le quería, hacía tiempo que le había apartado de su lado y eso ya no iba a cambiar. Tenía que aceptarlo y vivir su propia vida, sin ella.

Salió de la ducha justo cuando comenzó a sonar la melodía de su teléfono, así que se secó a toda prisa y corrió hasta la mesita que había junto a la cama, para responder. En la pantalla vio que era un número largo, así que supuso que era del trabajo.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Verónica Cuevas? —replicó una voz de hombre.

—Sí. ¿Quién es?

—Soy el inspector jefe Olaya, el nuevo jefe de la Brigada. Todavía no nos conocemos.

—Lo sé. —Verónica fue consciente de que su respuesta sonó cortante, aunque lo prefirió así. Dado que el día anterior Olaya no había querido hablar con ella, solo con Vallejo, decidió que no tenía motivos para ser amable con él—. ¿Ocurre algo?

—Necesito que vengas a mi oficina.

—Hoy descanso.

—Lo sé, pero necesito que vengas lo antes posible.

—¿Ha pasado algo?

—Tu compañero se ha metido en un lío.

—¿Quién, Vallejo?

—Sí. No tardes, por favor —dijo antes de cortar la llamada.

Verónica se quedó mirando el teléfono, desconcertada. ¿Vallejo metido en un lío? En un primer momento, no entendió a qué podía referirse, hasta que dedujo que la copa con la que lo había dejado la noche anterior quizás no había sido la última y, eso pudo provocar que terminase metiéndose en problemas.

—¿Ocurre algo? —preguntó Marcos mirándola desde la cama.

—Tengo que irme a trabajar.

—¿No descansabas hoy?

—Sí, pero acaban de llamarme.

Al mirar su reloj, vio que eran casi las diez de la mañana. Hacía tiempo que no se levantaba tan tarde.

—¿Te preparo algo para desayunar?

—No, el nuevo jefe quiere verme lo antes posible —dijo mientras dejaba la toalla a un lado y empezaba a vestirse.

—Deberías comer algo antes de irte.

—Lo sé, pero hoy no puedo pararme.

Verónica había logrado dejar atrás sus problemas de alimentación, en buena parte gracias a la estabilidad que le había dado dormir en casa todos los días y a que Marcos siempre estaba pendiente de ella. Se ocupaba de que no se saltase ninguna de las comidas y cocinaba para ella.

—Te prepararé algo —dijo él saltando de la cama—. Te haré un café para que te lo lleves en un termo y también un poco de fiambre y unos frutos secos.

—Eres un encanto.

Marcos se acercó, besó sus labios y salió de la habitación con paso apresurado, dejándola con una sonrisa que se borró en cuanto recordó el motivo de la llamada.

¿En qué lío podía haberse metido Vallejo?

Olaya era un hombre de buena presencia. Alto, alrededor de metro noventa, estilizado y con semblante agradable. Tenía una barba recortada y unos ojos grises que transmitían seguridad, tras unas gafas de fina montura. Verónica calculó que no llegaba a los cincuenta años.

—Gracias por venir tan rápido. Por favor, siéntate —dijo

señalando una de las dos sillas que se encontraban frente a su mesa. Él ocupó la suya en cuanto Verónica lo hizo—. Ayer no tuvimos ocasión de conocernos.

—Pues estaba con Vallejo cuando habló con él —le reprochó.

—Lo sé, pero ayer no tenía demasiado tiempo y mi intención es hablar uno a uno con todos los miembros de la Brigada, en cuanto me sea posible. ¿Estuviste ayer con Vallejo?

—Sí.

—¿Y cuándo lo viste por última vez?

Al escuchar eso, temió que a su compañero le hubiese pasado algo.

—Antes de irme a casa, alrededor de las nueve de la noche.

—¿Dónde le viste?

—En el bar que hay al lado del hostal en el que vive, no muy lejos de aquí.

—¿Y estaba bien cuando le dejaste? ¿Había bebido?

—Apenas. ¿Qué ocurre? —dijo, cansada de tantas preguntas—. ¿Le ha pasado algo a Vallejo?

—A él directamente, no.

—¿Y eso qué significa?

—Anoche asesinaron a Lorena Muñiz, su exmujer.

Verónica palideció al escuchar eso.

—¿Quién… la mató?

—Ese es el problema —aseguró Olaya con semblante serio—. Un vecino que vive en la misma calle que ella, identificó a tu compañero aparcado en su coche frente a la casa, anoche.

Por un momento se quedó desconcertada, hasta que recordó un detalle.

—Sé que alguna vez lo ha hecho, cuando estaba deprimido. Conducía hasta su casa y esperaba allí sentado durante un buen rato. A veces incluso se quedaba dormido. Él mismo me lo confesó.

—Ya. El problema es que esta vez se encontraba en el lugar de un crimen.

—¿Y eso qué significa?

—Que su implicación no está muy clara y que permanecerá en dependencias policiales hasta que se aclare todo.

—¡Tiene que ser una broma! —exclamó desconcertada—. Es imposible que la matase Vallejo.

—Tú lo conoces mejor que yo, lleváis tiempo trabajando juntos.

—Por eso estoy segura de que no fue él —insistió Verónica—. ¿Dónde está Vallejo ahora?

—En la comisaría de Fuencarral El Pardo. Le estarán tomando declaración. Ellos son los que llevan la investigación del crimen.

—Quiero hablar con él.

—Lo siento, pero no es posible. La Brigada no puede inmiscuirse.

—No voy a inmiscuirme en nada, solo quiero hablar con mi compañero.

—Las órdenes son que nos mantengamos al margen.

—¿Órdenes de quién?

—Del nuevo comisario general.

—¡Por Dios! Vallejo es uno de los nuestros.

—Precisamente por eso quiere que nos mantengamos al margen. De momento, la orden es esperar hasta que los de Asuntos Internos vengan para hablar con todos los miembros de la Brigada, en especial con aquellos que habéis trabajado con Vallejo.

—¿Y qué esperan que les digamos?

—La verdad.

Eso terminó de cabrearla.

—¿La verdad de qué?

—De cómo es Vallejo en su trabajo y de lo que hizo estas últimas horas.

—¿Esperan que le acusemos?

—Esperan la verdad —reiteró—, así que te aconsejo que no omitas nada y que seas sincera con ellos, o esa gente te destrozará.

—¡Que se vayan a la mierda! —exclamó poniéndose en pie—. Vallejo no mató a su exmujer.

—Eso no lo sabemos.

—Yo lo sé y lo demostraré si hace falta —dijo saliendo del despacho con paso decidido.

10

Las horas pasaron como un calvario para Verónica. Se sentía igual que si estuviese encerrada en una jaula, sin posibilidad de salir de las oficinas hasta hablar con los de Asuntos Internos y sin lograr tampoco ponerse en contacto con Vallejo. Lo había intentado por teléfono varias veces, pero lo tenía apagado.

Lo cierto era que estaba muy preocupada por él. Aunque estuviese convencida de su inocencia, la actitud de Vallejo durante el tiempo que lo conocía no le favorecía. Más de una vez había hablado con dureza de su exmujer, incluso había deseado su muerte, a pesar de que lo hacía desde el resentimiento, porque estaba dolido con ella. Le costaba aceptar que su vida juntos se hubiese acabado y eso le llevaba a decir en ocasiones cosas que no pensaba. Estaba segura de ello. Solo esperaba que no tardase en aclararse el malentendido y que quedase libre de cualquier sospecha.

Poco antes de las tres de la tarde, dos agentes de Asuntos Internos se personaron en las dependencias de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos y comenzaron a interrogar uno a uno a todos sus miembros. No fue hasta dos horas después que Verónica fue llamada para hablar con ellos.

La entrevista tuvo lugar en una pequeña sala de reuniones de la segunda planta, con una mesa alargada y varias sillas alrededor de ella. Se sentó frente a los dos agentes, que la miraron con una frialdad que no le auguró nada bueno.

Uno de ellos era joven, con el pelo rizado y unas gafas de pasta que le daban aspecto de estudiante universitario. El otro, de más edad, era completamente calvo y con un ancho bigote. Fue este el que tomó el mando del interrogatorio en un primer momento.

Tras un repaso rápido del tiempo que ella y Vallejo llevaban trabajando juntos y las investigaciones en las que habían participado, preguntó:

—¿Qué puedes contarnos de la relación de tu compañero con su exmujer?

Verónica midió sus palabras para no decir nada inconveniente.

—No mucho. Sé que llevan algo más de dos años divorciados.

—En realidad, dos y medio —apuntó el más joven, que sostenía delante de él una tablet en la que parecía leer algún tipo de documento.

—Es tiempo suficiente para asumir que tu mujer no quiere tenerte en su vida —le secundó el primero, mirándola—. ¿No te parece?

Verónica se encogió de hombros.

—Que yo sepa, lo tenía asumido.

—Pues nos consta que su mujer llamó varias veces al anterior jefe de la Brigada, para quejarse de que Vallejo se pasaba la noche delante de su casa, metido dentro del coche.

—No tengo constancia de eso.

—¿No estabas al corriente de que algunas noches aparcaba delante de la casa de su exmujer?

Verónica recordó de inmediato que esa mañana le había comentado ese hecho a Olaya, y que este le aconsejó que no les mintiese a los de Asuntos Internos, por eso aclaró:

—Sé que alguna vez lo hacía, pero desconocía que Lorena se hubiese quejado de ello, al menos recientemente.

—¿Eso qué significa?

—Sé que, hace un año más o menos, ella llamó al inspector jefe Garrido para quejarse de ese hecho, pero no tengo constancia de que volviese a hacerlo.

El hombre torció el gesto, como si hubiese intentado pillarla en una mentira, sin conseguirlo. No obstante, se repuso rápido.

—Al menos tendrás constancia de los problemas del inspector Vallejo con el alcohol.

—¿Problemas? —trató de disimular.

El policía de Asuntos Internos soltó una carcajada.

—¿Vas a decirme que nunca le has visto beber alcohol?

—Estando de servicio, no.

—¿Y fuera de él?

—No creo que eso sea relevante.

—Lo es si el alcohol le vuelve violento.

—Vallejo no es una persona violenta —dijo ella con voz decidida— y si alguien ha dicho eso, miente.

—Sin embargo, sabemos que metió la pata en un par de investigaciones, lo que a punto estuvo de echar a perder su carrera.

—Por aquel entonces yo no trabajaba con él, así que no puedo opinar sobre el asunto.

El policía suspiró y se acarició la calva con la mano. Parecía poco satisfecho con el resultado del interrogatorio.

—Muy bien, vayamos entonces a la noche de ayer. ¿Cuándo estuviste con él por última vez?

—Pasadas las nueve de la noche. Por la mañana se fue a ver a su abogado y luego no volvió por la oficina, así que me acerqué al hostal en el que vive para saber si estaba bien.

—¿Te dijo por qué quería ver a su abogado?

—Solo me comentó que su exmujer se iba a casar y quería saber qué ocurriría con la casa que tenían en común.

El de la tablet tomó la palabra en ese momento, leyendo la pantalla del dispositivo.

—Al divorciarse acordaron que el usufructo de la casa sería para ella y que si se casaba la venderían y se repartirían los beneficios. No obstante, si uno de los dos fallecía antes, la vivienda quedaría en propiedad del otro.

Verónica esbozó una mueca de incredulidad.

—¿Vais a decirme que la mató para quedarse con la casa?

—Es probable —aseguró el calvo.

—Eso es ridículo. Vallejo la quería.

—Razón de más para matarla. Seguro que no podía soportar que se casase con otro.

—Vallejo no es un asesino —aseguró Verónica con voz decidida —. Es cierto que en determinados momentos la echaba de menos, pero lo que le dolía no era que ella se casase con otro. Creo que era más bien el hecho de no poder olvidar los veinte años que habían pasado juntos.

—Un motivo de peso para asesinarla —insistió.

—Eso no es motivo para asesinar a nadie. Más bien lo sería para vivir deprimido.

—Sabemos que Vallejo dijo más de una vez que deseaba la muerte de su mujer.

¡*Vaya*!, pensó Verónica. Parecía que habían hecho bien su trabajo hablando con el resto de los miembros de la Brigada.

—Todos hemos deseado alguna vez la muerte de alguien y lo hemos dicho en voz alta, pero eso no nos convierte en asesinos. Es solo un modo de sacar de dentro lo que sentimos.

—Otro modo es castigando a la persona a la que odiamos.

—Él no la odiaba, la quería.

—Y eso provocó que no aceptase que se fuese a casar con otro.

Verónica se dio cuenta del juego en que intentaba enredarla, por eso se encogió de hombros y se limitó a decir:

—Yo tampoco acepto que la mayoría de mis compañeros sean unos capullos y aun así, vengo a trabajar todos los días.

El policía sonrió de forma irónica mientras se recostaba en el respaldo de su silla.

—Volvamos a la noche de ayer. Dices que fuiste a ver Vallejo al hostal. ¿Lo encontraste allí?

—No, estaba en el bar que hay justo al lado.

—Emborrachándose.

—No estaba emborrachándose —le corrigió—. Solo estaba tomando una copa.

—Un *gin tonic*.

—No lo sé, no lo probé. Hablé con él unos minutos para asegurarme de que estaba bien y, al ver que era así, me fui a casa. Él prometió que también se iría a dormir.

—Un testigo lo identificó de madrugada delante de la casa de su mujer, así que está claro que no lo hizo.

—Es lo único que está claro —dijo Verónica inclinándose hacia delante para mirarle a los ojos—, porque si no, no estaríamos teniendo esta conversación. ¿Qué hace Asuntos Internos investigando el crimen?

—No lo estamos investigando, eso es cosa de los compañeros de Fuencarral.

—Pero estáis buscando pruebas que incriminen a Vallejo. ¿Cuántas horas han pasado desde que apareció el cadáver de su exmujer? ¿Cinco?

—En realidad siete —respondió tras mirar su reloj.

—¿Y alguien ya ha decidido que Vallejo es el principal sospechoso?

—La policía de Fuencarral considera que sí.

—¿Solo porque un testigo vio su coche aparcado delante de la casa? —le replicó con ironía—. ¿Qué otras pruebas hay en su contra?

—Ya te he dicho que la investigación no la llevamos nosotros.

—Pero estáis aquí buscando mierda sobre él.

—Solo hacemos nuestro trabajo.

—¿Y vuestro trabajo es incriminar a un compañero? ¿Quién decide eso?

El calvo se limitó a cruzarse de brazos.

—Esta conversación termina aquí, ya puedes irte —aseguró con tono cortante—, aunque es probable que volvamos a hablar.

—Lo estoy deseando —le replicó ella poniéndose en pie y dirigiéndose a la salida.

Cada vez tenía más claro que el nuevo comisario general había mandado a los de Asuntos Internos para cubrirse el culo y crucificar a Vallejo, fuese o no culpable.

—Es curioso —dijo cuando tenía la mano en el pomo de la puerta—. En ningún momento me habéis preguntado si yo creía que Vallejo era culpable. Solo buscabais que os dijese algo que lo confirmase. Interesante trabajo el vuestro.

Y dicho eso abandonó la sala.

11

Verónica regresó a su mesa, con paso apresurado y bastante cabreada. Un cabreo que aumentó cuando vio el modo en que la observaban varios de sus compañeros de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Por un momento sintió ganas de gritarles: ¿*Se puede saber qué miráis*?, pero por suerte supo contenerse. Seguro que más de uno se había quedado a gusto hablando mal de Vallejo ante los de Asuntos Internos y centrando las sospechas en él.

Por ella, podían irse todos a la mierda. Desde su llegada a la Brigada había sido centro de cuchicheos e incluso de burlas, por la pareja que formaba junto a Vallejo. A él lo tildaban de borracho y acabado y a ella de novata borde e insoportable. Tras el éxito de ambos en los crímenes de León y la repercusión que tuvo para su trabajo, las burlas se convirtieron en miradas de envidia y comentarios despectivos a sus espaldas. Nunca a la cara.

Bien era cierto que no todo el mundo se comportaba de ese modo con ellos, pero en ese momento, Verónica les odiaba a todos por igual. Era un aspecto de su carácter, que todavía no conseguía dominar.

—¡Cuevas! —escuchó la voz del inspector Olaya desde la puerta de su despacho.

Le hizo un gesto con la mano, que Verónica entendió a la primera, así que caminó a su encuentro y entró.

—Cierra, por favor —le pidió Olaya mientras ocupaba su asiento — y siéntate.

Una vez que lo hizo, esperó a que hablase en primer lugar.

—¿Qué tal ha ido la charla con los de Asuntos Internos?

—Son unos gilipollas —respondió ella, sin cortarse—. Dan por supuesto que Vallejo mató a su exmujer y solo buscan que nosotros lo confirmemos, hablando mal de él y sacando a la luz sus trapos sucios.

—Entiendo… —murmuró el inspector jefe con aire reflexivo—.

Llevo aquí muy poco tiempo, pero los comentarios que me llegaron de él antes de venir indican que…

—¡Putas envidias! —alzó ella la voz, cabreada, sin dejarle acabar la frase—. Vallejo es un excelente policía con una larga carrera, que…

—Por favor, déjame terminar —la interrumpió él a su vez, levantando la mano—. Iba a decir que su rendimiento bajó bastante cuando se divorció.

—Hemos resuelto varios casos desde que trabajamos juntos, estando ya divorciado y en gran parte fue gracias a su labor.

—Lo sé, lo mismo que sé que tiene una carrera a sus espaldas que ya quisieran muchos inspectores. Por eso me preocupa que ahora se haya metido en un pozo sin fondo.

—Él no mató a su mujer y puedo demostrarlo. Déjeme participar en la investigación.

—Sabes de sobra que nadie de la Brigada puede participar ni colaborar en ella.

—¿Y quién va a ocuparse, los de Asuntos Internos?

—No, algún inspector de la comisaría de Fuencarral, donde se produjo el crimen.

—Puedo hablar con él y…

—No vas a hablar con nadie, Cuevas —le replicó, tajante—. Quiero que te desentiendas por completo de esa investigación. Es más, quiero que cierres la que estabais llevando juntos para que pueda asignarte una nueva.

—¡Será una broma!

—¿Cómo dices? —La reacción de Olaya fue una mezcla de cabreo y desconcierto, como si no pudiese creerse que ella le hablase así.

Verónica recordó en ese momento todas las veces que Vallejo le había dicho que tenía que ser más política con los jefes y dominar su mala leche cuando algo la disgustaba. Lo que menos le interesaba en ese momento era enfrentarse a su nuevo jefe, por eso rectificó.

—Lo siento, quería decir que estamos dando por supuesto que Vallejo es culpable. ¿No habría que esperar antes de condenarle?

—Eso no tiene nada que ver con que esta Brigada siga funcionando. Además, tenemos otros casos de los que ocuparnos.

—Lo entiendo, pero ahora mismo no soy capaz de pensar en otra cosa que no sea en ver a mi compañero libre de toda culpa. Yo… —Verónica se llevó la mano a la frente y puso cara de agobio—. La verdad es que no me encuentro demasiado bien hoy. Llevo unos días con una fuerte migraña, por eso había pedido el día libre y hoy, con tantas emociones, ha ido a peor.

Olaya la miró con detenimiento durante unos segundos y finalmente asintió con la cabeza.

—Está bien. Hoy es viernes, así que puedes tomarte libre el fin de semana, pero el lunes te quiero aquí a primera hora, dispuesta a trabajar. ¿Me has entendido?

—Con total claridad. Gracias.

Verónica abandonó el despacho y se dirigió a la salida. No sabía si Olaya se había creído lo de la migraña, aunque lo importante era que tenía libertad para investigar por su cuenta el asesinato de la exmujer de Vallejo.

Y tenía muy claro cuál iba a ser su primera parada.

12

Verónica no conocía a nadie en la comisaría de Fuencarral, por eso se acercó a hablar con el único policía que había tras el mostrador de información y pidió ver al inspector Vallejo.

—Le he traído algo de ropa y varias cosas para el aseo —aseguró señalando con la mirada la mochila que colgaba de su hombro.

—Un momento.

El policía realizó una llamada por teléfono y después de hablar con un par de personas, colgó.

—El inspector Bolaños vendrá ahora a hablar contigo.

Mientras esperaba, Verónica repitió en su mente el guion que había ensayado de camino. Tenía que ser convincente y tratar de despertar empatía con su visita, por eso se dijo a sí misma que debía esforzarse en ser amable.

—Hola —escuchó una voz a su espalda.

Al girarse se encontró con un hombre alto y espigado, de pelo completamente canoso y mandíbula cuadrada.

—Soy la subinspectora Cuevas —dijo luciendo la mejor de sus sonrisas—. ¿Eres Bolaños?

—Así es —le replicó sin variar su rictus serio. De momento no parecía que su visita le agradase mucho.

—Soy la compañera de Vallejo y he pensado que le vendría bien que le trajese algo de ropa.

—¿Y eso por qué?

—Porque imagino va a pasarse muchas horas aquí.

—No lo creo.

—¿Entonces vais a soltarle?

—No está detenido.

—Ah… —se sorprendió—. Yo pensé que…

—Le hemos tomado declaración en presencia de su abogado y la Policía Científica está ahora con él, recogiendo muestras de ADN y de su ropa, para ver si tiene restos de pólvora. Volveremos a hablar

con él cuando terminen y lo más probable es que regrese a casa esta noche.

—¿Entonces ya habéis comprobado que es inocente? —preguntó ella, ilusionada.

—Yo no he dicho eso. —Su tono era cortante, más de lo esperado—. No existen pruebas claras contra él y no vamos a meter a un compañero en una celda sin tenerlas. Aquí no somos así, aunque los de arriba pretendan que lo seamos.

Esa puntualización no le pasó desapercibida. Es más, le encajó con la presencia de dos agentes de Asuntos Internos para interrogar a los miembros de la Brigada. Alguien parecía interesado en condenar a Vallejo.

—¿Sería posible que hablase con él? —preguntó Verónica.

—Lo siento, pero de momento es imposible. Puedo darle la ropa de tu parte, si lo deseas.

Ella asintió y le entregó la mochila.

—¿Podrías decirle al menos que cuando termine me llame? He intentado hablar con él por teléfono, pero no lo coge.

—Su teléfono móvil forma parte de las pruebas.

—Entiendo…

—No obstante, se lo diré.

—Gracias.

El inspector ni siquiera se despidió. Le dio la espalda y se largó dejándola con la sensación de que no le había hecho ninguna gracia su visita.

En realidad, tampoco es que le importase. Estaba decidida a seguir con la investigación.

13

Su siguiente parada tras abandonar la comisaría de Fuencarral El Pardo fue la vivienda de Lorena Muñiz, la exmujer de Vallejo. Nunca había estado allí, pero bastó una búsqueda de noticias en Internet para averiguar dónde se había producido el crimen.

Varios eran los medios que se habían hecho eco del asesinato, uno de ellos incluso hablaba de violencia de género, para explicar el motivo del crimen. Una aberración a ojos de Verónica, que no entendía cómo podían hacer afirmaciones tan alarmistas. Lo entendió al ver el origen de la noticia: una página web que contenía cotilleos de prensa rosa, además de numerosos bulos sin confirmar.

El lugar del crimen se encontraba muy cerca de la comisaría, a menos de un kilómetro, al final de la calle del Cerro de la Carrasqueta. Era una vía con una fila de chalets adosados a un lado y edificios de tres plantas al otro. La casa de Lorena era la última de la calle y la identificó sin problemas, porque era la única cuya entrada estaba acordonada con cinta de balizar de la Policía Nacional. Además, aparcada justo delante había una furgoneta blanca y un vehículo patrulla. Decidió acercarse a este último a la vez que sacaba su identificación. Uno de los ocupantes del «zeta», bajó del vehículo por el lado del conductor.

—Soy la subinspectora Cuevas, de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Me preguntaba si sería posible entrar a ver el lugar del crimen.

—Lo siento —le replicó el policía, un joven de poco más de veinte años—. Los de la Científica están dentro y han dejado claro que no puede entrar nadie hasta que terminen de analizarlo todo.

—Entiendo… —murmuró pensativa—. ¿Crees que podría hablar con alguno de ellos?

—Ahora mismo hay uno en la parte de atrás de la furgoneta, cogiendo material.

—De acuerdo, gracias.

Verónica rodeó tanto el coche patrulla como la furgoneta, en cuya parte trasera se encontró con una cara conocida.

—Hola, Castañeda.

El hombre, con el rostro poblado de arrugas y vestido de pies a cabeza con un traje blanco, reflejó cierta sorpresa al verla.

—¿Cómo tú por aquí? —Había coincidido varias veces con él en escenarios de crímenes, la última vez tres días antes, en el de Rebeca Collado. Le constaba que Vallejo y él tenían una buena amistad—. Pensé que el caso lo llevaban los de la comisaría de Fuencarral.

—Y así es, pero al tratarse de la exmujer de Vallejo he querido acercarme a ver si podía enterarme de algo.

—¡Una pena! —afirmó él con pesar—. Yo la conocía. Coincidimos más de una vez cuando todavía estaban casados y siempre me pareció una mujer muy alegre.

—Él no lo hizo.

—Eso es lo que queremos demostrar. Yo también me niego a creer que lo hiciese, aunque la cosa no pinta bien.

—¿Por qué?

Castañeda negó con la cabeza.

—Sabes que no puedo contarte nada, si no eres parte de la investigación.

—Solo quiero conocer las circunstancias de la muerte.

El hombre miró hacia ambos lados, como si quisiese asegurarse de que nadie los escuchaba.

—Ha sido una ejecución a sangre fría —dijo bajando el volumen de su voz—. Le pegaron un tiro a bocajarro en la nuca, en mitad de la habitación.

—¿Y por dónde entró el asesino?

—Suponemos que por la puerta principal, dado que no había ninguna entrada forzada. Ni puertas ni ventanas.

—Ella lo conocía… —dedujo.

—Por eso te digo que la cosa no pinta bien.

—¿Algún vecino vio algo?

—Lo siento, en eso no puedo ayudarte. Tendrás que hablar con los agentes encargados.

—¿Sabrías decirme al menos a qué hora la asesinaron?

—De verdad, Cuevas, no puedo contarte nada más.

—Solo necesito un poco de información.

—Lo siento, tengo que volver dentro.

Verónica se hizo a un lado para permitirle el paso, aunque en el último momento dijo:

—¿Has presenciado muchos crímenes pasionales?

—Más de los que me gustaría —reconoció Castañeda—, el último hace tres días, en esa nave del polígono de Villaverde en el que nos vimos.

—Por eso precisamente te lo pregunto. La víctima, en esa ocasión tenía un disparo en la frente y en un homicidio anterior, que investigamos hace unos meses, a la mujer le habían disparado en el pecho. Los dos crímenes fueron pasionales y en los dos el asesino les disparó cara a cara.

—¿Dónde quieres llegar?

—Un crimen pasional implica un sentimiento muy fuerte de odio contra la víctima, pero a la vez un deseo de que sea consciente de su muerte y de que la vea como un castigo. ¿Cuántos crímenes pasionales has visto, en los que el asesino dispare por la espalda?

—Tendría que hacer memoria. Creo recordar al menos un par de casos en los que el asesino disparó a la víctima cuando trataba de huir.

—En este, por lo que has dicho, no fue así. Le disparó en la nuca. ¿No te parece más bien una ejecución?

—Lo que me parece es que Vallejo es policía y también sabe todas estas cosas. Habrá que esperar a que las pruebas revelen la verdad. Ahora tengo que dejarte —dijo a modo de despedida.

Verónica le siguió con la mirada mientras entraba en la vivienda y luego miró a su alrededor.

Todavía le quedaba algo más que hacer en ese lugar.

14

Una a una fue preguntando en las viviendas cercanas a la víctima, en busca de algún testigo que supiese algo más del crimen. Ninguna de las personas con las que habló dijo haber visto algo la noche anterior, ni siquiera escuchar un disparo. Decidió probar suerte entonces en el edificio de tres plantas que había justo enfrente a la vivienda de Lorena. Aprovechó que una mujer estaba limpiando el portal, para entrar y subir a la primera planta, donde dio con el único testigo que supuestamente había visto a Vallejo esa noche. Fue en la primera puerta a la que llamó.

—Sí, yo vi el coche del asesino —dijo con voz segura el testigo, en cuanto le preguntó—, pero ya hablé de ello con tus compañeros.

Era un hombre de unos cuarenta años, que desprendía un insoportable olor a tabaco y sudor. La camisa que llevaba puesta tenía un par de cercos de sudor bajo las axilas, lo que le hizo suponer que la higiene personal no era una de sus preferencias en la vida.

—Lo sé, pero acaban de asignarme el caso y hay algunas cosas que no tengo claras. ¿Podemos hablar? —le pidió Verónica.

—Por supuesto, pasa al salón.

El aspecto de la vivienda era mejor que el suyo, algo que le sorprendió. Todo estaba limpio y recogido, excepto una chaqueta tirada sobre sofá, que el hombre se apresuró en coger.

—Mi madre está fuera, dando un paseo y le gusta que todo esté ordenado.

—¿Puedes repetirme lo que les contaste a mis compañeros? —preguntó Verónica mientras encendía la grabadora del teléfono.

—Anoche tenía una partida en línea con unos amigos, en mi habitación. Allí es donde tengo la consola. ¿Quieres verla?

—Después. Ahora quiero que me cuentes lo que viste.

El hombre asintió con la cabeza antes de responder.

—Cuando estoy jugando, suelo asomarme a la ventana de mi

habitación y fumo apoyado en ella. Anoche eran más o menos las dos de la madrugada cuando me asomé y vi ese coche aparcado, un Renault Laguna blanco. No era la primera vez que lo veía por aquí. Además, conozco al dueño. Es un policía que vivía ahí enfrente hasta que se separó de su mujer, hace un par de años o así, aunque desde entonces he visto alguna vez su coche aparcado en la calle, con él dentro.

—¿Y anoche lo viste en el coche?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí, desde mi ventana se veía muy bien. Tenía una farola justo encima.

—¿Y qué hacía?

—Nada, estaba sentado, escuchando música.

—¿Y después de eso?

—A las dos y media, más o menos, me volví a asomar y ya no estaba. Entonces me fijé en que la casa donde vivía la mujer tenía la puerta abierta. Pensé que a lo mejor se había ido con él, olvidándose de cerrar, pero cuando me volví a asomar a eso de las tres, la puerta seguía abierta.

—¿Sueles salir a fumar a la ventana cada media hora?

—Cuando juego en grupo sí, porque solemos echar partidas de media hora y luego nos tomamos un descanso de cinco minutos.

—¿Y después de eso?

—Me acosté y estuve durmiendo hasta que escuché las sirenas. Cuando me asomé a la ventana y vi a la policía y el revuelo que se había montado, supuse que a esa mujer le había ocurrido algo malo.

—¿Entonces tú no avisaste a la policía?

—No. Una patrulla de la Policía Local vio la puerta de la casa abierta y decidió entrar a ver qué ocurría. Me enteré cuando bajé a hablar con ellos, para contarles que llevaba abierta desde que se había largado el exmarido.

—Sin embargo, eso no es cierto.

—¿Cómo? —preguntó él, desconcertado.

—Que no puedes asegurar que la puerta estuviese abierta cuando él se largó.

—Bueno… no —dijo tras dudar—. Lo único que les dije es lo mismo que te he contado a ti. Yo no sé quién la mató.

—¿Escuchaste algún disparo?

—No, aunque ya te digo que estuve jugando y con los auriculares puestos, es normal que no escuche nada de lo que ocurre en la calle.

—Es decir, que en ningún momento viste o escuchaste nada sospechoso.

—No, lo siento.

No lo sientas, pensó para sí Verónica. Eso eran buenas noticias. Un testigo que había visto a Vallejo cerca del lugar del crimen, pero que no le había visto entrar o salir de la casa y que tampoco había escuchado el disparo, no era un testigo fiable.

Eran pruebas demasiado circunstanciales como para que acusasen del crimen a su compañero, quizás por eso el inspector Bolaños no tenía intención de retenerle mucho más tiempo.

El tema ahora era averiguar quién había asesinado a Lorena.

15

Verónica decidió coger la
M-40
para regresar a Hortaleza y así ahorrarse posibles atascos. Su idea era acercarse al bar situado junto a la pensión de Vallejo y preguntar a qué hora había salido de allí. De ese modo esperaba confirmar si la declaración del vecino era cierta.

Estaba a mitad de camino cuando recibió una llamada en su teléfono.

—Hola, cari —escuchó a través de los altavoces del vehículo.

—Hola, Marcos —dijo al reconocer su voz.

—¿Qué tal va el día?

—Bastante ajetreado.

Él debió notar en su voz la preocupación, porque preguntó:

—¿Va todo bien?

—La verdad es que no. Ha muerto la exmujer de mi compañero.

—¿De Vallejo? ¿Qué ha ocurrido?

—La han asesinado.

—¡Dios mío! —se lamentó Marcos—. ¿Y cómo está él?

—Mal, ese es el problema. De momento es el principal sospechoso, aunque las pruebas que tienen en contra suya son demasiado circunstanciales. De todas formas, estoy investigando por mi cuenta.

—¿Eso significa que no vendrás a cenar?

—No lo sé todavía —dijo mirando la hora en el salpicadero. Eran casi las ocho de la tarde.

—No pasa nada. Espero que al menos hayas comido algo.

Verónica no fue capaz de mentirle. Siempre estaba preocupado por ella y porque llevase una alimentación adecuada, para que no cayese en los errores del pasado.

—La verdad es que no he comido nada en todo el día, excepto el desayuno que me preparaste antes de salir de casa —reconoció.

—¿Quieres que te prepare algo rápido y pasas por aquí a recogerlo?

—No, tranquilo. Pararé en cualquier sitio a comer algo.

—¿Me lo prometes?

—Sí, no te preocupes.

—Está bien, avísame cuando vayas a venir y te tendré lista la cena.

—Creo que esta noche llegaré tarde, pero ya te aviso.

—Por si acaso te dejaré algo preparado en la nevera. Un beso.

Tomó la salida a la Feria de Madrid mientras se cortaba la llamada y al llegar al final de una suave cuesta, vio que a su izquierda había un Burger King. No era lo que más le apetecía en ese momento, pero sí la mejor solución para no perder tiempo buscando un restaurante, en el que tendría que esperar un rato hasta que le sirviesen la comida. Eso, si conseguía encontrar uno que a esa hora ya tuviese abierta la cocina.

Aprovechó que tenía Auto King para pedir desde el propio vehículo una ensalada y un botellín de agua. Luego aparcó en el propio establecimiento y comió sin prisas, a la vez que meditaba sus siguientes pasos.

Si Vallejo no había matado a su exmujer, ¿quién podía haber sido? ¿Y por qué motivo?

Descartando la opción de un crimen pasional, algo de lo que no veía capaz a su compañero, todo parecía apuntar a una ejecución. ¿Estaría Lorena metida en algún turbio negocio? ¿O quizás se había tratado de un simple robo? De inmediato descartó esa última posibilidad, dado que no habían forzado ninguna entrada. De cualquier modo, todo dependía de los resultados del informe que realizase la Policía Científica, aunque sería difícil que tuviese acceso a esa información.

Estaba terminando de comer la ensalada, demasiado insípida para su gusto, cuando recibió una llamada desde un número desconocido.

—¿Sí? —preguntó.

—Vero, soy Vallejo.

Eso hizo que de inmediato dejase a un lado la comida.

—¿Dónde estás?

—Saliendo de la comisaría de Fuencarral. Te llamo desde el

teléfono de mi abogado.

—¿Te han dejado libre ya?

—Sí, claro. De momento no tienen motivos para detenerme. —Hizo una breve pausa antes de seguir—. Tengo aquí una mochila con la ropa que me trajiste. Gracias.

—Supuse que te haría falta una camiseta de repuesto y algo para asearte, aunque la idea era usarla como disculpa para entrar a verte y hablar contigo.

—¿Hablar conmigo?

—Quería saber si estabas bien y si necesitabas algo. Te llamé al teléfono varias veces, pero lo tenías apagado.

—Se lo quedaron los compañeros de Fuencarral, como prueba de la investigación.

—¿Te han tratado bien? El inspector con el que hablé me pareció bastante seco.

—Sí, tranquila, lo estoy.

—¿Necesitas algo?

—Un Larios con tónica —dijo soltando una breve carcajada a continuación—. No, lo único que necesito ahora es dormir al menos doce horas a pierna suelta. Comeré algo rápido con mi abogado y luego me iré al hostal.

—Podemos vernos allí y así me cuentas lo ocurrido. He estado investigando por mi cuenta y he averiguado un par de cosas que…

—No quiero que te metas en líos, Vero —la interrumpió él, con voz tajante—. Es mejor que te quedes al margen de todo este asunto.

—De eso nada, no voy a dejarte solo.

—No estoy solo, tengo a mi abogado.

—Ya sabes a lo que me refiero. Alguien ha matado a tu mujer y tenemos que averiguar quién ha sido.

—Exmujer —puntualizó Vallejo—, y ya hay policías encargándose de eso.

—No me fío de ninguno de ellos. Lo primero que han hecho ha sido poner el punto de mira en ti.

—Tienen motivos para hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Esa noche… estuve en el lugar del crimen —dijo como si le costase sacar las palabras.

—Lo sé, aparcaste delante de su casa y te quedaste sentado en el coche como has hecho otras veces. ¿Me equivoco?

Su compañero tardó varios segundos en responder.

—Lo digo en serio, Vero. Es mejor que te mantengas al margen.

—Sabes de sobra que no voy a hacerlo —le replicó—. Te conozco y sé que no eres un asesino.

—En esta vida no importa lo que uno es, sino lo que puede demostrar.

—Pues lo demostraremos juntos. No voy a dejarte tirado.

—Te lo agradezco, pero quiero que lo dejes estar.

—¿Por qué no paso a recogerte y vienes a dormir a mi casa? —le propuso, dispuesta a hacerle cambiar de opinión—. Así podremos hablar tranquilamente.

—No, lo que necesito ahora mismo es estar solo. He hablado con Olaya para cogerme unos días hasta que todo esto se aclare. Además, ahora mismo no podría trabajar. Ni siquiera… —Su voz se cortó de golpe, como si las palabras se atragantasen en su garganta.

—¿Estás bien? —preguntó ella, preocupada.

—Ni siquiera he podido llorar su muerte. Necesito… asimilar lo ocurrido. ¿Qué le voy a decir a su familia?

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea.

—Te lo agradezco, pero ahora prefiero estar solo. Tengo muchas cosas en las que pensar.

—Claro, lo entiendo.

—Gracias por todo, Vero. Hablamos en otro momento.

Antes de que tuviese tiempo a replicarle la llamada se cortó, así que dejó el teléfono en el asiento de al lado y se quedó pensativa unos segundos. Estaba claro que el estado anímico de Vallejo no era el mejor, algo perfectamente comprensible teniendo en cuenta las horas que había pasado en la comisaría. Tenía que ser muy duro ser detenido por tus propios compañeros, aunque no más que perder a la persona que habías amado durante veinte años.

A la vista de que su compañero ya estaba libre, decidió que lo mejor era regresar a casa y proseguir con la investigación al día siguiente, porque si algo tenía claro era que no iba a dejarlo hasta averiguar quién había asesinado a Lorena.

16

Verónica aparcó delante de la casa de Marcos cuando ya había oscurecido. Al otro lado de la calle estaba el todoterreno negro de Santi, el nuevo inquilino.

Abrió la portilla y mientras recorría el camino de baldosas hasta la entrada, pensó que quizás debería haber insistido más para que Vallejo se quedase en casa con ella y Marcos. No le convenía estar solo en un momento tan complicado para él.

—Ya estoy en casa —dijo en cuanto entró.

Al ver que no obtenía respuesta, se dirigió a la cocina, donde la luz estaba encendida. Marcos no estaba dentro, aunque sí había una bandeja de canelones sobre la encimera, lista para meter en el horno.

—¿Marcos? —volvió a preguntar.

En ese momento le pareció escuchar una puerta cerrándose, así que salió al pasillo, justo para ver cómo se abría la puerta situada al fondo, la que daba a las escaleras que bajaban al garaje y Marcos aparecía en pantalón corto y camiseta, sudoroso.

—Ya estás en casa —dijo él, sorprendido—. ¿Por qué no me has avisado?

—Lo siento, se me olvidó. Al poco de hablar contigo me llamó Vallejo para decirme que ya estaba libre, así que decidí volver a casa.

—¿Qué tal está?

—No muy bien. Le invité a cenar con nosotros, pero me dijo que quería estar solo. Mañana hablaré con él de nuevo. ¿Has estado corriendo?

—Sí, ocho kilómetros. Como me dijiste que tardarías, pensé en aprovechar para hacer un poco de ejercicio. Ahora estaba estirando en el garaje.

—Yo debería hacer lo mismo y salir a correr. Lo necesito.

Él se acercó a ella con mirada insinuante.

—Se me está ocurriendo un mejor modo de hacer ejercicio.

—Después de correr ocho kilómetros te habrás quedado sin fuerzas.

—Nunca lo doy todo. ¿Qué te parece si meto la bandeja en el horno y mientras se hacen los canelones nos damos una ducha juntos? —propuso agarrando sus caderas.

—¿Y si se quema?

—No lo hará si somos rápidos.

—Ya sabes que no me gusta lo rápido.

—En ese caso, nos ocuparemos de la cena luego —dijo besando su cuello.

Esa noche Verónica no fue capaz de cerrar los ojos. A pesar de estar bastante cansada, no pudo dejar de darle vueltas al asesinato de Lorena y a la breve conversación que había mantenido con Vallejo.

¿Qué había querido decir su compañero con que tenían motivos para sospechar de él? ¿Acaso había hecho algo que podía incriminarle?

Por más vueltas que le daba, no conseguía adivinar qué podía ser, del mismo modo que no terminaba de ver claro qué buscaba el asesino con la muerte de Lorena. Nada apuntaba a un robo, dado que no habían forzado ninguna entrada. Tampoco a un crimen pasional. La frialdad y precisión con que se había cometido apuntaba más a una ejecución llevada a cabo por un… ¿profesional?

Cansada de dar vueltas en la cama toda la noche y viendo que apenas faltaba una hora para que amaneciese, decidió levantarse y bajar a la cocina con el teléfono en la mano. Una vez abajo, se preparó un café y observó por la ventana cómo también se encendían las luces del nuevo inquilino de su casa. Parecía que madrugaba más que ella. Poco después le vio salir con una mochila color caqui al hombro, que metió en el maletero antes de arrancar. Por ese detalle y por su aspecto, dedujo que debía ser militar.

Meditaba si volver a la cama o salir a dar un paseo para ver el amanecer, cuando escuchó la melodía de su teléfono. Era un número fijo, con prefijo de Madrid.

—¿Sí?

—Buenos días, soy Vallejo. Espero no haberte despertado.

—No, tranquilo. No he pegado ojo en toda la noche.

—Yo tampoco.

—¿Desde dónde me llamas?

—Desde el teléfono fijo de mi habitación. Yo… necesitaba hablar contigo.

—¿Estás bien? —preguntó ella, alarmada—. Te noto muy apagado.

—Eres la única a la que puedo recurrir, la única a quién puedo confesarle la verdad.

—¿Qué verdad?

Vallejo tardó unos segundos en responder.

—Yo tengo la culpa de que Lorena esté muerta.

17

Al escuchar eso, Verónica contuvo el aliento. ¿Qué quería decir con que él tenía la culpa de su muerte?

—¿Vero, estás ahí? —sonó su voz.

—Sí, perdona… —reaccionó poniendo el altavoz del teléfono para poder acceder a la aplicación de grabación de la llamada. Si su compañero iba a confesar algo, debía tenerlo grabado—. ¿Qué querías decirme?

—Necesito confesarme contigo —reiteró él.

—Claro, para algo somos compañeros, ¿no?

—Pensé que éramos algo más que compañeros.

—Somos amigos —afirmó activando el auricular, una vez la grabación estuvo en marcha—. ¿Qué quieres contarme?

Tras unos segundos de pausa, escuchó la voz rota de Vallejo:

—¿Sabes que Lore… no se casó enamorada de mí?

—¿Cómo?

—Yo estaba loco por ella, lo estuve desde el día en que la conocí y sé que yo le gustaba, pero lo que vio en mí fue una oportunidad para solucionar su futuro. Un policía con un buen sueldo y una brillante carrera por delante, que la sacase de un entorno familiar opresor. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Durante unos años pensé que yo tenía amor suficiente por los dos, hasta que comprendí que nuestro matrimonio tenía fecha de caducidad. Ya no me sonreía de igual modo, cada vez estaba más distante y cualquier motivo era bueno para pasar tiempo lejos de mí. Estar con sus amigas, con su familia… y algún que otro amigo.

Verónica temió escuchar lo que iba a continuación, una confesión que podía romper toda su certeza con respecto a la inocencia de su compañero.

—¿Qué ocurrió ayer? —se atrevió a preguntar.

Vallejo se tomó unos segundos antes de responder.

—A pesar de que nuestro matrimonio se rompió hace dos años,

ella sabía que podía recurrir a mí siempre que me necesitase. Y la verdad es que lo hizo en alguna ocasión, como hace unos meses, cuando detuvieron a su hermano y me llamó para pedirme que le echase una mano.

Verónica recordaba aquel incidente y cómo Vallejo le libró de ser detenido después de verse implicado en un altercado en un club nocturno. Una cena de empresa que, según él, se había animado demasiado, terminando en una pelea. Gracias a su compañero, no pasó la noche en una celda.

—Lo recuerdo —murmuró ella.

—Por ese motivo Lore me llamó anoche.

—¿Lorena te llamó? ¿Cuándo? —preguntó.

—Justo después de que te fueses y me dejases en el bar que hay al lado de mi hostal. Me llamó bastante nerviosa y preocupada. Quería que nos viésemos al día siguiente para contarme algo importante relacionado con el hospital, o al menos eso creí entender. Hablaba de forma tan atropellada que no logré entenderla bien. Además, entre la música del local y que yo tampoco estaba muy centrado, pues… La verdad es que no me enteré de mucho.

—¿Te dijo algo más?

—Solo que ese día nos había visto salir del hospital, después de que hablásemos con el director y que por eso decidió llamarme al llegar a casa de noche.

—¿No te dijo nada concreto?

—Solo me preguntó si podía pasarme por la mañana a verla.

Eso no le cuadró.

—Pero fuiste esa noche a su casa.

—No tenía pensado hacerlo hasta el día siguiente, pero de madrugada, cuando estaba a punto de dormirme, me mandó un mensaje.

—¿Al móvil?

—Sí. Decía que no podía esperar hasta el día siguiente y que necesitaba hablar conmigo lo antes posible. Me dijo que aparcase delante de casa y que saldría a buscarme, para hablar dentro del coche.

—Por eso llegaste a su casa alrededor de las dos de la madrugada.

—Un poco antes —dijo él, sorprendido—. ¿Cómo lo sabes?

—Hablé con el vecino que te identificó y me contó que te había visto en el coche a esa hora.

—¿Has estado investigando por tu cuenta?

—Por supuesto. Ya te dije que no iba a dejarte tirado.

—Y yo que no quiero que te metas en líos por mí.

—Cuéntame lo que ocurrió cuando llegaste —le pidió ella para no desviarse del tema.

—Nada. Le mandé un mensaje al llegar, pero no me respondió ni salió a mi encuentro. Después de un rato la llamé un par de veces, y no me lo cogió. Cuando me cansé de esperar, decidí largarme.

—¿No te bajaste del coche?

—Bueno… sí —pareció dudar—. Fui hasta su puerta y llamé al timbre, pero como no me abría, decidí marcharme.

—Es decir, que la puerta de su casa estaba cerrada.

—Eso creo.

Verónica notó que a Vallejo le temblaba ligeramente la voz, por eso preguntó:

—¿Estás seguro?

—¿Cómo?

—¿Que si estás seguro de que estaba cerrada? Porque el vecino dice que después de irte, la puerta de la casa de Lorena estaba abierta. —Vallejo no dijo nada, lo que provocó un silencio incómodo que ella rompió con una nueva pregunta, más directa—. ¿Por eso me dijiste que tenían motivos para sospechar de ti?

—Sí —respondió con voz apagada— y porque lo único que importa en este trabajo es lo que puedes demostrar.

—¿Y eso qué significa exactamente? —Al decir eso se produjo un silencio de varios segundos, por eso ella preguntó—: Vallejo, ¿sigues ahí?

—Es cierto que la puerta estaba abierta —respondió—, aunque no lo supe hasta que me acerqué para llamar al timbre. En realidad, estaba arrimada, así que abrí y llamé a Lore. Todo permanecía a oscuras dentro de casa y no me contestó nadie.

—Y entraste —intuyó Verónica.

—Sí. Encendí la luz de la entrada y revisé la planta baja. Al ver que no estaba en ella, subí las escaleras que lleva a los dormitorios de la planta superior. Llegué al pasillo de arriba y vi que no había ninguna luz encendida y que la puerta de su habitación estaba

abierta, así que después de llamarla una vez más, sin respuesta, salí de la casa.

—¿No entraste en el dormitorio?

—No, y es algo que no dejo de reprocharme una y otra vez. Si lo hubiese hecho, tal vez ahora… —Su voz se cortó y Verónica tuvo la sensación de que estaba llorando, por eso esperó hasta que se recuperó—. Ahora estaría viva.

—Lo dudo. Si el asesino ya le había disparado cuando entraste, seguro que estaba muerta. Le dispararon a bocajarro, en la nuca.

—¿Y si todavía no le habían disparado? Quizás el asesino estaba dentro de la casa. ¡Joder! —exclamó con rabia—. No debería haberme largado sin comprobarlo.

—No le des más vueltas a eso. Ya no hay nada que puedas hacer para cambiar las cosas.

—Tenía que haber entrado en la habitación —insistió—. Pude ayudarla.

—¿Qué hiciste después? —preguntó ella para sacarle de ese pensamiento.

—Al ver que no respondía, volví al coche y regresé al hostal, cabreado. La verdad es que se me pasó por la cabeza que todo hubiese sido una broma de mal gusto, para reírse de mí y me cabreé bastante. Me sentí ridículo.

—Ya.

—Lo más seguro es que mis huellas hayan aparecido en la puerta y dentro de la casa y eso podría incriminarme.

—Las pruebas demostrarán que tú no lo hiciste —aseguró Verónica, convencida—. Para empezar, nadie escuchó ningún disparo, lo que me da a entender que pudo hacerlo un profesional con un arma con silenciador.

—¿Un profesional? —preguntó Vallejo, extrañado.

—Es solo una suposición, sin haber visto el informe del forense, pero hablé con Castañeda y por lo poco que me contó, yo creo que fue una ejecución.

—Quizás temía que algo así fuese a ocurrir y por eso me llamó —dijo su compañero con tono reflexivo—. ¿Quién podría desear su muerte?

—Es lo que tenemos que averiguar… ¡juntos!

—Lo siento, pero yo no puedo intervenir en la investigación y

tampoco quiero que tú te impliques.

—Estoy implicada desde que te detuvieron —le replicó Verónica con voz tajante—, así que piensa y dime cómo puedo ayudarte.

Vallejo se quedó unos segundos en silencio y luego comentó:

—Deberías hablar con la familia de Lore, para saber si les comentó algo, incluido su novio, ese piloto de Iberia. Tal vez la causa de su muerte esté relacionada con un tema de drogas. No sería el primer piloto implicado en el transporte de drogas en aviones comerciales y al que luego amenazan por algún problema en la entrega, o porque quiere dejar un negocio tan rentable.

—Lo investigaré.

—Está bien, pero no quiero que corras riesgos. No me gustaría que te jugases tu carrera por mí.

—Tranquilo, sé lo que hago. Atraparé al asesino de Lorena.

18

El fin de semana no fue tan productivo como Verónica esperaba. No pudo hablar con la familia de la víctima, que permaneció fuera de la ciudad hasta poder celebrar el funeral de su hija, ni tampoco con su futuro marido, Alfonso Díez. Por lo que pudo averiguar, el piloto había despegado la misma noche del crimen en dirección a Nueva York y no se esperaba su regreso hasta el mediodía del lunes.

Por todo ello, se pasó el sábado estando encerrada en casa, dando vueltas de un lado a otro, sin saber qué paso dar a continuación. Al menos, el domingo Marcos la convenció para salir de casa y hacer una ruta por la Sierra de Segovia y de ese modo pudo desconectar. No lo consiguió del todo, pero al menos el día le pasó más rápido y el lunes a primera hora llegó al trabajo con energías renovadas.

Nada más acceder a la planta de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos, notó varias miradas clavándose en ella. No entendió el motivo, hasta que Olaya salió de su despacho a su encuentro, antes de que llegase incluso a su mesa.

—Sígueme, Cuevas, tenemos que hablar. Es urgente.

Por su tono de voz, intuyó que algo no iba bien, aunque no se dio cuenta de lo cierto que era eso hasta que se sentó delante de la mesa del nuevo inspector jefe.

—Han detenido a Vallejo —le soltó a bocajarro.

Verónica solo supo decir:

—Será una broma.

—No lo es. Anoche, varios agentes de la comisaría de Fuencarral se presentaron en el hostal en el que se hospedaba y se lo llevaron detenido.

—No lo entiendo.

—Parece que la Policía Científica ha encontrado evidencias claras de su implicación en la muerte de su exmujer.

Verónica recordó de inmediato la conversación que había

mantenido con él por teléfono dos días antes.

—¿Es porque sus huellas aparecieron dentro de la casa? Porque eso tiene una explicación que…

—Es porque la bala que mató a la víctima provenía de su arma —la interrumpió Olaya.

—Su… ¿arma? —balbuceó desconcertada.

—De una de ellas.

Por unos segundos, Verónica se quedó sin palabras, incluso sin respiración, como si la hubiesen golpeado en el pecho con un mazo.

—No lo entiendo —murmuró finalmente.

—Al parecer, Vallejo tenía un arma particular, además de la reglamentaria. ¿Nunca te dijo nada?

—No, pero la mayoría tenemos una. Yo misma tengo una pistola HK compacta, de cañón corto en casa, en una caja de seguridad.

—Durante el registro de la casa de la víctima, encontraron un revólver Astra de dos pulgadas, del calibre treinta y ocho. Estaba en un cajón de la cómoda que hay junto a la cama y se ha confirmado que la bala que la mató provenía de él.

—¿Y Vallejo no ha dado ninguna explicación?

—No lo sé y tampoco es algo que deba preocuparme ahora.

—¿Cómo que no? —le replicó Verónica, apretando los dientes—. Vallejo es nuestro compañero y tenemos que demostrar que es inocente. Debemos hacernos cargo de la investigación del crimen.

—Precisamente por eso no podemos hacerlo —dijo Olaya mirándola con dureza—. La Brigada no va a intervenir en un caso en el que el único detenido y principal sospechoso es uno de sus miembros. Un crimen que, además, tiene todos los visos de ser pasional.

—Eso es mentira.

—¿Cómo dices?

—¿Un tiro en la nuca es un crimen pasional? —dijo en tono irónico—. Lo dudo mucho. Un crimen así es consecuencia de un sentimiento de rabia, tras no aceptar una ruptura. Vallejo se separó hace más de dos años de su mujer.

—Sí, pero todo el mundo comenta que no lo había superado, que siempre decía pestes de ella en público y que más de una vez la vigiló desde su coche.

—No la vigilaba —le corrigió alzando la voz más de lo deseable,

para luego rebajar un poco el volumen—. Es cierto que seguía enamorado de ella, pero si a veces aparcaba delante de su casa y se quedaba sentado dentro de su coche, no era por obsesión, sino porque de algún modo quería protegerla. Lorena siempre recurría a él cuando lo necesitaba, y yo creo que lo que realmente le unía a ella era un sentimiento de protección.

—Eso suena bastante estúpido.

—Las personas somos estúpidas, sobre todo cuando estamos enamoradas.

—Eso no le exculpa del asesinato —aseguró Olaya.

—En todos los crímenes pasionales, el asesino busca castigar a la víctima y lo hace enfrentándose a ella cara a cara, no pegándole un tiro en la nuca. Eso me parece más una ejecución que un crimen pasional.

—De cualquier modo, insisto en que ningún miembro de la Brigada puede participar en la investigación.

—Pero…

—No hay «peros», Cuevas —afirmó, tajante—. Además, hay un nuevo caso del que tenemos que ocuparnos y te necesito en él.

Verónica se mordió la lengua para no decirle a la cara dónde podía meterse ese nuevo caso.

—¿Has oído hablar de las prostitutas desaparecidas? —prosiguió Olaya.

—No —respondió con desgana.

—El pasado viernes se informó de una nueva desaparición y el comisario jefe quiere que nos ocupemos nosotros del asunto a partir de ahora. Los medios de comunicación están armando ya mucho revuelo con el tema y la cosa se está poniendo tensa. Es la quinta desaparición en la ciudad de Madrid en el último año.

Olaya continuó hablando, pero Verónica ya no le escuchó. No podía quitarse de la cabeza que su compañero estuviese detenido y que nadie en la Brigada pareciese dispuesto a ayudarle. Toda una vida en la Policía Nacional para terminar así, con sus propios compañeros dándole la espalda.

Tenía claro que ella no iba a hacerlo, no pensaba abandonarle cuando más le necesitaba. Investigaría por su cuenta y no descansaría hasta demostrar su inocencia. Le daba igual que el crimen se hubiese cometido con su arma. Es más, empezaba a creer

que todo estaba perfectamente orquestado para implicar a Vallejo en el crimen, lo que le llevó a preguntarse quién podría estar interesado en que fuese así.

—¿Me estás escuchando? —sonó la voz cabreada de Olaya, sacándole de sus pensamientos.

—Sí, perdón.

—Quiero que te unas al inspector Quintero en la investigación.

¡*Lo que faltaba*!, pensó. Quintero, unos pocos años mayor que ella, era un estirado que, por llevar cinco años ya en la Brigada, se pensaba que sabía más que nadie. Incluso más que los policías veteranos como Vallejo. No lo conocía lo suficiente para asegurar que fuese un mal policía, pero sí que tenía un ego muy crecido, que seguro iba a chocar con el suyo.

—Tienes experiencia en la desaparición de mujeres y necesito que la apliques apoyando al inspector Quintero —prosiguió Olaya —. Ya he hablado con él y te está esperando para que toméis juntos las riendas del caso. Confío en ti.

Esa última puntualización de «confío en ti» le sonó más bien a «espero que no la cagues».

No le importó. Haría como que se implicaba y dedicaría todo el tiempo que pudiese al asesinato de Lorena y a demostrar la inocencia de su compañero.

19

El inspector Quintero vestía traje oscuro y corbata, motivo por el cual muchos le llamaban agente Mulder. Por eso y porque siempre estaba leyendo cosas sobre el FBI y ensalzando las investigaciones que realizaban en los Estados Unidos. No obstante, su pelo engominado y la barba recortada le diferenciaban bastante del protagonista de Expediente X.

—Tenemos trabajo —le dijo con expresión seria cuando se acercó a su mesa.

—Sí, ya me ha comentado Olaya que han asesinado a varias prostitutas —le replicó Verónica, con voz apagada.

—Son desapariciones, no asesinatos.

El tono pedante que utilizó al decirlo hizo que sintiese como si le pinchasen en la nuca con un alfiler.

—Perdón, ¿cómo dices?

—Si no hay cadáver es una desaparición y hasta el momento no hemos encontrado ningún cuerpo.

—Entiendo —murmuró.

—No creo que lo entiendas, Cuevas —prosiguió mirándola directamente a los ojos—. Yo no soy Vallejo, no soy un policía de la vieja escuela y me gusta seguir las normas.

—¿Insinúas que yo no las sigo?

—No insinúo nada, solo dejo las cosas claras desde el principio. Yo soy inspector y tú, subinspectora. Yo dirijo la investigación y tú eres mi ayudante. Espero que no tengas problemas con eso.

El modo en que dijo «ayudante» hizo que Verónica lo sintiese como una puñalada en su orgullo. No obstante, se contuvo para no buscarse problemas que le impidiesen trabajar por su cuenta en el caso de Vallejo.

—De acuerdo.

—Bien —dijo Quintero asintiendo con la cabeza, satisfecho de haber logrado su objetivo—, entonces pongámonos en marcha.

Tenemos que hablar con la compañera de piso de Sandra Lorca, la última desaparecida.

La primera parada de ese día fue para visitar a la compañera de piso de Sandra Lorca. La joven mostró su preocupación en cuanto les abrió la puerta y se identificaron.

—¿Saben algo ya de ella?

Aparentaba unos veinte años.

—No, acabamos de hacernos cargo de la investigación —respondió Quintero.

—¿Cuándo, ahora? Pero si ya lleva desaparecida desde el viernes —protestó.

—Lo sabemos, pero el caso no pasó a manos de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos hasta hoy, por eso estamos aquí. ¿Podemos entrar?

La joven se hizo a un lado y tras cerrar la puerta los acompañó a un pequeño salón, cuyos muebles parecían tener más de un siglo. Incluso la tele, con un culo casi más grande que la propia pantalla.

—¿Estáis aquí de alquiler las dos? —preguntó Quintero, mientras se sentaba junto a Verónica en un sofá de dos plazas de cuero marrón, muy desgastado.

—Sí, es un piso para estudiantes —respondió la joven sentándose frente a ellos en una butaca individual, con las rodillas recogidas sobre el pecho—. Antes éramos tres, pero la otra chica terminó la carrera y se fue a trabajar a Málaga. Estamos buscando a alguien, porque el alquiler es bastante alto y entre las dos casi no podemos pagarlo.

—¿Qué nos puedes contar de la desaparición de tu amiga?

—La verdad es que tengo un mal presentimiento —aseguró la joven, mirándolos con ojos vidriosos—. Le dije a Sandra que cualquier día le iba a pasar algo malo, que eso de citarse con tíos a los que no conocía de nada a cambio de dinero era un error y que había mucho loco por el mundo. Pero ella decía que necesitaba el dinero, sobre todo ahora que solo éramos dos en el piso.

—¿Desde cuándo era prostituta Sandra?

—Ella no era prostituta.

—¿Cómo dices?

—Que no era prostituta, era una chica de compañía. Es muy diferente. Se citaba con tíos a los que acompañaba a cenas y

eventos sociales, pero nunca se acostaba con ellos, al menos por dinero.

—Aclárame eso.

—Quiero decir que ellos le pagaban por su compañía, nada más, aunque sí es cierto que en una ocasión se acostó con un joven empresario que solicitó sus servicios para que le acompañase a un acto benéfico, pero lo hizo porque él le gustaba y no le cobro por eso.

—No le cobró un extra, quieres decir.

—Sí. Fue algo que surgió y que no tuvo nada que ver con su acuerdo.

—¿Y por qué lo hacía?

—Te lo acabo de decir, para sus gastos, pagar el piso, los estudios de la universidad… Bueno, y también para comprarse algo de ropa y alguna que otra joya —dijo la compañera secándose una lágrima que corría por su mejilla—. Sandra es muy guapa, como una modelo… y le gusta vestir elegante, sobre todo cuando tiene una cita. Por eso siempre se compra ropa muy bonita y sensual.

—¿Te contó si tuvo problemas con algún cliente? —preguntó Quintero.

—No, que yo sepa.

—¿Y qué pasó el día de su desaparición?

—Quedó a media tarde con alguien, no me dijo quién, aunque me mandó la ubicación. Siempre lo hacía, por si le pasaba algo.

—¿Y qué ubicación te dio?

—La de un hotel cerca de Barajas, donde había un acto benéfico.

—En el informe del inspector que se ocupó inicialmente del caso, consta que es el hotel Emirates. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿Sabes cómo contactó ese cliente con ella?

—Usaba una aplicación de contactos cifrada. No sé el nombre.

—¿Y volviste a saber de ella después de que te mandase la ubicación?

—No, le envié varios mensajes y la llamé repetidas veces, pero tenía el teléfono desconectado.

La joven habló entonces de lo mucho que estaba preocupada por su amiga y por el hecho de que hubiese desaparecido sin dejar señales de vida. Quintero la tranquilizó y poco después se

despidieron de ella, prometiéndole que la encontrarían. Al menos eso dijo él, ya que Verónica no abrió la boca más que para despedirse.

De regreso al coche, pusieron rumbo al hotel Emirates, donde se reunieron con el inspector que había llevado a cabo las primeras diligencias. Este les comentó que no había encontrado ninguna pista que ayudase a localizar a Sandra Lorca. No aparecía en ninguna de las cámaras de vigilancia del interior del edificio y los empleados tampoco la identificaron a través de la foto que les mostró. Aunque la ubicación que le había enviado a su compañera de piso la situaba en las cercanías del hotel, parecía que no había entrado en el interior.

—Sinceramente, me alegra que los de la Brigada os hagáis cargo de este asunto —aseguró el inspector—. No hay ningún hilo del que tirar. Es como si se hubiese esfumado en el aire.

Tras la reunión, Quintero puso rumbo a la comisaría de Retiro, para hablar allí con los agentes que habían llevado otra de las investigaciones.

—¿Vamos a pasarnos por cada una de las comisarías donde han investigado las desapariciones? —preguntó Verónica cuando iban de camino.

—Esa es la idea —respondió él sin perder de vista la carretera.

—Sabes que podemos pedir que nos envíen toda la documentación, ¿verdad?

—Sí, y ya la tengo, pero me gusta hablar cara a cara con los investigadores de cada caso. Siempre se pueden obtener más datos de los que se incluyen los informes oficiales, sobre todo en uno con tantas desapariciones.

—¿Tantas? Pensé que eran cinco.

Por un segundo posó los ojos en ella y preguntó sorprendido:

—¿Y te parecen pocas?

—No, pero al decir tantas pensé que serían más de las que me había dicho Olaya.

—Y lo son —admitió él—. Cinco han desaparecido solo en el último año, pero podrían ser diez en dos años. Quizás el doble o el triple. ¡Quién sabe!

—¿Lo dices en serio?

—Muchas de las prostitutas que hay en la ciudad de Madrid son

inmigrantes ilegales, de las que no se tiene constancia de su entrada en nuestro país. Las mafias las traen aquí y las obligan a prostituirse a cambio de conseguir la documentación necesaria para quedarse en nuestro país legalmente, por ese motivo cuando desaparecen no hay nadie que las busque ni que las reclame. Sabemos que al menos han desaparecido diez en estos últimos dos años, porque son las denuncias que se han presentado en las comisarías, pero quien sabe cuántas podría haber en realidad.

—¿Y a todas las han asesinado?

—Personalmente, lo dudo. Lo más seguro es que las hayan secuestrado para llevárselas a algún país de Oriente Medio, como esclavas sexuales. Es cierto que en ocasiones las mafias se cargan a alguna de esas pobres infelices para dar un escarmiento a las demás, pero esos cuerpos suelen aparecer. En este caso no es así, no se ha encontrado el cuerpo de ninguna de las desaparecidas, por eso me inclino más a pensar que las han sacado del país. Tengo un compañero que desmanteló hace un par de años una red de trata de mujeres y dice que ha crecido mucho estos últimos años.

—Sería lo más lógico —admitió Verónica—, porque diez prostitutas asesinadas en dos años serían muchas. Significaría que estamos ante el asesino en serie más peligroso de las últimas décadas. Y más teniendo en cuenta que no se ha encontrado ninguno de los cadáveres.

—Por eso me inclino más a pensar que es una red de trata de mujeres.

—Es probable.

—Me alegra ver que estamos de acuerdo.

Aunque fuese así, en lo que Verónica no estaba de acuerdo con él era en dedicar todo su tiempo a la investigación. Le preocupaba más la situación de Vallejo y poder demostrar su inocencia.

El problema era cómo hacerlo.

20

Eran más de las diez de la noche cuando Eva aparcó delante de su casa. Había sido una jornada larga y monótona, viajando de una comisaría a otra para hablar con los inspectores que habían investigado cada desaparición y que en ninguno de los casos tenían pistas sobre el paradero de las prostitutas. Todas habían desaparecido en el ejercicio de su profesión, en encuentros solitarios con clientes y sin que hubiese ningún testigo que pudiese identificar al secuestrador o secuestradores.

Tampoco es que ella prestase demasiada atención a lo que hablaron. Su cabeza no dejaba de darle vueltas a la detención de Vallejo y a intentar adivinar qué pruebas, además de la pistola, había encontrado la Policía Científica para incriminarle.

Iba a salir del coche cuando recibió una llamada en su teléfono de un número que no tenía registrado.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Verónicas Cuevas?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Soy Pablo Andrade, abogado de Arturo Vallejo, tu compañero. Me pidió que te llamase.

—¿Qué tal se encuentra? —fue lo primero que se le ocurrió preguntar.

—No muy bien, como podrás imaginar. La muerte de su exmujer fue un duro golpe para él, pero aún lo ha sido más que le acusen de su asesinato.

—No entiendo cómo es eso posible.

—Pensé que siendo policía ya estarías al tanto —replicó el abogado, sorprendido.

—La investigación no la llevamos nosotros y mi jefe tampoco quiere que yo intervenga. ¿Qué puedes contarme? ¿Dónde está ahora Vallejo?

—Detenido de nuevo en las dependencias policiales de la

comisaría de Fuencarral, aunque no tardarán en trasladarle a prisión.

—¿A prisión? —preguntó con pesar—. ¡Esto es una locura!

—Por lo visto, es el procedimiento habitual. No puedo explicarte mucho porque yo no llevo su caso, lo lleva un compañero penalista del bufete, aunque hoy he estado con él para echarle una mano.

—¿Y por qué le han detenido? ¿Qué pruebas tienen contra él?

—Parece ser que sus huellas estaban en la puerta de entrada a casa y en la barandilla de las escaleras que suben al primer piso, donde apareció el cadáver.

—Vallejo vivió allí muchos años. ¿No podéis justificarlo así?

—Ya te digo que la investigación la lleva mi compañero, aunque eso no es lo más grave. El arma con la que asesinaron a Lorena pertenecía a Arturo y sus huellas eran las únicas que estaban en ella.

—No sabía que Vallejo tenía dos armas.

—En realidad ese revólver lo tenía en casa.

—¿En qué casa?

—En la de su exmujer. Según me contó, se lo dejó porque siempre tenía miedo a quedarse sola y pensó que con un arma en casa se sentiría más segura.

—¿Y cómo se le ocurrió hacer semejante estupidez?

—Ella lo guardaba en el fondo de un cajón de la cómoda, dentro de una funda acolchada, por si algún día le hacía falta.

—Ya solo por eso le van a crucificar —se lamentó Verónica—. Imagino que lo sabe.

—Lo sabe, aunque ahora mismo lo que menos le preocupa es eso. Cuando hablé con él me dijo que no entendía cómo el asesino podía saber que el arma estaba allí.

—Tal vez Lorena lo sacó para defenderse.

—Sus huellas no estaban en el revólver, señal de que nunca lo tocó. La verdad es que el asunto no pinta muy bien —dijo el abogado haciendo una breve pausa a continuación—. De todas formas, el bufete trabajará sin descanso para ayudarle, puedes estar segura. Por eso Arturo me pidió que te llamase. No quiere que te preocupes por él. Dice que estés tranquila y que lo mejor es que no te impliques en este asunto.

—¿Cómo no voy a hacerlo? —protestó ella—. Es mi compañero.

—Precisamente por eso. Dice que lo mejor es que te mantengas al margen. Está convencido de que al final todo se aclarará. La Policía Científica no encontró restos de pólvora en su cuerpo ni en su ropa cuando lo interrogaron la primera vez, lo que podría demostrar que él no disparó el arma. Ya veremos.

—¿Puedo hacer algo por él? ¿Necesita algo?

—No. Pasé por su hostal, justo después de que le detuviesen y le cogí algunas cosas que me pidió. Estará bien, no te preocupes.

Tras decir eso, el abogado se despidió de ella, reiterando el deseo de Vallejo de que se mantuviese al margen y se ofreció como intermediario por si necesitaba transmitirle algún mensaje. La respuesta de Verónica fue que pensaba encontrar al asesino de Lorena.

En lugar de bajar del coche se quedó sentada dentro, analizando la conversación que acababa de tener con el abogado. ¿Y si estaba equivocada y Vallejo era culpable? ¿Sería posible que hubiese matado a su exmujer en un arranque de celos?

Tenía que reconocer que el hecho de que solo sus huellas apareciesen en el arma del crimen no le favorecía nada y menos todavía que el revólver fuese suyo. Dejarlo en su casa, en posesión de su mujer, había sido una enorme estupidez, además de una ilegalidad, dado que Lorena no tenía permiso de armas y él no podía entregarle su arma a nadie. Los investigadores no se iban a creer la versión de que se lo había dejado para que no tuviese miedo y pudiese defenderse. Le acusarían de mentir y de que el revólver siempre había estado en posesión suya, a no ser que Vallejo pudiese demostrar de algún modo que se lo había entregado a ella.

Lo cierto era que su compañero no estaba en una posición muy buena para demostrar su inocencia. Podía pensarse que todas las pruebas eran circunstanciales, pero sus huellas en el revólver y en la casa no le favorecían. Y de momento no se le ocurría una teoría alternativa que fuese creíble.

Si Vallejo era inocente, entonces el asesino había entrado en la casa sin forzar ninguna entrada y sin dejar huellas. Luego había cogido el revólver que la víctima guardaba en el cajón de la cómoda y se había situado a su espalda para dispararle en la nuca. Tenía que ser un asesino que sabía muy bien lo que hacía. ¿Tal vez un

profesional?

Unas luces la alumbraron por la espalda, así que miró por el espejo retrovisor y vio que un coche aparcaba justo detrás del suyo. Decidió que era momento de entrar en casa de Marcos, así que se bajó y cruzó la calle.

—¿Siempre aparcas delante de tu chalé? —escuchó una voz a su espalda.

Se detuvo para mirar al hombre que le hablaba. Era Santi, el nuevo inquilino. Su coche era el que había aparcado detrás.

—Es la costumbre.

—Pensé que vivías ahí enfrente, con tu novio.

—¿Y? —preguntó desafiante, sacando a relucir su mal carácter.

El hombre esbozó una sonrisa, apoyado en el morro de su todoterreno.

—Nada, solo que me parecería más lógico que aparcases en ese otro lado de la calle.

—La calle no tiene dueño.

—Lo sé —dijo Santi asintiendo levemente con la cabeza—. Parece que has tenido un mal día.

Por un momento estuvo a punto de decirle que eso no era de su incumbencia, pero pensó que no era buena idea ser borde con la persona que había alquilado su casa, así que dijo con un tono más relajado:

—Ha sido un día largo y aburrido.

El hombre caminó hacia ella a la vez que comentaba:

—Supongo que no es fácil ser policía en una ciudad como Madrid.

—Igual que en cualquier otra.

—Lo dudo. Seguro que aquí el índice de criminalidad es más alto que en otras ciudades.

—Tampoco creas todo lo que se lee en la prensa.

—Eso me recuerda que en el garaje he encontrado una caja llena de libros. ¿Son tuyos?

—Sí. ¿Quieres que la saque de ahí?

—No, al contrario. Era para preguntarte si te importa que lea alguno de ellos.

—Claro, no hay problema.

—Bueno, no te molesto más. Estarás deseando llegar a casa para

estar con tu novio. Buenas noches —dijo antes de darle la espalda para dirigirse a casa.

—Buenas noches.

Eva siguió su trayecto y mientras recorría el camino de baldosas que conducía hasta las escaleras de entrada, se fijó en que Marcos la observaba desde la ventana de la cocina. Le saludó con la mano y una vez dentro fue a su encuentro.

—Llegas tarde —dijo él con expresión seria.

—Sí, el día se ha alargado más de lo deseable.

—¿Ese con el que hablabas es el nuevo inquilino de tu casa?

—Sí —respondió ella besando sus labios.

—¿Y qué quería?

—Saber si podía coger alguno de los libros que dejé en el garaje.

—Parece guapo.

Verónica soltó una breve carcajada.

—¿Estás celoso?

—¿Te gustaría que lo estuviese?

—Significaría que te importo.

—Ya sabes que estoy perdidamente enamorado de ti —dijo él agarrándola de la cintura.

—En ese caso, no tienes de qué preocuparte —aseguró ella rodeándole el cuello con los brazos y besándole a continuación.

21

Esa mañana, Verónica estaba desayunando mientras las primeras luces del nuevo día acariciaban el horizonte, cuando Marcos entró en la cocina.

—¿Ya estás levantada? —murmuró con cara somnolienta—. Has madrugado mucho.

—Tú también.

—Es que hoy empiezo a escribir un nuevo libro.

—¿Un futuro superventas?

—Eso espero. Será el inicio de una nueva serie policiaca… de crímenes —dijo, tras hacer una pausa para bostezar.

—¿Y quién la protagoniza?

—Una policía sexi con muy mala leche.

Ella soltó una carcajada.

—Espero que no esté inspirada en mí.

—¿Por lo de sexi?

—No, por lo de mala leche —aseguró besando sus labios.

—Si es así, espero que no me acuses de plagio.

—Puedes estar tranquilo, no tengo tiempo ni para leer.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Quiero pasarme por el hospital donde trabajaba Lorena. La noche de su muerte llamó a Vallejo porque le preocupaba algo relacionado con él, así que quiero ver qué averiguo.

—¿No me contaste anoche que te habían asignado un nuevo caso?

—Sí, la desaparición de unas prostitutas, pero ya me buscaré alguna excusa para que el capullo de Quintero me deje en paz.

Marcos soltó una sonora carcajada.

—Ya veo que no hay mucha gente que te caiga bien.

—Espero que no lo uses en tu novela.

—No te prometo nada —dijo él con mirada maliciosa—. ¿Y de qué va esa investigación? ¿Alguien está asesinando a prostitutas en

plan Jack el Destripador? Porque suena bien para una novela.

—Lo dudo. Seguramente las han secuestrado para llevárselas a algún país de Oriente Medio.

—No te diría que no fuese posible —aseguró él—. Una vez hablé con un proxeneta, para documentarme en la novela que estaba escribiendo en ese momento y me contó que hay mafias que comercian con mujeres. A muchas de ellas las traen del extranjero y las introducen en el país de forma ilegal, sin documentación.

—Algo de eso me contó Quintero.

—Nadie las echa de menos si desaparecen y muchas de ellas terminan en países de Oriente Medio, sobre todo las más guapas. Si quieres puedo intentar localizarlo para ponerte en contacto con él.

—No te preocupes, seguro que Quintero lo tiene controlado —dijo sin esconder un tono de burla—. Me voy a la ducha.

—Te prepararé el almuerzo para que te lo lleves.

Media hora después, Verónica salía de casa con la bolsa nevera de lunares rosas que Marcos le había regalado por su cumpleaños, para poner rumbo al hospital Virgen de la Cruz.

A esa hora temprana de la mañana, poco más de las ocho, no había demasiado movimiento en el hospital, por eso Verónica se dirigió al mostrador de información. La joven que se encontraba tras él, la miró conteniendo un bostezo.

—Buenos días, soy la subinspectora Cuevas, de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. ¿Conocías a Lorena Muñiz Puente?

—Sí… ¡Pobre! —dijo con pesar—. Menuda desgracia.

—¿Tenías amistad con ella?

—No, la verdad es que solo hablamos un par de veces, pero me dio mucha pena cuando me enteré de lo ocurrido.

—¿Con quién podría hablar, que la conociese bien?

—Con Sole. Era su jefa.

—¿Sole qué más?

—Soledad Mendoza.

—¿Y dónde puedo encontrarla?

—Pues no hace ni cinco minutos que entró en la cafetería —dijo señalando la puerta situada al fondo del amplio hall de entrada—. La identificarás fácil porque tiene el pelo teñido de rojo.

—Gracias.

Verónica se dirigió al lugar que le indicaba y al llegar a la puerta

de entrada, realizó un recorrido visual del interior. Había unas quince personas repartidas en grupos por distintas zonas del local, todas con ropa blanca. Localizó a la que buscaba, sentada sola a una de las mesas más cercanas.

Aparentaba al menos sesenta años y su pelo era de un rojo que casi hacía daño a la vista.

—Hola —dijo al llegar a su altura—. ¿Eres Soledad Mendoza?

—Sí —respondió alzando la mirada, extrañada—. ¿Quién lo pregunta?

—Soy la subinspectora Cuevas y estoy investigando la muerte de Lorena Muñiz. ¿Podemos charlar unos minutos? —La mujer se limitó a asentir con la cabeza, por lo que Verónica se sentó a su lado—. Tengo entendido que trabajabais juntas. ¿Qué puedes contarme de ella?

—¿Qué quieres saber?

—¿Estaba nerviosa los últimos días?

—No, que yo sepa.

—¿Te comentó que le preocupase algo?

—¿Referente a qué?

—Al trabajo… o cualquier otra cosa.

—No, aunque es cierto que estaba un poco ansiosa porque iba a casarse con ese piloto.

Eso le recordó a Verónica que todavía tenía pendiente hablar con él.

—¿Lo conoces?

—Sí, una vez vino a buscarla y me lo presentó. Muy guapo y elegante. Habrían hecho una buena pareja.

—¿Dónde trabajaba Lorena?

—Conmigo, en neonatos. Yo era su supervisora.

Al escuchar eso, Verónica la miró desconcertada.

—Has dicho… ¿neonatos?

—Sí, ¿por qué?

Una idea pasó por su mente, en principio demasiado inverosímil, pero, aun así, decidió preguntar:

—¿Lorena trabajaba donde están las incubadoras de los recién nacidos?

—Sí, de hecho, ella estaba casi siempre en la UCI de neonatos. Tenía mucha mano para trabajar con bebés. ¿Por qué, ocurre algo?

—preguntó mirándola intrigada.

Verónica decidió no compartir sus pensamientos con ella.

—No, pero me gustaría saber si tenía problemas con algún compañero de trabajo.

—Lo dudo. Aquí tenemos muy buen ambiente entre nosotras y con los médicos también nos llevamos bien. El doctor Abellán es un magnífico profesional y da gusto trabajar con él.

—¿Te refieres al director del hospital?

—Sí, y también es jefe de pediatría. Un médico excelente —remarcó—, al igual que lo era su padre.

—¿Cuántos años llevas trabajando aquí, Soledad?

—Cuarenta.

—No te hacía tan mayor.

El halago no surtió efecto, porque su expresión seria se mantuvo imperturbable.

—Empecé a trabajar con veintidós años.

—¿Siempre en este hospital?

—Sí.

—¿Y en pediatría?

—Casi desde el principio.

—Tiene que ser bonito trabajar con los niños, aunque seguro que es triste cuando les ocurre algo… como ese bebé que murió hace poco —añadió.

Esta vez sí que notó un cambio de expresión en ella. Incluso tuvo la sensación de que palidecía ligeramente.

—Sí, es muy triste. No todas las enfermeras lo soportan. En ocasiones vemos cosas muy duras, bebés que nacen con dificultades. Intentamos hacer todo lo posible por ellos, pero no siempre logramos salvarlos. Hay que saber aceptarlo como parte de nuestro trabajo.

—Y Lorena, ¿cómo lo llevaba?

—Bien. Tenía buena mano con los bebés y le encantaba su trabajo. —La mujer miró el reloj de su muñeca y acto seguido se puso en pie—. Lo siento, pero llego tarde a mi puesto. Si no quieres nada más…

Verónica notó que estaba nerviosa, aunque no supo si el motivo era que tenía prisa o por la conversación que acababan de mantener, sobre todo en su parte final.

—Nada más, gracias.

Siguió con la mirada a la enfermera, mientras salía de la cafetería, que se había quedado vacía. Supuso que era por el cambio de turno.

Se estaba planteando si seguir investigando y hablar con otras compañeras de Lorena, cuando recibió una llamada en su teléfono.

—Cuevas, soy Quintero —escuchó su voz seca del inspector al responder—. ¿Dónde andas?

—Estoy en el banco —improvisó sobre la marcha—. Perdona que no te haya avisado. Es que tenía una gestión importante que realizar.

—Tenemos mucho trabajo por delante y quiero revisar las desapariciones de prostitutas de los últimos dos años, así que te necesito aquí lo antes posible.

—Llegaré lo más rápido que pueda.

—De acuerdo.

Una vez se cortó la llamada, Verónica se dirigió a la salida del hospital para coger su coche. De momento iba a tener que posponer la investigación, aunque antes necesitaba hablar con una persona que podía confirmarle si lo que le acababa de decir Soledad era verdad o no.

22

Le llevó un buen rato contactar con Alfonso Díez, el piloto de Iberia con el que Lorena iba a casarse. Llamó primero a la compañía aérea, donde, a pesar de identificarse como subinspectora de policía, tuvo que esperar casi cinco minutos hasta que una empleada de personal le proporcionó el teléfono de contacto. Tras dos llamadas en las que no obtuvo respuesta, decidió arrancar el coche y poner rumbo al trabajo. Estaba a punto de tomar la
M-40
cuando recibió una llamada suya.

—¿Alfonso Díez? —preguntó antes de escuchar su voz.

—Sí, ¿con quién hablo? Tengo dos llamadas perdidas de este número —dijo el aludido.

—Soy la subinspectora Cuevas, de la Policía Nacional. ¿Podemos hablar?

—¿Es para decirme que ese cabrón ya ha confesado?

Verónica intuyó que se refería a Vallejo.

—No, llamo para que me aclare algunas cosas que rodearon la muerte de Lorena.

—¿Cómo qué?

—Prefiero que lo hablemos en persona. ¿Podemos vernos?

—He quedado con los padres de Lore y su hermano dentro de un par de horas en el aeropuerto.

—Solo será un momento.

Tras unos breves segundos de pausa, él comentó:

—Está bien, estoy en el hotel Emirates, cerca de Barajas. No sé si lo conoces.

—Sí, estuve ayer ahí. Acabo de salir del hospital en el que trabajaba Lorena, así que no creo que tarde más de media hora.

—La espero en la cafetería.

Verónica puso rumbo al hotel, mientras miraba en la pantalla del coche la hora. Tendría que preparar una excusa convincente

para cuando regresase a la Brigada.

Tal y como había comentado Soledad, la enfermera del hospital, Alfonso Díez era un hombre apuesto y con muy buena presencia. Verónica calculó que andaría por los cuarenta años, la edad de Lorena. Tenía el pelo peinado hacia atrás, una barba muy cuidada y medía alrededor de metro ochenta de altura. Se le veía en buena forma y tenía unos ojos verdes que hipnotizaban. Seguro que su éxito entre las mujeres era bastante grande. Vestía un impecable traje azul claro, con camisa blanca y corbata lisa del mismo color que el traje.

Esperaba apoyado en la barra del bar tomando un café cuando llegó a su altura.

—Hola, soy Verónica Cuevas —le saludó.

—Alfonso —dijo él mirándola a los ojos. Desde luego su atractivo estaba fuera de toda duda—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. ¿Podemos sentarnos en un lugar discreto? —propuso para que las personas situadas en la barra no pudiesen escuchar la conversación.

—Sí, claro.

Ocuparon una mesa situada junto a una de las ventanas que daban a la calle, donde Verónica comentó:

—Antes de nada, quiero decirte que lamento mucho tu pérdida. Tengo entendido que tú y Lorena ibais a casaros.

—Sí, dentro de un par de meses —dijo el hombre sin poder ocultar una expresión de dolor—. Este fin de semana habíamos quedado para buscar una casa juntos.

—¿Hablaste con ella el día de su muerte?

—Ese día cogí un vuelo a Nueva York a media tarde y solo nos vimos para desayunar, en su casa. Luego se marchó a trabajar.

—¿Vivías con ella? En su casa, quiero decir.

—No, aunque alguna vez me quedaba a dormir en ella. Otras veces nos veíamos en este hotel. Siempre me alojo aquí cuando estoy en Madrid.

—¿Ese día te contó si le preocupaba algo?

—Quería decirle a su exmarido que nos casábamos y no sabía cómo se lo tomaría él.

—¿Por qué?

—Pensaba que se podría alterar. Aunque llevaban dos años

divorciados, él seguía enamorado de ella y era algo obsesivo.

—¿En qué sentido?

—Lore me contó que a veces aparcaba el coche delante de su casa y se quedaba ahí sentado toda la noche.

—¿Discutió alguna vez con él por ese motivo o por cualquier otro?

—No, que yo sepa.

—Entonces no debía tener problemas para decirle que se casaba. ¿No crees?

—Era principalmente por la casa, porque tenían que decidir qué hacer con ella —aseguró el piloto encogiéndose de hombros—. De todas formas, le dije que no se complicase y que se lo dijese a su abogado.

Hasta ese momento todo parecía cuadrar con lo que Vallejo le había contado.

—¿Y no había nada más que le preocupase?

—¿Sobre qué?

—No sé, tal vez sobre su trabajo.

—No. Bueno… —dijo quedándose pensativo unos instantes—. Sí es cierto que estaba afectada por un bebé que había muerto recientemente en el hospital. Decía que no lo entendía.

—¿En qué sentido?

—No sé, no me explico nada más, porque a mí me llamaron por teléfono en ese momento y luego hablamos del tema de la boda.

—¿Y no volviste a hablar con ella durante el resto del día?

Él tomó un sorbo de su café y luego dijo con voz profunda:

—No encendí el teléfono hasta el día siguiente, cuando llegamos a nuestro destino y nos alojamos en el hotel. Fue entonces cuando vi que tenía tres llamadas perdidas suyas.

—¿A qué hora?

Alfonso sacó su teléfono y pulsó sobre la pantalla varias veces.

—Según la hora española… —Hizo una breve pausa, a la vez que desviaba la mirada hacia arriba, como si estuviese haciendo el cálculo mental. Luego volvió a posar los ojos en su pantalla—. Si no me equivoco, me llamó a las ocho y cuarto de la tarde, a las ocho y veintitrés y a las ocho cuarenta y dos.

Eso fue antes de hablar a Vallejo, pensó Verónica. De nuevo, todo encajaba. Parecía que Lorena había llamado a su novio antes

de hacerlo con su exmarido y que estaba bastante intranquila, dada la insistencia y el poco tiempo entre las tres llamadas. Vallejo no había mentido al decir que Lorena le había llamado preocupada. La cuestión era saber si eso estaba relacionado con su asesinato.

—Ojalá no hubiese viajado a Nueva York —se lamentó el piloto —. En realidad, no me correspondía hacer ese vuelo. Fue un cambio de última hora que hice con un compañero. De haber estado aquí, no habría llamado al cabrón de su exmarido y ahora estaría viva — concluyó apretando los dientes.

—No creo que Vallejo tenga nada que ver con su muerte.

—¿Me estás tomando el pelo? —dijo abriendo los ojos de forma desmesurada.

—Está claro que Lorena estaba muy preocupada y asustada, por eso te llamó tres veces. Si recurrió a su exmarido creo que fue para que la ayudase.

—¡Y él la mató! —exclamó encolerizado, poniéndose en pie—. Por eso la Policía lo ha detenido.

—Por favor, baja la voz y siéntate.

—No voy a sentarme. Has venido aquí buscando información que exculpe a ese policía borracho, ¿verdad? ¡Pues que te jodan! No tenemos nada más de lo que hablar.

El piloto se alejó con grandes zancadas y salió de la cafetería del hotel sin que Verónica pudiese hacer nada por evitarlo.

De no ser porque era imposible que el novio la hubiese matado, dado que en ese momento estaba cruzando el océano Atlántico, habría pensado que aquello no había sido más que una actuación para alejar las sospechas sobre su persona. La duda era si el crimen podía estar relacionado de alguna manera con él, tal vez por un asunto de drogas, como Vallejo había sugerido en su momento.

De cualquier modo, ya no podía hacer nada más allí, así que decidió regresar a la Brigada y continuar con su investigación una vez se hubiese librado de Quintero.

23

Eran las cuatro de la tarde cuando Verónica dejó a un lado la documentación que estaba leyendo y decidió tomarse un descanso para estirar las piernas y comer algo. Quintero seguía ensimismado, repasando la enésima carpeta con los datos de cada una de las desapariciones ocurridas en los últimos dos años en Madrid.

—¿Dónde vas? —preguntó al ver que abandonaba su mesa.

—A estirar las piernas y comer algo.

—Seguro que todavía sirven comidas en la cafetería de abajo.

—Me gusta más la comida del restaurante que hay fuera del complejo. ¿Tú no vas a comer hoy?

—Bajaré luego a por un bocadillo. No tardes, tenemos trabajo acumulado.

Esa observación era su modo de echarle en cara una vez más que esa mañana hubiese llegado con dos horas de retraso, sin una excusa convincente que lo justificase. Quintero no se tragó que, tras salir del banco, Verónica había hecho una parada en la farmacia y que la cola de espera era inmensa. Tampoco es que se esforzase mucho para convencerle. Le daba igual lo que el inspector pensase. Si no estaba conforme, podía buscarse a otra persona que le ayudase en la investigación.

Iba a alejarse de su mesa en dirección a la salida, cuando sonó el teléfono fijo que había sobre ella. Lo descolgó con cierta desconfianza. Era raro que alguien la llamase a él y no a su teléfono móvil.

—Sí, dígame.

—¿Subinspectora Cuevas?

—Sí, soy yo.

—Le paso una llamada.

Tras unos segundos de espera, escuchó una tímida voz femenina.

—Hola.

—¿Quién es? —preguntó.

—Prefiero no decirte mi nombre. Yo… te vi esta mañana en la cafetería hablando con Sole.

—¿Cómo has conseguido localizarme?

—Escuché cómo le decías tu nombre y que estabas en la Brigada de Homicidios y Desaparecidos.

—¿Y qué quieres de mí?

—Lorena y yo éramos compañeras. Verás… —Se notaba que estaba nerviosa, por cómo le temblaba la voz—. Había visto algunas cosas en el hospital que la preocupaban… en especial lo referente a las extrañas muertes de recién nacidos.

—¿Extrañas?

—Prefiero hablar de esto contigo en persona. ¿Podemos vernos?

Verónica miró a Quintero, que parecía concentrado en la lectura de los papeles que tenía delante.

—Ahora estoy trabajando —dijo por si la estaba escuchando—, pero podemos quedar cuando salga.

—Tranquila, yo también estoy trabajando. Hoy me toca doblar turno. ¿Qué te parece mañana a primera hora?

—¿Dónde?

—En la cafetería Puerta del Sol. Está en la calle Pilar Soler, a diez minutos andando del hospital. ¿A las ocho te parece bien?

—Sí, allí estaré. ¿Cuál es tu nombre?

—Carmen.

La mujer cortó la llamada, sin darle tiempo siquiera a despedirse.

—¿Algún problema? —preguntó Quintero alzando la vista. Parecía que había estado atento a la conversación.

—Era del banco. Se ve que me olvidé de firmar un papel.

—¿Otra vez vas a desaparecer media mañana?

—No lo creo. Me voy a comer algo.

Extrañas muertes de recién nacidos, resonó en su cabeza. ¿A qué podía referirse? ¿Tendría eso alguna relación con el asesinato de Lorena? Quizás ese era el motivo por el que había llamado preocupada a su novio aquella noche y luego a Vallejo.

Estaba ya a punto de abandonar la sala cuando Quintero llamó su atención.

—Cuevas, no tardes. Se me olvidó decirte que el inspector jefe quiere vernos a las cuatro y media en su despacho.

Ella se detuvo y se volvió para mirarle.

—Eso es dentro de media hora.

—Lo sé. Al parecer el comisario jefe quiere informar a la prensa de los avances de nuestra investigación, así que no tardes, por favor —insistió.

¿*Avances*?, pensó para sí con ironía. Eso no le dejaba mucho tiempo, así que finalmente bajó a la cafetería y, muy a su pesar, cogió un botellín de agua y un par de sándwiches que comió mientras daba un paseo alrededor del edificio. Necesitaba respirar un poco de aire antes de la más que seguro soporífera reunión, para hablar de una investigación que en ese momento era la que menos le preocupaba.

—Existe un patrón en las víctimas —comenzó a explicar Quintero, cuando se sentaron en el despacho del inspector jefe Olaya.

—¿Qué tipo de patrón? —preguntó este.

—Todas son prostitutas, de entre dieciocho y veinte años. No hay una predilección por el color de ojos o del cabello. Las hay rubias, morenas, con el pelo corto o largo. Eso sí, todas eran guapas.

—¿Todas ejercían la prostitución en la calle?

—Excepto la última, que trabajaba como dama de compañía. He ampliado la búsqueda a los últimos dos años y, de las diez desaparecidas de las que existe denuncia, Sandra Lorca era la única que no trabajaba en la calle. Estaba pensando en ampliar la búsqueda más todavía, pero, solo somos dos personas trabajando en el caso, por eso he decidido dejarlo para más adelante.

—Me parece bien, pero quiero que os centréis en la última desaparecida, al menos hasta que pueda asignar más gente a la investigación. Es la más reciente y la que podría llevarnos a quien esté detrás de las desapariciones. ¿Qué opciones barajáis?

Verónica dejó que hablase Quintero, dado que parecía disfrutar escuchando su propia voz.

—La principal es que se trata de una banda organizada que saca a las mujeres del país para llevárselas al extranjero y allí utilizarlas como esclavas sexuales.

—¿No pensáis que pueda tratarse de un asesino en serie?

—No hay cadáveres, por lo que esa posibilidad, de momento, es bastante remota.

—¿Qué opinas tú? —preguntó Olaya, posando los ojos en Verónica.

—Lo mismo —respondió ella, para ahorrar tiempo y salir de aquel despacho lo antes posible.

—¿Lo mismo?

Estaba claro que a Olaya no le bastaba con una respuesta corta.

—Si fuese un asesino en serie ya habría aparecido algún cadáver —se limitó a añadir.

—¿Habéis pensado que podría enterrarlas en un lugar donde nadie las encuentre? Hasta yo, solo con mirar los informes por encima, sé que las últimas cinco han desaparecido en diferentes distritos de Madrid, nunca dos en el mismo. ¿Me equivoco?

—Es cierto —intervino Quintero—, razón de más para descartar que sea un asesino en serie. No hay un patrón en las desapariciones que lo indique.

—Muy bien, pero necesito sustentar eso con datos, así que quiero un informe sobre esta mesa antes de que me reúna con el comisario jefe en dos horas. Un informe en el que estén los datos más relevantes de las víctimas y una cronología de las últimas cinco desapariciones. ¿De acuerdo?

—¿Solo de las últimas cinco?

—No quiero apabullar al comisario jefe con demasiados datos. Le hablaré de las otras cinco desapariciones, pero prefiero centrarme más en las del último año y, sobre todo, en la más reciente. Quiero lo que tengáis de ella, por poco que sea.

—No hay problema —dijo Quintero incorporándose—. Nos ponemos a ello.

—Cuevas, quiero hablar contigo un momento a solas —ordenó Olaya cuando ella iba a seguir los pasos de su compañero.

Verónica se sentó de nuevo y esperó a que hablase. Imaginó que le caería una bronca por llegar tarde esa mañana.

—¿Cómo estás? —preguntó él una vez se quedaron a solas.

—Bien.

—Sé que la detención de Vallejo te ha afectado, pero te quiero implicada al máximo en esta investigación y de momento no lo estoy viendo —dijo mirándola a los ojos—. Sé que esta mañana llegaste dos horas tarde y ahora, durante la reunión, no has abierto la boca. No es lo que esperaba de ti.

—¿Lo que esperaba?

—La imagen que me vendieron de ti fue la de una policía inconformista, con teorías que se alejan de lo que piensan la mayoría de los investigadores y que casi nunca va desencaminada. No es lo que he visto ahora.

—Ya —se limitó a decir.

—Te necesito al cien por cien en este caso. ¿Puedo esperar eso de ti?

Verónica sabía que era una pregunta con trampa, en la que la única respuesta posible era un rotundo sí.

—Claro que puede.

—Pues sal de este despacho y demuéstrame si Quintero está acertado o equivocado con su teoría de los secuestros.

—De acuerdo.

Verónica salió con el convencimiento de que iba a tener que aparcar la investigación sobre la muerte de Lorena, al menos hasta el día siguiente.

24

Esa mañana la ciudad de Madrid estaba cubierta por aquella boina de contaminación, tan habitual en épocas en las que llevaba tiempo sin llover y que impactaba en mayor medida, cuanto más era la distancia de la ciudad a la que se observaba.

Verónica llegó a la cafetería con diez minutos de adelanto sobre la hora a la que había quedado con la misteriosa enfermera que la había llamado el día anterior. Al entrar, lo primero que captó su atención fue ver que la mayoría de los clientes eran hombres con mono de trabajo y chaleco reflectante. Supuso que estarían trabajando en alguna obra cercana.

Pidió un café y se sentó a una mesa desde la que podía ver a cualquier persona que entrase en el local. Justo cuando el reloj marcaba las ocho de la mañana, entró por la puerta una joven de pelo muy corto y mirada nerviosa, con una pequeña mochila al hombro. Observó el local durante unos segundos y, al ver a Verónica, se dirigió a su encuentro, a la vez que miraba a su espalda, como si le preocupase que alguien la siguiese.

—Hola, soy Carmen Rojas —se presentó.

—Hola, Carmen, soy Verónica —le replicó ella poniéndose en pie y ofreciéndole la mano. La recién llegada se la apretó y luego tomó asiento, no sin mirar una vez más a su espalda—. ¿Quieres un café?

—No, gracias, he desayunado antes de salir de casa. Hoy tengo doble turno y la comida del hospital no es muy allá, así que la traigo conmigo —afirmó mostrando la mochila que luego posó en el suelo, a su lado.

—¿De qué querías hablarme? —La joven pareció dudar, por eso comentó—: Supongo que trabajas en el hospital Virgen de la Cruz.

—Sí.

—Dijiste que eras compañera de Lorena. ¿Estabas con ella en neonatos?

La enfermera asintió con la cabeza antes de responder.

—Este es mi primer trabajo desde que terminé la carrera el año pasado.

—¿Y te gusta?

—No es un mal sitio, sobre todo porque la natalidad es muy baja y la mitad de las incubadoras están vacías, pero me gustaría trabajar en quirófano. Me parece más interesante.

—¿Qué tipo de trabajo haces en neonatos?

—Normalmente alterno entre la sala de incubadoras y la UCI, que es una labor más delicada.

—¿En la UCI es donde están los bebés que nacen con problemas? —preguntó Verónica.

—Sí.

—¿Es allí donde trabajaba Lorena?

—Sí, ella tenía más experiencia con bebés que yo. A veces le echaba una mano, lavando a los niños, controlando la temperatura de las incubadoras o alimentándoles a través de la sonda nasogástrica.

—Me hablaste por teléfono de muertes extrañas de recién nacidos. ¿A qué te referías?

La joven miró a su espalda y observó al grupo de tres personas que entraba en el local en ese momento. También llevaban chalecos reflectantes, lo que hizo que se relajase y comenzase a explicar:

—Los bebés de la UCI de neonatos están ahí porque nacen con problemas. Por ejemplo, si tienen dificultades de respiración, nuestro trabajo es controlar la máquina de respiración CPAP. Lo normal es que todos se recuperen después de un tiempo, pero la semana pasada sucedió algo muy extraño con un bebé, en concreto un niño. Llevaba quince días en la UCI y su evolución era muy favorable. Había nacido con un adelanto de dos meses y con problemas de respiración, pero evolucionaba bastante bien. Incluso dos días antes Lorena me había comentado que el médico estaba valorando quitarle la máquina CPAP. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Y cuando el jueves llegué a trabajar, me enteré de que el pobre niño había fallecido el día anterior.

—¿Recuerdas el nombre de la madre del bebé?

—Se llamaba Rebeca y había muerto asesinada por su marido. Una terrible tragedia.

Verónica la miró desconcertada.

—¿Te refieres a Rebeca Collado?

—Sí.

—¿Y qué le ocurrió al bebé?

—No lo sé, pero Lorena estaba preocupada por lo que sucedía en ese hospital.

—¿En qué sentido?

—En lo referente a fallecimientos de bebés. Decía que habían muerto ocho en los últimos dos años, normalmente durante el parto o en las horas posteriores.

—¿Y eso es extraño?

—Para ella sí. Me dijo que siempre eran de madres solteras o con pocos recursos. Aunque lo más extraño fue lo de ese bebé —comentó haciendo una breve pausa para mirar a su alrededor antes de continuar—. Como digo, el niño estaba bien, en teoría recuperándose, pero ese día, Sole, la supervisora, se lo llevó con ella, supuestamente porque el jefe de pediatría quería hacerle unas pruebas. Una hora después, cuando regresó, le dijo a Lorena que el bebé había fallecido por una grave complicación mientras el médico estaba con él y que intentaron salvarle la vida, pero que no fue posible.

—Te refieres a Soledad Mendoza. ¿Verdad?

—Sí, la enfermera con la que hablaste ayer. Ella es la supervisora de pediatría.

—A ver si te he entendido bien —dijo Verónica, tratando de ordenar en su mente toda la información que acababa de recibir—. ¿Me estás diciendo que Soledad se llevó al hijo de Rebeca Collado porque el doctor Abellán quería hacerle unas pruebas y que el bebé falleció cuando estaba con él?

—Eso es lo que digo.

—¿Y qué día sucedió eso?

—Pues… el miércoles pasado.

Verónica hizo memoria y murmuró:

—Fue el día en que la abuela del bebé se presentó en el hospital para ver a su nieto.

—Eso no lo sé, pero sí sé que Lorena, nada más enterarse de que el bebé había muerto, quiso ver el cadáver. Sole le dijo que los de la funeraria ya se habían hecho cargo de él y que no era posible verlo.

—¿Tan rápido?

La joven se encogió de hombros.

—Eso fue lo que Lorena me contó al día siguiente cuando fui a trabajar. Estaba bastante preocupada y nerviosa.

—¿Fue entonces cuando te contó lo de las muertes de bebés en el hospital?

—Sí. Dijo que quería investigarlo por su cuenta y que si encontraba algo irregular acudiría a su marido, que es policía. Por desgracia, murió asesinada esa noche.

—¿Te contó si había encontrado algo?

—No. Ese día yo tenía el turno de mañana y ella de tarde, así que apenas hablamos unos minutos en el relevo.

Verónica miró a los ojos a la joven enfermera.

—¿Crees que la muerte de Lorena está relacionada con lo que le sucedió a ese bebé?

Ella palideció y su voz tembló.

—No voy a acusar a nadie sin pruebas, solo sé lo que ella me contó. No puedo afirmar que estuviese en lo cierto, aunque después de lo de ayer…

—¿Qué ocurrió ayer? —preguntó para animarla a continuar.

—Después de que hablases con Sole, nos reunió a todas las enfermeras de la planta de pediatría y nos dio una charla sobre el secreto profesional y que nos meteríamos en un grave problema si hablábamos fuera del hospital, de lo que ocurría dentro de él. Incluso habló de abogados y de perder nuestro trabajo. —La joven resopló—. Hay algo en esa mujer que me da muy mal rollo y no es solo que actúe como si ella fuese la jefa de pediatría. Siempre está preguntando a las embarazadas por su situación personal, antes de que den a luz. Si están casadas, si trabajan, si tienen más hijos y si estos son sanos… No sé cómo explicarlo. Aparenta ser amable, pero luego hay una frialdad en su mirada que asusta.

—Imagino que no le haría ninguna gracia saber que ahora estás hablando conmigo.

—¡Por supuesto que no! —exclamó ella aterrada, para luego bajar la voz—. Por favor, no puede enterarse de nada de esto.

—Puedes estar tranquila.

—Acudí a ti porque eres policía y porque yo no creo que la matase su exmarido.

Verónica se enderezó en la silla al escuchar eso.

—¿Tienes alguna prueba de ello?

—No, pero Lorena me dijo que si descubría algo raro en la muerte del niño le pediría a él que lo investigase. La verdad es que estoy asustada —afirmó a continuación la enfermera, con un ligero temblor en la voz—. ¿Y si a Lorena la mataron porque averiguó algo turbio sobre el hospital y la descubrieron? Cualquiera de nosotras podría ver algo inconveniente y terminar como ella.

—Eso no va a ocurrir, Carmen, puedes estar tranquila. Si se están cometiendo negligencias en ese hospital, te aseguro que lo descubriremos y detendremos a todos los implicados.

—Espero que sea así.

—Lo será —dijo Verónica, convencida—. Te lo prometo.

25

La intención de Verónica al llegar esa mañana a la Brigada era buscar una excusa para seguir investigando por su cuenta el crimen de Lorena. La reciente charla con Carmen había dado un giro brusco a su planteamiento. Que un hospital cometiese negligencias y que luego las encubriese entraba dentro de lo probable, aunque era menos comprensible que se valiese del asesinato para ello. Tenía que haber algo más detrás de aquel asunto, algo que se le escapaba.

Su intención al llegar a su mesa era bucear en Internet en busca de noticias relacionadas con negligencias hospitalarias y muertes de bebés. No contaba con que Quintero la estaba esperando chaqueta en mano.

—¡Por fin estás aquí! ¿Otra vez te han entretenido en el banco? —dijo con evidente ironía.

—El coche se quedó sin batería y tuve que llamar al de la grúa para que lo arrancase —se justificó sobre la marcha.

—Por lo menos llegas a tiempo. Nos vamos a dar un largo paseo.

—¿A dónde?

—A la sierra. ¿Conoces un pueblo llamado Villar del Monte?

—No.

—Es un pueblo abandonado que está a unos cincuenta kilómetros, pasado el Guadarrama.

—Ni idea —reiteró ella—. ¿Qué pasa con ese pueblo?

—Acaba de llamarme un amigo guardia civil, de la UCO, que conocía nuestra investigación sobre las prostitutas desaparecidas. Resulta que ese pueblo llevaba más de cuarenta años deshabitado, hasta que una empresa lo compró el mes pasado.

—¿Se pueden comprar pueblos?

—Eso parece. Tienen la intención de construir una urbanización, aprovechando que la autovía de la Coruña pasa casi al lado —dijo Quintero mientras se dirigían a la salida—. La cuestión es que el pueblo disponía de un pozo de agua al que esperaban sacar uso y…

adivina lo que se encontraron hace dos días al bajar a él.

—¿El tesoro escondido de la Guerra Civil?

—¡Peor! Los cadáveres de cuatro mujeres que llevaban ahí abajo al menos un año —aseguró—. Los compañeros de la UCO tienen a sus forenses trabajando en la identificación de los cadáveres y a los de Criminalística reconociendo el lugar. Mi amigo dice que igual son las prostitutas que estamos buscando, al menos una de ellas.

—¿Y en qué se basa?

—Yana Malyshev, de nacionalidad ucraniana y desaparecida hace dos años, tenía un dedo amputado de niña, el meñique de la mano izquierda y varios tornillos en la tibia derecha. Lo recordarás de los informes que leímos.

—Sí —respondió por inercia. Le sonaba haber leído algo de lo que comentaba, aunque lo cierto era que su mente estaba más centrada en el asesinato de Lorena Muñiz, que en los informes de las desapariciones que habían pasado por sus manos.

—Pues resulta que uno de los cadáveres encontrados en ese pozo también tenía un dedo amputado y varios tornillos en la pierna derecha. He quedado con mi amigo de la UCO en ese pueblo, para echar un vistazo y que nos ponga al día de lo que han averiguado hasta el momento.

Verónica asintió con la cabeza, aunque lo hizo contrariada. Entendía la gravedad de que uno de los cuerpos encontrados en el pozo pudiese ser de una de las prostitutas desaparecidas. El problema era que, de confirmarse, pasaría de ser una investigación de desaparición a una de asesinato y eso frustraría sus intenciones de ocuparse del crimen de Lorena por su cuenta.

Villar del Monte parecía un pueblo fantasma. Dos calles con cuarenta casas en total, de una sola planta, sin puertas ni ventanas, y llenas de pintadas en sus fachadas. Algunas tenían el tejado hundido, aunque no tantas como se podía esperar, considerando que llevaba cuarenta años abandonado. Al final de la calle había una iglesia parroquial con su campanario, en cuya parte trasera se encontraba el pozo motivo de su visita.

A su llegada, casi una hora después de abandonar Madrid, les recibió el amigo de Quintero, un teniente de la UCO que aparentaba más o menos su edad y que les amplió la información de la que disponían hasta el momento.

—Hemos encontrado cuatro esqueletos, de mujeres —puntualizó —, por lo que ya han averiguado los forenses. Todas llevaban en ese pozo más de un año.

—¿El pozo estaba seco o con agua? —preguntó Quintero.

—Seco, por eso solo quedan de ellas los esqueletos. Va a ser difícil identificarlas, dado que no llevaban ropa ni objetos personales, excepto esa a la que le faltaba el dedo meñique de una mano y que tenía varios tornillos en una pierna.

—Yana Malyshev.

—Sí. Vi su descripción en uno de los avisos de personas desaparecidas y pensé que podía ser la misma, por eso te llamé.

—Y te lo agradezco, aunque me temo que si se confirma su identidad, no va a ser una buena noticia —aseguró Quintero.

—¿Por qué?

—Significaría que detrás de las desapariciones de las prostitutas no hay ninguna banda criminal de trata de mujeres, como pensábamos hasta ahora, sino un asesino en serie.

—¿Cuántas han desaparecido?

—Creemos que pueden ser diez en dos años, cinco de ellas durante los últimos doce meses.

El teniente emitió un silbido.

—Tienes razón, eso nunca es una buena noticia. Sobre todo, teniendo en cuenta que los cuatro cuerpos que encontramos llevaban más de un año ahí abajo —dijo señalando el pozo, que apenas sobresalía medio metro sobre el nivel del suelo.

—Me parece que vamos a dormir poco durante los próximos días —aseguró Quintero mirando de reojo a Verónica, que hasta el momento no había abierto la boca.

—Tendremos que esperar al menos a que se confirme la identidad de los cuerpos —replicó ella.

—No contéis con eso a corto plazo. Ya os digo que va a ser difícil identificarlas por el estado en que se encontraron y el tiempo que ha pasado desde que fallecieron. Los forenses tienen una larga labor por delante.

—¿Y qué nos puedes contar de este lugar? —preguntó Quintero —. ¿Algún testigo que viese a la persona que arrojó los cuerpos al pozo?

—¿Después de un año? Será difícil —respondió con ironía el

guardia civil—. La población más cercana está a veinte kilómetros y por aquí no pasa nadie. Antes todavía venían los grafiteros y algún que otro investigador de lo paranormal, para hacer psicofonías, pero hace tiempo que ya nadie viene por aquí. De todas formas, lo intentaremos.

—¿Habéis encontrado alguna prueba que nos pueda llevar hasta el asesino?

—De momento, ninguna. El pozo estaba tapado con una plancha metálica y un montón de tablas encima, que los obreros retiraron para ver el interior. Ha pasado demasiado tiempo para encontrar algo de valor.

—Entiendo.

Quintero prometió hacerle llegar los detalles de cada una de las prostitutas desaparecidas de las que se tenía constancia, por si eso podía ayudar a identificar el resto de los cuerpos y, tras dar una vuelta por el pueblo, se despidieron del teniente.

—Tengo que reconocer que estaba equivocado —aseguró el inspector, con voz profunda, cuando subieron al vehículo para regresar a Madrid—. Tenemos un asesino en serie en la ciudad, campando a sus anchas.

26

Al regresar esa noche a casa, lo primero que hizo Verónica fue ir directa a la nevera para coger una cerveza. Acababa de abrirla cuando Marcos se asomó a la puerta.

—¿Has tenido otro mal día? —preguntó a modo de saludo.

—Ha sido un día muy largo —respondió antes de darle un trago al botellín. Luego suspiró.

—¿Va todo bien?

No tenía por costumbre hablar de su trabajo con él ni de los casos que investigaba, pero esta vez necesitaba desahogarse con alguien. La coincidencia de uno de los cadáveres encontrados en el pueblo de Villar del Monte con una de las prostitutas desaparecidas había dado un vuelco completo a la investigación. Tanto era así, que Quintero ya había solicitado el apoyo de más personal. De momento, Olaya le había pedido paciencia y que continuasen ellos dos, lo cual era una mala noticia para Verónica, ya que le impedía desvincularse del caso, lo necesario para dedicarse a investigar el asesinato de Lorena. Algo muy frustrante, después de lo que Carmen Rojas le había contado esa mañana.

—¿Hasta qué punto es normal que ocho bebés recién nacidos mueran en un hospital durante los últimos dos años? —comentó con tono reflexivo—. ¿No te parece que eso indicaría que se están cometiendo graves negligencias médicas?

—Eso… o que se fingió las muertes de los bebés —le replicó Marcos.

—¿Qué quieres decir?

—Si hubieses leído uno de mis libros, lo sabrías.

—No entiendo —reiteró.

—Mi segunda novela, después de la que me llevó a la fama —dijo dibujando una sonrisa de orgullo—, trataba de los niños robados del franquismo. Durante décadas se comerció con bebés recién nacidos en España. Se montó bastante revuelo cuando el

tema saltó a la prensa, hace más de una década. ¿No lo recuerdas?

—Por entonces yo ni siquiera pensaba en ser policía, aunque sí recuerdo haber escuchado algo en las televisiones sobre adopciones ilegales.

—Eran más que adopciones ilegales. Todo empezó con la República y continuó luego con el franquismo, aunque la época de mayor actividad fue desde la década de los sesenta hasta los ochenta. Incluso se dieron algunos casos en los noventa.

—Eso último no lo sabía.

Marcos se sentó en una de las sillas de la cocina, antes de proseguir.

—En España se comerciaba con recién nacidos, que se vendían al mejor postor a cambio de una importante cantidad de dinero. Y no te estoy hablando solo de gente de clase alta que no podía tener hijos. Cualquiera podía adoptar un bebé y pagarlo en cómodos plazos a lo largo de varios años, como si fuese una hipoteca.

—¡Me estás tomando el pelo! —exclamó ella, incrédula.

—Para nada. A los bebés se les fijaba un precio en base a su sexo y a sus cualidades físicas. Cuanto más guapos fuesen, más se pagaba. Por una niña rubia de ojos azules se podía llegar a pagar el doble que por cualquier otro recién nacido.

—Eso lo recuerdo… y también que muchas de esas madres se habían visto obligadas a entregar a sus hijos en adopción.

—Algo normal en esa época. Ten en cuenta que, hasta no hace mucho, en este país estaba mal visto que una madre fuese soltera y muchos padres repudiaban a las hijas que quedaban embarazadas sin estar casadas.

—Por suerte, creo que en eso hemos avanzado bastante como sociedad.

—Es cierto —admitió Marcos—, pero antes, ser madre soltera era una desgracia y a muchas de ellas, sus padres las obligaban a entregar a sus hijos en adopción o en las maternidades. También es verdad que había otras que lo hacían de forma voluntaria, para que no las señalasen con el dedo durante el resto de su vida.

—Lo que me parece más increíble, es que luego hubiese personas que pagasen por esos bebés.

—Bastantes más de las que pensamos. Algunos matrimonios no tenían hijos y necesitaban ayuda para trabajar el campo, por eso los

niños sanos y fuertes se pagaban bien. En cuanto a las niñas, muchos matrimonios las querían para que les cuidasen cuando fuesen mayores.

—Vergonzoso.

—Aunque no todos los bebés se entregaban de forma voluntaria. El amigo periodista que lo sacó a la luz hace quince años y que luego me asesoró en mi novela, descubrió que a algunas madres las engañaban diciendo que sus hijos habían muerto durante el parto o en los días posteriores, por alguna complicación.

Eso hizo que todas las alarmas se activasen en el cerebro de Verónica.

—Aclárame eso, por favor.

—Con el paso de los años dejó de estar mal visto que una madre fuese soltera, como bien has dicho antes, por eso las personas que estaban implicadas en ese próspero negocio buscaron una forma de mantenerlo.

—¿De qué implicados hablamos?

—De directores de hospital, pediatras, ginecólogos, enfermeras, incluso funcionarios del registro. Estaban repartidos por diversos hospitales del país, aunque Madrid era donde más había y el lugar desde el que se controlaba todo. Un entramado perfectamente organizado, que actuó durante muchos años y gracias al cual se enriqueció mucha gente.

—¿Y los padres adoptivos qué opinaban de todo eso?

—No tenían ni idea de lo que sucedía en realidad. Pensaban que eran niños abandonados, a los que sus madres no querían, o que se habían quedado solos en el mundo, después de que ellas muriesen durante el parto. Muchos de esos padres adoptivos se llevaron el secreto a la tumba, aunque unos pocos se sinceraron con sus hijos y les confesaron que eran adoptados. Uno de ellos es mi amigo, el periodista, que decidió investigarlo a fondo y destaparlo todo. A partir de sacarlo a la luz, se creó una asociación que empezó a recopilar todos los casos, para hacerse oír por los distintos gobiernos, aunque no han tenido demasiado éxito hasta el momento. Muchos de aquellos primeros implicados murieron sin pisar la cárcel y a día de hoy siguen sin conocerse los nombres de la mayoría de ellos.

—Imagino que será porque en ese entramado habrá metida

gente con mucho poder.

—Sí, aunque esto no tiene nada que ver con ideologías políticas, como algunos quisieron hacer ver, achacándolo a la época franquista. Desde los años sesenta a los noventa, hemos tenido gobiernos tanto de derechas como de izquierdas. Este asunto va de gente poderosa y ambiciosa, sin escrúpulos para comerciar con la vida humana y a los que no les importa enriquecerse con el sufrimiento de otros.

Verónica se quedó pensativa durante unos segundos, antes de comentar:

—Has dicho que se conocen casos hasta la década de los noventa. ¿Es posible que hoy en día se siga traficando con bebés?

—Yo no lo descartaría. Si quieres, puedo hablar con mi amigo periodista y preguntarle. Creo que se fue a trabajar a Holanda, aunque quizás conserve el mismo número de teléfono.

—Sí, por favor. Y si te responde pregúntale por el hospital Virgen de la Cruz, a ver qué sabe.

—Voy a por el teléfono para llamarle y si me contesta, podrás hablar tú misma con él.

—De acuerdo. Yo voy a llamar a Carmen Rojas, la enfermera con la que hablé esta mañana. Me dio su teléfono antes de irse y tal vez podría conseguirme más información sobre lo que ocurre allí dentro.

Mientras Marcos salía de la cocina, Verónica dio un nuevo trago a su cerveza y luego se quedó pensativa. Si todo lo que acababa de escuchar era cierto, en el hospital Virgen de la Cruz podían estar traficando con bebés, fingiendo que fallecían para luego venderlos al mejor postor. Eso era más creíble que el hecho de que hubiesen asesinado a Lorena para encubrir las negligencias médicas.

Resultaba muy sospechoso que la madre de Rebeca Collado hubiese ido a visitar a su nieto al hospital y que, después de una hora esperando para verle, le dijesen que el bebé había fallecido. Aunque no más sospechoso que una de las enfermeras que trabajaba en neonatos muriese asesinada al día siguiente, después de decirle a una compañera que sospechaba que algo extraño pasaba en el hospital y que iba a investigarlo.

Quizás Lorena había encontrado pruebas de la venta de bebés y por eso había llamado tres veces a su novio, para después contactar

con Vallejo. Estaba claro que algo la preocupaba, tanto como para mandarle un mensaje bien entrada la madrugada, para que fuese a su casa.

De existir esas pruebas, tenía claro que estaban en el hospital, por eso sacó su teléfono y marcó el número de Carmen. Le interesaba saber su disposición para ayudar en la investigación.

Tras varios tonos de espera, contestó a la llamada.

—Hola, Carmen. Soy Verónica —dijo antes de escuchar su voz.

—Lo siento, no soy Carmen —respondió una voz de hombre—. ¿Conoce usted a la propietaria de este teléfono?

—Sí. ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Soy el agente Peñalva, de la Policía Municipal de Madrid. ¿Con quién hablo?

—Subinspectora Cuevas, de la Policía Nacional. ¿Dónde está Carmen?

—Me temo que tengo malas noticias —dijo haciendo una pausa dramática a continuación—. Ha sido víctima de un atropello cuando salía de trabajar del hospital.

—¿Está bien?

—No, lo siento, ha fallecido en el acto.

27

A la mañana siguiente, Verónica se presentó en la comisaría de Fuencarral El Pardo. Estaba decidida a no salir de allí hasta hablar con el inspector Bolaños y conseguir que liberase a Vallejo. Los hechos acaecidos en las últimas veinticuatro horas eran lo bastante relevantes como para convencerlo, aunque no tenía claro hasta qué punto estaría dispuesto a escucharla. Si no lo hacía, su siguiente paso sería hablar con el abogado de su compañero para que presionase al juez.

No tuvo que esperar mucho. Tras presentarse en el mostrador de información, un agente la guio hasta un pequeño despacho, en el que se encontraba Bolaños. En ese momento estaba inmerso en la lectura de unos papeles que tenía sobre la mesa.

—Inspector Bolaños, una visita —dijo el agente.

Él alzó la vista y al ver a Verónica, resopló.

—¿Otra vez aquí?

—Tenemos que hablar. Es importante.

—Está bien, pasa y siéntate —le pidió señalando la única silla que había delante de su mesa.

El agente que la había acompañado se marchó, dejándoles a solas, así que Verónica fue directa al grano.

—Tenéis que liberar a Vallejo. Él no mató a su exmujer.

—¿En serio? —dijo soltando una breve carcajada—. ¿Para eso has venido?

—Creo que mataron a Lorena por algo que vio en el hospital donde trabajaba y que lo planearon todo para implicar a Vallejo.

El inspector apoyó la espalda en el respaldo de la silla y sonrió con ironía.

—¿Insinúas que hay una conspiración contra él?

—Lo que digo es que podría haber otra gente con más motivos para matarla que él.

—¿Y tienes pruebas que lo demuestren?

—Todavía no, pero…

La sonora carcajada que soltó el inspector la interrumpió.

—¿Acaso te das cuenta de lo ridícula que suenas?

—¿Cómo? —preguntó perpleja.

—Entras aquí diciendo que crees saber por qué la mataron y acto seguido reconoces que no tienes pruebas. ¿En serio, es así como hacéis las cosas los listillos de la Brigada de Homicidios?

Verónica sintió la rabia crecer dentro de ella, incluso notó sus mejillas enrojecer de ira, algo con lo que Bolaños parecía disfrutar por cómo sonreía al ver su reacción. Respiró hondo, para controlar la ansiedad que sentía en ese momento y luego continuó con voz firme.

—Anoche asesinaron a Carmen Rojas, enfermera del hospital Virgen de la Cruz y compañera de Lorena en la planta de neonatos. Un coche la atropelló en un paso de cebra cuando salía de trabajar y luego se dio a la fuga. —Eso borró la sonrisa de la cara de Bolaños —. El único testigo del accidente dijo que era un coche negro, un todoterreno, aunque no supo dar más detalles sobre la marca y el modelo o quién lo conducía. Lo curioso es que Carmen estuvo hablando conmigo esa misma mañana para decirme que algo raro pasaba en el hospital.

—¿En qué sentido?

—Es probable que estén traficando con bebés.

Verónica le hizo un breve resumen de lo que sabía hasta el momento por lo que Carmen le había contado y mencionó la red de tráfico de adopciones que se había producido hasta los años noventa, aunque sin citar la fuente de la información. Tampoco le dijo que Marcos no había podido localizar a su amigo periodista, que al parecer ya no tenía ese número.

—¿Y crees que a las dos las mataron por eso? —reflexionó Bolaños, como si por un momento se tomase en serio su relato.

—Sí.

—Sin embargo, a Lorena Muñiz la mataron con el revólver del inspector Vallejo y sus huellas eran las únicas que estaban en el arma. Además, la autopsia reveló que Lorena no tenía ninguna herida en el cuerpo, ni había signos de lucha en la casa. Conocía a su asesino y confiaba en él. —Antes de que ella pudiese replicarle, continuó—. Y luego están las huellas de tu compañero, que se

encontraron en el timbre, la puerta de entrada de la casa e incluso en la barandilla de las escaleras que suben al primer piso, donde apareció el cadáver.

—Eso es porque Lorena le mandó un mensaje de madrugada para que fuera a verla y al llegar a su casa se encontró con que la puerta estaba abierta, por eso entró.

—Ya veo que te ha contado la misma historia que a nosotros —dijo con ironía—. Lo que no te ha contado y tú ignoras, es que no existe confirmación del origen de ese mensaje que supuestamente le envió su mujer.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, sorprendida.

—En el teléfono de la víctima sí que había registrada una llamada que se realizó la noche de su muerte a las nueve y ocho minutos, pero no había ningún mensaje de WhatsApp enviado al teléfono de Vallejo.

—Pero Vallejo me dijo que lo recibió.

—Así es y el mensaje consta en su terminal, pero no se envió desde el teléfono de Lorena Muñiz.

—No puede ser.

—Ese mensaje, que se supone que le mandó su mujer para que fuese a verla, se envió desde otro teléfono, uno prepago no registrado. —Bolaños se inclinó hacia delante y apoyó los codos en su mesa—. Creemos que ese terminal pertenece a Vallejo y que se mandó el mensaje a su teléfono particular para justificar su presencia en el domicilio de la víctima si alguien le veía.

—¡Eso es absurdo! ¿Tenéis ese teléfono?

—No, porque el agente que debía vigilar la habitación del sospechoso hasta que la Policía Científica la registrase, permitió al abogado de tu compañero entrar para coger algunas cosas y el inútil no comprobó lo que se llevaba. Suponemos que una de las que cogió de la habitación del hostal fue ese teléfono.

—Dudo que hiciese algo semejante —le replicó ella tajante, negando con la cabeza—. Además, si no tenéis el teléfono, no podéis acusarle de que se enviase el mensaje a sí mismo.

—En realidad es, más bien al contrario. Podemos demostrar que el mensaje no se lo mandó ella, lo que deja a Vallejo sin un motivo que justifique su presencia en el lugar del crimen.

Por mucho que le doliese, Verónica tenía que reconocer que

estaba en lo cierto, aunque no quiso dar su brazo a torcer.

—Las pruebas siguen siendo circunstanciales.

—Que sus huellas estén en el arma del crimen no me parece que sea circunstancial. Y la explicación que ha dado para justificar que el revólver estuviese en casa de su exmujer es ridícula. Tú, como policía, deberías saberlo. ¿Entregársela porque tenía miedo, contraviniendo de forma flagrante la ley de posesión de armas? ¡Es ridículo! Ese revólver siempre lo tuvo él.

En esta ocasión, poco podía rebatir.

—La conclusión es que tenía un motivo para matarla —prosiguió Bolaños—, sus huellas le sitúan en el lugar del crimen y un testigo le identificó. ¿Qué hay de circunstancial en eso?

—¿A qué hora determinó el forense que había muerto Lorena? —preguntó entonces Verónica.

—Entre la una y las dos de la madrugada.

—Puede que ya estuviese muerta cuando Vallejo llegó a su casa. ¿Alguien escuchó el disparo?

—Nadie, aunque tiene una explicación. La Policía Científica encontró un cojín con un orificio de bala y algunas fibras de este adheridas al cañón. Creen que lo utilizó para amortiguar el sonido.

Ahora la que se rio fue Verónica.

—¿En serio creéis que eso impidió que los vecinos escuchasen el disparo?

Al inspector no le hizo ninguna gracia su reacción, porque su semblante se endureció.

—Ya sé que en la Brigada os creéis muy listos y que los demás somos muy tontos, pero tu compañero la ha cagado y pagará por ello.

—Él no la mató. ¿Por qué no investigáis lo que ocurre en ese hospital?

—No vamos a investigar nada. Mi mujer dio a luz en él y conozco al director. Es una bellísima persona, no un delincuente como has dado a entender. ¿Sabes lo que creo? Que no eres capaz de asumir que tu compañero es un asesino y te has montado una película que no tiene ni pies ni cabeza. Estás tan loca como él.

Verónica se puso en pie de golpe.

—¡Vallejo no es ningún asesino! —gritó con rabia.

—Eso tendrá que decidirlo el juez. Nuestro trabajo es presentar

las pruebas.

—¡No me jodas! Vuestro trabajo es encontrar al asesino, no crucificar a un compañero.

—Lo de tu compañero se veía venir. Hasta los de Asuntos Internos lo tienen claro.

—Esos capullos no tienen ni puta idea de nada. Han hablado con cuatro gilipollas de la Brigada que no pueden ver delante a Vallejo y se han creído todo lo que han contado de él.

—Tal vez eres tú la que se ha creído todo lo que Vallejo te ha dicho. Eres una ingenua.

—¡Vete a la mierda!

Verónica se largó de allí como un caballo desbocado, con el rostro rojo de ira y recorriendo el pasillo en dirección a la salida a largas zancadas, dispuesta a llevarse por delante a cualquiera que se interpusiese en su camino.

Si tenía que enfrentarse a todo el Cuerpo Nacional de Policía para salvar a su amigo, estaba dispuesta a hacerlo.

28

Lo que mejor le hubiese sentado a Verónica después de salir de la comisaría de Fuencarral habría sido irse al gimnasio y pegarse con el saco de boxeo durante un buen rato. Necesitaba sacarse de dentro toda esa rabia que había acumulado tras la charla con el inspector Bolaños. Sin embargo, ya tenía demasiados problemas encima como para no aparecer por el trabajo en toda la mañana, por eso decidió dejarlo para más tarde.

Media hora después llegó a las oficinas de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos, donde le llamó la atención no ver a Quintero en su mesa, algo que en cierto modo la alivió. No tenía humor para aguantar más reproches por llegar tarde al trabajo.

No contaba con que Olaya se asomase al pasillo para llamarla, a la vez que la señalaba con el dedo.

—Cuevas, a mi despacho. —Una frase que comenzaba a ser habitual.

El tono con el que lo dijo ya le dio a entender que algo no iba bien, aunque no supo lo cierto que era eso hasta que se sentó frente a él.

—Tenía informes contradictorios sobre ti, la verdad —comenzó a decir Olaya con expresión seria. Parecía cabreado, aunque manteniendo el control—. Por un lado, mi antecesor me habló de tus capacidades para la investigación y de que nunca te das por vencida. Eso sí, también me advirtió que no siempre te gusta seguir las normas y que tienes un carácter complicado.

—No entiendo muy bien a qué viene esto —murmuró ella.

—Viene a que acabo de recibir una llamada del comisario de Fuencarral, quejándose de que habías mandado a la mierda al inspector a cargo del crimen de Lorena Muñiz. Ha exigido que te sancione o recurrirá a instancias superiores a la mía. —Verónica temió lo que iba a venir a continuación—. Vaya por delante que no voy a permitir que nadie me diga lo que tengo que hacer en mi

unidad y menos cuando alguien me amenaza en los términos en los que él lo hizo, pero tampoco voy a dejar pasar lo ocurrido.

—Lo siento, pero…

—No he terminado —la interrumpió él—. Te asigné a la investigación de los crímenes de esas prostitutas y Quintero se ha quejado, no solo de que todos los días has llegado tarde, sino también de que tu implicación es mínima, por no decir nula. ¿Puedes explicarme por qué?

Por un momento, Verónica no supo qué responder. Pensó en inventarse cualquier disculpa sobre la marcha, hasta que llegó a la conclusión de que eso no haría más que agravar el tema.

—Porque soy la única que cree en la inocencia de Vallejo —dijo con firmeza— y porque nadie parece dispuesto a investigar si existen otros motivos para que matasen a Lorena, más allá de los supuestos celos de él porque se iba a casar con otro.

—¿Y tú tienes pruebas de lo contrario?

Decidió que era el momento de poner todas las cartas sobre la mesa.

—¿Recuerda el último caso que investigamos Vallejo y yo, el de Rebeca Collado?

—Sí, la mujer a la que asesinó su marido.

—Dos días después vino a comisaría la madre de la víctima, para decirnos que había ido al hospital a ver a su nieto, que nació antes de tiempo y con unos problemas respiratorios que obligaron a mantenerlo en una incubadora. Pues bien, al llegar al hospital, la tuvieron más de una hora esperando, hasta que le comunicaron que el bebé acababa de fallecer. —Hasta ese momento Olaya parecía no perder detalle de sus palabras—. Puede imaginar cómo reaccionó esa mujer al saber que había perdido a su nieto, un día después de perder a su hija. Como es normal, exigió ver el cuerpo y nos aseguró que el bebé que le enseñaron no era su nieto. Estaba pálido y con signos de rigidez, que no encajaban con el tiempo desde el fallecimiento.

—¿Qué pasa, esa mujer es forense?

—No, por eso Vallejo y yo fuimos al hospital para comprobarlo. Hablamos con el director, que nos dijo que ya lo habían incinerado.

—No entiendo a dónde quieres llegar con todo esto.

Verónica comprendió que debía abreviar si no quería perder su

atención.

—Lorena trabajaba en ese mismo hospital, en la planta de neonatos y le dijo a una compañera que el bebé estaba perfectamente, hasta que la supervisora se lo llevó para una revisión. Eso coincidió con la visita de la abuela y la supuesta muerte del bebé se produjo poco después. ¿Casualidad? Yo creo que no.

—Tú misma has dicho que el crío había nacido con problemas.

—Sí, pero no es la única muerte ocurrida en el hospital. Han sido ocho en los últimos dos años.

—Sigo sin entender qué tiene eso que ver con la muerte de Lorena Muñiz.

—Al día siguiente del suceso con la abuela del bebé, Lorena llamó a Vallejo para decirle que necesitaba contarle algo relacionado con el hospital. En principio quedaron en verse al día siguiente, pero luego, de madrugada, Vallejo recibió un mensaje supuestamente de Lorena para que fuese a verla.

—¿Por qué dices «supuestamente»? —remarcó Olaya.

—Según el inspector Bolaños, el mensaje provenía de un teléfono prepago sin registrar. Mi teoría es que ese mensaje lo envió el asesino de Lorena haciéndose pasar por ella y que Vallejo no se dio cuenta del origen. Pensó que era Lorena y fue a su casa directo.

—¿Existen pruebas de eso?

—No, aunque hay algo más. Recibí una llamada de Carmen, una enfermera que trabajaba con Lorena y me reuní con ella ayer en una cafetería. Me contó que Lorena sospechaba que las muertes de bebés no eran lo que parecían y que su intención era reunir pruebas. No sabemos si lo consiguió, porque esa noche la asesinaron en su casa. —Verónica se tomó un breve respiro para ordenar sus ideas. No sabía si estaba siendo clara en su relato de los hechos, por eso se tomó unos segundos para observar a su jefe y luego continuó —. En cuanto a la enfermera con la que hablé ayer por la mañana, murió anoche cuando salía de trabajar. Un vehículo la atropelló y el conductor se dio a la fuga.

Olaya resopló ligeramente, antes de decir:

—No termino de entender a dónde quieres llegar.

—Pienso que en ese hospital están traficando con bebés. Hacen creer a sus madres que están muertos y luego los venden al mejor

postor. Llevan décadas haciéndolo.

—¿Y tienes pruebas de todo eso?

—Acabo de decirle que las dos personas que podían tenerlas están muertas.

Por un momento, Verónica creyó ver en sus ojos que la creía, hasta que le escuchó decir con voz pausada:

—He hablado con el inspector Bolaños y me asegura que tu teoría no tiene fundamento.

—¿Ha hablado con él? —preguntó sorprendida.

—Unos minutos antes de que llegases.

—¿Y por qué no me lo ha dicho al entrar?

—Antes quería escuchar tu versión.

—Y no la cree —intuyó.

—También me ha contado con detalle las pruebas que tienen contra Vallejo y, sinceramente, todo apunta a que es culpable.

—¡No me joda!

La mirada de Olaya se endureció.

—No te pases conmigo, Cuevas. Soy tu jefe y no pienso permitir ni un mal gesto ni una mala palabra por tu parte. —Conforme hablaba, su tono se volvió más autoritario—. Solo vamos a tener esta conversación una vez. Quiero en la Brigada a gente implicada y que siga las normas, que reme en la misma dirección que todos.

—Pensé que le gustaban los policías inconformistas, con teorías diferentes a las del resto.

—No te pases de lista conmigo —dijo señalándola con el dedo—. Quiero que te olvides del asunto de Vallejo y te impliques en la investigación que te he asignado. ¿Está claro?

—Muy claro.

—Pues espero que sea la última vez que te tenga que llamar a este despacho.

Verónica no dijo nada más. Salió de la sala con la mirada clavada en el suelo y murmurando todo tipo de improperios, que por suerte nadie escuchó.

Estaba convencida de que sus días en la Brigada estaban contados, porque si algo tenía claro era que no iba a olvidarse de aquel asunto.

29

Cara, costillas, estómago… Cara, costillas, estómago…

Esas palabras resonaban en la cabeza de Verónica cada vez que golpeaba el saco. Primero un directo con el puño izquierdo a la altura de la cara, luego un gancho de derecha a las costillas y por último un rodillazo frontal, a la vez que agarraba el saco para no desequilibrarse. Repetía una docena de veces la misma secuencia, para acto seguido dar una serie de puñetazos a distintas zonas del saco y varias patadas circulares, antes de regresar a la secuencia inicial.

Mientras el sudor caía por su rostro, dejó que toda la rabia que sentía saliese de ella, como había hecho en otras ocasiones, solo que esta vez lo hacía con más motivo que nunca. Tenía que sacarse de dentro toda la frustración que sentía tras los acontecimientos de los últimos días. La muerte de Lorena y de Carmen, la detención de Vallejo, la negativa de Bolaños a investigar ambas muertes… Y, por último, la amenaza de Olaya esa misma mañana, de apartarla del servicio.

Demasiadas frustraciones para gestionarlas ella sola, por eso decidió que el mejor remedio era ir al gimnasio al salir esa tarde del trabajo y desahogarse al menos golpeando el saco, en vez de pagarlo con otra persona.

—Espero que no te cabrees así conmigo si me retraso con el alquiler.

Verónica se detuvo y se volvió para mirar a la persona que le hablaba. Llevaba unos pantalones de boxeo y una camiseta de tirantes que mostraba unos bíceps bien desarrollados.

—Espero que no me obligues… Santi —comentó, recuperando el aliento.

—Veo que te acuerdas de mi nombre.

—Tengo buena memoria.

—Llevabas tiempo sin aparecer por aquí.

—¿Acaso vienes todos los días?

—El dueño es mi primo y le estoy echando una mano en el gimnasio.

—¿Y no te compensaría más alquilar un piso cerca de aquí?

—Lo intenté, pero no había nada medianamente barato. La verdad es que los alquileres en esta ciudad son muy altos. Tu casa fue lo más asequible que encontré, aunque no lo creas.

—Eso es porque me basta con sacar para cubrir los gastos de la hipoteca.

—Algo que te agradezco. Por eso, si puedo hacer algo por ti…

Verónica no entendió el sentido de la frase.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te gustaría practicar un poco conmigo? Ese saco no puede defenderse.

—¿Y tú sí? —preguntó ella con ironía.

—Me gustaría intentarlo.

—De acuerdo, pero luego no te quejes.

Cinco minutos después estaban subidos al ring que ocupaba el centro del amplio gimnasio, ambos con guantes y protecciones en torso y cabeza.

—¿No te parece un poco exagerada tanta protección? —preguntó Verónica.

—Es para que no te contengas.

Nada más decir eso, ella le lanzó una patada circular al costado que él bloqueó sin problemas con su antebrazo.

—Hablas demasiado —aseguró.

Él soltó una carcajada y subió la guardia.

—Y está claro que tú no eres una princesita indefensa.

Durante varios minutos estuvieron combatiendo, ella lanzando golpes y él bloqueándolos sin demasiados problemas. De vez en cuanto se los devolvía, sin que Verónica tuviese problemas tampoco para esquivarlos o pararlos, hasta que notó que el cansancio la vencía.

—¿Quieres que lo dejemos? —propuso él.

—Un último asalto.

—De acuerdo.

Durante unos segundos se miraron a los ojos, esperando a ver qué hacía el otro. Verónica fue la primera en atacar, lanzando un

puñetazo circular que él bloqueó con el antebrazo, algo que ella ya se esperaba. Por ese motivo, pocas décimas de segundo después le barrió con su pierna derecha a la altura de la rodilla. Santi no se lo esperaba y no pudo reaccionar. Al perder la pierna de apoyo, cayó de lado, aunque tuvo tiempo de agarrar el brazo de ella y arrastrarla en su caída.

Los dos cayeron al suelo, Santi de espaldas y Verónica sobre su cuerpo.

—Bien hecho —dijo él soltando una carcajada a continuación.

Ella también se rio, contenta de que el engaño hubiese funcionado.

A pesar de que los dos estaban cubiertos de sudor, no se sintió incómoda tumbada encima suyo.

—Ha sido un buen combate —murmuró mirándole a los ojos—, aunque tengo la sensación de que has estado jugando conmigo.

—Para nada. Ese último golpe no me lo esperaba.

—Yo no estoy tan segura. Reaccionaste muy rápido agarrando mi brazo.

La sonrisa que Santi dibujó no le dejó muy claro si estaba en lo cierto.

—De cualquier manera, me has ganado —afirmó—, así que tienes que dejarme que te invite a algo.

Verónica se puso en pie y comenzó a quitarse las protecciones.

—Otro día, hoy he quedado para cenar en casa.

—¿Con tu novio?

—Esa es la idea.

—Otro día entonces. Si necesitas machacar a alguien, estaré encantado de ofrecerme voluntario.

—Gracias.

Verónica se despidió y entró en el vestuario para darse una ducha, aunque antes miró su teléfono. Le sorprendió ver que tenía tres llamadas perdidas de alguien que no esperaba: Alfonso Díez, el piloto de Iberia que iba a casarse con Lorena.

Decidió llamarle en ese momento, antes de meterse bajo el agua.

—Soy Verónica Cuevas —dijo en cuanto obtuvo respuesta.

—Tenemos que vernos —escuchó su voz nerviosa—. Puede que sea cierto que el exmarido de Lorena no la mató.

30

Verónica se reunió con Alfonso Díez en la cafetería del hotel en el que estaba hospedado, la misma donde habían charlado dos días antes. Se le veía más demacrado, con unas profundas ojeras y con la misma ropa que entonces, aunque arrugada. El café largo con hielo que estaba tomando le dio a entender que llevaba tiempo sin dormir.

—¿Estás bien? —le dijo a modo de saludo.

—Llevo dos días sin coger una cama. Al padre de Lore le dio un infarto, a las pocas horas de llegar a Madrid y no he salido del hospital desde entonces. Ella no habría querido que dejase a su madre y a su hermano solos, en una situación así.

—Lo siento. ¿Qué tal se encuentra?

—Mejor, aunque de momento está en la UCI, en observación. Lo tendrán allí unos días.

—Espero que se mejore.

El hombre asintió, tomó un sorbo de café y dejó el vaso sobre la mesa.

—He venido para darme una ducha y cambiarme de ropa, pero antes quería que hablásemos.

—¿Sobre qué?

—Yo… —Su voz se cortó de golpe, a la vez que se llevaba una mano al pecho—. Lo siento, todavía me cuesta hablar de Lore.

—Si prefieres dejarlo para otro momento…

—No, tiene que ser ahora —dijo sacudiendo la cabeza—. Necesito decirte que tú tenías razón.

—¿Sobre qué?

—Respecto a que algo extraño pasaba en el hospital donde trabajaba, por eso me llamó la noche de su muerte. Necesitaba mi ayuda… ¡y yo le fallé!

El hombre se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar, así que Verónica decidió esperar hasta que logró

dominarse.

—¿Prefieres dejarlo para después, cuando descanses? —reiteró —. Se ve que lo necesitas.

—No. —Se frotó la cara y acto seguido, suspiró—. Estoy bien. Quiero que oigas lo que tengo que contarte.

—De acuerdo.

—Hace un par de horas estaba en el hospital trasteando con mi teléfono y al mirar en mi correo descubrí un mensaje muy extraño. El asunto ponía «Solucionado» y el remitente no me sonaba de nada. Un tal «smendoza». Lo primero que pensé es que sería un correo *phishing*, ya que contenía archivos adjuntos, pero luego me fijé en que me lo habían reenviado. —Alfonso sacó su teléfono y, tras pulsar en la pantalla varias veces, se lo entregó—. Mira.

Verónica lo cogió y observó detenidamente el correo que aparecía en pantalla. Tal y como había dicho Alfonso, en el asunto solo ponía «RE: Solucionado», aunque el texto era bastante esclarecedor.

—Todo solucionado —leyó en voz alta—. Adjunto acta de defunción y la nueva partida de nacimiento.

El mensaje había sido enviado originalmente por «smendoza@virgendelacruz.com» a «dondinero01@gmail.com».

—Abre los documentos adjuntos.

Verónica lo hizo y vio que uno era un acta de defunción de un bebé que contaba con diecisiete días de vida, llamado Pedro Carrión Collado. Supuso que era el hijo de Rebeca. La fecha del fallecimiento era el día siguiente a la muerte de su madre, es decir, cuando la abuela había visitado el hospital y le habían comunicado que su nieto acababa de morir.

El otro documento era una partida de nacimiento a nombre de José Luis Pérez Zamarra, hijo de Luis Pérez Santos y María del Mar Zamarra Ibáñez. La fecha de nacimiento de ese bebe era la misma que la del hijo de Rebeca, según constaba en el acta de defunción. ¿Coincidencia?

—Parecen documentos oficiales —comentó Verónica.

—Creo que Lore me los mandó por algo.

—Si es que te los mandó ella.

—Estoy convencido de que fue así. Fíjate, el dominio del remitente es del hospital en el que trabajaba y la fecha del correo es

del día de su muerte, a las seis de la tarde.

—Sin embargo, el remitente dudo que sea Lorena. Esa tal «smendoza», tiene que ser Soledad Mendoza —reflexionó en voz alta Verónica—. Es la supervisora de pediatría y la enfermera que habló con la madre de Rebeca Collado.

—¿Y por qué esa tal Soledad me mandaría este coreo?

—Creo que estás en lo cierto y que ese correo, en realidad te lo reenvió Lorena. Debió hacerlo desde el ordenador de Soledad, en el hospital.

—¿Y la mataron porque me envió ese correo?

Verónica no quiso aumentar su grado de culpabilidad, aunque supuso que ese podía ser el principal móvil del asesinato. Alguien había visto a Lorena usando el ordenador de Soledad, quizás la propia supervisora y decidió eliminarla.

—Es pronto para asegurarlo —dijo finalmente—. Necesito reenviarme este correo.

—Puedes hacerlo tú misma, a condición de que me prometas que llegarás hasta el fondo de este asunto. Quienquiera que haya matado a Lore, quiero que lo pague.

—Cuenta con ello.

Llegó a casa ya de noche. Estaba aparcando delante del chalé de Marcos, cuando vio a Santi bajarse de un vehículo. Le extraño que lo hiciese de uno diferente al que le había visto en otras ocasiones. Era un Opel Corsa con varios abollones en la carrocería.

—¿Has vendido el todoterreno? —le preguntó al bajarse del suyo, desde el otro lado de la calle.

—No, está en el taller —respondió él con una amplia sonrisa—. Ayer, un camión me lanzó una piedra contra el parabrisas, así que me dieron un coche de sustitución.

—Pues menuda birria te han dado —dijo ella soltando una carcajada—. Aunque lo bueno es que si le das un golpe ni lo notarán.

—¡Eso seguro! —respondió riéndose de igual modo—. De no ser por mi primo, hoy tendría que haber dormido en el gimnasio, porque la batería estaba agotada y no había forma de arrancarlo. Esperemos que mañana me devuelvan el mío.

Verónica se despidió de él y entró en casa. Marcos estaba en la cocina preparando una ensalada.

—Llegas justo a tiempo. ¿Qué tal todo hoy?

—Mejor, desde que salí del gimnasio.

—¿Has estado entrenándote?

—Desahogándome un rato. Lo necesitaba.

—¿Va todo bien?

—La verdad es que no. —Verónica se acercó a la nevera, sacó una cerveza y la dejó sobre la encimera, sin decidirse a abrirla—. He discutido con mi jefe.

—¿El nuevo?

—Sí, Olaya. Me ha dicho que va a suspenderme si no me olvido del asesinato de Lorena y me centro en la investigación de las prostitutas desaparecidas. Y la cuestión es que ahora no puedo dejarlo. No cuando estoy tan cerca de atrapar al asesino de Lorena.

—¿Ya sabes quién lo hizo?

—Creo que sé el motivo por el que la mataron y quienes podrían estar implicados, pero necesito tiempo para demostrarlo. Y Olaya no está por la labor de dejar que lo haga.

—No entiendo por qué. Se supone que tratas de salvar a uno de los vuestros.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo abriendo la cerveza y tomando a continuación un trago.

—¿Y no puedes coger unas vacaciones para investigar por tu cuenta?

—Imposible. Acabamos de descubrir que al menos una de las prostitutas desaparecidas fue asesinada. Y puede que haya más.

—¿Qué quieres decir?

—Han encontrado un pozo con cuatro cuerpos, en un pueblo de la sierra de Guadarrama. Uno de los cuerpos pertenece a una de las mujeres desaparecidas y es probable que los otros también.

—En ese caso, entiendo que no te permitan coger vacaciones —dijo Marcos con aire reflexivo.

—No, la verdad es que no es el mejor momento.

—Solo se me ocurre que finjas una enfermedad, algún virus estomacal de esos que te dejan varios días fuera de combate.

—Tendría que ir al médico y pedir la baja.

—Pues hazlo. Tú misma lo has dicho, lo más importante es salvar a tu compañero.

Verónica negó con la cabeza. No era una idea que le sedujese

demasiado.

—Si alguien me ve por ahí estando de baja me metería en más problemas. —Tomó un nuevo sorbo de cerveza y luego meditó en voz alta—. Hoy es viernes. Podría decir que necesito cogerme el fin de semana libre, por cuestiones personales. Eso me daría algo de tiempo para demostrar lo que está ocurriendo en ese hospital.

—Si puedo ayudarte en algo…

—Ahora mismo me vendría bien un masaje y un baño de espuma, la verdad.

Marcos sonrió con picardía.

—¿Antes o después de la ensalada?

31

Eran casi las once de la mañana del día siguiente, cuando Verónica entró en las calles de Guadalajara. Finalmente, tras hacer caso a Marcos, había llamado a primera hora a Quintero para decirle que se había despertado con un fuerte dolor estomacal y con vómitos. Le pareció que era más creíble que alegar asuntos personales. Por suerte, Quintero le respondió que podía descansar el tiempo que le hiciese falta, dado que le habían asignado un par de agentes más en la investigación y, en principio, no la necesitaba.

Libre de esa preocupación, decidió hacer una visita al matrimonio que aparecía en la partida de nacimiento que Alfonso había recibido en su correo, donde constaba la dirección de los supuestos padres. Ellos podían ser la clave para demostrar el entramado de tráfico de bebés que se llevaba a cabo en el hospital Virgen de la Cruz.

Aparcó justo delante de la casa en la que vivían, una vivienda de tres plantas situada en una urbanización de construcción reciente, con amplias zonas verdes y un parque infantil. Dada la buena temperatura de esa mañana y teniendo en cuenta que era sábado, temió no encontrar a nadie en casa. Pensó que quizás el matrimonio estaba paseando al niño, como hacían otras madres en ese momento en la zona del parque. No obstante, decidió probar suerte y se presentó en la puerta principal con la mejor de sus sonrisas.

Tras pulsar el timbre y pasados unos segundos, una mujer abrió la puerta. Tendría poco más de cuarenta años y parecía que estaba a punto de salir. Iba muy maquillada y llevaba un vestido rosa, con una chaqueta a juego.

—Buenos días, soy la subinspectora Cuevas, de la Policía Nacional. ¿Es usted María del Mar Zamarra Ibáñez?

La mujer la miró con desconfianza.

—Sí, soy yo. ¿Ocurre algo?

—Me gustaría que hablásemos un momento.

—¿Por qué motivo?

—Es mejor que charlemos dentro.

—¿Puede identificarse?

—Claro.

Verónica le mostró su identificación, que ella leyó atentamente.

—¿Brigada de Homicidios?

—Y Desaparecidos —añadió—. ¿Su marido está en casa?

—No, está jugando al golf con unos amigos.

—¿Puedo entrar? —insistió.

La mujer se hizo a un lado para permitirle el paso y luego cerró la puerta.

—Por favor, pase al comedor. Iba a salir ahora a dar un paseo con el niño.

—José Luis, ¿verdad? —dijo Verónica mientras entraban en un amplio salón amueblado con muy buen gusto. Los muebles de diseño y los cuadros que colgaban de las paredes daban a entender que el dinero no era un problema para aquella familia.

—Perdón, ¿cómo dice? —preguntó la mujer.

—Su hijo. ¿Se llama José Luis?

—Sí, aunque en casa le llamamos Luisito.

La madre se acercó al carricoche situado cerca de la ventana y echó un ojo al bebé, que dormía plácidamente en él. Verónica aprovechó para estudiar con más detenimiento a la mujer. No le pareció que su figura encajase con la de alguien que había dado a luz hacía un par de semanas, aunque solo fue una apreciación personal.

—¿Qué tiempo tiene el niño? —preguntó.

—Veintitrés días —dijo la madre con seguridad.

Eso coincidía con la fecha que constaba en la partida de nacimiento.

—Tengo entendido que dio a luz en el hospital Virgen de la Cruz.

—Así es —dijo ella, sin apartar la mirada del bebé.

—¿Por qué no aquí, en Guadalajara?

—Estábamos en Madrid cuando me puse de parto, visitando a unos amigos y, era demasiado riesgo venir a dar a luz aquí.

—Veo que se ha recuperado bien del parto.

—Me viene de familia. Mi madre me dio a luz a las nueve de la

mañana y a las dos de la tarde ya tenía la comida puesta en la mesa. Es cuestión de genética. Mi abuela era así también.

Sus respuestas eran claras y tajantes, como en un guion ensayado.

—Ya veo. El problema… —dijo Verónica haciendo una breve pausa— es que no creo que ese sea su hijo.

La mujer la miró con rostro imperturbable, como si no le afectase la acusación.

—No entiendo.

—Ese bebé —reiteró señalando el carricoche—, en realidad no es su hijo, ¿verdad?

—Será una broma.

—Ese bebé es hijo de Rebeca Collado, fallecida hace poco más de una semana. Ustedes lo adoptaron, a pesar de que en la partida de nacimiento pone que son sus padres biológicos.

La mujer mantuvo un semblante serio y tranquilo a la vez, como si nada de aquello fuese con ella.

—¿Quién le ha dicho esa tontería?

—Tengo pruebas.

—En ese caso me gustaría verlas.

—Sé que en el hospital Virgen de la Cruz se realizan adopciones ilegales a cambio de dinero.

—¿Me está diciendo que pagué por tener a mi hijo?

—Sí.

Por primera vez, la mujer sonrió.

—No sé quién se lo habrá dicho, pero me temo que la han informado mal. Puede ir al hospital y hablar con el ginecólogo que me atendió durante el parto, así como con el pediatra que se ocupó de mi hijo tras el nacimiento. Incluso puede hablar con la enfermera que me cuidó hasta que me dieron el alta.

—¿Esa enfermera se llama Soledad?

Ella no respondió. Se limitó a cruzar los brazos y a lanzarle una mirada desafiante.

—Mi marido es abogado —dijo al cabo de unos segundos—. Creo que lo mejor será que le llame.

—Como quiera, pero esa gente trafica con bebés y los vende al mejor postor. Es una práctica que está penalizada por la ley, un delito muy grave. Es preferible que colaboren conmigo ahora que

todavía pueden.

—Por favor, salga de mi casa —dijo señalando la puerta con gesto enérgico—. No pienso permitir que siga acosándome de este modo.

—No la estoy acosando. Solo le explico que…

—No voy a escuchar nada más —la interrumpió cogiendo su teléfono móvil—. Voy a llamar ahora mismo a mi marido para que hable con sus jefes y presente una queja formal.

—No será necesario —se apresuró a decir Verónica. Lo que menos le interesaba era que nadie en la Brigada se enterase de su visita, sobre todo Olaya—. Ya me voy, pero, por favor, piense en lo que le he dicho.

—No tengo nada que pensar. Salga de mi casa. ¡Ya!

Verónica abandonó la vivienda sin mirar atrás y regresó a su coche, no sin reprocharse a sí misma haber sido tan directa. Tendría que haber tanteado primero a la mujer para ver cómo reaccionaba, en lugar de acusarla al poco de entrar en su casa. Lo había hecho así porque pensaba que presionándola se vendría abajo y lo confesaría todo, pero estaba claro que se había equivocado.

Eso la dejaba en un callejón, del que solo se le ocurría un modo de salir para avanzar en el caso. Tenía que hablar con la persona que mejor podía guiar sus pasos en la investigación.

32

Vallejo se encontraba en la cárcel de Alcalá Meco, en un módulo separado del resto de reclusos, junto a otros policías, guardias civiles y funcionarios de prisiones condenados o a la espera de juicio. Su aspecto era demacrado, con grandes ojeras y la barba más desaliñada de lo habitual, como si le hubiesen caído veinte años encima de golpe.

—Tienes buen aspecto —dijo Verónica cuando se reunió con él en la sala de visitas. Un par de funcionarios vigilaban la docena de mesas repartidas en las que, además de ellos, varios reclusos hablaban con sus familias.

—Mientes fatal —le replicó Vallejo, sentado frente a ella.

—Te sacaré pronto de aquí, no te preocupes.

—Te dije que no quería que te implicases en este asunto.

—No pienso hacer eso y menos ahora, que estoy tan cerca de la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Sé por qué mataron a Lorena y sé quién lo hizo, o al menos quién lo ordenó.

Sin elevar en exceso el tono de voz, Verónica le explicó lo que había averiguado hasta el momento: la implicación del hospital en el tráfico de bebés, el documento que Lorena había mandado a su novio, el atropello de su compañera de trabajo…

Trató de no olvidarse de ningún detalle, incluida la charla que había mantenido esa mañana con la supuesta madre natural del hijo de Rebeca Collado y que no había servido para obtener la confesión que esperaba.

—¿Y Olaya qué opina de todo esto? —preguntó su compañero.

—La verdad es que no quiso creerme y amenazó con suspenderme, si seguía investigando por mi cuenta.

—Pues deberías hacerle caso.

—¡A la mierda él y a la mierda la Brigada! —exclamó con rabia

—. Me parece increíble que todos miren para otro lado cuando uno de los suyos es acusado de un crimen que no ha cometido.

Vallejo bajó la mirada.

—Pareces muy segura de mi inocencia.

—Te conozco muy bien.

—Quizás no tanto como crees.

—¿Qué quieres decir?

—Que si estoy aquí es por una razón —aseguró mirándola de nuevo a los ojos.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Nada de esto habría sucedido si yo hubiese sido un buen marido para ella, si no la hubiese arrojado a los brazos de todos esos hombres, si…

Su voz se quebró y por un momento Verónica pensó que rompería a llorar. Por suerte, se repuso.

—Es mejor que te olvides de mí y sigas con tu vida —dijo Vallejo poniéndose en pie—. Tienes que pensar en tu futuro y dejar de buscarte problemas, o acabarás aquí, como yo.

—No pienso parar hasta sacarte de prisión.

Vallejo sonrió con amargura antes de decir:

—¿No te has planteado todavía que puedo ser culpable?

—¿Cómo?

—Hazme caso, Vero. Merezco estar aquí —concluyó antes de abandonar la sala y dejarla con la palabra en la boca.

Una vez de regreso a su coche y antes de volver a casa, Verónica siguió dándole vueltas a la conversación que había mantenido con Vallejo en la prisión de Alcalá Meco. Analizó cada palabra, cada gesto, cada mirada.

¿Acaso se le había escapado algo o estaba demasiado implicada como para no ver la verdad?

Fue en ese momento cuando recordó una frase que tantas veces había leído en los libros de criminología: son los pequeños detalles los que muchas veces conducen a la verdad.

Y entonces una luz se encendió en su cerebro.

—El abogado —murmuró—. Por eso fue al hostal después de que le detuviesen.

Tras pronunciar esas palabras sintió como si le faltase el aire. Hasta ese momento no se había planteado que Vallejo pudiese ser

culpable del asesinato de su mujer, pero la conversación que acababa de mantener con él lo había cambiado todo.

¿Y si la había matado? ¿Y si todo era tan cierto como evidente?

Verónica se había negado a creerlo desde el principio, pero las pruebas estaban ahí: sus huellas en el arma, su presencia en el lugar del crimen, el mensaje que supuestamente Lorena le había mandado de madrugada para que fuese a verla…

¡*Esa es la clave*!, resonó de pronto en su cabeza.

El inspector Bolaños se lo había explicado de forma bastante clara en su visita un día antes a la comisaría de Fuencarral. El mensaje que Vallejo había recibido en su teléfono, el que explicaba el motivo por el que se había presentado esa madrugada en casa de Lorena, procedía de un teléfono prepago sin identificar. Un terminal que no habían conseguido encontrar en su habitación durante el registro, ya que antes de que este se realizase, el abogado de Vallejo consiguió acceder a la habitación y se llevó varias cosas. Incluso el propio abogado se lo había confirmado a ella.

Pasé por su hostal y cogí algunas cosas que me pidió, recordó mientras sentía cómo el mundo se derrumbaba a su alrededor.

—Joder… no puede ser —murmuró con voz entrecortada—. ¡Vallejo la mató!

33

Dos días después, Verónica se presentó en el trabajo, como cualquier otro lunes. La única diferencia fue que por primera vez dudaba de su valía como investigadora. Tras visitar a Vallejo el sábado por la tarde en la cárcel, se pasó el domingo en casa, sintiéndose culpable por haberse negado a creer desde un principio que la hubiese matado él.

Quizás existiese una red ilegal de adopciones en el hospital Virgen de la Cruz, pero que esa gente estuviese detrás del crimen de Lorena le parecía ahora poco probable. Del mismo modo que aceptó que quizás la muerte de Carmen Rojas se debiese a un atropello fortuito, como otros tantos que ocurrían a diario, en ocasiones seguidos de la huida del culpable.

En cuanto a la muerte de Lorena, no era algo que no hubiese visto antes. Una mujer que se separa de su marido, él no lo acepta, ella decide casarse con otro y entonces el marido la mata. Había visto tantos casos en los últimos años que este no tenía por qué ser diferente. Y, sin embargo, la sensación de vértigo que sentía en el estómago no desaparecía, como si algo dentro de ella le dijese que había piezas que no terminaban de encajar.

Quintero la saludó desde su mesa con un simple movimiento de cabeza, más preocupado por leer los papeles que tenía en las manos que de su llegada. Aun así, se acercó para darle los buenos días y preguntarle por el estado de la investigación. Quizás tener la cabeza en otra cosa la ayudase a no sentirse tan mal.

—¿Cómo va todo? —preguntó.

—Olaya quiere hablar contigo —fue su única respuesta, sin levantar la mirada—. Te espera en su despacho.

Verónica se dirigió al encuentro del inspector jefe, que encontró sentado tras su mesa mirando la pantalla de su teléfono.

—¡Ah, estás aquí! —dijo con cierto tono de sorpresa al verla entrar—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí.

—Tu cara no indica eso. Pareces cansada.

—Estoy bien.

—Espero que estés recuperada de esos problemas estomacales que te impidieron trabajar el fin de semana.

—Más o menos.

—Bueno, si no es así, ahora vas a tener tiempo para hacerlo. —La frialdad en su mirada le indicó a Verónica que algo no iba bien —. Creo que fui muy claro el otro día cuando hablamos, referente a tu trabajo en la Brigada, ¿verdad?

—Sí.

—Y a la vista está que te has pasado mi consejo por el Arco del Triunfo.

—¿Perdón? —preguntó, desconcertada.

—Que has seguido investigando por tu cuenta, a pesar de que te ordené no hacerlo. ¿No es cierto?

No tuvo valor para negarlo.

—Sí.

—Al menos lo reconoces.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Ayer me llamó un abogado amenazando con demandarnos, porque una subinspectora de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos se había presentado en su casa, para acusar a su mujer de que el bebé que acababa de tener no era suyo y que había pagado por él.

—Creo que esa mujer miente.

—Me da igual. Es la ventaja de este trabajo, que te importa una mierda que la gente mienta cuando eso no afecta a una investigación en curso. Y esa mujer no tiene nada que ver con las desapariciones de esas prostitutas. ¿O me equivoco?

—No se equivoca.

A pesar de que estaba reconociendo sus errores, el semblante de Olaya no se relajó.

—Me costó un buen rato convencer a ese abogado de que no íbamos a molestar a sus clientes.

—No era mi intención volver a hacerlo.

—De eso puedes estar segura porque estás suspendida. Sí, no pongas esa cara de sorpresa. Te lo advertí —dijo señalándola con el

dedo—. A partir de este momento estás suspendida de empleo y sueldo durante un mes. Ya he cursado la solicitud. Y no te expulso de la Brigada, porque en el fondo no creo que seas mala policía, solo que te has implicado demasiado en la vida personal de tu compañero. Vas a tener un mes para pensar en todo ello y decidir si quieres seguir con nosotros.

Con ese «nosotros», no supo si se refería a la Policía en general o la Brigada en particular, aunque no tuvo fuerzas para replicarle. Por primera vez se sentía abatida y culpable por haber provocado esa situación. Desde el principio había dado por sentado que Vallejo era inocente, sin valorar otras opciones como habría hecho todo buen policía y ahora estaba pagando las consecuencias de su error.

—Está bien —se limitó a decir, aceptando el castigo—. ¿Quiere que le entregue mi arma y mi placa?

—Esto no es una película de Hollywood. Entrega tu pistola en la armería y vuelve cuando termine tu sanción. Espero que aproveches este tiempo para recapacitar.

Verónica no dijo nada más, salió del despacho y caminó en dirección a la salida. Su tiempo en la Brigada había tocado a su fin.

34

Al salir del edificio se sintió abatida, incluso tuvo que hacer un esfuerzo para no romper a llorar. Estaba muy decepcionada, sobre todo consigo misma. No dejaba de repetirse que todo era culpa suya y que el castigo era justo. No podía culpar a Olaya por una decisión que había provocado ella misma actuando por su cuenta, sin autorización y sin informar a nadie.

El sentimiento de culpa fue tan grande que necesitó pararse a respirar hondo varias veces para calmarse. Se tomó un tiempo, el necesario para rebajar los latidos de su corazón, y notó cómo todos los pensamientos negativos que la asaltaban se disolvían. Eso la ayudó a dejar a un lado la culpa y le permitió analizar los hechos desde una perspectiva más amplia, sin caer en lo personal.

Nada podía hacer ya por Vallejo. Si era culpable —y de momento las pruebas parecían demostrar que sí—, la justicia se encargaría de él. Por mucho que le doliese, lo mejor era abandonarle a su suerte. Más aún, teniendo en cuenta que incluso él mismo había confesado el crimen, aunque fuese de forma velada, cuando le había dicho que merecía estar en la cárcel. Era duro aceptarlo, pero la mente humana funcionaba de un modo tan extraño, que determinadas situaciones podían llevarla a la locura. Y eso era lo que creía que le había pasado a Vallejo.

Tampoco podía hacer mucho más por Carmen, la enfermera que había muerto atropellada. Quizás su atropello fuese fortuito, víctima de un conductor borracho, que luego se había dado a la fuga. Una terrible desgracia, como lo era siempre que moría alguien tan joven.

No obstante, había una persona a la que todavía podía ayudar y a la que su conciencia no le permitía darle la espalda: la madre de Rebeca Collado. Existían dos hechos que no podía pasar por alto. Primero, los dos documentos que el novio de Lorena había recibido en su correo: una partida de nacimiento y un acta de defunción.

Ambos parecían claramente relacionados. Y, en segundo lugar, el comportamiento de la supuesta madre del niño. Había algo en ese encuentro y la posterior reacción de su marido, que no le encajaba. ¿Por qué amenazar a la Policía Nacional con una demanda?

Todo indicaba que la implicación del hospital Virgen de la Cruz en el tráfico de bebés robados era una realidad. No podía asegurar que la muerte de las dos enfermeras tuviese que ver con eso, pero sí que pasaba algo turbio en aquel lugar. Y si ella no podía investigarlo, al menos había alguien que se merecía saber la verdad. Por eso decidió hacer una última parada antes de regresar a casa y olvidarse de todo.

Subió a su coche y puso rumbo de nuevo a Guadalajara.

No tenía ni idea de la dirección de la madre de Rebeca Collado, pero sí que recordaba haberla escuchado decir que vivía junto al hotel La Laguna, en la ciudad de Guadalajara. Una vez que llegó al lugar, preguntó a la gente que se encontró por la calle si la conocían. En principio no tuvo éxito, hasta que una mujer mayor, que llevaba varias bolsas de la compra, dijo con expresión apenada:

—¿La que perdió a su hija y a su nieto hace poco? ¡Ay, sí! La conozco. ¡Pobre mujer!

—¿Y sabe dónde vive?

—Al otro lado de la calle, en el portal número trece, aunque no sé el piso.

—No se preocupe, lo buscaré.

Verónica le dio las gracias y cruzó la calle.

María del Mar Zamarra podía afirmar con la mayor frialdad del mundo que ella era la madre de su bebé, pero existía una forma muy sencilla de comprobar si era cierto: una prueba de ADN. Si la prueba daba positivo —y así esperaba que fuese—, demostraría que el hospital Virgen de la Cruz traficaba con niños y que el hijo de Rebeca no había fallecido, tal y como el hospital había asegurado. Eso sí, la única persona que podía mover los hilos necesarios para sacar a la luz toda la trama era la abuela materna. Para ello necesitaría dos cosas: un buen abogado y los dos documentos que ella pensaba entregarle y con los que el abogado podría demostrar las ilegalidades que se cometían en el hospital.

Le faltaban pocos pasos para llegar al otro lado de la calle, cuando un ruido a su derecha captó toda su atención y puso sus

sentidos en alerta. Un vehículo todoterreno de color oscuro se aproximó a ella a gran velocidad y sin intención de esquivarla. Es más, cuando ella dio una zancada más larga para refugiarse entre los coches, el conductor corrigió la trayectoria lo necesario, sin importarle que el lado derecho de la carrocería chocase con algunos de los vehículos que estaban aparcados en línea en ese lado de la calle.

Verónica comprendió que no tenía tiempo de apartarse de su trayectoria, aunque lo intentó. Saltó hacia delante con las piernas encogidas para caer sobre el capó del coche que tenía en frente. Incluso por un momento creyó conseguirlo, al ver por el rabillo del ojo cómo el morro del todoterreno no la alcanzaba.

No contaba con que el enorme retrovisor del lado derecho sí lo hiciese.

Recibió el impacto en la cadera y eso hizo que su cuerpo rebotase como una pelota, primero rodando por encima del capó del coche y luego cayendo a la acera con violencia, donde no pudo evitar golpearse en la cabeza.

Antes de comprender lo que había ocurrido, todo se nubló a su alrededor y perdió el conocimiento.

35

Verónica abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaba tendida en una habitación de hospital con dos camas. Al lado de la suya había una mujer mayor con la pierna escayolada en alto, que la miró sonriendo.

—¿Ya estás despierta?

Tenía el pelo canoso, recogido en un moño alto.

—¿Dónde estoy? —preguntó Verónica, confusa.

—En el hospital provincial de Guadalajara.

—¿Y cuánto llevo aquí?

—Dos días. El médico dijo algo sobre mantenerte sedada hasta que bajase la inflamación. Al parecer te diste un buen golpe en la cabeza.

Verónica se tocó la frente y comprobó que la tenía vendada. Al levantar el brazo también vio que le habían puesto una vía de suero. Por un momento intentó incorporarse, pero todo comenzó a darle vueltas, así que apoyó de nuevo la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

Le llevó un rato ordenar sus pensamientos. Recordaba estar cruzando la calle y ver un vehículo enorme abalanzándose sobre ella. Incluso recordó el golpe y cómo luego todo se volvió oscuridad a su alrededor. Pero nada más.

—¿A ti también te atropellaron? La verdad es que conducen como locos —dijo la mujer, sin darle tiempo a responder—. Se piensan que la calle es de ellos y ya no respetan ni a los peatones. Yo tuve suerte, porque al final el conductor frenó y solo me rompió una pierna. Pudo ser peor.

—Ya —le replicó Verónica.

En ese momento lo único que quería era descansar y recuperarse lo antes posible para salir de allí por su propio pie.

—¿Ya está despierta? ¡Genial! —escuchó una voz femenina desde la puerta. Era una enfermera—. Voy a avisar al médico para

que la vea.

Un par de minutos después, el médico se presentó en la habitación para explicarle que no tenía nada roto, solo algunas magulladuras y una inflamación en el cerebro debida a la caída, que esperaban haber mitigado.

—Vamos a hacerte un nuevo escáner para comprobar que todo es correcto —le informó.

—¿Y cuándo me darán el alta?

—Tendrás que pasar un tiempo con nosotros, en observación. No dejaremos que te vayas hasta que estés recuperada del todo. ¿Te parece?

No dijo nada. Se limitó a asentir y a cerrar los ojos. Las preguntas empezaban de nuevo a acumularse en su cabeza y no se sentía con fuerzas para buscar las respuestas.

Lo mejor de ese día fue la visita de Marcos. Entró mientras la enfermera estaba revisando el gotero, así que espero paciente, con una sonrisa de oreja a oreja y cuando ella salió, se acercó para besar sus labios. Fue un beso delicado y que le transmitió a Verónica toda la serenidad que necesitaba en ese momento. Luego se sentó al borde de la cama y le acarició la mejilla.

—No sabes lo preocupado que he estado por ti.

—Tranquilo, estoy bien —aseguró ella—. No ha sido nada grave.

—Debió de serlo, para que te tuviesen sedada durante dos días.

—Hace un rato me hicieron un escáner y el médico dice que está todo bien.

—¿Recuerdas algo del accidente?

—Muy poco.

—¿Y viste a quién lo hizo?

—No. Solo recuerdo el sonido de un coche acercándose a toda velocidad y que intenté apartarme, pero al final me golpeó.

Marcos sacudió la cabeza, contrariado.

—La Policía Local de Guadalajara tampoco sabe mucho más.

—¿Hablaste con ellos?

—Un agente me llamó después del accidente, porque yo aparecía como número de emergencia en tu teléfono. Me dijo que te traían aquí y cuando llegué me contó que tenían pocos datos del atropello. Una testigo declaró que el coche perdió el control justo antes de embestirte y que luego se dio a la fuga, pero no recordaba

la matrícula ni ningún detalle que sirviese para identificarlo. Solo que era un vehículo grande, un todoterreno de color negro.

—Un coche así fue el que atropelló a Carmen —reflexionó Verónica en voz alta—. Podría ser el mismo. Tal vez debería hablar con ellos para que lo investiguen.

—Lo único que tienes que hacer ahora es recuperarte. Necesitas descansar.

—¿Saben en la Brigada lo que me ha pasado? —preguntó.

—Pues la verdad es que no tengo ni idea. No me he movido de aquí desde que te ingresaron y en ese tiempo no he visto a ninguno de tus compañeros preguntando por ti. ¿Quieres que avise a tu jefe o a alguien?

—No. Por mí pueden irse todos a la mierda.

—No deberías ser tan dura con ellos. Seguramente no han venido porque nadie los ha avisado.

—No lo digo por eso. Estoy suspendida durante un mes, por investigar por mi cuenta el crimen de Lorena.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Marcos, desconcertado.

—Y eso no es lo peor. Creo que Vallejo sí que pudo asesinar a su exmujer, por mucho que me duela admitirlo. Tenía las pruebas delante de mí y me negué a creerlas.

—Tienes que descansar —dijo acariciando su frente—. Ya habrá tiempo para hablar de todo eso.

—En lo único que no me equivoqué es en el asunto de los bebés robados. Precisamente iba a hablar de ello con la madre de Rebeca Collado, cuando ese coche se me echó encima y…

Marcos acalló sus palabras con un beso.

—Necesitas descansar y recuperarte —insistió—. Cuando lo hagas, hablaremos de todo ello.

—¿Te vas? —preguntó al ver que se ponía en pie.

—Tengo darme una ducha y cambiarme de ropa.

—¿Por qué no te quedas en casa a descansar? Si has estado aquí desde que me ingresaron, seguro que lo necesitas.

—Estoy bien.

—Insisto. Yo no me voy a mover de aquí.

Tras unos segundos de reflexión, Marcos asintió con la cabeza.

—Está bien, lo haré. Nos vemos mañana, entonces.

Besó sus labios a modo de despedida y, en cuanto salió,

Verónica cerró los ojos. Lo cierto era que necesitaba descansar.

—¿Eres policía o algo así? —preguntó en ese momento la mujer de la cama de al lado.

—Policía Nacional —respondió Verónica sin mucho interés.

—Escuché lo que dijiste sobre los bebés robados. Tal vez pueda ayudarte.

—¿Cómo dice? —preguntó volviendo la cabeza para mirarla.

—Soy miembro de la Asociación Bebés Robados de Madrid y a mí también me quitaron a mi hijo al nacer.

36

Verónica se incorporó para poder mirar mejor a la mujer, aunque el leve mareo que sintió la obligó a apoyar de nuevo la cabeza en la almohada. Aun así, preguntó:

—¿Cómo que le robaron a su hijo?

—Hace ya cuarenta años de eso —respondió con aire melancólico—, aunque no soy la única. Somos muchas las madres a las que nos robaron nuestros hijos. Hay cientos de testimonios que te desgarrarían el alma, sobre todo porque muchos son muy similares.

—¿Qué le ocurrió a usted?

—Era mi cuarto hijo, el primer niño después de tres niñas, así que imagina lo ilusionados que estábamos, mi marido y yo. El parto se adelantó varias semanas, pero por aquel entonces los hospitales estaban equipados para que eso no fuese un problema. Mi niño nació con poco peso, así que el médico lo metió en la incubadora y nos dijo que si lograba superar las primeras setenta y dos horas, todo iría bien. Lo hizo, las superó —afirmó con orgullo—, aunque el pediatra insistió en que su estado seguía siendo muy delicado y que tendría que permanecer en la incubadora un par de semanas más, como mínimo. Me dieron el alta unos días después, con un tratamiento para recuperarme de la anemia que me produjo el parto y durante los siguientes días, fue mi marido quien se acercó al hospital para visitar a nuestro hijo. Siempre le decían lo mismo: que si estaba muy delicado, que si tenía unos días mejores que otros… Hasta que, diez días después de nacer, nos llamaron a casa para decirnos que mi hijo había muerto de un ataque al corazón. Aquello nos destrozó.

—Puedo imaginármelo.

—No tuve fuerzas para ir al hospital, así que fue mi marido quien se encargó. Se acercó al depósito para identificar al niño, aunque le extrañó que hubiese engordado y que tuviese algunos

moretones en el cuerpo. El celador le dijo que era normal, que los bebés se hinchaban al morir y que los moretones eran manchas que aparecían en la piel a causa de la medicación. Lo cierto es que recibió muchas muestras de cariño por parte del personal del hospital y el propio director le dijo que ellos se harían cargo de las gestiones y los gastos del funeral, algo que le agradecimos. Dos días después se celebró el entierro en el cementerio de La Almudena y mi marido y yo pasamos página. Hasta hace quince años.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó Verónica, cada vez más interesada.

—Varios casos de niños robados saltaron a la prensa, gracias a que un periodista se metió de lleno en el asunto y leímos un par de relatos muy parecidos al nuestro, ocurridos en el mismo hospital. Eso despertó nuestras sospechas, así que nos pusimos a investigar y a recopilar documentación sobre el fallecimiento de nuestro bebé. Al hacerlo, encontramos varias irregularidades —aseguró con voz firme—. Para empezar, el acta de defunción decía que el niño había fallecido en nuestro domicilio, cuando no era cierto. Además, el espacio donde debía poner el lugar del entierro estaba vacío, así como los datos del médico que había certificado la muerte. El peso del niño al fallecer había sido corregido a mano y la fecha también.

—¿Y qué hicieron?

—Lo comunicamos en la policía, pero nos dijeron que después de tantos años era imposible investigarlo. Más tarde supimos de la existencia de la asociación y conocimos a otros padres en la misma situación, así que nos unimos a su lucha.

—¿Y han conseguido encontrarle?

—No, solo unos pocos padres han logrado encontrar a sus hijos y no ha sido gracias a la policía, sino a hacer pública su historia. —La mujer hizo una breve pausa—. Verás, muchos de esos niños, al crecer, sienten que hay algo que no encaja en sus vidas, incluso sospechan que sus padres les han mentido. Algunos tuvieron suerte y sus padres adoptivos les confesaron todo, en el lecho de muerte. Esos son los que luego decidieron buscar a sus verdaderos padres y terminaron encontrándolos, gracias a los datos que aportamos en la asociación, sobre todo en lo referente al día y el lugar de su nacimiento.

—¿Y qué hay de los culpables?

—Todos lograron eludir la cárcel. Gracias a la prensa y al empuje de la Asociación Bebés Robados, se creó una comisión de investigación en el Ministerio de Justicia, que encontró irregularidades, incluso se les puso nombres y apellidos a algunos de los culpables, pero ninguno fue condenado. Algunos ya estaban muertos o en edad demasiado avanzada para ser juzgados y otros supieron burlar a la justicia.

—¿De cuántas personas estamos hablando?

—¿Implicadas? Muchas —dijo la mujer, resoplando a continuación—. Desde personal médico hasta funcionarios del registro. El que dirigía el hospital donde di a luz yo, terminó jubilándose sin pisar la cárcel un solo día. Tanto él como los demás, tenían un entramado muy bien montado. Durante muchos años se estuvieron enriqueciendo con el sufrimiento de las familias y la necesidad de quienes deseaban adoptar un hijo y desconocían su procedencia.

—¿Nadie sabía que eran niños robados?

—No. Ya te digo que lo tenían todo muy bien organizado. Elegían madres solteras o con pocos recursos económicos. En mi caso, la enfermera que me atendió me preguntó cuántos hijos tenía y en varias ocasiones me dijo que cuatro hijos eran una carga muy pesada para una familia como la nuestra y que, si al final mi niño fallecía era porque así lo quería Dios.

—¡Qué hija de la gran puta!

—Resulta muy difícil demostrar la implicación de todas esas personas. Muchos documentos han desaparecido y otros tienen el aspecto de ser totalmente legales. En cuanto a los bebés, hay testimonios de madres que aseguraron que el niño que les mostraron muerto no solo no se parecía a su hijo, sino que tenía la piel azulada. Descubrimos que era porque usaban bebés congelados para justificar las muertes.

—Ha dicho… ¿bebés congelados? —preguntó Verónica, desconcertada.

—El celador de uno de los hospitales nos lo confesó, aunque falleció días más tarde en un accidente de tráfico y nunca pudo declarar de forma oficial.

—¿Y es posible que esa red siga funcionando hoy en día, después de tantos años?

Ella se encogió de hombros antes de responder.

—El dinero sigue teniendo el mismo valor que antes y la ambición de los hombres sigue siendo la misma. Es cierto que la justicia puso el punto de mira en algunos de los hospitales donde esas prácticas eran habituales, pero había muchos más y no sería de extrañar que aún se sigan robando bebés. ¿No fue eso lo que dijiste antes?

—Es lo que sospecho, tras un caso que he estado investigando.

—No quiero desanimarte, hija, pero será difícil que puedas demostrar nada.

Verónica pensaba igual que ella, a tenor de la documentación que había visto y en la que todo parecía legal.

—Una pregunta —dijo Verónica, temiendo escuchar la respuesta —. ¿Cuál es el nombre del hospital donde usted dio a luz ese hijo que le robaron?

La mujer sonrió con amargura antes de responder.

—El hospital Virgen de la Cruz, en Getafe.

37

Dos días después, Verónica recibió el alta médica. Los mareos ya habían cesado y, aunque notaba la falta de fuerzas tras cuatro días postrada en una cama, pudo salir sin problemas por su propio pie en compañía de Marcos.

La conversación con su compañera de habitación arrojó luz a lo que podía estar sucediendo en el hospital Virgen de la Cruz y la hizo entender hasta qué punto aquella gente estaba dispuesta a eliminar cualquier obstáculo en su camino.

—Necesito hacer una parada antes de ir a casa —pidió cuando subieron al coche de él.

—Deberías descansar.

—No tardaré mucho. Es aquí mismo, en Guadalajara.

Diez minutos después llegaban a la calle donde vivía la madre de Rebeca Collado, el lugar en el que había estado a punto de morir atropellada, cuatro días atrás. Mientras ella subía a su casa, le pidió a Marcos que esperase en el coche.

El encuentro consistió en relatarle lo que Carmen le había contado sobre la muerte del bebé y mostrarle los documentos que el novio de Lorena había recibido antes de que muriese asesinada.

—Su nieto no está muerto y estos documentos podrían confirmarlo, en caso de que se demostrase que han sido falsificados. Creo que su visita al hospital al día siguiente de morir su hija lo aceleró todo. Por eso la tuvieron una hora esperando. En ese tiempo, se llevaron el bebé, simularon su muerte y le enseñaron en su lugar un niño que ya estaba muerto, posiblemente congelado.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó la mujer llevándose las manos a la cara, horrorizada.

—Lo han hecho en otras ocasiones. Hay gente muy poderosa detrás, manejando los hilos.

—¿Y por qué la policía no hace nada?

—No lo harán hasta que haya pruebas que demuestren lo que

sucede en ese hospital.

—¿Qué pruebas?

—La primera debería de ser una muestra de ADN. Si ese niño es su nieto, tiene que existir una coincidencia con el suyo, dado que es su abuela. Eso demostraría que ese matrimonio no son los padres naturales del niño y, por lo tanto, que lo adoptaron de forma ilegal.

—¿Y cómo voy a conseguir el ADN del niño?

—En eso no puedo ayudarla, pero le aconsejo que recurra a la Asociación Bebés Robados de Madrid. Seguro que ellos tienen abogados que pueden asesorarla.

—Por favor, tienes que ayudarme —le rogó la mujer—. Eres la persona que mejor conoce lo sucedido y deberías comprender por lo que estoy pasando.

—Claro que lo comprendo —aseguró Verónica—. Mientras estaba en el hospital, entré en la página de la asociación y leí algunos de los testimonios de madres a quienes robaron sus hijos. Lo cierto es que me impresionó mucho.

—Razón de más para que me ayudes. Tú entiendes mi dolor —le rogó con los ojos llenos de lágrimas—. Perdí a mi hija y mi nieto es lo único que me queda de ella. Por favor… ¡ayúdame!

—Lo siento, pero no puedo —dijo Verónica negando con la cabeza—. Estoy suspendida y físicamente tampoco estoy en mi mejor momento. Necesito descansar. Hace unos días me atropellaron en esta misma calle, cuando venía a verla.

—¿Fuiste tú a la que casi matan? —dijo la mujer, horrorizada.

—Sí.

—Entonces no puedes desentenderte. ¿Y si vuelven a intentarlo?

—¿Intentarlo? —murmuró, confusa.

—Si detrás de este asunto hay gente tan poderosa como has dicho, no querrán que nada de esto salga a luz. Tienes que ayudarme a recuperar a mi nieto y detenerlos, para que no se lo puedan hacer a nadie más. Por favor, ayúdame.

Había algo en lo que la mujer estaba en lo cierto: si habían intentado matarla una vez, nada indicaba que no volviesen a intentarlo. Y quizás en esa ocasión no estuviese sola. La idea de que a Marcos pudiese pasarle algo por su culpa comenzó a preocuparla. Podía desentenderse del caso, pero esa amenaza siempre estaría ahí, poniendo en peligro la vida de la persona a la que más quería. Eso

hizo que tomase una decisión.

—Está bien, la ayudaré.

—Gracias.

Se despidió de la mujer, prometiéndole que la llamaría si averiguaba algo nuevo y regresó al coche donde la esperaba Marcos.

—¿Todo bien? —preguntó él cuando se subió al asiento del acompañante, aunque sin cerrar la puerta.

—Acabo de recordar que dejé el coche aparcado en esta calle —dijo Verónica echando mano del bolsillo de su pantalón vaquero— y que tengo la llave conmigo.

—No creo que sea buena idea que conduzcas, recién salida del hospital.

—Estoy bien, o no me habrían dado el alta.

—Puedo venir yo mañana a por él.

—¿Por qué hacer el mismo viaje dos veces? Tranquilo, estaré bien.

—De acuerdo, pero te seguiré.

—No, prefiero conducir relajada, sin tener que mirar por el espejo retrovisor para ver dónde estás. Lo mejor es que nos veamos en casa.

—¿Prometido?

—Sí, tranquilo.

Marcos asintió y Verónica se despidió de él con un beso, seguido de un «te quiero» que le salió sin pensar. El modo en que había estado pendiente de ella durante su ingreso en el hospital, la convenció de lo importante que era tenerle en su vida. Demasiado como para permitir que le pasase nada malo. Por eso tuvo claro cuál iba a ser su primer destino antes de regresar a casa: la persona que más podía saber del asunto de los bebés robados.

38

Caía la noche sobre Madrid cuando la enfermera salió por la puerta del hospital para dirigirse al aparcamiento. Verónica la observó desde su coche y puso en marcha el motor, dispuesta a iniciar la persecución. Llegaba el momento que había esperado todo el día.

Tras abandonar Guadalajara, se había ido directa al hospital Virgen de la Cruz. Allí le informaron de que Soledad Mendoza tenía turno de tarde y que no saldría hasta las nueve de la noche, así que regresó a casa para comer con Marcos. Tenía tiempo suficiente para planear su siguiente paso.

Comieron juntos, durmió abrazada a su pecho durante un par de horas, mientras veían una película en el sofá y luego se despidió de él con la excusa de que necesitaba volver a Guadalajara para entregarle unos papeles a la madre de Rebeca. Una mentira que Marcos pareció tragarse, dado que no le puso ningún impedimento. Únicamente se ofreció a llevarla, pero cuando ella le dijo que necesitaba pasar un tiempo a solas para pensar en todo lo ocurrido, accedió.

Eran la nueve y cuarto de la noche cuando Soledad salió del aparcamiento en un flamante Audi Q4 eléctrico, un vehículo con aspecto de todoterreno y color gris plateado. Eso, al menos, la descartaba como la posible causante de su atropello.

Transitó primero por la
A-42
para cruzar Getafe en dirección norte y a continuación se incorporó a la
M-40
en dirección oeste. Durante quince minutos mantuvo una velocidad constante, sin sobrepasar los límites y siempre en el carril de la derecha, hasta que tomó la salida de una vía de servicio que circulaba en paralelo con la
M-40.

Tras un par de kilómetros, la carretera llegó a una rotonda, donde Soledad tomó la salida que indicaba hacia La Finca.

Apenas cien metros después puso el intermitente a la derecha y se detuvo junto a la garita de entrada a una urbanización, donde saludó al guardia, antes de que este levantase la barrera y le permitiese el paso.

Verónica decidió seguir de frente por la carretera que la había llevado hasta allí y en cuanto vio una zona donde aparcar, detuvo su vehículo. Lo primero que hizo fue buscar la ubicación en su teléfono. Se encontraba en Pozuelo de Alarcón. Una rápida búsqueda en Internet le descubrió que La Finca era una urbanización privada y exclusiva, en la que vivía gente con un nivel adquisitivo muy alto. Tal era así que un alquiler podía costar alrededor de los veinte mil euros mensuales y una venta superaba los diez millones. ¿Cómo podía Soledad vivir en un lugar así? ¿O acaso había ido a visitar a alguien?

Decidida a averiguarlo, esperó diez minutos y luego se acercó a la entrada de la urbanización. Una valla con barrotes y un seto de al menos tres metros de altura, rodeaba todo el perímetro. La garita, semejante a un búnker de hormigón con los cristales tintados, daba una idea clara de lo serio que se tomaban allí la seguridad.

Bajó la ventanilla para mostrar su identificación y esperó a que alguien saliese del interior a recibirla.

—Buenas noches, soy la subinspectora Cuevas, de la Policía Nacional.

—Buenas noches —la saludó un fornido guardia de seguridad. Estaba tan musculado que los bíceps parecían a punto de romper las mangas de la camisa.

—Me preguntaba si conoce a Soledad Mendoza.

—Sí, claro. Vive aquí.

—Es lo que me dijo —aseguró sacando a relucir la mejor de sus sonrisas—. He quedado en verme con ella.

—Pues no me comentó nada cuando entró hace unos minutos.

—Se habrá olvidado. Es por un tema policial.

—¿Quiere que la avise?

—No hace falta, ya sabe que habíamos quedado en vernos a esta hora. ¿Podrías decirme cuál es su vivienda?

—No tiene pérdida. Nada más pasar la barrera, coja la calle a su

izquierda y luego la cuarta a la derecha. La suya es la última casa de la calle, la que tiene la fachada de mármol.

—Muchas gracias.

Verónica esperó a que levantase la doble barrera que le impedía el paso, para luego rodear un amplio estanque y tomar una larga carretera, a cuya derecha se fueron sucediendo las diversas calles. Al llegar a la cuarta, giró y entró en un ancho paseo flanqueado por altos y espigados cipreses.

A ambos lados de la calle se fueron sucediendo una serie de impresionantes casas individuales, con preciosos jardines delante. No había muros ni cercados, todo muy al estilo de las urbanizaciones que se veían en las películas americanas. Aunque no podía verlas con claridad debido a que era de noche, todas tenían algo en común: eran fastuosas, algunas incluso de tres plantas. En especial, le llamó la atención una de ellas, que parecía un castillo de cuento de hadas, con un torreón en cada lado.

Sin duda, aquella urbanización albergaba a gente con mucha pasta, en la que no encajaba para nada una enfermera de hospital.

Llegó a la última vivienda de la calle y aparcó detrás del Audi plateado de Soledad. Era una casa de hormigón con la fachada de mármol, una construcción moderna con forma de cubos superpuestos y amplios ventanales que tan de moda se habían puesto en los últimos años. A Verónica no le gustaban nada, le parecían frías y poco acogedoras y siempre que veía una se preguntaba cómo harían los dueños para limpiar aquellos enormes ventanales.

Recorrió el camino de piedra que le llevó hasta la entrada de la casa, atravesando un jardín demasiado saturado de plantas y flores para su gusto y llamó al timbre. Tuvo que esperar hasta el segundo intento para que la puerta se abriese.

Soledad, vestida con una bata rosa, la miró sorprendida.

—¿Qué hace aquí?

—Buenas noches, perdone que me presente sin avisar, pero necesitaba hablar con usted por una cuestión relacionada con mi investigación —respondió Verónica siguiendo el guion que había ensayado de camino.

—¿A qué investigación se refiere?

—Espero no haberla interrumpido. Si está ocupada con su

marido puedo volver en otro momento, aunque me vendría bien que hablásemos ahora.

—No estoy casada, pero sí, prefiero que hablemos en otro momento. Acabo de llegar de trabajar y…

Verónica le dio un empujón en el pecho, obligándola a que diese varios pasos hacia atrás y acto seguido entró, cerrando la puerta a su espalda. Antes de que la enfermera pudiese reaccionar, sacó la pistola que ocultaba en el bolsillo de su chaqueta y le apuntó con ella.

Comer con Marcos no había sido el único motivo para regresar a casa ese día. Después del atropello sufrido, si algo tenía muy claro era que necesitaba protegerse. Por eso cogió la pistola compacta de cañón corto que guardaba en una pequeña caja de seguridad de la habitación, decidida a llevarla siempre consigo a partir de ese momento.

—¿Qué significa esto? —protestó Soledad con rabia.

—Cierra la boca o te la reviento de un disparo —la amenazó Verónica apuntándola a la cara—. Entra ahí.

La enfermera obedeció y entró en el amplio salón comedor que le indicaba.

—¿Vives aquí sola? —preguntó Verónica.

—Sí.

—¿Y esperas a alguien?

—No.

Sus respuestas eran secas y cortantes, como si estuviese intentando analizar la situación.

—Siéntate en el sofá —le ordenó manteniéndose a un par de metros de distancia de ella—. ¿Esta casa no es demasiado grande para una mujer que vive sola?

Soledad se sentó y le lanzó una mirada desafiante.

—No es mía, es alquilada.

—¿Alquilada? —repitió conteniendo una carcajada—. Dudo mucho que con tu sueldo de enfermera puedas permitirte un alquiler semejante. Debes de ganar mucha pasta con el negocio que tenéis montado en el hospital.

—No sé de qué negocio me hablas.

—El de tráfico de bebés.

—Es la primera vez que escucho una tontería semejante.

—¡No me tomes por estúpida! —exclamó cabreada Verónica, sin dejar de apuntarla con la pistola a la cara—. Carmen me lo contó.

—¿Quién?

—La enfermera que trabajaba contigo en pediatría y que murió atropellada hace una semana.

—Carmen no llevaba ni un año trabajando con nosotros. Cualquier cosa que te haya contado es mentira.

—Vas a decirme ahora mismo todo lo que sabes de vuestro sucio negocio o juro que te voy a llenar el cuerpo de agujeros.

Al escuchar eso, la mujer sonrió con suficiencia.

—Eres policía, no puedes hacerme daño.

—Por desgracia para ti, me han suspendido de servicio. Además, después de que intentaseis matarme hace unos días, la verdad es que mi trabajo me importa una mierda.

—¿Matarte? —preguntó con ironía—. Me parece que no estás muy bien de la cabeza.

Verónica dio un paso hacia ella, dejándose llevar por la rabia que la dominaba. Por un momento, incluso deseó pegarle un tiro para borrar de su cara aquella estúpida sonrisa.

—No juegues conmigo.

—No vas a dispararme —se jactó entonces Soledad—. Los vecinos escucharán el disparo y llamarán a la policía.

—Vives en la última casa de este barrio residencial y hay suficiente distancia entre viviendas para que no lo oiga nadie. Además, estas casas de hormigón seguro que son muy silenciosas.

—Quiero que salgas ahora mismo de mi casa… ¡Puta chiflada! —gritó poniéndose en pie.

Eso hizo que toda la rabia que Verónica había acumulado saliese a flote y perdiese el control. Le lanzó una patada frontal al estómago, que la volvió a sentar en el sofá, mientras se encogía de dolor.

—No te muevas de ahí o juro por Dios que te reviento la cara a golpes.

—Estás… loca —murmuró la enfermera con el cuerpo encogido de dolor, tratando de recuperar el aliento.

—Quiero saberlo todo sobre las adopciones de los bebés y cuánto os pagan por cada uno que vendéis.

—Vete a la mierda. No te voy a contar nada.

—O me lo cuentas o te pego un tiro.

—¡Qué te jodan!

Verónica cogió un cojín de sofá y lo puso delante del cañón de la pistola, antes de apuntar a Soledad.

—Última oportunidad para contarme lo que sabes —dijo amartillando el arma.

La amenaza no surtió el efecto que esperaba.

—Voy a hacer que te expulsen de la Policía. ¡Estás acabada! —gritó señalándola con el dedo—. ¡Te voy a joder la vida! ¡Voy a…!

Antes de terminar la frase, la mujer se impulsó hacia delante y alargó sus manos hacia el cuello de Verónica, que no se esperaba esa reacción y mucho menos que la mujer se moviese con esa rapidez.

No le dio tiempo a reaccionar. Cuando las manos de Soledad se aferraron a su cuello, hizo lo único que le indicó su instinto: apretó el gatillo.

39

Soledad soltó su cuello y cayó hacia atrás, sobre el sofá.

—Hija de… puta —balbuceó con dificultad, mientras se aferraba el muslo derecho con ambas manos, donde la bala había penetrado.

—Menos que tú, seguro —le replicó Verónica.

Por suerte, tener el cojín delante del cañón de la pistola en el momento del disparo, había amortiguado bastante el sonido de la detonación. Entre eso y el material de construcción de la vivienda, dudaba que nadie fuera de ella hubiese escuchado algo.

—Necesito… un médico —le rogó Soledad con los ojos llenos de lágrimas.

—Un cura es lo que vas a necesitar, si no me dices ahora mismo lo que sabes.

—Yo… no sé nada.

—¡No me jodas! —gritó Verónica acercando el cañón del arma a su rostro—. Voy a reventarte esa cara de hija de la gran puta que tienes, como no me digas todo lo que sabes.

—¡Está bien… está bien! —gritó ella alzando las manos ensangrentadas, para cubrirse la cara—. Te diré lo que sé, pero necesito algo con lo que parar la hemorragia.

Verónica miró a su alrededor y vio un pañuelo de seda sobre una de las sillas del comedor, así que lo cogió y se lo entregó.

—Hazte un torniquete.

La mujer se tomó un par de minutos para anudarse el pañuelo por encima de la herida, con la suficiente fuerza para detener la hemorragia.

—Necesito un médico —reiteró.

—Cuando me cuentes todo lo que sabes —dijo Verónica sacando su teléfono y encendiendo la grabadora—. Empieza por el principio. ¿Desde cuándo se trafica con bebés en el hospital Virgen de la Cruz?

—No lo sé.

—Venga, no me jodas. He leído las historias de varias mujeres a

las que les dijeron que sus bebés habían muerto en el parto o en los días posteriores, todas en el mismo hospital donde tú trabajas. Conté más de diez, hasta que se me revolvió tanto el estómago que tuve que dejar de leer. Tú llevas cuarenta años trabajando allí.

—Sí.

—¿Fue el padre de Felipe Abellán el que lo empezó todo?

—No tengo ni idea.

Verónica resopló y volvió a amartillar la pistola.

—Esto es una pérdida de tiempo. Buscaré a alguien más dispuesto a hablar.

—No, espera —le rogó ella temiendo que apretase el gatillo de nuevo—. En realidad, fue su abuelo el que lo empezó todo, en la época franquista. Luego lo dejó en manos de su hijo, que continuó hasta que el asunto saltó a los medios de comunicación hace quince años. Entonces decidió que era el momento de jubilarse y dejar la dirección del hospital en otras manos.

—Las de su hijo.

—Sí.

—¿Cuándo decidió Felipe Abellán continuar con el negocio de la familia?

—Hace dos años, una vez su padre había fallecido.

—¿Por qué? ¿Acaso no habían amasado ya bastante dinero? —preguntó Verónica con ironía.

—Su padre sí, pero él no.

—Y tú accediste a ayudarle.

—¡Qué otra cosa podía hacer! —se justificó ella—. Después de haber ayudado a su padre durante años, no podía negarme.

A Verónica, aquello le pareció una justificación patética, pero no quiso ahondar más en ese tema. Le interesaban más otras cuestiones.

—¿Y cómo se realizan las adopciones?

—Hay una lista de padres que quieren adoptar a un niño y normalmente se entregan a quien más dinero ofrece.

—Como una subasta.

—Más o menos.

—Supongo que el precio de salida lo marcaba el sexo y los rasgos físicos del bebé, así como su fortaleza y estado de salud.

—Sí.

—¿Los padres adoptivos nunca sospechan nada?

—Nunca se les dice de dónde proceden los bebés. Les decimos que se han quedado huérfanos o que su madre los quiere dar en adopción por algún motivo.

—¿Y se lo creen?

—Todo se hace aparentemente de forma legal. Tenemos gente metida en el registro, que se encarga de emitir los certificados y dar validez a los documentos.

—¿Cuánta gente está implicada en el hospital?

—Solo los imprescindibles. Hace años había más gente, pero ahora el doctor Abellán quiere que esté al tanto el menor número posible. De ese modo, las posibilidades de que el asunto se descubra son pocas.

—¿Quién elige a los niños, Abellán o tú?

—¿Eso importa?

—Les importa a los padres.

La mujer reflejó una mueca de dolor antes de proseguir.

—Buscamos madres con un determinado perfil, a poder ser solteras y jóvenes, para quienes perder un hijo puede ser una liberación. También a madres con varios hijos, para las que no supone ningún trauma perder a un bebé.

—¿Y cómo hacéis para justificar la muerte de los recién nacidos? —A pesar de que conocía la respuesta, Verónica necesitaba que todo quedase grabado.

—No es difícil. Si la adopción ya está programada, se justifica con cualquier complicación durante el parto. El médico que lo atiende deja claro que hizo todo lo que pudo para salvarle, pero que no le fue posible. En otras ocasiones, se les dice a los padres que el bebé ha nacido con problemas y que es difícil que se recupere, así tenemos tiempo de ponernos en contacto con los futuros padres adoptivos.

—Y tener todo el papeleo listo.

—Así es.

—Sin embargo, el hijo de Rebeca Collado sí que había nacido con problemas.

La enfermera asintió con la cabeza antes de continuar.

—Por eso en principio no estaba prevista su adopción, a pesar de que se recuperó bastante bien de su nacimiento prematuro.

—Hasta que su abuela se presentó en el hospital y os contó que la madre del niño había muerto. Visteis ahí una oportunidad que decidisteis no desaprovechar. Una ocasión perfecta para ganar una buena cantidad de dinero. —Soledad se limitó a asentir con la cabeza, por eso Verónica insistió—. Necesito que lo digas en voz alta.

—Sí, es cierto.

—¿Podrías contarme lo que sucedió ese día?

—Tú misma lo acabas de decir.

—Quiero oírlo de tu propia boca.

—Cuando el doctor Abellán supo que la madre había muerto, me avisó de inmediato, para que me llevase al niño a otra sala y que lo preparase todo para mostrarle a la abuela que el bebé había muerto.

—Y le enseñasteis uno que teníais congelado.

—Sí. Es un bebé que murió hace tres años y que mantenemos en una cámara para enseñarlo cuando alguno de los padres exige ver a su bebé fallecido.

Verónica sintió que se le revolvían las tripas, aunque logró reponerse para no perder el hilo del interrogatorio. Necesitaba que todo quedase grabado.

—¿Cuánto os pagaron los nuevos padres por la supuesta adopción?

—Cien mil euros.

—Luis Pérez Santos y María del Mar Zamarra Ibáñez es el matrimonio que adoptó ilegalmente al hijo de Rebeca Collado, ¿verdad?

En ese momento la mujer la miró desconcertada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Lorena se metió en tu ordenador el mismo día de su muerte y le reenvió a su novio un correo que tú le habías enviado a «dondinero_01@gmail.com». Ese correo contenía el acta de defunción y la partida de nacimiento del hijo de Rebeca. Ese nombre tan rocambolesco de «dondinero» me imagino que pertenece al doctor Abellán.

—Sí, pero yo no tenía ni idea de que Lorena hubiese accedido a mi ordenador.

—¿No la pillaste haciéndolo?

—No. Es más, ese día yo libraba y no fui a trabajar.

Ahora la sorprendida fue Verónica.

—¿Vas a decirme que ni tú ni tu jefe tuvisteis nada que ver con su muerte?

—Por supuesto que no, nosotros no somos así. Cuando era el padre el que dirigía el hospital, si alguien descubría lo que estábamos haciendo, se le ofrecía una buena cantidad de dinero y siempre aceptaba. Nunca se le hizo daño a nadie —aseguró convencida.

—Tal vez ahora el hijo tiene otra forma de ver el negocio.

—Felipe Abellán no es un asesino.

—No necesita serlo. Seguro que con el dinero que gana puede pagarle a cualquier otro para que le haga el trabajo sucio, como en el caso de Carmen —dijo tanteando su reacción—. La atropellaron después de hablar conmigo esa misma mañana.

—Por lo que sé, la atropelló un conductor que se dio a la fuga.

—Sí, seguramente el mismo que luego intentó matarme a mí, aunque por suerte no se salió con la suya. Decidisteis quitarme de en medio cuando visteis que me estaba acercando demasiado y que iba a acabar con vuestro negocio.

La enfermera negó con la cabeza.

—Yo de eso no sé nada. Además, para nosotros esto nunca ha sido un negocio.

—Ah, ¿no?

—Es una labor social, una forma de hacer un bien común, de ayudar a familias que no pueden tener hijos y darles a esos niños una vida mejor de la que tendrían con sus verdaderos padres. Nunca me importó el dinero.

—Claro, por eso vives en este casoplón —le replicó Verónica.

—Esta casa no es mía, pertenece al doctor Abellán. Por favor… —dijo apretando los dientes—. No puedo aguantar más este dolor. Tienes que llamar a un médico.

—Tal vez debería avisar a tu querido doctor Abellán.

—Me da igual quien sea, pero necesito atención médica antes de que me desangre.

Verónica resopló. Sabía que tenía que avisar a alguien para que la atendiese. El problema era cómo iba a justificar el hecho de que le hubiese pegado un balazo en la pierna. Sin duda, su carrera en la

Policía Nacional estaría acabada después de aquello.

—Muy bien, llamaré al ciento doce a condición de que expliques que no te disparé queriendo.

—¿Cómo? —preguntó Soledad, mirándola perpleja.

—Diremos que vine a interrogarte y que te pusiste nerviosa. Que intentaste quitarme la pistola y que esta se disparó accidentalmente cuando forcejeábamos.

—Lo que quieras… pero avisa ya —murmuró—. Estoy empezando a marearme.

Verónica sabía que aquello no funcionaría, pero era mejor dar explicaciones por haber herido a una testigo, a que esta muriese desangrada y tener que justificar su muerte.

—Llamaré para que traigan una ambulancia —afirmó.

40

Mientras entraba en el despacho, tuvo claro que aquello no era una buena idea, pero, aun así, decidió hacerlo. Era el único modo de resolver el asunto, a pesar de que podía dar por terminada su carrera en la policía.

—Ya estás aquí —dijo Olaya levantando la vista de los papeles de su mesa—. Has tenido suerte de que hoy me haya quedado hasta tan tarde trabajando.

—Por eso le llamé por teléfono antes de venir.

—¿A qué se debe tanta urgencia?

—Hay algo que debo contarle, pero antes necesito que escuche esto —dijo caminando hasta su mesa y posando su teléfono sobre ella—. Después se lo explicaré todo.

Olaya se limitó a asentir con la cabeza y Verónica pulsó el botón de reproducción en la pantalla.

Durante varios minutos ambos escucharon la confesión de Soledad Mendoza, sin hacer ningún comentario. Solo cuando terminó, Olaya preguntó:

—¿Por qué esa mujer quería que llamases a un médico?

Ella tragó saliva. Era la cuestión que más temía responder.

—Le disparé en la pierna.

—¿Cómo dices? —preguntó perplejo.

—Cuando llegué a su casa no quiso hablar conmigo, incluso me desafió, así que saqué mi arma y…

Por un momento pensó darle la misma versión que a los sanitarios. Que había llegado a la casa para detener a la sospechosa, que esta se había lanzado sobre ella para quitarle la pistola, disparándose de forma accidental tras un breve forcejeo. Era una versión que los sanitarios no habían puesto en duda, aunque lo más probable era que, de camino al hospital, Soledad hubiese dado otra, distorsionando los hechos en su beneficio.

—Lo cierto es que me atacó, agarrándome del cuello y mi

reacción fue dispararle —dijo finalmente.

—¿Estás loca? —preguntó Olaya poniéndose en pie y señalándose la sien con el dedo índice—. ¿Le disparaste a una sospechosa?

—En una pierna. Sé que no reaccioné de forma adecuada, pero al menos conseguí que luego lo confesase, como ha podido escuchar.

—Joder, sí, pero… ¡Somos policías! No podemos ir por ahí disparando a la gente.

—Lo sé, pero esta grabación demuestra lo que está ocurriendo en ese hospital. No tengo claro quién asesinó a Lorena, quizás lo hizo Vallejo… No lo sé —dijo negando con la cabeza. Seguía pensando que lo más probable era que su compañero fuese el autor del crimen, aunque era una información que de momento no quería compartir con su jefe—. Lo que no puede ser casualidad es que tanto a Carmen como a mí nos atropellase el mismo vehículo. A ella la mataron y yo me libré por los pelos.

—¿Cómo que te libraste por los pelos? ¿De qué me estás hablando?

—El día que me suspendió fui a Guadalajara, a ver a la madre de Rebeca Collado y un coche me atropelló cuando cruzaba la calle. Por suerte, solo me alcanzó con el retrovisor, pero sufrí una conmoción y estuve ingresada cuatro días, hasta esta mañana.

El semblante de Olaya se relajó al escuchar eso.

—¿Y cómo no he sabido nada de eso? Debiste comunicármelo.

—No me encontraba en condiciones de hablar con nadie. Además, estaba suspendida, ¿recuerda?

—Eso no tiene nada que ver. ¿Detuvieron a quien te atropelló?

—No, pero la descripción coincide con el coche que mató a Carmen Rojas: un todoterreno de color negro.

El inspector jefe se sentó de nuevo.

—¿Dices que nadie identificó el coche? —preguntó pasados unos segundos.

—Así es.

—¿Y fueron a por ti?

—De eso estoy segura. Faltó muy poco para que no lo contase.

—Si quisieron matarte, es porque no ibas desencaminada —murmuró, reflexivo.

—Es lo que yo pienso. Debían estar siguiéndome y al ver que no abandonaba y que me dirigía a hablar con la abuela del último bebé que habían vendido, decidieron quitarme de en medio.

Olaya la miró a los ojos y comentó:

—Aun así, le disparaste a una testigo. No puedo encubrir eso.

—Lo sé, soy consciente de ello y estoy preparada para recibir la sanción correspondiente, pero alguien tiene que investigar esto —dijo señalando su teléfono—. Esta grabación demuestra que existe una red de tráfico de bebés y no podemos dejar que sigan saliéndose con la suya. Alguien tiene que investigarlo y detener a todos los implicados, empezando por el doctor Felipe Abellán.

—¿Y quién va a hacerse cargo de esa investigación?

—Deberíamos ser nosotros. Gente de la Brigada, me refiero.

—¡Tú no, desde luego! Y menos después de dispararle a una testigo.

—No me importa. Solo quiero que esa gente pague por lo que han hecho.

Después de unos instantes de reflexión, el inspector jefe preguntó:

—¿No estuvo aquí la madre de Rebeca para hablar contigo y con Vallejo?

—Sí, después de que muriese su hija. Vino para contarnos que su nieto había muerto y que sospechaba que en el hospital le habían mentido.

—En ese caso, ya teníamos conocimiento de la comisión de un posible delito… —murmuró para sí—. Bien, voy a ocuparme del asunto, pero tendrás que entregarme esa pistola y quedarte al margen de todo.

—Lo entiendo.

Verónica puso el arma encima de su mesa.

—Los de Asuntos Internos te van a crucificar. Lo sabes, ¿verdad?

—Mi carrera es lo que menos me preocupa ahora mismo, lo que quiero es ver a esa gente entre rejas. Que paguen por lo que hicieron a todas esas familias, a las que engañaron haciéndoles creer que sus hijos estaban muertos.

—Y lo que yo quiero es que te quedes en tu casa hasta que me ponga en contacto contigo. ¿Lo harás?

—No hay problema.

—Espero que esta vez sea así.

41

A la mañana siguiente, Verónica despertó con la cara apoyada en el pecho de Marcos. Entre sus brazos había encontrado el refugio que tanto necesitaba. La noche anterior él supo tranquilizarla y animarla, diciéndole que todo iba a salir bien. Incluso le propuso contratarla como asesora para sus novelas, si al final se quedaba sin trabajo. Eso provocó un momento de risas y de complicidad que logró hacerle olvidar por un breve tiempo el pésimo futuro que la esperaba.

La idea era quedarse en casa hasta que Olaya la llamase para informarle sobre el estado de la investigación y confirmar si la grabación había servido para detener a todos los implicados en la red de tráfico de bebés, empezando por el doctor Felipe Abellán. Iba a ser un día muy largo, por eso decidió bajar a la cocina a tomar un café.

—¿Quieres que te prepare algo? —dijo Marcos en cuanto sintió que se movía.

—No, sigue durmiendo tranquilo.

—Llevo un rato despierto. Te prepararé unas tortitas.

—Para desayunar eso, antes debería salir a correr.

—Podemos ir juntos, si quieres. Hace un sábado espectacular.

—Prefiero un desayuno más ligero y que dejemos las tortitas para mañana. Hoy, la verdad es que no me apetece hacer nada. Tal vez me tire en el sofá todo el día a ver películas y series.

—Como quieras. Te prepararé un café con leche, entonces.

—Puedo hacerlo yo, no te preocupes.

—Me gusta mimarte —aseguró Marcos besando sus labios antes de saltar de la cama.

Verónica miró su reloj. Eran las nueve y media de la mañana, así que decidió darse una ducha y luego se puso unos *leggings* negros, una sudadera rosa y unas deportivas. Le apetecía salir a caminar un rato después de desayunar, dado el buen tiempo que hacía ese día.

Bajó a la cocina, donde Marcos había preparado una pequeña bandeja con queso fresco, jamón y unos trozos de manzana y salieron a sentarse juntos en el banco que había en el porche de casa. Eso sí, ella mantuvo el teléfono cerca, por si Olaya la llamaba con novedades sobre el caso.

Mientras Marcos leía las noticias en su tablet, Verónica prefirió cerrar los ojos y disfrutar del sol que bañaba su rostro. La rabia que la había acompañado en las últimas horas se había disipado y por un tiempo se sintió en paz consigo misma.

Fue así hasta que un sonido llamó su atención al otro lado de la calle: un Toyota todoterreno de color negro que aparcó enfrente y del que vio descender a Santi.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marcos cuando se puso en pie para verle mejor.

—Nada.

En realidad, no era así. Observó cómo Santi entraba en casa y luego centró su atención en el visible rayonazo que el vehículo tenía en el lado derecho, sobre todo en la puerta del acompañante, como si se hubiese rozado contra algo.

Eso hizo que una idea cruzase por su mente. Se preguntó por qué su misterioso vecino había aparecido en su vida de forma tan casual. La primera vez se lo había encontrado al salir del gimnasio y al día siguiente había alquilado su casa. Ese hecho había ocurrido después de que Vallejo y ella visitasen al doctor Abellán en el hospital. ¿Casualidad? Empezaba a pensar que no. Incluso dudaba que los encuentros que había mantenido con él desde entonces hubiesen sido casuales. Más bien parecía que la estaba vigilando.

Y ahora el detalle del rayonazo en el lateral de su vehículo, aunque no era el único golpe que había recibido su coche. El día después de que atropellasen a Carmen Rojas, Santi le había contado que tenía el coche en el taller, porque una piedra le había roto el parabrisas.

—Así que una piedra —masculló entre dientes, en tono irónico —. Jodido embustero.

De inmediato cogió su teléfono y marcó el número de la agencia inmobiliaria que se encargaba de alquilar su piso.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Marcos, alarmado al ver su cara de preocupación.

—No, solo quiero comprobar una cosa —respondió mientras entraba en casa para hablar en privado.

Tras una breve charla, obtuvo los datos que necesitaba y con ellos apuntados en un papel llamó a Quintero. Era la única persona a la que podía recurrir en ese momento. El inspector no se mostró muy entusiasmado por la llamada.

—¿Qué quieres? —preguntó con sequedad.

—Necesito que me hagas un favor.

—¿Qué tipo de favor? No sé si sabrás que aquí estamos hasta arriba de trabajo.

—Lo sé, pero solo te llevará un minuto. ¿Podrías meter un DNI en la base de datos a ver qué resultado te da?

Le dictó los datos y al cabo de unos segundos, Quintero dijo:

—Santiago Murillo Luján. ¿Quién es este tío?

—Alguien que tiene alquilada mi casa y cuya actitud me resulta sospechosa.

—¿Me llamas para saber si tu inquilino piensa pagarte el alquiler? ¡Venga, no me jodas!

—No es eso… —Tuvo que morderse la lengua para no llamarle «imbécil»—. ¿Podrías decirme qué datos te salen de él?

—No está fichado, si es lo que te preocupa.

—Necesito saber a qué se dedica.

—Eso me llevará un poco más de tiempo. Habría que cruzar los datos con Hacienda y…

—Por favor, es importante. No te lo pediría si no lo necesitase.

Ese argumento pareció convencerle porque al cabo de un minuto le dio la información que le solicitaba.

—Trabajó para el Ministerio de Defensa durante ocho años. Desde hace dos trabaja para el sector privado, para una empresa extranjera llamada Red Point. ¿La conoces?

—No.

—Yo sí. Se hizo famosa hace unos cuantos años, cuando aquel asunto de los piratas somalíes. Varias navieras españolas contrataron personal de seguridad para proteger sus barcos.

—¿Es una empresa española?

—Extranjera, aunque no tengo ni idea de qué país. Lo que sí puedo decirte es que no contratan a cualquiera. Buscan gente con experiencia en combate y que hayan estado en unidades de élite.

Detuve hace años a un tío que trabajó con ellos y que terminó bastante quemado. Estuvo como operativo en Afganistán y luego en Somalia, si mal no recuerdo.

—¿Operativo?

—Es una forma elegante de referirse a los mercenarios, gente que lucha en guerras ajenas por dinero.

—Es decir, que este tipo podría ser un mercenario.

—No creo que le guste que le llames así, pero sí, es probable que lo sea.

Gente que mata por dinero, fue lo primero que se le vino a la cabeza.

—Te agradezco la información.

—¿Va todo bien, Cuevas? —preguntó entonces Quintero—. Ayer te vi salir del despacho de Olaya y no tenías buena cara.

—Sí, estoy bien. Gracias por tu ayuda.

—De nada.

Después de cortar la llamada, tuvo claro cuál iba a ser su siguiente paso: llamar al dueño del gimnasio donde ella entrenaba. En los meses que llevaba allí, había conversado varias veces con él, un hombre de pronunciada barriga que en el pasado había intentado entrar en la Policía Nacional, sin éxito. No tenía aspecto de deportista, pero sabía vender muy bien el producto y le gustaba pasar el día charlando con los clientes. Por ese motivo imaginó que no tendría problemas para sacarle lo que supiese.

—¿Qué pasa, preciosa? —dijo en cuanto ella se presentó—. ¿La policía no te deja tiempo para venir a entrenar? Se te echa de menos.

—He estado algo liada estos últimos días. Quería preguntarte por Santi, tu primo.

—¿Qué pasa con él? ¿Se ha metido en algún lío?

—No, para nada. Es que me dijo que te echaba una mano en el gimnasio.

—Sí, bueno…

—¿No es cierto?

—Sí, pero tampoco es que me ayude mucho —aseguró riendo—. Se pasa todo el día con las pesas y las máquinas marcando musculitos. Sí que es cierto que se ofrece a ayudar a cualquiera que lo necesita, pero suele ir a lo suyo la mayor parte del tiempo.

—¿Y se pasa todo el día ahí, en el gimnasio?

—Para nada. Va y viene, cuando le apetece.

—¿Qué hay de esa novia suya?

—¿Qué novia? —preguntó él, con tono sorprendido.

—Cuando alquiló mi casa, me dijo que acababa de dejarle su novia y que necesitaba un sitio donde dormir.

—Lo dudo mucho, porque estaba viviendo conmigo desde que llegó a Madrid hace un par de semanas.

Ahora la sorprendida fue Verónica.

—No entiendo entonces a qué venía tanto interés en alquilar mi casa, si estaba viviendo contigo.

—A mí no me eches la culpa, tenía una habitación para él solo —dijo soltando una sonora carcajada a continuación—. Lo único que puedo decirte es que ese día llegó al gimnasio preguntándome por ti. Al parecer te había conocido el día anterior y quería saber más sobre ti.

—¿Y qué le contaste?

—Pues que llevabas un año entrenando en el gimnasio… y que eras policía… —respondió como si estuviese haciendo memoria—. Ah, también le dije que estabas cabreada porque el matrimonio que vivía de alquiler en tu casa se había largado.

—No estaba cabreada. Simplemente te comenté que necesitaba encontrar un nuevo inquilino —le replicó ella, recordando la conversación que habían mantenido aquel día.

—La cuestión es que esa misma tarde mi primo me comentó que había hablado con la agencia para alquilar tu casa y que se trasladaba. La verdad, no entendí a qué venía tanta urgencia, pero siempre ha sido un tío muy reservado, de pocas palabras.

—Una última pregunta —le pidió Verónica—. ¿Podrías decirme en qué trabaja tu primo?

—Sé que estuvo en el ejército unos años y que anduvo por Irak, Afganistán y esos sitios, hasta que lo dejó. Creo que ahora está en una empresa privada de seguridad, aunque ya te digo que no habla mucho de sus cosas.

Verónica ya no necesitó oír nada más. Se despidió de él y acto seguido se dispuso a llamar a Olaya.

Estaba segura de tener al asesino que buscaba.

42

Verónica mantuvo la distancia con el vehículo de Santi, para que este no se diese cuenta de su presencia. Llevaba diez minutos siguiéndole por la
M-40,
desde que le había visto salir de casa. Ni siquiera le dio tiempo de hablar con Olaya. Estaba en la ventana de la cocina, con el teléfono en la mano, dispuesta a llamarle, cuando vio a su vecino subirse a su Toyota, así que corrió a por las llaves de su coche y salió tras sus pasos. Solo tuvo tiempo de coger el bolso y decirle a Marcos que se iba un momento por motivos de trabajo. Él la miró desconcertado y se limitó a comentar que lo llamase para contarle qué ocurría.

Esa era la intención de Verónica, aunque antes necesitaba hablar con Olaya, por eso marcó su número sin perder de vista la carretera. Una vez que obtuvo respuesta, le contó lo que había averiguado sobre Santi y la posibilidad de que fuese la persona que estaba detrás de los dos atropellos.

—¿Estás segura de que es él?

—No al cien por cien, pero son demasiadas coincidencias —respondió Verónica a través del manos libres—. Esa gente maneja suficiente dinero como para contratar a un asesino que les haga el trabajo sucio y elimine a cualquiera que amenace su negocio. No puede ser casualidad que mi vecino alquilase mi casa, pocas horas después de que Vallejo y yo visitásemos al doctor Abellán en su hospital y que lo hiciese de manera tan precipitada. La excusa que me dio no era cierta, por eso creo que su misión era vigilarme.

—¿Con qué objetivo?

—No lo sé, tal vez ganarse mi confianza o ver lo cerca que estaba de averiguar la verdad. Sospecho que me ha estado siguiendo todo este tiempo sin que yo me diese cuenta. Por eso intentó matarme en Guadalajara, atropellándome con su propio coche, al igual que hizo con Carmen Rojas.

—Las sospechas no nos sirven, Cuevas. Necesitamos pruebas más sólidas para poder detenerle y acusarle.

—Las conseguiré.

—De eso nada, ya te he dicho que quiero que te mantengas al margen. Pasado mañana tengo una reunión con el comisario jefe. Mi intención es utilizar la denuncia de la madre de Rebeca Collado para justificar que la Brigada investigue el caso de los bebés robados.

—Pero no puso ninguna denuncia.

—Hablé con ella hace un rato para que venga el lunes y lo haga.

—Estamos a sábado. ¡Faltan todavía dos días! —protestó Verónica, convencida de que ya habría alguien de la Brigada investigando—. No podemos esperar al lunes. Soledad Mendoza ya debería estar detenida.

—Está ingresada en el hospital Quirónsalud de Pozuelo de Alarcón, con un disparo en la pierna —le recordó Olaya—. No creo que vaya a ninguna parte. Además, he solicitado que le pongan un policía en la puerta, así que puedes estar tranquila. No se va a mover de allí.

Dos días eran demasiados para permanecer de brazos cruzados. Además, Soledad podía llamar al doctor Abellán y avisarle de que la policía iba detrás de él y de sus socios.

—Déjeme volver y me encargaré del caso —pidió.

—Ya he designado a alguien para que se haga cargo de la investigación a partir del lunes.

—¿A quién?

—El inspector Ferreiro.

Ella resopló. Conocía a Ferreiro, un inspector que se jubilaba en un año y que se tomaba el trabajo como si ya lo estuviese.

—¿No hay nadie mejor?

—¿Es que ahora vas a decirme cómo mandar mi unidad? —le replicó Olaya con dureza.

—No era eso lo que quería decir. Yo…

—El caso de las prostitutas se ha complicado —dijo sin darle tiempo a continuar—. Los forenses de la Guardia Civil han identificado otro de los cuerpos encontrados en el pozo, como el de una de las prostitutas desaparecidas, lo que ha confirmado las sospechas de que estamos ante un asesino en serie. Va a ser un fin

de semana movido en la Brigada.

—Entiendo.

—Escucha, Cuevas. Agradezco tu preocupación, pero quiero que te relajes y que descanses durante el fin de semana. El lunes pásate por aquí para hablar con Ferreiro e informarle de todo lo que has averiguado. ¿Lo harás?

—Claro, no hay problema —respondió ella, antes de finalizar la llamada.

Por suerte no le había comentado que estaba siguiendo a Santi, así que continuó con la vista fijada en el todoterreno negro que iba tres coches por delante.

No tardó mucho en descubrir a qué lugar se dirigía.

Tras permanecer toda la mañana en el gimnasio de su primo, Santi fue a comer solo a un pequeño restaurante que estaba justo enfrente. Verónica lo observó desde su coche, aparcado al otro lado de la calle, decidida a no perderle de vista durante todo el día.

Después de comer cogió el coche y condujo de nuevo por la M-40 en dirección sur, para bordear Madrid hacia el oeste y subir luego en dirección norte, hasta tomar la salida a Ciudad de la Imagen. Verónica no entendió el motivo, hasta que pasaron por delante del edificio de Kinépolis y, una vez sobrepasado, entró en el aparcamiento exterior, donde había más de un centenar de vehículos. Eso le permitió pasar desapercibida para Santi e incluso seguir sus pasos a cierta distancia al interior del edificio. Cuando estuvo dentro, le observó mientras miraba los carteles de cada una de las películas en proyección, hasta que pareció decidirse por una y se acercó a la ventanilla a por la entrada.

Verónica no tenía intención de seguirle al interior de la sala, así que esperó hasta que entró y luego regresó a la calle, para cruzar a la otra acera y entrar en un McDonald's. De ese modo podía comer algo y de paso llamar a Marcos. Al hacerlo, solo le explicó que estaba en la Brigada, informando al nuevo inspector a cargo de la investigación de todo lo que sabía, algo que le llevaría seguramente el resto de la tarde. Le pareció que era mejor eso, que decirle que estaba siguiendo a su vecino porque

sospechaba que era el asesino de Carmen y quien había intentado atropellarla.

Tras dos horas de espera, Santi salió del cine y se fue directo al parking a recoger su coche. Fue una decepción para Verónica descubrir que ponía rumbo a casa. Le habría encantado presenciar cómo se reunía con el doctor Abellán y demostrar así la relación entre ambos.

Le siguió manteniendo la distancia, tal y como había hecho durante todo el día, aunque aminoró la marcha antes de entrar en la urbanización, para no llegar a la vez que él. Cuando aparcó delante de la casa de Marcos, Santi ya no estaba en su coche, por lo que supuso que se encontraría en el interior de la vivienda.

Se disponía a bajar del vehículo, decepcionada por no conseguir su objetivo, cuando recibió una llamada de Olaya.

—Dígame.

—Hola, Cuevas. Me temo que tengo malas noticias. Yo… La verdad es que no sabemos cómo ha ocurrido. —Por el tono de voz se le notaba contrariado—. Soledad Mendoza está muerta.

—¿Cómo? —preguntó ella, perpleja.

—Acaban de comunicármelo hace diez minutos, así que no sé mucho más. De momento he hablado con el policía que vigilaba su puerta y dice que una enfermera se la acaba de encontrar sin vida en su habitación. Parece ser que sufrió un colapso.

—¿Qué tipo de colapso?

—No lo sé. El agente afirma que en toda la tarde solo entró en la habitación el médico que la visitó a media tarde.

—¿Qué médico?

—No lo sabe. Por lo visto, llevaba puesta una mascarilla quirúrgica.

—¿Y a qué hora fue eso?

—Pasadas las cuatro y media.

Verónica hizo memoria. A esa hora Santi estaba dentro del cine y ella frente a la salida del edificio, comiendo una hamburguesa. Era imposible que hubiese salido sin que lo viese. A no ser que…

—Pudo matarla él —afirmó tras esa reflexión.

—¿Quién?

—Santi. Por eso bordeó todo Madrid para ir a ver una película al otro lado de la ciudad, en Pozuelo. Desde allí no hay más de tres

kilómetros hasta el hospital en el que estaba Soledad —meditó en voz alta—. Pudo salir del cine sin que yo le viese, quizás por el parking subterráneo, para ir andando hasta el hospital. Una vez llegó allí, se vistió de médico y la mató. Luego volvió al cine, a tiempo de salir junto a los demás espectadores, para que yo no sospechase nada. Yo soy su coartada.

—Espera un momento. ¿De qué me estás hablando? ¿Qué cine?

—Hoy le seguí durante todo el día y después de la comida estuvo en Kinépolis, entre las cuatro y las seis, no demasiado lejos del hospital Quirónsalud.

—¿No te dije que te mantuvieses al margen? —la reprendió Olaya de inmediato.

—Ya le estaba siguiendo cuando hablamos por teléfono esta mañana —confesó ella—. Siento no habérselo dicho.

El inspector jefe se quedó en silencio unos segundos, tras lo cual dijo:

—De todas formas, si le seguiste todo el día, no pudo ser él quien la mató.

—Estuvo dentro del cine dos horas. Quizás en ese tiempo salió sin que yo lo viese, tal vez por una puerta de emergencia y luego volvió a entrar. Ese cine no debe de estar a más de media hora andando del hospital en el que estaba ingresada Soledad.

—El problema es demostrarlo.

—Puede que alguna de las cámaras del hospital lo grabase —añadió ella.

—Esperemos tener suerte. Enviaré a alguien para que las revise y tú, esta vez quiero que te quedes en casa. ¿Me has entendido?

—Sí.

—Si tu vecino es el asesino, no quiero que te acerques a él bajo ningún concepto.

—Ahora mismo está dentro de casa y yo a punto de entrar en la mía.

—Mejor. Enviaré a una patrulla para protegerte y vigilarle.

—No, si ve una patrulla cerca, se largará. Es preferible que no sepa que estamos tras su pista.

—Aun así, enviaré a un par de agentes de incógnito.

—Demasiado riesgo. De verdad que no es necesario, estaré bien. No me moveré de casa, hasta que se confirme su implicación por las

cámaras de seguridad del hospital.

—Más te vale. Te llamaré en cuanto sepa algo.

Verónica guardó su teléfono y bajó del coche. No pudo evitar que su mirada se desviase al otro lado de la calle. Santi estaba en ese momento en la ventana del salón y parecía observarla.

Por un instante pensó hacer de vecina inocente y saludarle con la mano, pero prefirió fingir que no le había visto y entrar en casa. Una vez dentro, se dirigió a la cocina y se acercó a la ventana para ver si Santi seguía allí, observándola. Comprobó que no era así.

—Ya has llegado —escuchó la voz de Marcos a su espalda—. Si hubiera sabido que ibas a llegar antes, te habría esperado.

Al volverse para mirarle, vio que vestía unas mallas cortas y una camiseta de tirantes.

—¿Vienes de correr?

—La verdad es que fui casi todo el camino andando. Me molestaba un poco la rodilla izquierda y no quise forzar.

—Deberías ir al fisioterapeuta.

—Tengo un amigo que tiene la consulta en casa, pero no creo que pueda atenderme hasta el lunes. Luego le llamaré. ¿Por qué no salimos a cenar fuera, después de darme una ducha?

En cualquier otro momento habría aceptado, pero no deseaba otra cosa que estar presente cuando detuviesen a Santi.

—Mejor nos quedamos en casa y preparo yo algo. Siempre eres tú el que cocina.

—Lo hago porque me encanta.

—Hoy me apetece sorprenderte yo.

—Muy bien —dijo él acercándose para besar sus labios y luego abrazarla—. Disfrutaremos de una noche romántica en casa.

43

El día siguiente transcurrió sin más novedades, un domingo en el que lo peor para Verónica fue pasarlo en casa, encerrada y sin poder intervenir en la investigación. Durante todo el día esperó una llamada de Olaya que no se produjo y que le provocó tal estado de ansiedad, que a última hora de la tarde decidió sentarse en el porche con una cerveza en la mano y disfrutar del atardecer. Tenía la esperanza de que eso la ayudase a relajarse y desconectar.

Estaba terminando la cerveza y planteándose entrar a por la siguiente, cuando una voz llamó su atención.

—Buenas tardes.

Era Santi, que mostraba una sonrisa cordial mientras asomaba la cabeza por encima de la portilla que daba acceso al jardín.

—Hola —le replicó ella.

—¿Me invitas a una cerveza?

—Era la última.

—¿Puedo pasar al menos?

—Empuja, está abierta.

Santi entró sin perder la sonrisa.

—¿Estás sola? —preguntó deteniéndose a un par de pasos de los escalones que llevaban al pequeño porche.

—No, mi novio está dentro, escribiendo.

Por desgracia, Marcos tenía una habitación en la planta de arriba preparada para trabajar, desde la que iba a ser difícil que la escuchase si pedía ayuda.

—¿Es escritor?

—Sí.

—¿De qué género?

—Novelas de misterio y crímenes.

—Prefiero la ciencia ficción.

—¿Querías algo? —preguntó Verónica mirándole con desconfianza. Solo tenía para defenderse el botellín que sostenía en

la mano. Por suerte, no era la única persona que había salido al jardín a esa hora. Escuchó una conversación cercana, un par de casas más allá, por lo que supuso que Santi no se atrevería a hacerle daño.

—Te he visto aquí sentada sola y se me ha ocurrido venir a saludarte —dijo él.

—Ya.

—Mi primo me comentó que habías preguntado por mí.

Verónica se mantuvo imperturbable.

—Me parece que tu primo se confunde.

—Dice que ayer le llamó una policía preguntándole por mí. Pensé que habrías sido tú.

—No entiendo por qué.

—Yo tampoco, pero como ayer te pasaste el día siguiéndome, deduje que habías sido tú —afirmó Marcos sin perder su semblante alegre.

—¿Cómo dices?

—Hoy la verdad es que tenía pensado ir al Parque del Retiro, a dar un paseo, pero me he levantado con dolor de espalda y, he preferido quedarme en casa leyendo uno de esos libros que encontré en la caja que tenías en el garaje. Mañana bajaré al gimnasio a primera hora, por si tienes intención de seguirme otra vez.

—Perdona, pero no sé a qué te refieres.

Él soltó una breve carcajada.

—Tienes que mejorar, es fácil pillarte cuando mientes. Y en cuanto a tu seguimiento de ayer… Bueno, hubo un par de veces que te acercaste demasiado con tu coche. En el cine fuiste discreta, es cierto, pero te vi a través del reflejo de los carteles. Pensé que entrarías, aunque hiciste bien esperándome fuera. La peli fue bastante aburrida.

—Sigo sin entender a qué te refieres —dijo mientras de forma inconsciente apretaba el botellín en su mano derecha.

—Como quieras —le replicó Santi encogiéndose de hombros—. Doy por hecho que tendrías tus motivos, pero la próxima vez me gustaría invitarte a un café, al menos, así el encuentro sería más formal y podríamos charlar un rato.

Verónica se puso en pie y le miró desafiante.

—No habrá una segunda vez.

La reacción de él fue alzar las manos en señal de rendición.

—Claro, tranquila. Solo era una idea.

De haber tenido su arma le habría detenido en aquel mismo momento, a pesar de que todavía no existían pruebas en su contra. Tras aquella apariencia de amable vecino, sabía que se ocultaba un asesino frío y calculador.

—¿Te importaría salir de aquí y regresar a tu casa?

—En realidad es la tuya —le respondió Marcos, cuya sonrisa se borró en cuanto ella endureció el gesto—. Está bien, tranquila, ya me voy. Aunque tuvieses tus motivos para seguirme, no supongo ningún peligro para ti, créeme. Quizás deberías ser más observadora.

—Lo soy —le replicó con ironía—. De hecho, veo que tu coche tiene un buen rayonazo en el lado derecho.

—Un camión casi me estampa cuando iba por el paseo del Prado. Nunca me acostumbraré a conducir por Madrid. Bueno, ya nos veremos —dijo volviendo sobre sus pasos y cerrando la portilla antes de cruzar la calle.

Verónica lo siguió con la mirada y cuando lo perdió de vista entró en casa. Aquel encuentro la había puesto muy tensa, tanto que cogió el teléfono para llamar a Olaya y preguntarle por qué no habían detenido todavía a Santi. Justo cuando iba a hacerlo, recibió una llamada suya.

—Siento no haber contactado antes, pero no quería hacerlo hasta tener novedades importantes —dijo el inspector jefe después del saludo inicial—. Por fin le tenemos, y todo gracias a ti.

—¿A quién?

—Al doctor Felipe Abellán. Le hemos detenido hace una hora. Tú tenías razón: lo hizo él.

—¿El qué? —le replicó mostrando su desconcierto.

—Él asesinó a Soledad Mendoza.

—¿Abellán la mató? —No era eso lo que esperaba. Es más, después de la conversación que acababa de mantener con Santi estaba más que convencida de que él era el asesino.

—Una cámara del aparcamiento del hospital Quirónsalud pilló al doctor llegando en un flamante Mercedes plateado. En las imágenes se ve claramente cómo se baja con la bata de médico puesta y llevando una mascarilla quirúrgica en la mano. Gracias a

las cámaras que el hospital tiene repartidas por los pasillos y a pesar de que no se le identifica con la mascarilla puesta, hemos podido seguir su recorrido —le explicó Olaya, cuyo tono de voz se notaba emocionado—. Entró en la habitación de Soledad a las cuatro y media y estuvo dentro un par de minutos. Nadie más lo hizo antes o después que él, hasta que la enfermera la encontró sin vida. Los de la Científica están ahora tomando huellas por toda la habitación, para demostrar que estuvo allí y que él es la persona que se ve en las cámaras.

—No puedo creerme que Abellán la matase.

—No solo a ella —aseguró Olaya—. ¿Sabes que Abellán vive en la misma urbanización privada que Soledad?

—No, aunque no me sorprende. Ella me dijo que la casa en la que vive pertenecía a Abellán.

—Cuando le detuvimos, descubrimos que el Mercedes plateado no es su único coche. En el garaje tenía dos más, un BMW descapotable y un Audi todoterreno de color negro, que presentaba dos golpes, uno en el morro y otro en el lateral derecho, además de tener roto el retrovisor de ese lado. Creemos que es el autor de los dos atropellos, el de Carmen Rojas y el tuyo.

El desconcierto de Verónica fue cada vez mayor. ¿Felipe Abellán un asesino? Aquello no le encajaba.

—Mañana vamos a interrogarle —prosiguió Olaya—, una vez que tengamos los primeros resultados de la Policía Científica. Si todo sale bien, le tendremos agarrado por los huevos y terminará confesando su implicación en las muertes.

—Quiero estar presente en el interrogatorio.

—Lo siento, no es posible.

—Pero…

—Déjame acabar —la interrumpió él—. No puedo dejar que entres en la sala durante el interrogatorio, pero quiero tenerte al otro lado del cristal, como asesora. Tu ayuda puede ser fundamental para lograr que confiese.

Verónica iba a decirle que donde mejor podía asesorar era dentro de la sala de interrogatorios, mirando cara a cara al asesino, pero no quiso discutir. De momento había conseguido que no la excluyese, así que prefirió no forzar la situación.

—¿A qué hora quiere que esté ahí?

—A las diez de la mañana sería una buena hora. Repasaremos todo, antes de interrogarle.

—De acuerdo, llegaré a las nueve.

Verónica guardó el teléfono y por primera vez en muchos días sonrió. Con un poco de suerte, todo quedaría solucionado al día siguiente.

44

Felipe Abellán parecía bastante tranquilo, incluso mantenía una actitud soberbia, mirando por encima del hombro al inspector Ferreiro. Las acusaciones que este le lanzaba no le afectaban lo más mínimo. A pesar de la experiencia del policía en interrogatorios, el detenido parecía tener un guion bien ensayado y lo seguía al pie de la letra.

—Sabemos que estuvo allí, así que no lo niegue. Una de las cámaras le localizó en el aparcamiento del hospital donde estaba ingresada Soledad Mendoza.

—Era una de mis empleadas. Es normal que quisiera visitarla para ver cómo se encontraba.

—O sea, que reconoce que fue a verla a su habitación.

—No pasé del mostrador de información —aseguró con arrogancia—. Me dijeron que estaba custodiada por la policía y que no podía visitarla, así que no subí.

—No es eso lo que muestran las cámaras. En ellas se ve cómo entró a verla.

—No era yo. Se confunden de persona.

—Las cámaras le siguieron en su recorrido por el hospital.

—Repito que no era yo. En ese hospital hay muchos médicos, seguro que me confunden con otro. Yo no pasé del mostrador de información —dijo con aparente tranquilidad—. ¿Eso es todo lo que tienen contra mí?

—No solo eso, listillo —le replicó el policía, cabreado—. Hemos analizado el coche que tiene en su garaje, el todoterreno negro. Y hay pruebas que demuestran que se cometió un atropello con él.

—¿Un atropello? —preguntó con fingida sorpresa.

—En realidad dos, porque el lado derecho del vehículo tiene un rayonazo bastante grande, tras haberse rozado con otro coche durante un segundo atropello. Estamos analizando la pintura adherida para demostrarlo.

—Ese coche lo uso para ir al hospital a diario. Tal vez alguien me cogió las llaves del despacho y se lo llevó. Siempre las dejo encima de la mesa, dentro de un cenicero de cristal, para no perderlas.

—¡Ya! Y en ningún momento se dio cuenta de los golpes que tenía el coche, ¿verdad? —Al ver que se limitaba a encogerse de hombros, Ferreiro prosiguió—. No solo tiene un abollón en el morro, también hay restos de sangre y varias huellas dactilares en el parabrisas, que pertenecen a Carmen Rojas.

—¿Quién?

—La enfermera a la que atropelló.

—Lo siento, pero ya le digo que yo no he atropellado a nadie. No sé quién pudo cogerme las llaves del coche cuando estaba trabajando y llevárselo. Paso muchas horas en el hospital a lo largo del día y… cualquiera se lo pudo llevar sin que yo me diese cuenta. En cuanto a los golpes que dice, claro que los he visto, pero no he tenido tiempo todavía de llamar al seguro.

—Eso no hay quien se lo trague.

—Me da igual. Yo no cometí esos atropellos y no pueden demostrarlo.

—Lo haremos cuando revisemos las cámaras de seguridad del aparcamiento de su hospital, a ver si lo que dice es cierto. Veremos si la noche que atropellaron a Carmen, otra persona cogió su coche o lo hizo usted.

—Esa noche estuve reunido hasta bastante tarde. Además, no tenemos cámaras en el aparcamiento. Nunca lo hemos creído necesario.

Lo dijo con tal prepotencia, que a Verónica le dieron ganas de entrar en la sala de interrogatorios, agarrarle del cuello y apretar con ambas manos hasta que confesase la verdad.

—Parece que lo tiene todo bien pensado —dijo Olaya, de pie al lado de ella, mirando a través del cristal que les separaba de la sala —. Está demasiado tranquilo.

—Hay que preguntarle por los bebés. Presionarle con eso.

Como si le hubiese escuchado a través del cristal, Ferreiro preguntó:

—¿Qué puede contarnos de la muerte del hijo de Rebeca Collado?

—Lo cierto es que fue un bebé que nació con muchos problemas.

Abellán soltó a continuación una retahíla de datos y de términos médicos para explicar su fallecimiento, dejando claro que el hospital había hecho todo lo posible por salvar su vida, pero sin conseguirlo. Habló de lo duro que era en ocasiones el trabajo en pediatría y que no siempre se podía salvar a los niños que nacían con problemas de salud.

—Ocho en dos años me parecen muchos —le replicó el inspector.

—No tantos, si tenemos en cuenta que en ese periodo han nacido cuatrocientos veintitrés niños. Eso es poco más de un dos por ciento.

—¡Qué cabrón! —exclamó Verónica—. Hasta se sabe de memoria las cifras.

—Me parece que no tenemos por dónde agarrarlo —admitió Olaya.

—Hay que seguir presionándolo. Lo tiene todo demasiado memorizado como para ser inocente.

—El problema es que no tenemos más pruebas contra él.

—Pues hay que encontrarlas. Ese imbécil tiene tatuada en la frente la palabra culpable.

—Tal vez, pero ni siquiera podemos demostrar que haya matado a Soledad Mendoza y Carmen Rojas. No es posible identificarle claramente a través de las cámaras en el primer crimen, ni demostrar su presencia en el segundo. Y ya ves que tiene bien estudiada su defensa.

—¿Y vamos a dejar que se salga con la suya? —protestó ella de inmediato.

—Hemos registrado su casa y su despacho. Analizaremos sus ordenadores, su teléfono y cualquier dispositivo electrónico, aunque nos llevará tiempo.

—¿Y si le preguntamos por la muerte de Lorena? —propuso entonces Verónica.

—No hay nada que le vincule con ella.

—Lo sé, pero Lorena descubrió lo que estaban haciendo en el hospital. Que Ferreiro le pregunte al menos por su relación personal con ella y veamos cómo reacciona.

—Está bien, se lo diré.

Olaya abandonó la sala y entró en la de interrogatorios para pedirle al inspector que saliese a hablar con él. Un minuto después, Ferreiro volvió a entrar solo.

—¿Qué puede contarme de Lorena Muñiz? —preguntó mientras se sentaba de nuevo frente al sospechoso.

—Una desgracia lo que le ocurrió. La verdad es que la violencia machista es una de las mayores lacras de este país.

—¿Por qué dice eso?

—Por lo que tengo entendido, a Lore la mató su marido.

—Eso no está claro todavía. Lo que quiero saber es cuál era su relación personal con la víctima.

—No había ninguna relación personal, solo laboral —respondió con sequedad—. Apenas hablaba con ella.

Verónica notó algo extraño en su respuesta, una puntualización que no venía a cuento.

—Pero podrá contarme algo sobre ella, de cómo era en el trabajo.

—Lore era una más. Buena trabajadora, eso sí, aunque tenía demasiados líos en su vida privada.

—¿Qué quiere decir?

—Según tengo entendido, pensaba casarse otra vez, algo que a su exmarido no le hacía mucha gracia.

—Antes dijo que apenas hablaba con ella.

—Se lo oí comentar a una compañera. Ya digo que no tenía mucho trato con ella, solo profesional, como con cualquier otra enfermera que trabaja en el hospital.

—Volvamos al tema de los bebés fallecidos.

Ferreiro le preguntó por cómo se realizaban los trámites después del fallecimiento y Abellán le dio una respuesta muy detalla de todos los pasos que se seguían y la documentación que se tramitaba desde el hospital, tanto si los padres deseaban encargarse ellos mismos de enterrar a sus hijos, como si lo hacía el hospital, corriendo con todos los gastos, algo que normalmente aceptaban todos y de lo que presumió.

—Tenemos una relación excelente con nuestros pacientes.

El interrogatorio duró unos minutos más, pero Abellán no dio un solo paso en falso, dejando claro que de momento iba a ser complicado demostrar su culpabilidad en un juicio.

—No hay por dónde pillarle —admitió Olaya— y las pruebas no son concluyentes.

Verónica se quedó unos instantes repasando en su mente todo el interrogatorio.

—Lo único que necesitamos es demostrar que él estaba en los escenarios de los crímenes —murmuró pensativa—. Es decir, que él conducía el coche que atropelló a Carmen y que entró en la habitación de Soledad. ¿Sabemos ya cómo la mató?

—Inyectándole una dosis elevada de calmantes en la vía del gotero.

—¿Ella no luchó por su vida?

—Estaba sedada. El disparo que le pegaste en la pierna alcanzó el hueso y tuvieron que operarla. Probablemente, ni se enteró de lo que ocurría —dijo negando con la cabeza—. Tampoco se encontraron huellas relevantes que identifiquen a su asesino, así que será difícil probar que fue Abellán. En cuanto al atropello… Ya oíste la defensa que piensa argumentar.

—¿Que dejaba las llaves encima de su mesa y que alguien las cogió? Eso es una estupidez. Estuve en su despacho y no vi ningún cenicero de cristal con llaves.

—Tal vez, pero lo importante no es lo que sabemos, sino lo que podemos demostrar.

—¿Y qué hay del todoterreno? ¿Tenemos acceso al GPS y al recorrido que hizo?

—Sí, pero eso solo servirá para demostrar la ruta que realizó el coche, no quien iba dentro conduciendo.

—Pues habrá que situarlo al volante. Tiene que haber alguna cámara en la ciudad que lo haya captado conduciendo.

—De cualquier modo, el tiempo corre en nuestra contra. Si mañana no tenemos pruebas sólidas que entregar al fiscal, habrá que ponerle en libertad.

—¿Tan pronto? Eso no nos deja demasiado tiempo.

—Soltarle no implica que no podamos detenerle más adelante, cuando encontremos pruebas sólidas en su contra.

—Eso si no huye en cuanto ponga un pie en la calle.

—Es algo que no podremos evitar.

Verónica apretó los dientes, cabreada.

—No podemos soltarle. Tiene que haber alguna forma de

implicarle en los crímenes, de demostrar su presencia en los lugares donde se han cometido. Incluso demostrar que nos ha mentido durante el interrogatorio y que…

En ese momento una luz se encendió en el cerebro de Verónica, un pequeño detalle que le había pasado desapercibido durante el interrogatorio y que ahora abría una nueva posibilidad.

—¿Qué ocurre? —preguntó Olaya mirándola extrañado.

—Tengo una corazonada. Creo que puedo demostrar que nos ha mentido, pero necesito ir a ver a alguien.

—Sabes que no puedes participar en el caso, ¿verdad?

—Lo que sé es que nos interesa demostrar su culpabilidad mientras está detenido, antes de que tengamos que soltarle y decida huir del país, algo que es probable que haga. Solo le pido que me permita reunir pruebas contra él.

—De acuerdo, pero mantenme informado.

Verónica abandonó la sala con paso apresurado y teniendo muy claro su destino. Solo esperaba que su corazonada fuese cierta.

45

Al día siguiente, Felipe Abellán mantenía el mismo semblante tranquilo y la mirada desafiante, de veinticuatro horas antes. La de alguien que se siente seguro de sí mismo y confía en que se va a salir con la suya.

Esta vez, no obstante, el inspector Ferreiro no se encontraba solo. Verónica estaba sentada a su lado en el interior de la sala de interrogatorios, aunque dejó que fuese su compañero quien comenzase a hablar. La estrategia era clara: esperar a que se confiase y luego acorralarle hasta que lo confesase todo.

Ferreiro volvió a incidir en las mismas cuestiones del día anterior, planteando las preguntas de distinta forma, para ver si Abellán se contradecía, algo que no sucedió. Tenía muy bien ensayado su guion y estaba claro que no iba a salirse de él.

Pasados unos minutos, el inspector derivó la conversación hacia donde deseaban.

—¿Entonces, se ratifica en que su relación con Lorena Muñiz era solo profesional?

—Por supuesto. Creo que lo dejé muy claro ayer.

—Eso es mentira —le replicó Verónica con aparente tranquilidad.

—¿Cómo dice?

—Mantuviste una relación íntima con Lorena hace un año —dijo tuteándole, para llevar la conversación a su terreno—, un lío que duró varias semanas.

—¿Quién lo dice?

—Lo dijiste tú ayer.

—Yo no dije nada de eso.

—No lo hiciste de forma abierta, pero el subconsciente te jugó una mala pasada. No te referiste a Lorena por su nombre completo, sino que la llamaste Lore.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Fue algo que me llamó la atención, porque Vallejo también la llamaba así. Incluso Alfonso, su novio. En el trabajo, sin embargo, la gente se refería a ella como Lorena.

—¡Menuda tontería! —replicó con arrogancia.

—Podría parecerlo, pero ese detalle despertó una lucecita en mi cabeza y decidí comprobar algo —comenzó a decir Verónica, mostrando una sonrisa orgullosa—. No sé si sabías que el vecino de enfrente de Lorena es un friki de los videojuegos y que tiene por costumbre salir a la ventana a fumar por las noches. También tiene una especial capacidad para reconocer caras y, después de ver tu foto, me aseguró que el año pasado estuviste varias semanas entrando y saliendo de noche de la casa de Lorena. —En ese momento, su expresión se volvió más seria y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa—. Por eso te abrió la puerta de la casa la noche de su muerte, porque te conocía y no se esperaba que estuvieses allí para matarla. Tú sabías que guardaba un revólver en casa, probablemente porque ella te lo contó; quizás incluso te lo enseñó en alguna ocasión. Y lo usaste para pegarle un tiro cuando menos se lo esperaba.

—¡Eso son chorradas! Yo no estuve en su casa esa noche.

—Claro que estuviste… y lo mejor de todo es que podemos demostrarlo —intervino Ferreiro—. Cincuenta metros antes de llegar a la casa de Lorena hay una cámara de tráfico, de las que el ayuntamiento ha instalado estas últimas semanas, para controlar el tráfico de la ciudad y, sobre todo, los atropellos. En la grabación de esa noche se ve cómo aparcas el vehículo y bajas de él para dirigirte a su casa caminando.

—Eso no demuestra nada —se defendió.

—Demuestra que estabas en el lugar del crimen —aseguró Verónica—, del mismo modo que la cámara que hay dos calles antes del lugar donde me atropellaron la semana pasada, muestra claramente que tú conducías el vehículo que intentó matarme.

Abellán comenzó a palidecer.

—¿Y recuerdas los guantes que usaste para no dejar huellas en el arma? Esos que guardaste en un cajón de la mesa del despacho de tu casa —prosiguió Ferreiro—. No les prestamos mucha atención en un primer registro, pero, al saber que habías estado en la casa de Lorena la noche de la muerte, pedimos a la Policía Científica que

los analizase. ¡Adivina! —dijo con una amplia sonrisa de satisfacción—. Uno de los guantes tenía restos de pólvora y no será difícil encontrar tu ADN dentro de ellos, confirmando así que los usaste para matar a Lorena.

—Y no te olvides de la jeringuilla —le secundó Verónica.

—¡Ah, sí! Después de matar a Soledad Mendoza, sabías que las cámaras te estarían grabando, así que no te deshiciste en ese momento de la jeringuilla que contenía el fármaco que acabó con su vida. La tiraste en una papelera del aparcamiento, con tan mala suerte, que esas papeleras solo las vacían dos veces por semana, los lunes y los jueves, por lo que, ayer la encontramos dentro. —Esta vez, Ferreiro dejó escapar una ligera risa—. Imagina de quién son las huellas que tenía.

—¿Tanto miedo te daba perder tu fuente de ingresos, como para asesinar a quien hiciese falta? —intervino Verónica con desprecio —. ¿Tan lucrativo es el negocio?

Abellán no dijo nada. Se limitó a bajar la mirada y hacer como que no escuchaba.

—Vas a pudrirte en la cárcel.

—En eso te equivocas —murmuró él—. Saldré antes de lo que piensas.

—Lo dudo.

Esperaron unos segundos para ver su reacción y, al ver que no se producía, Ferreiro se asomó al pasillo para pedir a los policías que esperaban fuera, que se lo llevasen de nuevo a la celda. Mientras salía, Abellán fue incapaz de mirarlos. Toda esa arrogancia y seguridad habían desaparecido de sus ojos y por primera vez se le veía derrotado.

Al poco de salir, Olaya entró para hablar con Ferreiro y Verónica.

—No ha salido mal del todo.

—No ha confesado —se quejó ella.

—Todos no lo hacen de primeras —aseguró Ferreiro—, pero después de pasar unas horas en la celda, reflexionando a solas, la mayoría suelen desmoronarse. Sabe que las pruebas en su contra son apabullantes, por eso ha salido de aquí con la mirada clavada en el suelo.

—Lo importante es que ahora tenemos pruebas que justifican su

detención —le apoyó Olaya, sonriendo— y seguro que el juez deniega cualquier tipo de fianza, antes de la celebración del juicio. Si es listo, hablará con su abogado y hará un trato, a cambio de confesarlo todo.

—Espero al menos que esto suponga la automática liberación de Vallejo —comentó Verónica.

—Después de comer me reuniré con el fiscal, para revisar la acusación de Felipe Abellán y las pruebas de las que disponemos. No creo que tenga inconveniente en poner en libertad a tu compañero.

—Más le vale.

Ese comentario hizo que Olaya soltase una carcajada.

—Tranquila, será así. Tengo que irme y lo más seguro es que estaré todo el día fuera de la oficina, pero me gustaría que tú y yo hablásemos tranquilamente mañana. ¿Te parece bien a eso de las nueve?

—Me parece perfecto —respondió ella.

Aunque en ese momento no le pareció oportuno comentarlo, esperaba que su ayuda en la resolución del caso sirviese para que la sanción que la esperaba por dispararle a una sospechosa no fuese demasiado dura y que se tuviese en cuenta su firme decisión para resolver los crímenes, aunque el método no hubiese sido el más acertado en ciertos momentos.

De cualquier modo, aceptaría por bueno el castigo si al final conseguía que Vallejo quedase libre y se le exculpase del crimen de Lorena.

46

Se dirigía a la salida del edificio, cuando se encontró con Quintero en mitad del pasillo. El inspector tenía aspecto de cansado.

—Buenos días —le saludó en tono amable, llevada por lo bien que se sentía, después de desenmascarar a Felipe Abellán.

—Buenos días —dijo él sin hacer intención de pararse a hablar con ella.

—¿Cómo va el caso de las prostitutas? —preguntó, consciente de que la última vez ni siquiera le había preguntado por ello.

Al escuchar eso, Quintero se detuvo y la miró con expresión seria.

—¿Que cómo va? Pues la verdad es que va de puta pena. —Parecía bastante cabreado, aunque entendió que no era con ella en concreto—. Los forenses han confirmado que un segundo cuerpo de los cuatro que aparecieron en el pozo de ese pueblo pertenece a otra de las prostitutas desaparecidas.

—Lo sé, me lo dijo Olaya.

—Aunque lo más inquietante es que todas murieron de igual modo: las asfixiaron y les rompieron el hueso hioides.

—¿A las cuatro?

—Sí. El problema es que no tenemos ninguna prueba que nos ayude a identificar a su asesino y ahora tememos que al resto de desaparecidas también las haya matado él. ¡Vete a saber dónde arrojó sus cuerpos!

—¿La UCO no ha encontrado ningún cadáver más en el pueblo?

—No. Registraron hasta el último rincón, tal y como les pedimos y no hallaron nada. En fin, habrá que seguir trabajando. ¿Qué tal te va a ti?

—¿A mí? —preguntó sorprendida por su interés—. Bien. Tenemos pruebas para incriminar a Felipe Abellán como autor de tres crímenes y de un intento de homicidio, el mío.

—Sí, escuché que te atropellaron. ¿Estás bien?

—No fue nada grave, por suerte.

—¿Y dices que estáis cerca de cerrar el caso?

—Ferreiro se ocupará de eso —dijo para no tener que explicarle que de momento estaba suspendida durante un mes.

—Tal vez ahora podrías volver a echarme una mano en el caso. Me he vuelto a quedar solo y la verdad es que se me amontona el trabajo. He conseguido más fotos de las víctimas que aparecieron en el pozo, así como algunos detalles de las otras desapariciones, pero me faltan manos para revisarlo todo.

—¿Qué pasó con la gente que te habían asignado para que te ayudase en la investigación?

—Están echando una mano en el asunto de los bebés robados, revisando documentos.

—Entonces les llevará tiempo.

Antes del interrogatorio de Abellán, Olaya le había comentado a Verónica que ya estaban investigando la trama de venta ilegal de bebés en el hospital, repasando cada papel que se hubiese tramitado tanto en él como en el registro.

—Quizás puedas echarme una mano con los expedientes —le pidió Quintero—. Quiero buscar un nexo en común entre las desapariciones.

—¿Cuándo, ahora? —preguntó sorprendida.

—Necesito un par de ojos femeninos que vean más allá de lo evidente… y eres la única que conoce los casos tan bien como yo.

—No sé si debería —dudó ella. Aunque Olaya iba a estar fuera todo el día, supuso que no le haría demasiada gracia enterarse de que seguía en las oficinas de la Brigada, estando sancionada.

—No te robará mucho tiempo —insistió él— y puede que tú veas algo que a mí se me haya escapado. Está claro que tu trabajo ha sido fundamental para resolver los crímenes que cometió ese médico. Me vendría bien contar con tu ayuda, aunque solo sea un par de horas.

Era la primera vez que Quintero la halagaba, reconociendo su valía como investigadora. Además, en cierto modo se sentía en deuda con él. Durante el tiempo que habían trabajado juntos, ella había estado más pendiente del crimen de Lorena, que de las desapariciones de las prostitutas. Pensó que no pasaría nada por quedarse un par de horas a echarle una mano.

—Está bien, pero antes tengo que hacer una llamada —dijo mirando el reloj. Entre la preparación del interrogatorio y el tiempo que había durado este, ya eran casi las dos de la tarde—. He quedado para comer en casa.

—Si prefieres dejarlo para después de comer…

—No me importa. La verdad es que desayuné bastante esta mañana antes de venir y no tengo mucha hambre.

—Entonces te espero arriba.

Verónica llamó a Marcos para avisarle de que no comería en casa. No le explicó mucho más, solo que necesitaba estar un rato en las oficinas de la Brigada y que lo vería más tarde.

—No te preocupes. Yo he quedado a las ocho con mi amigo el fisio —respondió él—, así que tómate el tiempo que necesites.

—No creo que tarde tanto, pero si me entretengo más de lo previsto, te aviso.

—Sí, por favor.

Verónica subió a las oficinas y repasó los expedientes que Quintero le entregó. Ya los había visto anteriormente, pero lo cierto era que apenas les había prestado atención en su momento. Cuando lo hizo por segunda vez, fue como si sus ojos descubriesen una nueva información, datos que ya estaban ahí antes, pero que le habían pasado desapercibidos.

No fue consciente del tiempo que transcurrió. Se zambulló en la lectura de cada uno de los casos de desaparición, leyéndolos hasta tres y cuatro veces, analizando cada detalle de nuevo y elaborando en su cabeza un perfil del asesino, que empezó a tomar forma. Las horas de las desapariciones, el lugar, las fechas… Todo describía un método de caza muy elaborado y sistemático, el de alguien frío y calculador.

Revisó de nuevo las fotos de las desaparecidas una a una, las comparó entre sí, estudiando cada rasgo físico, sus edades, sus miradas…

Y entonces lo vio.

No era el color de los ojos ni del pelo, lo que tenían en común. Tampoco era su estatura ni su peso. Era su mirada.

Todas tenían un aire de inocencia, con independencia de su edad, como si todavía fuesen adolescentes.

—Deberías dejarlo por hoy —dijo en ese momento Quintero,

acercándose a su mesa—. Creo que te he robado ya mucho tiempo.

Verónica miró la hora. Eran más de la siete de la tarde.

—Sí, debería irme.

—¿Has descubierto alguna cosa que nos ayude a encontrar a nuestro asesino?

—Hay algo que nos puede servir para elaborar un perfil del asesino. Creo que es una persona fría y metódica, que tiene muy claro lo que busca y dónde conseguirlo. ¿Te has fijado que todas las víctimas parecen adolescentes? Independientemente de su edad, todas tienen todavía ese aire a inocencia.

—No me había fijado en eso —reconoció él—, aunque sí en que ninguna de ellas pasa de los veinte años. Todas son bastante jóvenes.

—No es solo eso, es su mirada. Hay algo en ella que… no sé muy bien cómo explicarlo —dudó frotándose el rostro.

—Seguiremos mañana. Tienes cara de cansada.

Por un momento estuvo tentada de decirle que no iba a poder contar con su ayuda a partir del día siguiente. No era demasiado optimista con la reunión que iba a mantener con Olaya, a quien el comisario jefe ya había dejado claro desde el principio, que pensaba eliminar las «malas hierbas» dentro de la Brigada. La primera había sido Vallejo y la segunda, seguro que sería ella.

—Sí, mejor hablamos mañana —dijo finalmente.

—Hasta mañana entonces —se despidió él, dirigiéndose a la salida.

—¿Qué hago con estos expedientes? —le preguntó cuando estaba a mitad de camino.

—Déjalos sobre mi mesa.

Verónica cogió las carpetas y las dejó en la mesa de Quintero, aunque al hacerlo vio un sobre grande que le había pasado desapercibido, con el nombre de Sandra Lorca, la última joven desaparecida. Imaginó que se habría caído de su expediente, así que lo abrió y miró lo que había dentro.

Contenía una serie de fotos impresas. En una de ellas estaba junto a su compañera de piso, en una fiesta. Sandra llevaba un vestido de tirantes y un colgante en el cuello, con una forma poco definida, a causa de la posición del cuerpo y la cámara. Fue algo que llamó su atención, uno de esos pequeños detalles que a menudo

servían para identificar a una víctima. Incluso a su asesino, si este lo guardaba como un trofeo.

Por ese motivo tecleó el número de su amiga, que constaba en el expediente y le preguntó por el colgante.

—Siempre lo llevaba puesto, desde que se lo regaló un cliente que estaba muy enamorado de ella.

—¿No tendrás una foto en el que se vea mejor? La que tengo aquí es de una fiesta en la que está contigo, pero no se aprecia bien por la posición de la cámara.

—Esas fotos se las mandé a tu compañero hace un par de días. Seguro que en alguna de ellas se ve mejor el colgante.

—Ya, pero no las imprimió todas y en este momento no está aquí conmigo. ¿Podrías enviarme una en la que se vea con claridad ese colgante?

—Claro, pero ahora estoy conduciendo, camino de casa.

—No te preocupes, no hay prisa. Mándamela al WhatsApp de este mismo número, cuando la tengas —le pidió antes de despedirse.

Había sido un día bastante intenso y lo que más le apetecía en ese momento era una buena cena, hacer el amor con Marcos como si no hubiese un mañana y dormir a pierna suelta.

A poder ser, por ese orden.

47

Recibió el mensaje cuando estaba llegando a casa, por eso decidió no responder hasta aparcar. De camino había estado pensando en todo lo ocurrido en las últimas dos semanas y el modo en que a veces la vida ponía a prueba a las personas y jugaba incluso con ellas. En su caso, había pasado de creer en la inocencia de Vallejo a pensar luego que era culpable y de nuevo a luchar por demostrar que Felipe Abellán era quien estaba detrás del asesinato de Lorena.

Lo cierto es que Vallejo le había dado motivos suficientes para sospechar de él, sobre todo tras la conversación tan extraña que habían mantenido en su visita a la cárcel. Era algo de lo que tenían que hablar en cuanto estuviese libre, ya que no podía evitar sentirse mal, por pensar que la había matado él.

Sin embargo, no era la única persona con la que se había equivocado. También había metido la pata con Santi, su vecino, de quien llegó a sospechar que era el asesino que estaba detrás de los crímenes. Parecía claro que Abellán había actuado solo. La ambición del doctor le había llevado a cometer él mismo los crímenes, algo tan despreciable como, hasta cierto punto, comprensible en una mente retorcida que, por encima de todo, lo que más deseaba era mantener su rentable negocio.

Cuando Verónica aparcó delante de casa ya era de noche, lo que le permitió ver que su vecino tenía encendida la luz del salón. Pensó que quizás le debía una disculpa, al menos por haberle perseguido dos días antes, aunque decidió que lo mejor era dejarlo para otro momento. Lo que más le apetecía era darse una ducha, antes de que llegase Marcos. Incluso se planteó recibirle con un conjunto sexi y olvidarse de la cena. Sería un buen modo de comprobar si el fisioterapeuta había arreglado su rodilla.

Se le escapó una risa mientras entraba en casa y encendía la luz del pasillo. Dejó la chaqueta en el perchero y entró en la cocina, dispuesta a coger una cerveza de la nevera. Sin embargo, al abrir la

puerta cayó en la cuenta de que se estaba acostumbrando demasiado a esa rutina, así que prefirió coger un botellín de agua.

Acababa de pegar el primer trago cuando recordó que todavía no había mirado su teléfono. Posó la botella en la encimera y vio que tenía un mensaje de la compañera de piso de Sandra Lorca. Le había enviado tres fotos de la fiesta, una de ellas, un primer plano de la desaparecida. Pulsó sobre esta y al agrandar vio en su rostro lo mismo que había visto en el resto de las jóvenes desaparecidas: la inocencia. Estaba claro que el asesino buscaba en ellas ese rasgo que, probablemente, le recordaba de algún momento traumático de su vida, quizás de un hecho de su infancia o adolescencia. Algo que parecía haberle marcado desde entonces y que podía ser un punto de partida fundamental para identificarle y detenerle.

Verónica deslizó el dedo hacia arriba para ver su cuello, el motivo por el que le había pedido la foto. Se quedó sin aliento cuando el colgante ocupó la mitad de la pantalla del teléfono. Era un pequeño corazón hecho con diamantes, una preciosa joya que le resultó tan familiar, que sintió cómo su rostro palidecía y las piernas empezaban a temblarle.

—No puede ser —murmuró mientras echaba mano del colgante que Marcos le había regalado y que ocultaba bajo la sudadera que llevaba puesta.

Lo sacó, lo puso delante de la pantalla del móvil y los comparó. Intentó ver alguna diferencia entre ambos, algún rasgo que los diferenciase y que demostrase que no eran el mismo, pero lo que descubrió fue algo que la aterró. A los dos les faltaba una de sus pequeñas piedras y en el mismo lugar exacto: en la parte inferior del corazón.

Tuvo que apoyarse en la encimera de la cocina para no caer al suelo.

—No es posible —dijo en voz alta, tratando de convencerse—. Debe tener alguna explicación lógica, no puede ser que…

Ni siquiera se atrevió a pronunciar el final de la frase. Sentía cómo la cocina comenzaba a dar vueltas alrededor suyo, por eso cogió la silla que tenía más cerca y se sentó. Se tomó unos segundos para controlar su respiración y luego miró de nuevo el colgante que Marcos le había regalado.

Los pequeños detalles, resonó dentro de su cabeza.

Y entonces lo recordó.

Días atrás habían mantenido una conversación en la que Marcos le preguntó por el caso en el que estaba trabajando. En principio ella no le dio detalles sobre las desapariciones, pero Marcos comentó que eran prostitutas. ¿Cómo podía saberlo si ella no se lo había dicho?

En ese momento intentó recordar todas las conversaciones que había tenido con él y su forma de comportarse. Nunca le había parecido extraña, pero ahora, viéndolo con otros ojos, se dio cuenta de que Marcos siempre le insistía en que lo avisase antes de llegar a casa, de una manera casi obsesiva. La disculpa solía ser que quería tenerle preparada la cena, pero siempre le decía lo mismo: *Avísame cuando vayas a llegar*.

¿Cuál era el motivo para ese comportamiento?

Fue entonces cuando recordó otro detalle. Unos días atrás había llegado a casa sin avisarle y le pilló subiendo del garaje, sudoroso. La explicación que le dio era que acababa de llegar de correr ocho kilómetros.

—El garaje —murmuró.

Verónica se puso en pie como impulsada por un resorte, guardó el teléfono en el bolsillo y se dirigió al garaje. Nunca había bajado allí, excepto el día en que se mudó a vivir con Marcos y él le enseñó la casa. En realidad, no era muy diferente a la suya, dado que el constructor era el mismo y todas las casas eran aparentemente iguales. La única diferencia era que ella tenía una pequeña terraza en la habitación de matrimonio, cosa que la casa de Marcos y el resto de los chalés de ese lado de la calle no tenían y que su garaje era mucho más pequeño. El de Verónica era más profundo y tenía espacio mínimo para dos coches. El suyo, solo para uno.

Bajó las escaleras con paso decidido, abrió la puerta que daba al garaje y encendió la luz. Tal y como esperaba, el coche de Marcos no estaba allí, señal de que todavía no había regresado de la visita al fisioterapeuta. La estancia tenía forma cuadrada, de unos seis metros de lado. De frente se encontraba el portón de entrada y los laterales estaban ocupados por una serie de estanterías y armarios que dejaban sitio en el centro para solo un vehículo. La pared del fondo, donde se encontraba la puerta por la que ella acababa de acceder, tenía una serie de botelleros repletos de botellas de vino y

un armario metálico enorme, con dos puertas y un candado que lo mantenía cerrado.

En realidad, el diseño del garaje era el mismo que el suyo, con la diferencia de que faltaban al menos otros seis metros de profundidad. Por ese motivo palpó la pared en la que estaba pegado el armario. Un par de golpes bastaron para comprobar que era de ladrillo. Tal vez el constructor había decidido hacer aquellos garajes más pequeños para ahorrarse algo de coste en la construcción, así que centró su atención en el robusto armario cerrado con un candado.

Muchos asesinos en serie tenían su particular santuario en casa. Un lugar donde guardaban objetos y prendas de sus víctimas, incluso partes de los cuerpos. Normalmente, solían ser mechones de pelo, pero en el caso de los asesinos más crueles, no se conformaban solo con esto. Era un culto macabro que les servía para revivir los crímenes siempre que sentían la necesidad y que en muchas ocasiones había horrorizado a los investigadores, después de detenerles. ¿Sería eso lo que se ocultaba dentro de ese armario?

Palpó por la parte superior para ver si estaba la llave y, al comprobar que no era así, buscó por las estanterías cercanas. Revisó todo lo que se le ocurrió: cajas, tarros, bolsas, cualquier lugar donde pudiese estar escondida la llave. Después de diez minutos desistió y decidió que lo mejor era recurrir al método tradicional. Abrió la caja de herramientas que había en una de las estanterías y cogió uno de los dos martillos que encontró, el más pesado.

No era un candado de seguridad, aunque sí grueso, así que lo golpeó con todas sus fuerzas para que saltase el cierre. Por todo el garaje retumbó el sonido metálico de cada golpe que realizó. Dos, tres, cuatro… Parecía imposible abrir aquel candado, aunque decidió no rendirse. Tenía que saber qué ocultaba Marcos dentro del armario y hacerlo ya, antes de que regresase a casa.

Quizás lo más inteligente habría sido llamar a sus compañeros por teléfono y que mandasen varias patrullas para acordonar la zona y registrar el lugar. Detener a su novio y luego, con tranquilidad, inspeccionar a fondo la casa. Sin embargo, había una pregunta que no dejaba de hacerse: ¿y si era inocente? Ya se había equivocado con Vallejo y después con Santi.

El hecho de que Sandra y ella tuviesen un corazón de diamantes

idéntico, podía no ser más que una extraña casualidad. No podía arriesgarse a que una mala decisión rompiese su relación con Marcos, acusándole injustamente de ser el autor de los crímenes. Antes tenía que estar segura, por eso golpeó todavía con más fuerza el candado hasta que, en uno de los golpes más fuertes, por fin saltó el cierre y se abrió.

Verónica sintió una extraña sensación en el estómago al sacar el candado, un miedo aterrador a lo que podía encontrarse en el interior. Aun así, abrió las puertas del armario de par en par y descubrió algo que no esperaba: estaba vacío. No había estanterías ni objetos fetichistas colgados, como cabría suponer en un psicópata. El interior del armario estaba completamente limpio y ni siquiera tenía estantes.

Lo que sí tenía era un pequeño pomo en el lado izquierdo del panel trasero, así que tiró de él. Al hacerlo, el panel se desplazó hacia ella, dejando al descubierto lo que había detrás del armario.

Se quedó sin respiración cuando vio un hueco en la pared, del tamaño de una puerta, que daba acceso a una sala oculta.

48

Verónica dejó el martillo en el suelo, sacó su teléfono y, tras encender la linterna, alumbró al interior del hueco que había en la pared. A un par de metros vio una segunda pared, así que entró e iluminó a su alrededor. Era una sala muy estrecha, de solo dos pasos de profundidad y la misma anchura que el resto del garaje.

Dos cosas le llamaron la atención al entrar en aquel cubículo. Una fue que las cuatro paredes estaban acolchadas de arriba a abajo con un material destinado a amortiguar el sonido. La otra, el inconfundible aroma a frutas del bosque que flotaba en el ambiente y que procedía del cigarrillo electrónico que usaba Marcos.

Eso hizo que el vértigo recorriese de nuevo su estómago, aunque se rehízo para analizar cuanto le rodeaba. Alumbró con la linterna de su teléfono y se movió hacia la derecha buscando una nueva abertura. La encontró al llegar a la pared del fondo. Camuflado bajo el material acolchado, descubrió el cerrojo de una puerta, situado a media altura y, más arriba, una mirilla. Intentó ver algo a través de ella, pero lo que había al otro lado estaba en completa oscuridad, así que palpó la pared a ver si encontraba algún tipo de interruptor. Lo descubrió un par de palmos a la derecha de donde terminaba la puerta, así que lo accionó. Cuando miró de nuevo por la mirilla, sintió cómo se le encogía el corazón.

La luz interior se había encendido, lo que le permitió ver al otro lado de la puerta una habitación, con un camastro al fondo, sobre el que estaba tumbada una persona. No podía verla, porque le daba la espalda cubierta por una manta, pero no cabía duda de que había alguien encerrado allí. Por ese motivo deslizó el cerrojo y abrió la puerta, entrando a continuación en el interior. Lo que encontró al pisar dentro de la sala hizo que palideciese aún más.

A la izquierda del camastro, pegado a la pared del fondo, había un inodoro y un lavabo, con un par de toallas y un bote de jabón líquido. Junto a la pared de entrada vio un baúl cerrado y un

perchero con ropa, que parecía más bien destinada a rodar una película porno, sobre todo, teniendo en cuenta que junto a él había un trípode con una cámara de vídeo.

Las cuatro paredes de la estancia, así como el techo, estaban acolchadas, igual que las exteriores, lo que le dejó claro que aquella habitación estaba diseñada para que ningún sonido saliese de ella.

Fue entonces cuando centró su atención en la persona tumbada sobre el camastro. Conforme se fue acercando, se dio cuenta de que estaba temblando, a pesar de que la temperatura allí dentro era agradable. También vio una gruesa cadena, sujeta en un extremo a una argolla que había en la pared. El otro extremo se perdía bajo las mantas, lo que le dio a entender que la persona estaba encadenada a ella.

—¿Puedes oírme? —preguntó cuando llegó a su altura.

—Por favor, no… —rogó temblorosa una voz de mujer—. No puedo más… no puedo…

—Tranquila, he venido a sacarte de aquí —dijo Verónica posando la mano sobre su hombro.

Con el contacto, el temblor de la mujer aumentó, mientras comenzaba a sollozar.

—No… por favor.

—He venido a liberarte. Soy policía. ¿Eres Sandra Lorca?

Escuchar su nombre fue lo que la hizo reaccionar. Se volvió hacia ella y por fin pudo ver su rostro. En principio dudó que fuese Sandra. Su cara estaba demacrada y se apreciaba un aparatoso moretón en la mejilla derecha, como si la hubiesen golpeado recientemente.

—Sí, soy yo… —murmuró.

—Muy bien, Sandra. Voy a sacarte de aquí.

—¿Dónde está él? —dijo incorporándose para mirar por encima de su hombro. Estaba tan aterrada que no dejaba de temblar.

—¿Quién?

—Él… mi amo.

—¿Tu amo?

—Si no estoy lista cuando llega, se cabrea y me pega.

—¿Qué quieres decir?

Sandra se puso en pie y dejó caer la manta, lo que le permitió a Verónica ver que llevaba puesto un camisón corto. En brazos y

piernas se apreciaban varios moretones más, y su estado físico estaba bastante deteriorado. Tenía una excesiva delgadez y fijada al tobillo derecho llevaba una ancha abrazadera de metal, con un candado que anclaba el extremo de la cadena.

—¿Dónde está la llave del candado? ¿Lo sabes?

La joven no respondió. Se fue directa al lavabo y abrió el grifo.

—Tengo que lavarme para él —murmuró como si estuviese en estado de trance—. Siempre quiere que esté limpia cuando llega.

—¿Me has escuchado, Sandra?

—Tengo que lavarme —repitió ella.

Viendo que no obtenía la respuesta que buscaba, Verónica se dirigió al baúl de madera, el único lugar de aquella habitación donde podía estar la llave. Al abrirlo, sintió que palidecía de nuevo. Dentro se encontró diversos objetos personales: ropa, bolsos, pañuelos, carteras, collares… Aquel era el lugar donde guardaba todos sus trofeos, por eso prefirió no tocar nada.

—Ahora vuelvo —dijo mirando a la joven, que en ese momento estaba de espaldas a ella, lavándose como podía la entrepierna, en el lavabo—. Voy a buscar algo para abrir el candado.

Sandra ni siquiera se volvió para mirarla, así que Verónica salió de la sala con paso apresurado. Cruzó la puerta y luego el hueco en la pared que daba al interior del armario. Desde ahí regresó al garaje para coger el martillo que había dejado en el suelo y con el que pensaba abrir el candado, del mismo modo que había hecho con el que cerraba minutos antes la puerta del armario.

El problema fue que no lo encontró en el lugar donde lo había dejado y cuando quiso reaccionar, fue demasiado tarde. Una sombra se acercó a ella por su izquierda en cuanto puso un pie fuera del armario y, antes de que pudiese evitarlo, algo la golpeó en la cabeza.

Mientras caía al suelo, todo a su alrededor comenzó a difuminarse.

49

Solo en el último momento, Verónica había sido capaz de intuir el peligro y gracias a eso no perdió el conocimiento por completo. Un ligero movimiento de cabeza evitó que el objeto la golpease de lleno. Aun así y a pesar de que el impacto se produjo solo de refilón, cayó al suelo y durante un tiempo le costó tomar consciencia del lugar en el que se encontraba.

—Esto no debería haber pasado, cari —escuchó una voz de hombre.

A pesar de que se sentía mareada, intentó centrar la mirada en la persona que le hablaba. Necesitó varios segundos para confirmar que era Marcos. Estaba de pie, a dos metros de ella, sosteniendo en la mano derecha el martillo con el que acababa de golpearla.

—Tú… —murmuró con dificultad.

—Siento que esto termine así —se lamentó él apretando los dientes, contrariado—. No es lo que yo quería.

Verónica necesitaba algo de tiempo para recuperarse y estar en condiciones de enfrentarse a él, por eso preguntó:

—¿Y qué es… lo que querías?

—Pensé que eras diferente, que eras como yo.

—¿Como tú?

—Los dos crecimos sin una familia, sin unos padres que nos quisiesen. Somos dos almas solitarias que necesitan sentirse amadas.

Se le veía sereno, hablando como si mantuviesen una de sus habituales conversaciones. De momento no hacía ademán de volver a atacarla, lo que le daba la oportunidad de recuperarse del golpe.

—¿Por qué tienes ahí dentro… a esa mujer?

—Todos necesitamos una válvula de escape, un entretenimiento, un desahogo…

—¿No era suficiente… conmigo?

Él sonrió con frialdad.

—Lo nuestro es diferente.

Verónica no podía creer cómo había estado tan ciega, cómo Marcos había llevado una vida en pareja tan «normal» a su lado, mientras tenía a una mujer encerrada en el garaje, oculta tras una pared.

Sin embargo, en ese momento debía pensar en salvar su vida, recuperarse y encontrar el modo de enfrentarse a él.

—¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó para ganar tiempo.

—Me temo que ya no me sirve. Iba a deshacerme de ella hace unos días, pero con tu suspensión y el horario tan caótico de entradas y salidas de casa que has llevado desde entonces, he preferido esperar. Aunque te tuviese controlada, no quería arriesgarme.

Verónica se tocó el lado izquierdo de la cabeza y notó que su mano se empapaba de sangre.

—¿Controlada? —preguntó.

—Tengo un sensor que me avisa al móvil cada vez que entras por la puerta de casa, además de varias cámaras de vídeo ocultas en distintos lugares, que me mandan las imágenes en tiempo real y me sirven para saber tus movimientos cuando no estoy aquí.

Ella casi se quedó sin habla.

—Hace unos días, cuando entré en casa y subiste del garaje, sudoroso… —acertó a decir—. No venías de correr.

—No, venía de ahí, de pasar un buen rato —aseguró, señalando con el martillo lo que ocultaba al otro lado de la pared.

—Y después de eso, ¿te acostaste conmigo? —dijo a la vez que sentía cómo se le revolvían las tripas. Incluso tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar.

—El sexo contigo siempre ha sido como música clásica. Lo de aquí abajo es puro rock and roll.

—¿Por qué? ¿Desde cuándo?

—¿Desde cuándo qué?

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

Él sonrió, como si estuviese deseando compartirlo con ella, aunque antes de responder se acercó a una estantería y cogió una brida de plástico bastante grande. Unió los extremos y luego se agachó junto a ella.

—Dame tus manos.

—¿Para qué?

—Si quieres que sigamos hablando, antes tengo que asegurarme de que no vas a intentar atacarme.

En una mano sostenía la brida y en la otra el martillo, dispuesto a dejarlo caer sobre su cabeza. Verónica todavía se sentía mareada, por lo que dudaba que pudiese mantener el equilibrio si se ponía en pie. No estaba en condiciones de enfrentarse a él.

—Dame tus manos, o te machaco la cabeza ahora mismo.

Sabía que, si dejaba que la atase, sus esperanzas de huir serían escasas. Sin embargo, resistirse podía hacer que Marcos perdiese esa aparente tranquilidad y decidiese matarla. Por ese motivo, alargó las manos juntas hacia él, que colocó la brida alrededor de ellas y luego tiró con fuerza, provocando un intenso dolor en sus muñecas, cuando el plástico se cerró apretando al máximo. Luego él se incorporó y se alejó unos pasos para posar el martillo en la estantería, antes de sacar su cigarrillo electrónico.

—¿Sabes que mi madre me abandonó al nacer? —dijo exhalando el humo blanquecino e inundando el garaje con aquel olor a frutas del bosque tan característico—. Era prostituta y demasiado joven para sentir cualquier tipo de amor hacia un hijo, por eso decidió deshacerse de mí. Nunca llegué a conocerla.

—¿Y entonces cómo sabes que no te quería?

—Una monja de la maternidad donde mis padres me adoptaron me lo contó cuando yo tenía quince años.

—¿La maternidad? —preguntó sorprendida—. ¿Y nunca te planteaste que esa monja pudo mentirte?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque quizás tú también fuiste un niño robado.

—En mi caso, no. Claro que sería bonito que hubiese sucedido así, pero la triste realidad es que mi madre no me quería —dijo apretando los dientes, con evidente rabia—. Incluso dejó una carta escrita para mí, diciendo lo mucho que lamentaba hacerlo, pero que no deseaba tenerme y que no era capaz de criar a un hijo por el que no sentía nada. Eso sí, me deseó lo mejor y dijo que prefería darme en adopción, a una buena familia que me proporcionase todo lo que ella no me podía dar. Muy tierno, ¿verdad?

—¿Y por eso secuestras a esas mujeres, para vengarte de tu madre?

—¿Vengarme? ¿Crees que soy un psicópata enfermo como esos

que salen en las series de televisión americanas? Me gusta divertirme, disfrutar de ciertos placeres ocultos, que nadie más podría darme y que nunca me atrevería a pedirle a una mujer como tú, por ejemplo. —En ese momento dibujó una amplia sonrisa que le heló la sangre—. Tú eres diferente a ellas. No vendes tu cuerpo por dinero.

—Aun así, son personas que tienen una familia.

—Dudo mucho que alguien las eche de menos.

Verónica decidió entonces incorporarse y se sentó en el suelo. Notaba toda la mejilla empapada de sangre, aunque el mareo había desaparecido y ya se veía capaz de enfrentarse a él. Eso sí, tendría que buscar el momento oportuno.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto, secuestrando a prostitutas? —preguntó.

—¿Acaso importa?

—A mí me importa, quiero entenderte.

Antes de responder, Marcos le dio una calada al cigarrillo electrónico.

—Durante muchos años fantaseé con ello, la verdad, aunque no me decidí a llevarlo a cabo hasta que estuve en Segovia.

—¿Segovia? —preguntó desconcertada.

—Incluso me sirvió de inspiración para mi primera novela, la que me lanzó a la fama —se jactó soltando una breve carcajada.

—¿Tú… mataste a aquella mujer?

—Sí. Me la llevé, hice con ella lo que quise durante días y después de matarla escondí su cadáver en el sótano de la casa de su novio. ¡Pobre imbécil! Él cargó con toda la culpa y mi carrera como escritor despegó gracias a lo bien que supe describirlo todo.

El velo de orgullo que reflejó en su cara hizo que a Verónica se le parase el corazón. De pronto, la persona dulce y cariñosa de la que creía estar enamorada se había convertido en un monstruo depravado y retorcido.

—Fue la primera —prosiguió con una leve sonrisa—, aunque sabía que la siguiente vez tendría que ser más cuidadoso, si no quería que me pillasen. Fui paciente durante un tiempo. Compré esta casa y construí yo mismo este cuarto. Lo preparé para que nadie fuese capaz de descubrirlo y así ha sido hasta ahora. Por eso no puedo permitir que se lo cuentes a nadie o me estropearías toda

la diversión.

Verónica vio que algo cambió en su mirada al decir esas palabras. Guardó el cigarrillo en el bolsillo, cogió de nuevo el martillo y dio un paso hacia ella. Estaba claro que iba a matarla, por eso intentó ganar tiempo.

—¿Cuántas han sido? ¿A cuántas has matado ya?

—No sé, hace tiempo que perdí la cuenta —dijo dando un par de pasos más—. Además, poco te va a importar eso ya.

Verónica se puso en pie y extendió las manos hacia él, conforme se acercaba con el martillo levantado sobre su cabeza.

—¡No, por favor! ¡No me mates!

—Lo siento, pero tú me has obligado. Nunca debiste de bajar aquí. Esto no debería…

No le dio tiempo a terminar la frase. Su actitud de mujer indefensa que rogaba por su vida le funcionó como esperaba, porque él se confió y se acercó lo suficiente antes de atacarla, para que ella pudiese defenderse.

Verónica le lanzó una patada baja, a la altura de la rodilla de la pierna más adelantada, la izquierda, justo cuando daba un paso. Eso hizo que gritase de dolor, a la vez que perdía el equilibrio y caía de costado, lo que ella aprovechó para correr hacia el piso de arriba.

Tenía que escapar y pedir ayuda.

50

Tras saltar por encima de él, Verónica corrió hacia la salida del garaje, o al menos esa era su intención. No contaba con que Marcos le lanzaría desde el suelo una patada que la alcanzó en el tobillo e hizo que tropezase. De tener las manos libres, podría haberse apoyado en algún sitio o intentado al menos amortiguar la caída, pero apenas pudo hacer nada. Chocó contra la puerta, golpeándose en la frente con ella y cayó al suelo, mientras todo le daba vueltas de nuevo.

Eso hizo que quedase desorientada unos segundos y cuando quiso reaccionar, ya tenía encima a Marcos. Primero recibió una brutal patada en el estómago, que le cortó la respiración, y luego él la agarró del cuello con ambas manos, dispuesto a estrangularla. Lo habría conseguido con facilidad, pero estaba tan fuera de sí que tiró de ella con una fuerza inusitada y la puso en pie, empujándola contra la puerta.

—¡Voy a matarte, hija de puta!

Mientras apretaba su cuello, con los ojos inyectados en sangre, Verónica tuvo claro que tenía que luchar por su vida. Recordó las horas de entrenamiento en el gimnasio y trató de reaccionar del mismo modo. Primero tiró de una de sus muñecas para intentar liberarse del agarre y al ver que no era posible, elevó la rodilla para golpear la entrepierna de Marcos.

Al estar tan cerca, el golpe apenas tuvo fuerza. Sin embargo, no se rindió. Entrelazó los dedos y con las manos unidas le golpeó en el cuello, bajo la barbilla. El impacto en la nuez surtió efecto, porque Marcos aflojó la presión e incluso dio un paso atrás. Esta vez el rodillazo que le lanzó a la entrepierna sí tuvo la eficacia que esperaba e impactó con la suficiente fuerza para que doblase su cuerpo y se encogiese.

Verónica era consciente de que en una lucha cuerpo a cuerpo tenía todas las de perder, y más con las manos atadas. Él había

mostrado una fuerza casi sobrehumana, levantándola del suelo con pasmosa facilidad, así que tuvo claro que la clave para sobrevivir era escapar. Por ese motivo le lanzó una patada frontal al pecho, que lo tumbó de espaldas antes de que pudiese reaccionar y luego corrió escaleras arriba. Solo necesitaba salir de casa y pedir ayuda para que algún vecino la socorriese.

Llegó al piso superior con facilidad y corrió a la salida sin mirar siquiera atrás. Abrió la puerta de golpe y dio el primer paso hacia la ansiada libertad, convencida de que lo iba a lograr. Incluso intentó gritar pidiendo ayuda.

—¡Soco…!

Las palabras se perdieron en el aire, cuando Marcos saltó sobre su espalda y los dos cayeron al suelo desde lo alto de la escalera hasta el camino de baldosas. Ella fue la peor parada. Cayó de bruces con todo el peso de él sobre su espalda y golpeando su cara contra el suelo, lo que hizo que sintiese su nariz crujir y un intenso dolor que la paralizó.

Antes de que se diese cuenta, Marcos le dio la vuelta para ponerla bocarriba y se encaramó encima, clavando una rodilla sobre su pecho y la otra en el cuello.

—Me habría gustado que fuese diferente —murmuró con los dientes apretados—, pero tú te lo has buscado.

Marcos comenzó a presionar su garganta con todo el peso de su cuerpo, mientras ella se veía incapaz de defenderse. Con las manos atadas era imposible hacer algo, ni siquiera podía quitarse de encima al atacante. Conforme pasaron los segundos, sintió no solo cómo el aire de sus pulmones se acababa y no era capaz de llenarlos de nuevo, también notó la presión de la rodilla sobre los huesos de su cuello, lo que le recordó el modo en el que habían muerto las otras víctimas. Aquella era la técnica que utilizaba Marcos para acabar con sus vidas.

En ese momento Verónica dejó de sentir temor. A pesar de que su vida estaba a punto de acabarse, el miedo no se apoderó de ella. Más bien sintió paz por abandonar un mundo en el que ya no le quedaba nada. No tenía familia, no tenía pareja y tampoco tenía un motivo por el que vivir. Incluso se convenció de que morir era lo mejor. Al fin y al cabo, nadie la echaría de menos.

Estaba a punto de rendirse, de exhalar su último aliento de vida,

cuando escuchó una detonación y de pronto la presión de su cuello desapareció. Incluso dejó de notar el peso de Marcos encima de ella. Pasados unos segundos y mientras abría la boca tanto como le era posible, para llenar sus pulmones de aire, escuchó una segunda detonación.

En ese momento, una sombra llegó a su altura, empuñando una pistola con la que apuntó al suelo, cerca de ella.

—¿Estás bien? —escuchó una voz de hombre.

—Sí…

El cuello le dolía muchísimo, tanto que casi no podía hablar. Lo que sí pudo fue girar la cabeza lo suficiente para mirar a Marcos. Estaba tendido a su lado, con un disparo en el cuello y otro en la frente. Imaginó que el del cuello había sido el primero que había recibido y el que había conseguido que ella salvase su vida casi en el último instante.

Su salvador se arrodilló entonces a su lado y pudo verle la cara con claridad.

—Santi… —murmuró, sin terminar de creerse que fuese él.

—No te muevas —dijo obligándola a permanecer tumbada, bocarriba—. Creo que tienes la nariz rota.

Los ojos de Verónica se llenaron de lágrimas.

—Gracias.

—Voy a pedir una ambulancia —dijo él poniendo una mano sobre su frente—. ¿Podrás aguantar hasta que llegue?

—Sí… solo estoy… mareada.

La llamada fue bastante breve. Avisó de que una policía había sido herida en su casa y que necesitaba una ambulancia con urgencia, tras lo cual dio la dirección del lugar. Luego colgó.

—Ya vienen de camino, aunque no puedo quedarme hasta que lleguen.

—¿Cómo? —murmuró ella, sin entender muy bien lo que le estaba diciendo.

—Tengo que desaparecer. Tus compañeros no pueden encontrarme aquí.

—¿Por qué?

—Me harían preguntas que no puedo responder. —Tras decir eso, Santi acarició su frente, con delicadeza—. Lamento no tener más tiempo para…

No llegó a terminar la frase. Le dedicó una sonrisa final y luego se puso en pie y desapareció de su campo de visión. Verónica no hizo nada por impedírselo. Se quedó tumbada, mientras no dejaba de preguntarse quién era Santi y por qué había huido.

Pronto escuchó una sirena en la lejanía, que se fue acercando poco a poco, mientras se hacía la pregunta más importante de todas: ¿por qué la había salvado?

51

Esa mañana Verónica se despertó en la misma cama de hospital en la que llevaba tumbada los últimos cuatro días. Ya podía comer sólido y había recuperado la voz, aunque tenía amoratada toda la zona del cuello, bajo la barbilla, donde Marcos le había clavado la rodilla para asfixiarla.

Fueron cuatro días en los que tuvo tiempo para pensar en muchas cosas y analizar lo ocurrido: la detención de Vallejo, los bebés robados, las prostitutas muertas… Pero, sobre todo, para pensar en Marcos.

Cada vez que recordaba lo ocurrido, era como si un hierro candente le rasgase por dentro las entrañas. ¿Cómo había estado tan ciega? Había vivido durante meses con un psicópata que encerraba en su garaje a todas y cada una de las prostitutas a las que secuestraba. Abusaba de ellas durante semanas —a tenor de lo que había apuntado en su diario— y luego, cuando consideraba que ya no le servían, les apretaba el cuello hasta matarlas.

¿Dónde estaba la persona atenta que ella había conocido? La que la cuidaba y mimaba, la que siempre estaba pendiente de ella y la trataba con una dulzura como nadie antes lo había hecho. ¿Acaso todo había sido un sueño?

El inspector jefe Olaya había estado dos días antes para ver cómo se encontraba y explicarle que Marcos era el monstruo que ella había descubierto, aunque fuese difícil de creer.

Olaya le contó que dentro del baúl que estaba en el cuarto oculto del garaje, encontraron gran cantidad de objetos pertenecientes a las víctimas, incluida la joven asesinada en Segovia. Ropa, joyas, documentaciones, mechones de pelo de cada una de ellas… Y lo más importante: un diario donde relataba lo que había hecho con cada una de ellas y describía el lugar en que estaban enterrados los cuerpos. La Policía Nacional y la Guardia Civil estaban ya colaborando para recuperar los cadáveres e

identificarlos.

La única noticia que acogió con algo de alegría fue la liberación de Vallejo, una vez que el juez había dado el visto bueno a toda la documentación que el fiscal le había entregado.

Por eso, cuando esa mañana le vio asomar por la puerta, una amplia sonrisa se dibujó en su cara. Ya no llevaba su inseparable gabardina gris y se había afeitado la barba, lo que le hacía parecer más joven.

—¡Estás aquí! —dijo Vallejo entrando y abriendo los brazos.

—¿Y dónde esperabas que estuviese? —preguntó ella.

—Pensé que te habrían dado ya el alta —dijo situándose a los pies de la cama—. Al menos tienes buena cara.

—Mientes fatal.

—He perdido práctica —dijo Vallejo soltando una carcajada a continuación.

—Te veo muy cambiado.

—Es por la barba —aseguró acariciándose la mejilla—. Tenía curiosidad por saber cómo era el tío que se ocultaba debajo de ella.

—Y has cambiado la horrible gabardina gris por una cazadora de cuero negra.

—¿Te gusta? Es la que llevaba Michael Knight en El coche fantástico.

Ella soltó una breve carcajada y luego dijo:

—Me alegra ver que ya te han soltado.

—Ha sido gracias a ti, por lo que me han dicho. No te rendiste y creíste en mi inocencia desde el principio.

Al escuchar eso, Verónica perdió la sonrisa.

—Lo cierto es que no fue así, al menos no todo el tiempo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él, mirándola intrigado.

—Hubo un momento en que pensé que eras culpable.

—Ah, ¿sí?

—Aunque debo decir en mi defensa que tu actitud cuando fui a verte a la cárcel no ayudó mucho.

—La verdad es que en ese momento no dejaba de pensar que todo era culpa mía y que merecía estar en prisión.

—Cuando Bolaños me contó que no encontraban el teléfono prepago desde el que recibiste el mensaje de Lorena, caí en la cuenta de que después de tu detención, le dijiste a tu abogado que

fuese al hostal a por tus cosas.

—¿Pensaste que yo tenía el teléfono y que le pedí que lo recuperase?

—Así es.

—En realidad le pedí que fuese a mi habitación a por esto —dijo mostrándole el dedo—. Mi anillo de casado. ¿Recuerdas que esa noche me lo quité y lo metí dentro del *gin tonic*?

—Sí.

—Al final terminó en el cajón de mi mesita y no quería que se lo quedasen los de Criminalista como si fuese una prueba. Es lo único que me queda de ella.

—Entiendo —murmuró Verónica—. La verdad es que todavía no te he dado el pésame por su muerte.

—No es necesario. Lo que has hecho por ella y por mí vale más que cualquier palabra de condolencia —dijo Vallejo visiblemente emocionado—. En fin, lo importante ahora es que te recuperes pronto para que volvamos a trabajar juntos.

—Me temo que eso no será posible —le replicó ella negando con la cabeza—. Estoy suspendida.

—¿Cómo que suspendida? Olaya no me comentó nada de eso cuando me visitó, antes de que me soltasen.

—Le disparé a una testigo.

—¡No jodas!

—Me atacó y yo… La verdad es que no reaccioné de forma adecuada. Le disparé en la pierna y no creo que los de Asuntos Internos pasen por alto algo así.

—Pues deberían. Tú descubriste quien era el verdadero asesino, en contra de la opinión de todo el mundo. Eso sí que es algo que no pueden pasar por alto.

—No sé… —dudó ella—. Lo cierto es que necesito un largo descanso. No estoy en condiciones de volver al trabajo. En realidad, no sé si lo estaré nunca.

—¿Qué quieres decir?

Verónica le miró con ojos vidriosos, conteniendo a duras penas las lágrimas.

—Cuando Marcos estaba encima de mí, asfixiándome… Yo… La verdad es que en aquel momento deseé morir.

—Tuvo que ser una experiencia horrible —dijo Vallejo,

rodeando la cama para situarse a su lado.

—No es solo eso. —Verónica se limpió con el dorso de la mano la lágrima que corría por su mejilla, antes de proseguir—. Marcos era lo único que me quedaba, lo único importante que había en mi vida. Perderlo a él fue como perder las ganas de vivir.

—No digas eso —dijo sentándose al borde la cama y cogiendo una de sus manos entre las suyas—. Tienes tu trabajo y me tienes a mí.

—Es extraño, pero en aquel momento no tuve miedo a morir. ¿Es eso normal?

—Los ejércitos antiguos decían que los soldados más poderosos eran los que no tenían miedo a la muerte, porque eso los convertía en invencibles.

—¿Esa frase también la has sacado del servilletero de un bar?

Vallejo soltó una sonora carcajada.

—No, de una peli de los ochenta. Ya veo que tengo mucho que enseñarte, todavía.

—No quiero desilusionarte, pero creo que aquí se separan nuestros caminos.

—De eso nada —negó él con la cabeza—. Eres una excelente policía. Has atrapado tú sola a dos asesinos.

—Al segundo no lo atrapé yo.

—Es cierto. Dicen que alguien le disparó cuando intentaba matarte. ¿Quién fue?

—Santi, el hombre que había alquilado mi casa y que ahora está desaparecido, según me comentó Olaya cuando vino a verme, hace un par de días. Al parecer nadie le encuentra. —Le resultó curioso que hablar de él hiciese desaparecer la angustia que la había atenazado hasta ese momento—. Un tío extraño, del que incluso llegué a sospechar que pudiese estar detrás de los asesinatos.

—¿Y eso por qué?

—Por su pasado militar y porque, según pude averiguar, trabaja en una empresa privada como operativo. Pensé que Felipe Abellán le había contratado para hacerle el trabajo sucio. No creí que ese cabrón fuese capaz de hacerlo él mismo.

—Espero que pague por la muerte de Lore y de todas las demás —masculló Vallejo apretando los dientes—, y que se pudra en la cárcel.

—Seguro que lo pagará.

Vallejo asintió con la cabeza y luego preguntó:

—¿Y dices que tu vecino le disparó a Marcos?

—Sí, primero en el cuello y luego, cuando estaba tirado a mi lado, le remató de un disparo en la frente.

—Eso suena a asesino profesional.

—Lo mismo pienso yo.

—¿Y no te has parado a pensar por qué quiso salvarte?

—Es algo que no dejo de preguntarme.

—Está claro que ayudarte le ha supuesto un verdadero problema, dado que ha desaparecido. ¿Por qué lo haría?

—No tengo ni idea. Lo conocí un día en el gimnasio y al siguiente había alquilado mi casa.

—Tal vez lo hizo para estar cerca de ti.

—No digas tonterías —le replicó ella.

—De todas formas, lo que tienes que hacer ahora es recuperarte y ponerte bien. Ya me ha dicho Olaya que en cuanto te den el alta quiere vernos a los dos juntos en su oficina.

—A mí no me comentó nada.

—Pues ya te lo digo yo —afirmó poniéndose en pie—. Y ahora es mejor que descanses y que te recuperes. Cuando te den el alta, vendré a buscarte. ¿Te parece?

—A condición de que a partir de ahora me dejes a mí conducir.

Vallejo soltó una sonora carcajada, mientras se encaminaba a la salida.

—Tampoco te vengas tan arriba.

52

Olaya les recibió en su despacho con una ligera sonrisa y les invitó a sentarse. Habían pasado ocho días desde el ingreso de Verónica en el hospital y apenas una hora desde que Vallejo había pasado a recogerla, después de que recibiese el alta.

Físicamente, se podía decir que estaba bastante recuperada, a pesar de que el médico le había advertido que tendría que verla con cierta regularidad durante una temporada, para comprobar su evolución. Dos golpes en la cabeza en tan poco tiempo podían tener secuelas y lo ideal era hacer un seguimiento, al menos durante los primeros meses.

Su estado anímico, sin embargo, era más preocupante. Por mucho que se dijese a sí misma que no tenía la culpa de lo que había hecho Marcos, no dejaba de preguntarse cómo no había sido capaz de ver lo que ocurría delante de sus narices. Sin duda, iba a necesitar mucha terapia para superar aquello, más aún, teniendo en cuenta que su trabajo pendía de un hilo muy fino.

—Tienes mejor cara que cuando fui a verte al hospital hace unos días —arrancó a decir Olaya.

—Gracias —le respondió ella, con una tímida sonrisa—, aunque mi nariz sigue pareciendo una patata morada.

—Quiero que sepas que puedes contar con el apoyo de la Brigada en todo lo que necesites y, por supuesto, tómate los días libres que estimes oportunos para recuperarte. Tu trabajo estará aquí esperándote.

Ella le miró desconcertada.

—Creo que no lo entiendo. ¿Es que ya no estoy suspendida?

—Nunca lo has estado, no llegué a tramitar esa solicitud —dijo Olaya, sonriendo.

—Pero… ¿y qué pasa con Asuntos Internos?

—Ya les expliqué que yo te encargué investigar más a fondo el asunto del hospital, después de que la madre de Rebeca Collado

denunciase la desaparición de su nieto. Además, cabía la posibilidad de que el asesinato de Lorena estuviese relacionado con una red ilegal de tráfico de bebés en el hospital Virgen de la Cruz —dijo mirando a Vallejo—, como así fue.

—Aun así, le disparé a una testigo —protestó ella.

—Accidentalmente, cuando se resistió a la detención —le replicó Olaya—. Eso es lo que aparece en el informe oficial y no hay nadie que pueda contradecirlo.

—Pero…

—Escucha, Cuevas —dijo alzando la mano para que dejase de protestar—. Has hecho un trabajo cojonudo. Descubriste que Felipe Abellán estaba detrás de los crímenes y demostraste su culpabilidad. Y luego descubriste que ese novio tuyo era el asesino de prostitutas al que buscábamos. Eso sí, no voy a negar que estoy cabreado porque no me llamases para pedir refuerzos.

—Lo habría hecho si hubiese tenido tiempo.

—Nadie en esta Brigada te va a recriminar nada de lo ocurrido, así que no lo hagas tú misma. Hiciste un buen trabajo y debes estar orgullosa de ello —insistió—. Quiero que descanses, que te tomes el tiempo que necesites para recuperarte y que luego vuelvas para darlo todo. ¿Lo has entendido?

Al ver que no se atrevía a dar una respuesta, Vallejo afirmó:

—Vero sabe que la necesito, así que volverá con nosotros muy pronto, ¿verdad que sí?

Ella se limitó a asentir con la cabeza y mirar a Olaya.

—¿Qué hay de mi vecino misterioso? —preguntó a continuación.

—¿El que te salvó la vida? Nada, ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—No hay ni rastro de él. Hemos preguntado en la empresa de seguridad privada en la que trabajaba y nos han dicho que hace un mes que dejó de estar en su nómina. Curioso, ¿verdad?

—¿Y no hay forma de comprobar si es cierto?

—Me temo que no. Red Point es una subcontrata de Secure Word, una empresa a nivel mundial que posee el mayor ejército de mercenarios del mundo, como su nombre indica. Lo más probable es que a estas horas tu ángel de la guarda lleve tiempo fuera del país.

—No lo entiendo —murmuró.

—Por algún motivo te salvó. Quédate con eso. Mi consejo es que te olvides de él y sigas con tu vida.

Verónica sabía que tenía razón, pero en ese momento solo se le ocurría un modo de conseguirlo.

—Para olvidarme de todo esto necesito empezar a trabajar lo antes posible. Tener la mente ocupada me ayudará a no darles tantas vueltas a las cosas.

—¿Estás segura? No hay ninguna prisa.

—Necesito volver a la rutina diaria.

—Como quieras. ¿Te parece bien, Vallejo?

—Por mí, perfecto —respondió él—. Mañana estaremos aquí los dos a primera hora.

—Nos vendrá bien vuestra ayuda. Felipe Abellán se está mostrando muy colaborador.

—¿En qué sentido? —preguntó Verónica, interesada.

—Lo ha confesado todo. Nos ha contado que intentó atropellarte porque te estabas acercando demasiado. Al parecer, los padres adoptivos del bebé le llamaron, indignados por tus acusaciones. Aquella mañana, decidió seguirte. Cuando vio que ibas a visitar a la abuela del niño, quiso quitarte de en medio.

—Y a Lorena, ¿por qué la mató? ¿Os lo dijo?

—Porque la pilló en el despacho de Soledad Mendoza, investigando en su ordenador. En un primer momento, la amenazó, pero cuando ella le dijo que su exmarido era policía y que pensaba contárselo todo, le ofreció un montón de dinero para que no lo hiciese. Dice que Lorena, en un principio aceptó, pero no se fio de ella y decidió que era mejor matarla.

—Ese tío es un hijo de puta —afirmó Vallejo con rabia.

—Tenía una copia de la llave de su casa, que ella le había dado cuando estuvieron liados —prosiguió Olaya—, así que esa madrugada entró mientras dormía, cogió el revólver que sabía que Lorena guardaba en un cajón del armario y la despertó. Le preguntó si había hablado con alguien y cuando ella finalmente confesó que no, le pidió que bajase con él al piso de abajo. En cuanto le dio la espalda, le pegó un tiro en la nuca.

—¡Puto cobarde!

—Luego usó un teléfono prepago sin registrar, que utilizaba en

sus negocios, para implicarte.

—¿Dijo algo de por qué mató a Carmen, la otra enfermera? —preguntó Verónica.

—Sí. Porque descubrió que había hablado contigo.

—¿Y cómo lo supo?

—Al parecer, un celador del hospital, que estaba metido también en el negocio, os vio hablando en el bar y se lo contó. Esa noche, esperó a que saliese de trabajar y la siguió, hasta que se le presentó la oportunidad de atropellarla. En cuanto a la otra enfermera, Soledad Mendoza —prosiguió—, tuvo claro que tenía que eliminarla desde que se enteró de que estaba ingresada con un tiro en la pierna y custodiada por la policía.

—Ese hombre es un psicópata —dijo Verónica, asqueada.

—Lo sé, pero ha delatado a todos los implicados en la trama de bebés robados, a cambio de un trato de favor por parte de la Fiscalía. —Al ver que ambos reaccionaban con sorpresa, alzó la mano—. Tranquilos, no se va a librar de pasar los próximos veinte años como mínimo, encerrado. Lo único que ha pedido es estar en una cárcel donde no haya presos comunes y donde tenga ciertas comodidades, que de otro modo no tendría. Os aseguro que el fiscal no pedirá una rebaja de condena.

—Eso espero —masculló cabreado Vallejo.

—Gracias a su confesión hemos detenido a todos los implicados en la trama de los bebés robados, así que a partir de mañana le echaréis una mano a Ferreiro con las declaraciones y la recopilación de pruebas. ¿Os parece bien?

—Lo estoy deseando —aseguró Vallejo.

—Os advierto que tenéis un duro trabajo por delante. Hay mucha gente implicada.

—Eso precisamente es lo que necesito —murmuró Verónica.

Tenía claro que prefería eso, a quedarse sola en casa.

Epílogo

De camino a casa, Vallejo aseguró que estaba deseando volver al trabajo y que los dos iban a formar una pareja de leyenda en la policía. Eso le arrancó una leve sonrisa a Verónica, aunque no dijo nada. Él se dio cuenta de que no tenía ganas de hablar, así que optó por poner en la radio su emisora preferida, con música de los ochenta y los noventa, y tarareó varias canciones, con aire distraído.

No fue hasta que estaban cerca de llegar a su urbanización, que Verónica se dio cuenta de un detalle.

—Lo siento, soy una insensible. Tú has estado pendiente de mí todos estos días y yo no te he preguntado ni una sola vez por cómo estás tú.

—¿Yo? —dijo él, extrañado.

—¿Cómo llevas la muerte de Lorena?

—Fue duro al principio, pero saber que su asesino está detenido me ha dado bastante tranquilidad. Solo quiero asegurarme de que no salga de la cárcel durante muchos años.

—Admiro que te lo tomes con esa entereza.

—Qué quieres que te diga. Los que vivimos la década de los ochenta somos de otra raza. Gracias a gente como Miguel Ríos aprendimos grandes lecciones de la vida.

—¿Quién es Miguel Ríos?

—¿Me estás preguntando eso en serio?

Ella soltó una ligera risa antes de responder.

—No, sé que es un cantante. Solo te tomaba el pelo.

—Pues hay una canción suya que se titula «Aprendiendo a vivir» y cuya letra dice: «Si me mantengo a flote, ha sido porque nunca he dejado de nadar».

—Me gusta. Debería tatuármela.

—Lo digo en serio, Vero.

—Y yo también —le replicó ella, sonriendo abiertamente—. Me

alegra que podamos seguir trabajando juntos.

—Yo también me alegro, aunque creo que la alumna ya ha superado al maestro.

—Eso lo dudo.

Llegaron a la urbanización y Vallejo aparcó delante de la casa de Verónica. Al otro lado de la calle, la vivienda de Marcos todavía tenía las cintas de balizar de la Policía Nacional prohibiendo la entrada. Vallejo la miró y al ver que había perdido la sonrisa, preguntó:

—¿No prefieres que te lleve a un hotel?

—Esta todavía es mi casa.

—Lo sé, pero no será agradable levantarte todas las mañanas viendo eso —comentó señalando la de Marcos.

—Tranquilo, lo superaré. No pienso dejar de nadar.

—Me alegra comprobar que te he enseñado algo nuevo. Ya sabes que me tienes para lo que me necesites.

—Gracias.

Verónica se despidió de él y sacó las llaves para abrir la portilla de su casa. Antes de entrar, se fijó en un matrimonio mayor que caminaba hacia ella por la misma acera y que se detuvo para comentar algo en voz baja entre ellos. Por el modo que tuvieron de mirarla, Verónica comprendió que no iba a tardar mucho tiempo en tener que largarse de allí. Podía soportar ver cada mañana al levantarse la casa donde había sido tan feliz y recordar el modo tan trágico en el que había terminado todo, pero no estaba dispuesta a permitir que nadie la juzgase.

Se quedó mirando fijamente al matrimonio durante unos segundos, desafiándoles, a lo que ellos respondieron dándose la vuelta y largándose en dirección contraria.

Después de eso, Verónica entró en casa y encendió todas las luces de camino al salón. Aunque fuese de día, necesitaba sentir la casa viva y habitada. Todo estaba limpio y en orden. Tras la abrupta desaparición de Santi, que se había largado sin recuperar la fianza, la agencia inmobiliaria se había encargado de limpiar la casa y dejarla lista para cuando ella regresase. Lo cierto era que estaba como si nunca la hubiese alquilado.

No obstante, al entrar en el salón vio algo que llamó su atención. Sobre la pequeña mesa situada delante del sofá, había un libro. Al

acercarse, se dio cuenta de que era un ejemplar de Rambo Acorralado, de David Morrell. Una novela que tenía su pequeña historia.

Años atrás había visto un monólogo de un humorista, en el que bromeaba sobre los culturetas que fingían saber de todo y cómo uno le decía a otro:

—¿Has visto la película de Rambo?

Y el amigo le contestaba con aire intelectual:

—Me gustó más el libro.

Fue algo que le arrancó una carcajada, hasta que luego descubrió que, en efecto, existía un libro en el que se había basado la película que lanzó a la fama a Silvester Stallone. Le resultó tan curioso, que lo compró, aunque todavía no lo había leído.

Puede que fuese el momento de leer la historia de aquel soldado que había regresado de la guerra, para descubrir que no tenía sitio en la nueva sociedad. Por ese motivo lo cogió y lo abrió. Se le paró el corazón cuando vio que en la primera página alguien había escrito a mano:

Espero que algún día
nuestros caminos se vuelvan a encontrar.
Me debes la revancha.

Su pulso se aceleró y durante unos segundos se quedó mirando hipnotizada la dedicatoria. Luego, con una sonrisa en la cara, cerró el libro y murmuró mientras se dirigía a la cocina:

—Yo también espero que volvamos a encontrarnos, Santi.

Epílogo extra

Santi observó a través de la ventana del salón cómo Verónica entraba en casa de su novio. Unos segundos antes sus miradas se habían encontrado, incluso creyó ver en sus ojos un atisbo de duda, aunque finalmente decidió ignorarle. Era lo mejor, teniendo en cuenta que su último encuentro no había sido muy amigable.

Por algún razón que desconocía, Verónica le había estado siguiendo dos días antes, desde que había salido por la mañana para entrenar en el gimnasio hasta que regresó de tarde tras ver una película en el cine. ¿Por qué lo había hecho? ¿Y por qué motivo le había preguntado a su primo por él?

Mientras iba a la cocina a por un café, Santi se planteó que, por algún motivo que desconocía, Verónica le consideraba sospechoso de un delito. Era la única explicación lógica a su cambio de actitud hacia él. Es más, estaba casi seguro de que el rayonazo en el lateral de su todoterreno tenía algo que ver, dado que ella lo había mencionado en su última conversación.

En cierto modo, no dejaba de ser irónico.

Desde que había regresado a Madrid, su única preocupación había sido no meterse en ningún lío. Solo quería empezar de cero en un lugar donde cada habitante no supusiese una amenaza y en el que bajar la guardia no pusiese su vida en peligro. Pero parecía que los problemas le acompañaban allí donde iba.

Tampoco es que Madrid fuese el lugar ideal para llevar una vida tranquila. Le parecía que la gente vivía con demasiado estrés y excesiva prisa, todo lo contrario a lo que él necesitaba. Por eso, al poco de llegar se había planteado irse a otra ciudad, aunque conocer a Verónica hizo que aparcase esa idea.

La primera vez que la había visto en el gimnasio, se quedó cautivado. Y no solo porque le pareció una mujer muy atractiva. Había algo en su mirada con lo que se sintió identificado, un dolor que conocía muy bien y que le llevó a querer conocerla más a

fondo. Tardó varios días en atreverse a hablar con ella, aunque la primera vez que lo hizo nada salió como esperaba. Verónica se mostró seca y distante, y le dejó con la palabra en la boca.

No obstante, al día siguiente le preguntó a su primo por ella y cuando este le dijo que alquilaba su casa, llamó a la agencia inmobiliaria. Era la oportunidad que buscaba para escapar del ruido de la ciudad y vivir en un lugar más alejado del centro. Pero también para estar más cerca de ella, dado que, según le informaron en la propia inmobiliaria, residía al otro lado de la calle, con su novio.

¿Había sido un error? Tal vez, aunque todavía tenía la esperanza de que la relación entre ambos mejorase.

Regresó al salón con una taza de café en la mano y observó por la ventana cómo el novio de Verónica aparcaba en ese momento el coche en la calle y entraba a la carrera en casa. Parecía cabreado, lo que le hizo reafirmarse en la idea de que había algo en él que no le gustaba.

Quizás fuese su mirada las veces que le había visto en el porche, fumando, o el hecho de que cada vez que Verónica se iba de casa se asomase a la calle, como si quisiese comprobar que salía de la urbanización. Su intuición le decía que aquel hombre escondía algo de lo que ella no se daba cuenta, por eso se lo había dejado caer en la última conversación que habían tenido. Lo que no imaginaba era hasta qué punto podía ser cierto.

Durante unos minutos permaneció frente a la ventana, degustando el café y con la mente puesta en los sucesos que le habían llevado a abandonar su vida anterior, hasta que de pronto vio abrirse la puerta de la casa de golpe y a Verónica salir a la carrera. Su expresión era de angustia, como si huyese de algo. Incluso la vio abrir la boca para pedir ayuda, aunque sus palabras se perdieron en el aire. Alguien se abalanzó sobre su espalda y cayeron juntos al suelo. Era Marcos.

Santi no se lo pensó dos veces, soltó la taza y corrió hacia la puerta de casa. Allí se detuvo unos segundos para buscar su pistola, dentro de la mochila caqui que colgaba de la percha, y con ella en la mano salió al exterior. Cruzó la calle a la carrera y al llegar a la portilla de la casa de Marcos la abrió con un empujón de su hombro. Lo que se encontró al otro lado fue algo que no esperaba.

Verónica estaba tumbada en el suelo, con las manos atadas por una brida, y su novio encima de ella, con una rodilla sobre su pecho y otra en su garganta. Estaba claro que intentaba asfixiarla y que le faltaba poco para conseguirlo.

Sin embargo, lo que más le impactó a Santi fue la expresión de él. Era la mirada de un asesino decidido a arrebatar una vida. La había visto tantas veces en los lugares en los que había estado que tuvo claro lo que debía hacer. Levantó el cañón de su pistola y apretó el gatillo.

La bala atravesó el cuello de Marcos e hizo que se desplomase en el suelo, liberando así a Verónica de su peso. Mientras él trataba de taponar la herida con ambas manos, Santi dio un paso al frente y disparó de nuevo. Esta vez la bala impactó en el cráneo, lo más rápido y efectivo para eliminar una amenaza. Esa segunda bala acabó con su vida.

Acto seguido se arrodilló junto a Verónica, que trataba de recuperar el aire después de estar a punto de morir asfixiada. Ella pronunció su nombre al verle y Santi sintió ganas de abrazarla contra su pecho, pero decidió que era mejor no moverla. Sangraba por la nariz y parecía no ser capaz de centrar la mirada.

—No te muevas. Creo que tienes la nariz rota.

Los ojos de Verónica se llenaron de lágrimas.

—Gracias —murmuró.

Estaba claro que necesitaba atención médica. El problema era cómo explicar a la policía la muerte de su novio.

—Voy a pedir una ambulancia —dijo poniendo una mano sobre su frente para tranquilizarla—. ¿Podrás aguantar hasta que llegue?

—Sí —le respondió con dificultad—. Solo estoy… mareada.

Santi se puso en pie, sacó su teléfono y llamó al ciento doce. Fue una llamada breve, para avisar de que una policía había sido herida y que necesitaba atención médica urgente. Luego dio la dirección y colgó.

Sabía que no podía quedarse allí cuando la ambulancia y la policía llegasen para socorrerla. Le harían preguntas que no podía responder, como qué hacía en posesión de una pistola y, sobre todo, por qué había matado al atacante en lugar de reducirlo. Por ese motivo, dijo arrodillándose de nuevo junto a ella:

—Ya vienen de camino, aunque no puedo quedarme hasta que

lleguen.

Quería decirle que no pensaba abandonarla, que estaría a su lado para asegurarse de que recibía los cuidados adecuados, pero debía pensar en su propia seguridad, y esta pasaba por largarse lo antes posible.

—¿Cómo? —preguntó ella, confusa.

—Tengo que desaparecer. Tus compañeros no pueden encontrarme aquí.

—¿Por qué?

—Me harían preguntas que no puedo responder —dijo a la vez que acariciaba su frente, con delicadeza. Le rompía el corazón dejarla allí tumbada en el suelo, pero no podía hacer otra cosa—. Lamento no tener más tiempo para…

Las palabras se ahogaron en su garganta. Le habría encantado quedarse a su lado y averiguar hasta donde podía llevarle aquel sentimiento que Verónica había despertado en él la primera vez que la había visto. Recordó la pelea en el gimnasio y el momento en que habían caído al suelo abrazados, entre risas…

Por desgracia, todo eso quedaría en el olvido.

La sonrió por última vez a modo de despedida y abandonó el lugar para cruzar a la carrera la calle. Entró en casa, cogió la mochila y las llaves del coche, y un minuto después abandonaba la urbanización, conduciendo sin volver la vista atrás.

Había dejado algunas cosas en casa que necesitaba, pero de momento tenía que largarse del lugar, así que se alejó en dirección sur y aparcó a dos kilómetros de la urbanización, en un parking público próximo a la estación de cercanías de Leganés. Una vez allí, realizó una llamada a un número que pensó que nunca tendría que utilizar.

—Soy Santi —dijo cuando obtuvo respuesta.

—¡Vaya! No pensé que volvieses a llamar —aseguró una voz de hombre, con un claro acento extranjero.

—Yo tampoco.

—¿Te has replanteado nuestra oferta?

—En realidad, me he visto obligado a hacerlo.

—¿Y eso por qué?

—Necesito una extracción.

Pasaron unos segundos antes de que obtuviese réplica al otro

lado del teléfono.

—¿Dónde estás?

—En Madrid.

La voz carraspeó antes de decir:

—Eso me llevará unas horas.

—Contaba con ello —dijo Santi.

—Te volveré a llamar a primera hora de mañana a este mismo número.

—De acuerdo… Y gracias.

—No me las des. Ya sabes lo que esto significa, ¿verdad?

—Lo sé. Contaba con ello antes de llamarte.

—Muy bien, hablaremos pronto.

A través de la ventana del salón, Santi confirmó que en la calle solo había un vehículo patrulla, con dos agentes dentro vigilando el lugar. Eran cerca de las cinco de la mañana y se había colado en la casa minutos antes saltando por el patio trasero y forzando luego la puerta de la cocina para entrar. No creía que nadie le hubiese visto, pero, aun así, no se entretuvo demasiado. Tras meter en un petate sus pertenencias, estaba listo para irse, aunque antes decidió echar un último vistazo al exterior.

Una hora antes había leído en una web de noticias de última hora que una inspectora de policía había acabado con la vida de un peligroso asesino en serie durante una detención en Leganés y que se recuperaba de sus heridas en un hospital, sin que corriese peligro su vida. No se especificaba mucho más y tampoco se mencionaba que la policía estuviese buscando a ningún otro sospechoso. Eso en cierto modo le tranquilizó, y le animó a regresar a la casa a por sus cosas. Lo hizo aparcando en la calle de atrás, donde no había presencia policial.

En ese momento, viendo la entrada a la casa de Marcos balizada con cinta, se convenció de que había hecho lo correcto disparándole. Era el castigo más justo para un asesino que, según la breve noticia, había matado a varias mujeres. Las personas así no merecían pisar la cárcel y estaba seguro de que el mundo sería un lugar mejor sin él.

Iba a abandonar el salón, cuando descubrió encima de la mesa un libro que había terminado de leer el día anterior y con el que se había sentido muy identificado: Rambo Acorralado, del escritor

David Morrell. Por un momento pensó en llevárselo de recuerdo, hasta que se le ocurrió una idea mejor. Buscó un bolígrafo y escribió en la primera página una nota dirigida a Verónica. Fue su modo de decirle lo que había significado para él conocerla.

Luego lo dejó sobre la mesa y se dirigió a la cocina para abandonar la casa, aunque justo antes de salir recibió una llamada en su teléfono.

—Extracción autorizada —aseguró la misma voz de la llamada anterior—. ¿Estás preparado?

—Lo estoy.

—En un minuto recibirás la ubicación de un lugar donde te recogerán dentro de una hora.

—De acuerdo.

—Me alegra tenerte de vuelta, Santi —se despidió la voz.

Él no se alegraba. Cuando por fin creía haber dejado atrás aquella vida, para empezar de cero, se veía obligado a regresar de nuevo a ella. Lo único positivo era que lo había hecho por una buena causa. Salvar la vida de Verónica compensaba con creces lo que le esperaba a partir de ahora y, a pesar de que eso significase alejarla de su lado, tenía la esperanza de que un día sus caminos volviesen a cruzarse.

Hasta entonces tendría que seguir sobreviviendo… como había hecho los últimos años.